

CONTRIBUCIÓN AL FOLK-LORE DE ASTURIAS

FOLK-LORE DE PROAZA

NOTAS Y APUNTES RECOGIDOS Y ORDENADOS

por

L. GINER ARIVAU

Seudónimo de

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE

1886

Edición facsimilar con estudios y apéndices de

JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ

y

JESÚS SUÁREZ LÓPEZ



FOLK-LORE DE PROAZA

RED DE MUSEOS ETNOGRÁFICOS DE ASTURIAS
FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA ANTROPOLOGÍA ASTURIANA

CONTRIBUCIÓN AL FOLK-LORE DE ASTURIAS

FOLK-LORE DE PROAZA

NOTAS Y APUNTES RECOGIDOS Y ORDENADOS

por

L. GINER ARIVAU

[seudónimo de

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE

1886]

Con estudios y apéndices de

JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ

y

JESÚS SUÁREZ LÓPEZ

MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES

2009

Edita: Muséu del Pueblu d'Asturies-Fundación Municipal de Cultura,
Educación y Universidad Popular de Gijón

© De los textos: Sus autores.

I.S.B.N.: 978-84-96906-15-0

D.L.: As.-1.266/09

Compuesto e impreso por: Imprenta Mercantil Asturias, S. A.

ESTUDIOS PRELIMINARES

Antonio Machado Álvarez, Eugenio de Olavarría,
Rosa Fernández
y su *Contribución al folk-lore de Asturias*

por JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ
(*Muséu del Pueblu d'Asturies*)

El 2 de enero de 1884 Antonio Machado Álvarez (1846-1893), promotor de los estudios de folclore en España y de las sociedades para su difusión, escribe a Aniceto Sela Sampil (1863-1935), licenciado en Derecho y futuro profesor de derecho internacional de la Universidad de Oviedo, para proponerle la creación de la sociedad El Folk-Lore Asturiano y solicitarle un artículo sobre el folclore de Asturias. Machado ya había intentado esto mismo con algunas personalidades asturianas, que habían mostrado a su propuesta recelo o indiferencia, y ahora volvía a intentarlo con un joven Sela (tenía 20 años) que había conocido en Madrid unos meses antes impartiendo clases en la Institución Libre de Enseñanza. Los dos estaban muy vinculados a esta institución, fundada por Francisco Giner de los Ríos en 1876 e introductora de los estudios de antropología y sociología en España.

Machado se había impuesto en 1881, desde Sevilla, la tarea de promover la creación de sociedades de folclore en España con el fin de recoger, estudiar y difundir la cultura popular. El objetivo de Machado era implantar en nuestro país el modelo de la *Society of Folk-Lore*, fundada en Londres en 1878, y organizar sociedades de este tipo en

todas las regiones españolas. Para ello necesitaba personas que participasen de sus ideas y promoviesen esas sociedades.

En septiembre de 1883 Machado se traslada a vivir a Madrid con toda su familia, y desde allí prosigue su proyecto de crear nuevas sociedades y de difundir los estudios de folclore. En estos años intensifica sus colaboraciones en la prensa de la capital con artículos sobre el folclore. En 1884, gracias a su esfuerzo ya funcionaban en España cuatro sociedades: la andaluza, la extremeña, la castellana y la gallega. Él mismo había iniciado también la edición de varias publicaciones periódicas destinadas a la difusión de los estudios folclóricos: creó la revista *El Folk-Lore Andaluz* (1882-1883), colaboró en los inicios de su continuadora, *El Folk-Lore Frexnense y Bético-Extremeño* (1883-1884), y fundó y dirigió la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas* (1883-1886), «órgano común [de todas las sociedades] para libros y monografías que no quepan en las revistas»¹, que rememoraba a la *Biblioteca delle tradizioni popolari siciliani*, fundada en 1871 por Giuseppe Pitre (1841-1916), gran amigo de Machado.

Sin embargo, a pesar del empeño de Machado y del apoyo de un grupo de amigos convencidos del valor de los estudios folclóricos, sus objetivos no se lograron, y en 1889 todo lo hecho en este campo estaba casi olvidado. En agosto de 1892, Machado, para poder subsistir, se vio obligado a aceptar un puesto en un bufete en la isla de Puerto Rico y allá se fue dejando a toda su familia en Madrid. Su estancia en América fue muy corta y a comienzos de 1893 regresa gravemente enfermo. Dos días después de desembarcar, el 4 de febrero, muere en Sevilla, a los 47 años de edad².

¹ Carta de Antonio Machado Álvarez a Aniceto Sela Sampil, 13 de junio de 1884. J. L. PÉREZ DE CASTRO (1971), pág. 70.

² Sobre la vida y obra de Machado Álvarez existe mucha bibliografía. Véase J. BLAS VEGA y E. COBO, «Estudio preliminar» a la edición facsimilar de *El Folk-Lore Andaluz*, págs. v-xlv; E. BALTANÁS y S. RODRÍGUEZ BECERRA, «La herencia rechazada: Antonio Machado y Álvarez y el clima intelectual del 98», págs. 215-229; D. PINEDA NOVO, *Antonio Machado y Álvarez «Demófilo»*, 344 págs.; I. GIBSON, *Ligero de equipaje*, págs. 23-74, y E. BALTANÁS, «Introducción», en A. Machado y Álvarez, *Obras completas*, xvii-lxxxv.

La idea de crear una sociedad de El Folk-Lore Asturiano se remontaba a los inicios del proyecto de Machado en 1881. En ese año, Machado pensaba que personas apropiadas para esa tarea eran Leopoldo Alas «Clarín» (1852-1901), profesor de la Universidad de Oviedo muy vinculado a la Institución Libre, y José Caveda (1796-1882), político liberal y reputado erudito asturianista, y así se lo indica por carta a Manuel Murguía, pero nunca llegó a ponerse en contacto con ellos³. En cambio, Machado sí solicitó la colaboración de Juan Menéndez Pidal, que desestima la invitación y que en enero de 1882 participaría en Madrid en la constitución de la Sociedad Demológica Asturiana⁴, y de Fermín Canella Secades (1849-1924), otro profesor de la Universidad de Oviedo muy interesado en las cosas de Asturias, al que Machado conoció a través de Gumersindo Laverde Ruiz (1835-1890). Canella no mostró mucho interés en el proyecto de Machado, porque en ese mismo año de 1881 estaba organizando con otros estudiosos de Asturias el grupo de La Quintana, aunque sí redactó un exhaustivo cuestionario para la recogida del saber popular de Asturias que envió a Machado el 1 de enero de 1884 y que este se encargó de difundir.

En aquel año de 1881 encontrar en Asturias o Madrid una persona o un grupo que impulsara la sociedad de El Folk-Lore Asturiano era una tarea casi imposible. Las personas apropiadas estaban formando sus propias asociaciones y, además, las diferencias que había entre ellas no eran las más favorables para constituir una sociedad promovida por alguien ajeno como Machado. En una carta escrita el 16 de febrero de 1882 por Julio Somoza a Braulio Vigón, dos de los miembros más señeros de La Quintana, se puede vislumbrar con claridad la opinión del primero sobre los integrantes de la Sociedad Demológica Asturiana y sus trabajos:

«*La Quintana* dará golpe; por lo menos, hará algo más que la Sociedad demológica o demagógica del Centro [Asturiano de Madrid] que

³ Cartas de Antonio Machado Álvarez a Manuel Martínez Murguía, 14 de septiembre de 1881 y 3 de octubre de 1881. E. BALTANÁS (2000), págs. 43 y 66.

⁴ Sobre la fundación de la Sociedad Demológica Asturiana véase J. L. PÉREZ DE CASTRO, «Los estudios de folklore en Asturias», págs. 17-26.

empieza por no saber pluralizar los masculinos acabados en *u* y escriben *nuverus*; y confunde el Conde de Noreña con el de Noroña; y baraja la etnografía con la biografía; y tan pronto dice que la *giraldilla* es morisca como escandinava; y su órgano en la prensa nos endilga los tipos vascongados del mercado de San Sebastián, de Bécquer, por tipos asturianos; encarga al burdo lápiz de Cuevas que nos ponga en ridículo con sus *birgayonas* de los alrededores de Oviedo, en vez de copiar las airosas y esbeltas paisanas de las Mariñas de Somió y Llanes; y dice por boca de los Sres. Pidal y Balbín, heregías como las de Caunedo y Rada Delgado afirmando que el tipo de la mujer asturiana es alta, blanca y rubia, cuando precisamente es todo lo contrario, pequeña, prieta y pelinegra. Estos son otros Nocedales que escriben sobre Asturias desde Madrid sin haber visto un chigre en día de espicha y sin saber lo que es un hórreo»⁵.

De todos modos, sí es muy importante resaltar que el magisterio de la ciencia folclórica de Machado no cayó en saco roto en Asturias. El citado Braulio Vigón, que fue el más riguroso de los folcloristas asturianos en ese periodo, fue un seguidor de la ciencia propagada por Machado y, sin duda, un admirador de su obra, aunque no participó de la formación de la sociedad El Folk-Lore Asturiano, pues estaba totalmente integrado en La Quintana. El 26 de abril de 1885 escribe en una carta a otro miembro de este grupo, Máximo Fuertes Acevedo (1832-1890), que vivía en Badajoz, lo siguiente:

«Pienso como usted que las cosas del país deben publicarse en el país mismo; mas para esto era necesario tener una Revista, dirigida con acierto, en la cual tuviese cabida todo el material útil para la historia de Asturias, desde la noticia folklórica recogida de boca del pueblo hasta el diploma sacado de olvidado archivo. ¡Si usted viviera entre nosotros!... Por lo demás, no estoy con los que pueden asistir a «*Le diner du Folk-Lore*», aunque si he de serle franco los miro con simpatía»⁶.

⁵ A. M. VIGÓN, «Prologo», en B. VIGÓN, *Folklore del mar...*, págs. XXXVII y XXXVIII.

⁶ Esta carta está en el fondo de Máximo Fuertes Acevedo, «Carpeta varios», que custodia el Real Instituto de Estudios Asturianos.

La idea de que los materiales folclóricos eran «elementos indispensables para la reconstrucción científica de la historia»⁷ era totalmente machadiana, y a pesar de que no conocemos ninguna carta ni tenemos ningún dato que constante una relación directa entre Machado y Vigón, no cabe duda que este llegará a sentir por aquel algo más que «simpatía». Los artículos que escribió Vigón son la mejor prueba de lo que decimos.

Vigón realizó tres estudios folclóricos: «Contribución al folk-lore de Asturias: Folk-Lore del mar» (redactado en 1885 y 1889), «Tradiciones populares de Asturias: Juegos y rimas infantiles recogidos en los concejos de Villaviciosa, Colunga y Caravia» (1894-1895) y «Poesía popular» (1886). En los tres siguió los criterios establecidos por Machado para la recolección de materiales y los tres están inspirados en su labor. El primero sigue un cuestionario de Paul Sébillot publicado y traducido en el *Boletín Folklórico Español*, editado en Sevilla en 1885 por Alejandro Guichot, amigo íntimo de Machado, para promover la relación entre los folcloristas españoles, y su versión definitiva la publica Pitрэ, otro gran amigo de Machado, en Palermo en la revista *Archivio per lo studio delle tradizioni popolari* en 1889. El segundo artículo debe mucho a Sergio Hernández de Soto que publicó un extenso artículo de «Juegos infantiles de Extremadura», en 1884, en los tomos II y III de la *Biblioteca de tradiciones populares españolas* dirigida por Machado, que también trató este asunto repetidas veces, y por último, «Poesía popular» se titula el epílogo que escribe el mismo Machado para la conocida colección de Rodríguez Marín *Cantos populares españoles* (1882-1883). Pero aún hay más muestras de la influencia de Machado en la labor del folclorista asturiano. Vigón utiliza continuamente estudios publicados en *El Folk-Lore Andaluz*, *El Folk-Lore Frexnense y Bético-Extremeño* y la *Biblioteca* mencionada, se relaciona por carta con grandes amigos de Machado (Schuchardt, Pitрэ, Sébillot) y emplea como título en su primer artículo el mismo encabezamiento que aparece en «Folk-Lore de Proaza», estableciendo

⁷ A. MACHADO Y ÁLVAREZ, «Introducción», *El Folk-Lore Andaluz*, I (1982), pág. 6.

de manera intencionada una continuidad con este. Además, el último trabajo de Vigón, que solo se llegó a publicar completo en 1980, estaba preparado para ser publicado en 1886 en la citada *Biblioteca*, fundada y dirigida por Machado, como se desprende de las menciones que hace de alguno de sus artículos que cita señalando el tomo y diciendo «en esta Biblioteca». Este artículo no llegó a publicarse porque Machado, «agotados los recursos y perdidas las esperanzas»⁸, dejó de editar la *Biblioteca* ese mismo año.

* * *

En aquella carta del 2 de enero de 1884, Machado le proponía a Sela Sampil crear una sociedad de folclore en Asturias y le solicitaba que alguno de sus futuros miembros preparase un estudio sobre el folclore de la región para la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*. Sin embargo, ninguna de estas dos cosas llegó a realizarse. La sociedad no se constituyó nunca, pues, a pesar de la voluntad de Sela, otros profesores de la Universidad de Oviedo, encabezados por Leopoldo Alas «Clarín» y Félix de Aramburu (1848-1913), se opusieron a la creación de una sociedad de esa clase⁹, y tampoco nadie escribió en Asturias en ese año el ansiado artículo que quería Machado para su revista.

Pero de aquel grupo de buenos amigos que rodeaba a Machado, surgió Eugenio de Olavarría que suplió la falta de ese artículo escribiendo «Folk-lore de Proaza», y alivió a su apesadumbrado amigo, que nunca logró entender las razones que movieron a aquellos profesores ovetenses a rechazar los estudios de folclore. Olavarría utilizará como única informante a una criada asturiana que trabajaba en su casa, Rosa Fernández, y con las noticias que le facilitó ésta y su erudición folclórica redactó el primer estudio científico sobre el folclore asturiano. El

⁸ Carta de Machado a Giuseppe Pitre de 18 de febrero de 1888. E. BALTANÁS (2000), pág. 284.

⁹ Sobre este proceso y el papel de Clarín véase nuestro artículo «Clarín, los campesinos y *El Folk-Lore Asturiano*», págs. 57-76.

artículo no lo firmó con su nombre, sino con un seudónimo que usaba frecuentemente en la prensa: L. Giner Arivau¹⁰.

EUGENIO DE OLAVARRÍA, UN MILITAR POLIFACÉTICO

Nació en Madrid el 6 de diciembre de 1853 y murió en esta misma ciudad en 1933. Fue bautizado en la parroquia de San Luis Obispo con el nombre de Eugenio Nicolás Gregorio. Sus padres no estaban casados y fue asentado como «hijo natural» de Eugenio de Olavarría Landa, natural de Bilbao, y Juana Huarte Larreta, de Pamplona¹¹. La pareja tuvo dos hijos más: Carmen y Fernando. Olavarría Huarte se casó el 26 de mayo de 1877 con Ana María Liébana Fernández.

Eugenio de Olavarría fue militar de profesión. En 1871, con dieciocho años, ingresó en la Academia de Infantería de Toledo y en 1915 se jubiló con el grado de coronel. En este tiempo tuvo muchos destinos e incluso llegó a estar destinado en Asturias, en el Batallón de Deposito de Luarca n.º 118, en 1882, y en el de Cangas de Tineo n.º 115, en 1884. Sin embargo, nunca se incorporó a estos destinos y en comisión de servicios permaneció en Toledo y sobre todo en Madrid. Entre 1875 y julio de 1881 dio clases en la Academia de Infantería de Toledo. A partir de esa última fecha se trasladó a Madrid, donde impartió conferencias para oficiales de Infantería del Distrito de Castilla la Nueva, y en 1883 fue nombrado profesor de la Academia de Hijos de Militares y de la Academia Preparatoria del Arma de Infantería. El hecho de impartir conferencias y participar como profesor en estas academias demuestra que Olavarría era reconocido por sus superiores como un intelectual, pues la creación de estas academias fue impulsada por el propio Alfonso XII con el fin de elevar la preparación del Ejército y sus profesores se escogían entre militares bien formados. Este reco-

¹⁰ Este seudónimo es probable que proceda de los primeros apellidos de Francisco Giner de los Ríos y Buenaventura Carlos Aribau, dos personalidades muy influyentes entre los liberales españoles del siglo XIX.

¹¹ Su partida de bautismo y los datos sobre su vida militar están tomados de su Hoja Matriz de Servicios, Archivo General Militar de Segovia, sección I, legajo O-133, 19 folios.

nocimiento de las capacidades de Olavarría explica que en 1878 se le comisione para escribir la historia del Alcázar de Toledo, sede de la Academia de Infantería. Este estudio lo realizará en colaboración con otro militar, Francisco Martín Arrúe, y se publicará en 1889.

En 1888, es nombrado jefe de la Dirección de Instrucción Militar por el ministro de la Guerra, el general Manuel Cassola (1838-1890). Este general propuso una profunda reforma militar, que Olavarría apoyará, pero que al final fue desestimada por la oposición que encontró tanto entre los conservadores como entre algunos liberales. Una de las propuestas de Cassola era la de hacer que el servicio militar fuese obligatorio, suprimiendo la posibilidad de redención, bien por dinero o bien mediante un sustituto, lo que servía para que solo acudiesen al servicio de armas las clases menos pudientes. Con el fin de defender esta reforma, Olavarría funda el 2 de enero de 1888 el diario *El Ejército Español*, que mantendrá ideas liberales. Según Gómez Aparicio, Olavarría en esa fecha era de «filiación republicana y conocido miembro de la masonería»¹². En este periódico figurará como gerente hasta 1910, cargo que en realidad escondía su dirección efectiva, pues los militares no podían dirigir diarios ni firmar con su nombre opiniones políticas, aunque sí lo hacían empleando seudónimos o colocando como directores nominales a un civil o un militar retirado. *El Ejército Español* mantendrá grandes polémicas con periódicos militares conservadores. En 1910, en una disputa furibunda sobre el sistema de los ascensos militares, un contrario le echará en cara a Olavarría su cómoda vida militar y su escaso espíritu castrense:

«Y vamos al señor Olavarría, la persona de mayor significación militar en *El Ejército Español*. El teniente coronel de Infantería don Eugenio Olavarría Huarte nació el 6 de diciembre de 1853 e ingresó en el Ejército el 26 de junio de 1871, dos años antes de que naciera el señor Amado. Durante sus treinta y ocho años largos de vida militar ha ocupado innumerables situaciones y destinos sedentarios, y ha visto pasar ante él, si no nos es infiel la memoria, la última campaña civil, la

¹² Sobre *El Ejército Español* véase P. GÓMEZ APARICIO (1971), págs. 503-505 y P. GÓMEZ APARICIO (1974), págs. 321-323.

primera de Cuba, la chiquita de Cuba, la de Melilla de 1893, la última de Cuba, la de Filipinas, la de Puerto Rico con los norteamericanos y la de ahora de Melilla; pero el señor Olavarría nunca ha estado en la guerra, no ha visto la guerra. Valor, se le supone» (*La Correspondencia Militar*, 9 de febrero de 1910).

En su prolongada carrera militar Olavarría solo ocupó una vez un puesto lejos de Madrid. Fue en 1895 en que fue destinado como comandante mayor y jefe de la Caja Sucursal de Recluta de la isla de La Palma. Este traslado, tan lejos de la Corte y a una isla, coincidió con la llegada al poder en marzo de aquel año de un gobierno conservador, presidido por Cánovas del Castillo y con el general Azcárraga como ministro de la Guerra, y parece claro que esa comandancia fue un castigo. En junio de 1899 pasó a la nómina de excedentes y regresó a Madrid. Causó baja definitiva en el Ejército en 1915.

El Ejército fue una de las facetas de la vida de Olavarría. Vamos ahora a otra, la de escritor, y para comprender ésta tenemos que mencionar a su padre, Eugenio de Olavarría Landa (1829-1884), ya que conociendo a éste entenderemos mucho mejor a su hijo.

Olavarría Landa fue un conocido periodista de la prensa madrileña, y autor de numerosas obras de teatro y letras de zarzuelas de escaso interés literario. Escribió en periódicos liberales y progresistas cuya vida dependía casi exclusivamente de la política: nacían para apoyar una tendencia, un partido o a un solo político en su lucha por el poder. Estos periódicos llevaban una vida precaria. Según el periodista Julio Nombela (1836-1919), cuando estaban en la oposición al Gobierno se sostenían con las suscripciones de los amigos y correligionarios, y cuando el partido político al que apoyaban alcanzaba el poder, se mantenían con las subvenciones del Gobierno o de los banqueros «que sabían sembrar favores para recoger oportunamente el fruto de su interesada generosidad»¹³. Las polémicas entre los periódicos eran encarnizadas y a menudo se trasladaban a retos que se dirimían en duelos. Olavarría Landa pertenecerá a este mundo del periodismo

¹³ J. NOMBELA, *Impresiones y recuerdos*, pág. 426.

decimonónico. Nombela, que fue compañero de él en el periódico *Las Cortes*, lo describe así:

«Eugenio de Olavarría [Landa] era un vizcaíno que a la formalidad peculiar de la raza éuskara unía un carácter noble, franco, afectuoso y muy privilegiadas disposiciones para cultivar todos los géneros literarios. De todo ellos, el dramático era el que prefería; pero entonces, como ahora y siempre ha sucedido, para vivir entre autores y actores era necesario una ductilidad, un servilismo que no compaginaban con la seriedad y la independencia, que eran la esencia de su carácter»¹⁴.

Olavarría Landa fue redactor y colaborador de *Las Cortes*; *El Eco del País*, diario fundado y dirigido por Eduardo Gasset y Artime, entre 1862 y 1866, que actuará como órgano del general Prim; *El Universal*, donde entró en 1867; *El Progreso*, diario republicano y anticlerical fundado en 1881 por Andrés Solís Greppi, en el que publicará muchos de sus «Paliques» Leopoldo Alas «Clarín», y, por último, fue «la piedra angular, el alma», de la revista quincenal *La América*, fundada en 1858 por Eduardo Asquerino (1826-1881), que tenía una gran calidad literaria y en la que colaboraban los escritores españoles y sudamericanos más reputados y célebres de aquel tiempo: Pedro Antonio de Alarcón, Gaspar Núñez de Arce, Juan Valera, Emilio Castelar, José Echegaray, Ramón de Campoamor, Antonio Flores, etc. A esta revista consagrará Olavarría Landa, según Nombela, «toda su actividad y su talento» hasta su muerte en Madrid, el 17 de enero de 1884, con 54 años de edad.

Los dos Eugenios de Olavarría estaban muy unidos. Dos meses después de morir el padre, el hijo, según Machado, seguía «inconsolable». Olavarría y Huarte será un continuador de su padre, tanto en su afición a la literatura como en su estrecha relación con la prensa, y también en la defensa de las ideas liberales y progresistas. Su actividad literaria fue muy variada. En 1880 aparece su primer libro, *Tradiciones de Toledo*, en el que publica un conjunto de relatos literarios basados en leyendas, recurso muy empleado en esa época de auge del romanti-

¹⁴ J. NOMBELA, *Impresiones y recuerdos*, pág. 422.

cismo; en 1882, siguiendo esta misma corriente, escribe la letra de una zarzuela, *El alcaide de Toledo*, que lleva música del maestro Miguel Marqués. En estos mismos años publica relatos cortos en la prestigiosa *Revista de España*, y así en 1881 aparece «Irma».

Olavarría también será un gran aficionado de la literatura naturalista francesa. En 1884 escribió un prologo sobre este movimiento literario para la traducción española de la novela *Safo*, de Alfonso Daudet y en 1888 fue el primer traductor al español de una novela de Guy de Maupassant, *Las termas de Monte Oriol*¹⁵, cuya primera edición en francés se había publicado un año antes. En 1889 hizo la traducción de otra obra de este mismo autor, *Una vida*.

En la prensa madrileña Olavarría y Huarte tuvo una gran actividad. Escribió multitud de artículos, que publicaba sobre todo en periódicos donde trabajaba su padre o que dirigían conocidos de éste y, por supuesto, de sus mismas ideas políticas. Artículos suyos aparecen en *El Día* y especialmente en *El Progreso*. Olavarría y Huarte colabora en este diario desde su inicio, en 1881, hasta su cierre en 1887, y escribe crítica literaria y artículos costumbristas. También colaboró asiduamente en la revista *La América*, desde 1879 hasta su fin en 1886, donde publica relatos históricos y de costumbres, poemas y críticas literarias, y en la que a partir de 1892 difundirá los estudios de folclore. Por último, Olavarría también frecuenta las páginas del suplemento literario de *El Imparcial*, titulado «Los Lunes de El Imparcial». Este periódico, fundado por Eduardo Gasset en 1867, será el más importante de la época de la Restauración. La colaboración de Olavarría durará desde 1877 a 1888, y demuestra el reconocimiento que tenía como escritor, pues este diario mantenía un alto nivel literario y no era fácil publicar en él: «aparecer en Los Lunes era sentar plaza de literato al que había de tener en cuenta»¹⁶. Sus artículos tratarán los mismos asuntos que en

¹⁵ *Las termas de Monte Oriol*, Buenos Aires, Librería de Joseph Escary, 1888, 466 págs. Este dato lo ofrece W. T. PATTISON, *El Naturalismo español*, Madrid, Ed. Gredos, 1965, pág. 61.

¹⁶ J. C. SÁNCHEZ ILLÁN, «Los Gasset y los orígenes del periodismo moderno en España: *El Imparcial*, 1867-1906», pág. 264.

las publicaciones anteriores. Todas estas colaboraciones periodísticas cesaron a partir de 1888, cuando comienza a dirigir el periódico *El Ejército Español*.

LA RELACIÓN DE MACHADO ÁLVAREZ Y OLAVARRÍA:
«FOLK-LORE DE PROAZA»

Ya hemos visto que Olavarría era una persona interesada por las costumbres y las tradiciones. Muchos de sus relatos y artículos de prensa estaban basados en leyendas e historias populares. Era un gusto cultivado en el romanticismo. Su interés por el naturalismo también tendrá mucho que ver con esa admiración por las clases populares. En consecuencia, no es nada raro que hubiese tropezado con Machado Álvarez y el folclore.

En 1881 todavía no se conocían. Ese año Machado no lo menciona en la correspondencia que mantiene con Murguía y en la que cita a Joaquín Costa y José María Sbarbi como posibles promotores en Madrid de la sociedad de El Folk-Lore Castellano. La relación entre Machado y Olavarría comenzará a partir del 28 de octubre de 1882, fecha en la que éste publica en *La América* un elogioso y extenso artículo donde reseña los seis primeros números de la revista *El Folk-Lore Andaluz* y da a conocer la existencia de la sociedad de ese mismo nombre (Véase apéndice II, 1). Es el primer artículo que publica Olavarría sobre esta nueva ciencia y de su lectura se desprende que quedó entusiasmado con el contenido de la revista, pues encajaba de lleno en sus aficiones por las costumbres y leyendas populares.

«Partidarios decididos de todo cuanto en sí lleva el sello popular, convencidos, como estamos, de las inmensas ventajas que del estudio del Folk-lore pueden recabarse, saludamos desde nuestras columnas a los iniciadores del Folk-lore andaluz, ofreciéndoles nuestra humilde cooperación para todo aquello en que podamos ser útiles al objeto que persiguen».

El artículo de Olavarría en *La América* causó una grata impresión en la redacción de *El Folk-Lore Andaluz*. Era un aliciente muy grande que en una prestigiosa revista de Madrid apareciese una crítica tan favorable, y por eso, en el siguiente número de la revista de folclore

se menciona esa reseña y se agradece a su autor la deferencia¹⁷. Además, bueno era Machado, que estaba constantemente buscando colaboradores, para no tomar en cuenta el ofrecimiento de cooperación de Olavarría, y es seguro que hubo de escribirle una carta y que con ella comenzó la relación entre ambos. Una relación que va a ser muy fructífera para el folclore español y asturiano.

Las muestras de esta relación no tardarán en verse en *La América*. La primera fue la publicación el 8 de diciembre de 1882 de «las bases del Folk-lore español y el Reglamento del Folk-lore Andaluz, por si nuestros folk-loristas hispano-americanos quieren tomarle por modelo», y la segunda, el 8 de febrero de 1883, el inicio de una serie de artículos titulada: «Folk-Lore: Supersticiones populares», que Olavarría firma con su seudónimo de L. Giner Arivau (Véase apéndice II, 2). Esta serie se prolongará durante casi dos años y en ella publicó una nutrida colección de supersticiones. En ese primer artículo deja muy claro su interés en la ciencia folclórica:

«Lejos de nuestro animo tratar de colocar nuestro nombre, harto modesto, junto al de esos señores [Consiglieri Pedroso, Leite de Vasconcellos y Guichot] tan acreditados en la República de las letras populares; nunca fue tal nuestra intención, y no hemos de adornarnos con méritos de que carecemos en absoluto; pero aficionados en extremo a todo cuanto se refiere al pueblo, adoradores fervientes, ya que no sacerdotes, de la nueva ciencia, y persuadidos de que no hay esfuerzo inútil por pequeño que sea, no podemos resistir a la tentación de aportar nuestro grano de arena, allí donde se hacinan diariamente materiales de consideración. [...]. No se vea, pues, en la pequeña colección de supersticiones populares [...] otra cosa que un acto de nuestro entusiasmo por la idea folk-lorista».

Machado y Olavarría se conocerán en persona en septiembre de 1883, cuando el primero se traslada a vivir a Madrid. Machado tenía 37 años y Olavarría 30. El día 18 de ese mismo mes, Machado le escribe a su amigo Luis Montoto:

¹⁷ Este agradecimiento se incluyó en la sección «Noticias» que estaba a cargo de Alejandro Guichot, *El Folk-Lore Andaluz*, núm. 8, pág. 336.

«Olavarría, que es por la facha un *tío potrilla*, me ha parecido un excelente muchacho; sin saber por qué me ha dado lastima de él».

El 2 de octubre, dos semanas después de aquella primera carta, Machado vuelve a mencionar a Olavarría en otra misiva al mismo Montoto:

«Olavarría, muy bondadoso, repitiendo: ‘Usted tiene esperanzas; yo soy un fatalista’. Me parece este joven un apreciableísimo *potrilla*».

Machado vio a Olavarría como un hombre adulto con veleidades de joven¹⁸, buena persona y carácter pesimista, y esta primera impresión la seguirá manteniendo en años sucesivos. Por su parte, Olavarría debió de quedar fascinado con el optimismo de Machado, y un año después de conocerse lo describe en una reseña (Véase apéndice II, 4) con estas palabras:

«Inaccesible a la codicia, fuerte y enérgico para sufrir contrariedades, no desmaya jamás; no ha tenido todavía esas crisis de desfallecimiento que se presentan tantas veces en la vida de los que luchan. Optimista por naturaleza y por temperamento, ve sólo el lado bueno de las cosas. Cuando alguno lo ataca no piensa en las heridas que pueda haber sufrido; agradece el ataque, porque cree que sirve a la idea. «Me atacan –dice– pero al atacarme hablan de Folk-Lore y reconocen su importancia. *Va bueno*». A un hombre así, que por sacrificarlo todo sacrifica hasta su amor propio, no se le puede vencer» (*El Progreso*, 15 de octubre de 1884).

Olavarría se convirtió enseguida en el más estrecho colaborador de Machado en Madrid y en uno de sus amigos del alma. Estas dos personalidades tan diferentes mantuvieron en sus primeros meses de amistad una actividad frenética: se estrecharon la mano por primera vez en septiembre de 1883; en el mes de octubre ya hacían «excursiones folklóricas» a pie por pueblos de los alrededores de Madrid (Vallecas, Vicálvaro, Carabanchel, Aravaca), acompañados de Jacobo Laborda

¹⁸ Según el DRAE, el calificativo de «potrilla» se da a «los viejos que ostentan verdor y mocedad» o al «viejo que presume de joven».

López y Francisco Martín Arrúe¹⁹; el 27 de octubre, Olavarría es nombrado socio honorífico de la sociedad El Folk-Lore Andaluz; el 23 de noviembre constituyen la sociedad El Folk-Lore Castellano, en la que Olavarría será el secretario, y el 30 de diciembre se crea la sociedad El Folk-Lore de Toledo y su provincia, gracias a las relaciones que tenía Olavarría en esa ciudad y sobre todo con el que habría de ser su impulsor y secretario: Jerónimo Gallardo y de Font²⁰. Además, en estos últimos meses de 1883, Olavarría comienza a escribir un largo artículo sobre el folclore de Madrid que se publicará al año siguiente en la *Biblioteca de tradiciones populares españolas* y esto lo compagina con la publicación de numerosos artículos en la prensa madrileña. El 8 de mayo de 1884, en una carta dirigida a Luis Montoto, escribe Machado:

«Creo que conoces todos los articulillos que he escrito de los que no te he mandado ni tengo ejemplares; nada pierdes con no conocer los que no hayan llegado a tu noticia. *Todos son de batalla*. Te recomiendo las revistas de *La América* de Eugenio de Olavarría: instruidísimo como folklorista y muy fácil y fluido escribiendo, muy bondadoso, pero pesimista como socio del Folk-Lore en el que trabaja sin descanso, pues tiene una bonita biblioteca de costumbres de pueblos primitivos, etcétera».

Además, el mismo Olavarría le abrió a Machado las puertas de algunos periódicos y revistas de Madrid para que éste publicase sus artículos sobre folclore²¹. Por todo esto, Olavarría pasó a formar parte, junto a Alejandro Guichot (1859-1941) en Sevilla y Luís Romero en Fregenal de la Sierra (Badajoz), del grupo de amigos y colaboradores más fieles de Machado. Y así lo manifestará muchas veces en sus cartas. En una dirigida a Giuseppe Pitрэ, el 11 de abril de 1884, escribe:

¹⁹ Artículo de Antonio Machado Álvarez en *El Globo*, 3 de noviembre de 1883, en el que publica un «Cuestionario para el acopio de materiales del pueblo castellano» y carta de 7 de noviembre de 1883 a Giuseppe Pitрэ.

²⁰ IGNACIO CABELLO, «Folk-Lore de Toledo y su provincia. Una revista de regionalismo cultural», *Añil*, 28 (invierno 2004-2005), Centro de Estudios de Castilla La Mancha, págs. 88-92.

²¹ ALEJANDRO GUICHOT, *Noticia histórica del folklore*, pág. 181.

«Es una obra de gigantes [la de constituir las sociedades de Folk-Lore] por la capa de nieve que cubre el corazón de los españoles. ¡Qué egoísmo y cuánta superficialidad! Gracias que me acompañan en la empresa Alejandro Guichot, Luis Romero, Eugenio Olavarría y Emilia Pardo Bazán, a quienes yo llamo ‘los cuatro compañeros que van por el mundo’, los cuatro fundadores del Folk-Lore Español. Los demás no hacen nada».

A Sela Sampil, Machado le escribe el 21 de junio de 1884:

«Guichot, Luis Romero y Espinosa (Fregenal de la Sierra), Eugenio de Olavarría y yo somos uno para la cuestión de Folk-Lore. Puede dirigirse a ellos con toda confianza y cuando quiera».

En otra carta dirigida al mismo Sela Sampil, el 13 de junio de 1884, define a estos colaboradores: a Guichot lo califica de «ángel», de Luis Romero dice que «no tiene precio» y de Olavarría comenta:

«es también muy inteligente y muy bueno. No tiene otro defectillo sino que es poetilla, esto es, algo susceptible y levemente picajoso. Hay que mimarlo un poco».

A Pitрэ le escribe el 8 de febrero de 1885:

«[Alejandro Guichot] es un hermoso corazón capaz de todo sacrificio por lo que considera noble y bueno. Carece del *esprit* de Eugenio y de su facilidad para escribir; pero es todo un carácter».

Y al mismo Pitрэ le comenta el 10 de octubre de 1885 algo que da a entender que la relación entre Machado y Olavarría se ha ido enfriando:

«Eugenio Olavarría que, si bueno, por picajosillo y quisquilloso anda ahora muy retraído de mí, suponiendo todo lo contrario, que yo soy el que está retirado de él. Todo esto es *peccata minuta*, *futesse*, *petites misères de la vie*, *littleness*. Hay tanto que luchar para hacer algo bueno».

En la organización y funcionamiento de la sociedad El Folk-Lore Castellano Olavarría fue la persona clave. En las cartas de Machado queda claro que su creación fue un proyecto impulsado por Olavarría y él mismo. Olavarría era el secretario de la sociedad y Gaspar Núñez de Arce (1834-1903), político y escritor de moda en aquel tiempo, su

presidente. Esta política de nombrar a personas ilustres como presidentes de las sociedades folclóricas era idea de Machado, que consideraba que de este modo se prestigiaban estas asociaciones. La sociedad castellana agrupará a varias personalidades de renombre, pero para trabajar estaba Olavarría y poco más. Por ejemplo, la circular que se envió con los cuestionarios para la recogida de materiales folclóricos a curas, médicos y maestros de escuela de las dos Castillas la redactó íntegramente Olavarría, aunque la firmó el presidente²².

La relación de Olavarría con Machado hizo que aquél se dedicase también a la recogida de materiales folclóricos, compaginando a partir de septiembre de 1883 sus relatos literarios basados en leyendas populares con otros artículos dedicados al folclore. Los artículos sobre esta materia podemos clasificarlos en tres grupos:

1. Artículos de difusión de los estudios folclóricos, en los que predominan las reseñas de estudios y revistas. Olavarría publica entre 1883 y 1888 numerosos artículos en los que comenta estudios publicados sobre folclore español y europeo, así como revistas especializadas en esta materia. Son artículos que están en consonancia con la labor de propaganda que Machado se había propuesto y que había «impuesto» a sus colaboradores.

2. Artículos sobre supersticiones populares, que también se publican en revistas y diarios de gran tirada y tienen como fin dar a la luz materiales del saber popular. Como ya dijimos, el objetivo primordial de estos folcloristas era recolectar materiales y publicarlos. Olavarría publicará en *La América*, durante 1883 y 1884, una docena de artículos en los que recoge de manera sucinta unas novecientas supersticiones, todas ellas numeradas. En 1885 seleccionó las relacionadas con la medicina y las publicó con el título de «Supersticiones españolas de medicina popular» en *Archivio per lo studio delle tradizioni popolari*, la revista que editaba Pitre en Palermo. Este artículo

²² Carta de Antonio Machado a Luis Montoto, 9 de diciembre de 1883, en D. PINEDA NOVO (1993) pág. 31. La circular y los cuestionarios están publicados en *El Folk-Lore Frexnenese y Betico-Extremeño*, págs. 333-336.

lo acompañó de numerosas notas en las que señalaba las similitudes de estas creencias con otras recogidas en países de Europa o Asia. El mismo artículo volverá a publicarse en 1888 como apéndice a la traducción española, que hizo Machado, del libro *Medicina popular*, del folclorista escocés William George Black.

y 3. Los dos artículos extensos que publicó en la *Biblioteca de tradiciones populares españolas*: «El Folk-Lore de Madrid» y «Folk-Lore de Proaza», y un tercero que escribió en 1896 durante su estancia en la isla de La Palma sobre «Tradiciones Canarias», que nunca llegó a publicarse²³. El primero se publicó en 1884 en el tomo segundo de la *Biblioteca* y está formado por una colección de romances, frases, modismos, juegos infantiles, descripciones de fiestas y celebraciones, adivinanzas, etc. Se trata solamente de recoger materiales, que es, según dice el mismo Olavarría, «hoy por hoy, y sobre todo en España, donde nada se ha hecho antes de ahora, el objeto preferente del folk-lorista». Según él, los materiales están recogidos directamente del pueblo, «copiados los más de ellos a la viva voz, he procurado ceñirme todo lo posible a la manera de decir de mis interlocutores. El pueblo los ha dictado, y así salen a [la] luz». Los materiales se publican sin ordenar y con pocas notas. Es un trabajo de aficionado primerizo y él mismo se justifica:

«Hubiera querido presentarla [la colección] con algún aparato científico, formando un todo armónico, un conjunto proporcionado, un estudio completo del que pudiera deducirse alguna enseñanza; pero aun tenemos pocos datos para eso. Quizá más adelante haga ese trabajo detenido, que exige condiciones de que en la actualidad carezco» (*El Folk-Lore de Madrid*, 1884, pág. 9).

Olavarría tomó como modelo para su trabajo el volumen primero de la revista *Melusine* (1877), editada en París y dirigida por los folcloristas Eugène Rolland (1846-1909) y Henri Gaidoz (1842-1932).

²³ «Don Eugenio de Olavarría y Huarte, en una breve estancia allí, hizo el manuscrito de *Tradiciones de Canarias* (1896), con dibujos originales del señor Bardanova», ALEJANDRO GUICHOT, *Noticia histórica del folklore*, pág. 231. Véase también J. PÉREZ VIDAL, *Los estudios del Folklore canario* (1880-1980), pág. 28.

«Lo que han hecho [ellos] para el Folk-Lore de Francia, –escribe Olavarría– he querido yo hacer para el Folk-Lore de Madrid».

El segundo estudio extenso de Olavarría es el dedicado a Proaza, en Asturias. Fue publicado en 1886 en el volumen octavo de la *Biblioteca*, aunque como veremos más adelante la información fue recogida en 1884 a una criada que servía en su casa de Madrid, en la calle Jacometrezo, 65, 3.º izquierda. Es muy probable que Olavarría no hubiese estado nunca en Asturias y así se desprende de la lectura de este trabajo, donde todas las referencias a la región son transmitidas por la comunicante. Ya han pasado varios años desde su primer contacto con Machado y la publicación del estudio sobre Madrid, y en este tiempo Olavarría ha formado una apreciable biblioteca folclórica, ha leído mucho y está totalmente al día en esta materia, como puede deducirse por la bibliografía que cita en este segundo trabajo (Véase apéndice I). Su intención es la misma que en el artículo anterior: recoger materiales del folclore, pero en este caso sí se ha hecho un «trabajo detenido». Los materiales de Proaza se presentan ordenados en varios apartados que van precedidos de una introducción y se acompañan de muchas notas en las que se realiza un exhaustivo estudio comparativo. Olavarría ha madurado como folclorista y, sin duda, este trabajo es el primer estudio científico que se lleva a cabo sobre el folclore asturiano. El haber escrito y publicado este artículo fue un logro de su autor y, sobre todo, un empeño de su maestro y amigo Antonio Machado Álvarez.

Por la correspondencia de Machado con Sela Sampil conocemos todas las vicisitudes de este artículo sobre el folclore de Proaza. La historia se remonta a 1884, Machado quiere publicar en su *Biblioteca de tradiciones populares españolas* un estudio sobre el folclore asturiano y para ello intenta convencer a Sela de que recoja materiales en Santullano (Mieres), de donde éste era natural, y así le escribe el 17 de abril de 1884:

«Sería muy bueno que por el sencillo procedimiento de preguntar a esos aldeanos y a la gente de ese pueblo, con quien tiene confianza, fuera acopiando una especie de miscelánea de materiales que, sin genero de comentario alguno ni más que tomarlos con escrupulosa fidelidad, podrían

publicarse, bajo la denominación de *Folklore de Santullano*, en la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*».

Un mes mas tarde, el 16 de mayo, vuelve sobre lo mismo:

«Creo que para la miscelánea relativa al Fol-Lore de Santullano o de Langreo, etc., basta con unas ciento veinte cuartillas de la letra de usted, algo menos amplia que viene en esta carta»

Sin embargo, Sela no debió de mostrar mucho entusiasmo en ese encargo, y entonces Machado pensó en publicar una miscelánea de materiales asturianos recopilados por diferentes personas. El 13 de junio de 1884 le escribe:

«Espero con ansia la constitución de ese centro folklórico, para que inmediatamente le dediquemos un espacio en los tomos de nuestra Biblioteca, con el título de *Folk-Lore Asturiano: Miscelánea*. Tenemos el Interrogatorio de Secades²⁴; unas doscientas coplas de Proaza, recogidas por Olavarría a una criada suya; unos juegos infantiles, que me metió un tal Carlos Cíaño²⁵, de Villaviciosa (hoy creo que en La Habana); algún romance que me dará su amigo Juan Menéndez Pidal²⁶ y lo que usted me envíe. Ya tenemos, por tanto, materiales para comenzar».

Y el 25 de julio de 1884, después de constatar el fracaso de su proyecto de crear una sociedad de folclore en Asturias, escribe Machado a Sela:

²⁴ Se trata del Interrogatorio de «Saber popular. Folk-Lore asturiano» que el 1 de enero de 1884 le había remitido desde Oviedo Fermín Canella Secades y que Machado publicó en *El Folk-Lore Frexnense y Bético-Extremeño*, págs. 359-366.

²⁵ Carlos García Cíaño (1855-1925), natural de Villaviciosa, en Asturias, marchó en 1882 para la isla de Cuba donde vivió hasta su muerte. En La Habana se dedicó enteramente a la literatura y el periodismo. Escritor costumbrista en prosa y verso, escribió mucho en asturiano. C. SUÁREZ, *Escritores y artistas asturianos*, IV, págs. 69-70.

²⁶ Juan Menéndez Pidal (1858-1915) uno de los iniciadores de los estudios sobre el romancero asturiano. Fue el promotor de la creación en Madrid de la Sociedad Demológica Asturiana, de corta existencia. En 1885 publicó *Poesía popular: Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la Danza prima, esfoyazas y filandones, recogidos directamente de boca del pueblo, anotados y precedidos de un prólogo por...*, que citará Olavarría en su trabajo sobre Proaza.

«Unos tres o cuatro amigos despejados y de buena voluntad y los materiales que me envíen se publicarán con el título que ustedes quieran en la *Biblioteca*. [...] El bueno de Olavarría ha recogido ya de su criada unos preciosos romances y algunas interesantes supersticiones. Con ellas, lo que ustedes envíen y lo que dé [Juan] Menéndez Pidal y Balbín de Unquera²⁷, si lo creen aprovechable, podrá hacerse un delicioso *Folk-Lore de Asturias*, sin sabios».

El resultado final de todas estas solicitudes y empeños de Machado para contar con un artículo sobre el folclore asturiano en su *Biblioteca de las tradiciones populares españolas* fue la publicación en 1886, en el número ocho, de «Folk-lore de Proaza», escrito por Eugenio de Olavarría. De Asturias no llegó nada.

ROSA FERNÁNDEZ

Y LAS CRIADAS EN EL ESTUDIO DEL FOLCLORE

El objetivo de los folcloristas del siglo XIX era la recopilación de canciones, romances, leyendas, cuentos y todo tipo de testimonios de la cultura popular. Las bases de todas las sociedades de folclore son repetitivas en ese punto. El problema era cómo acceder a ese pueblo. Los folcloristas eran en su gran mayoría aficionados que ejercían profesiones liberales y que vivían en las ciudades, y, en general, no van a tener tiempo ni dinero para trasladarse al campo a tomar directamente del pueblo los materiales de su interés. En cambio, tenían muy próximo el mundo popular urbano y sobre todo tenían dentro de sus propias casas a las criadas, procedentes casi en su totalidad del campo o de «los barrios bajos de las grandes capitales» en los que esa cultura popular estaba muy viva.

Otros métodos empleados para recopilar información fueron el envío de cuestionarios y las «excursiones folclóricas». Los primeros fueron muy utilizados por los folcloristas europeos, quienes elaboraron

²⁷ Se refiere a Antonio Balbín de Unquera (1842-1919), periodista, escritor y muy vinculado al Centro Asturiano de Madrid; en esta ciudad participó en 1882 en la fundación de la Sociedad Demológica Asturiana, de la que fue su presidente.

cuestionarios generales para aplicar a un territorio o específicos sobre una materia determinada. Estos cuestionarios se enviaban a personas y profesionales que realizaban su trabajo en contacto con el «pueblo», como los curas, los médicos o los maestros. Machado promovió en sus revistas la publicación de estos cuestionarios, que eran muy prácticos para la recogida de materiales folclóricos. Para el estudio de la cultura popular asturiana se publicaron tres interrogatorios: uno, en 1882, por la Sociedad Demológica Asturiana²⁸; el ya citado de Fermín Canella que se publicó repetidas veces entre 1882 y 1900, y es el más completo de los tres²⁹, y otro de 1908 redactado por Rafael Altamira para «uso de los alumnos de Economía y de Historia del Derecho de la Universidad [de Oviedo]»³⁰. Este profesor participará en 1901 en la mayor encuesta de esta clase que se realizó en España, sobre costumbres de nacimiento, matrimonio y muerte, que fue promovida por Joaquín Costa y el Ateneo de Madrid y en la que participaron médicos, notarios, abogados y profesores universitarios vinculados a la Institución Libre de Enseñanza³¹.

Por último, estaban las excusiones folclóricas, que son lo que hoy llamaríamos trabajo de campo, que hacían directamente los folcloristas

²⁸ Apareció en *La Ilustración Cantábrica*, 18 de febrero de 1882, y en *El Folk-Lore Andaluz*, nº 2 (1882), págs. 47-48.

²⁹ La primera versión de «Saber popular (Folk-Lore asturiano)» se publicó en la *Revista de Asturias* en 1882; en 1884 apareció en varias publicaciones andaluzas, en la revista *El Folk-Lore Frexnense y Bético-Extremeño* y en un folleto de 11 págs. editado en Oviedo; en 1886 lo incluyó Canella en sus *Estudios asturianos: Cartafueyos d'Asturies*, págs. 124-138, y en 1900 aparece en el artículo firmado por Octavio Bellmont Traver y Fermín Canella Secades, «De vita et moribus... (Usos y costumbres asturianas)», en *Asturias*, tomo III, págs. 12-15.

³⁰ R. ALTAMIRA, *Interrogatorios de economía y costumbres jurídicas de Asturias*, Oviedo, 1908, 14 págs.

³¹ Las respuestas enviadas a esta encuesta desde Asturias están publicadas en *Costumbres de nacimiento, matrimonio y muerte en Asturias: Encuesta del Ateneo de Madrid, 1901-1902*, edición de J. López Álvarez y C. Lombardía Fernández, Gijón, Museo del Pueblo de Asturias, 1998, 144 págs. Sobre la historia de este encuesta véase C. LISÓN TOLOSANA, «Una gran encuesta de 1901-1902: Notas para la historia de la antropología social en España», en *Antropología social en España*, Madrid, Akal Editor, 1977, págs. 105-179.

trasladándose a pueblos y «barrios bajos» a entrevistar a vecinos. En las sociedades de folclore que fundó Machado había una Sección de Excursiones, y por las cartas que dirigió a Montoto y Pitрэ sabemos que cuando llegó a Madrid a fines de 1883 hizo algunas excursiones de esta clase por los pueblos de los alrededores, que le sirvieron para publicar en 1886 en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* «Apuntes para el Folk-Lore de Aravaca». El mismo Machado escribió un artículo en *El Progreso*, el 14 de septiembre de 1884, titulado «Excursiones folklóricas» en el que describe este método de trabajo y ofrece unas interesantes recomendaciones para su práctica. Por otra parte, Machado y los folcloristas tenían muy claro que el folclore o saber popular se podía estudiar en cualquier parte, y así lo transmite en este artículo de prensa:

«La primera idea que debe acompañar al folclorista que va de excursión es que, comprendiendo el Folk-Lore *toda la vida*, en todas partes en que haya gente del pueblo, hay Folk-Lore, y que *no hay, por tanto, excursión perdida*».

Siguiendo esta idea de que «en todas partes en que haya gente del pueblo, hay Folk-Lore», personas como Machado, que no tenían tiempo ni recursos para moverse más allá del extrarradio de las urbes, ni para hacer un trabajo de campo continuado, recurrirán con frecuencia a entrevistar a las criadas, que serán las informantes por excelencia de los folcloristas europeos del siglo XIX. Hay numerosos ejemplos de esta relación entre folclorista y criada. Uno muy conocido es el de Agatuzza Messia y el mencionado folclorista siciliano Giuseppe Pitрэ, quien de niño escuchó sus primeros cuentos a esta mujer, que estaba de criada en la casa de los Pitрэ en Palermo, y a ella recurrió años después para que se los volviese a contar. La descripción que hace de ella es muy significativa de la admiración y la relación que llegan a establecer los folcloristas con sus informantes:

«Tiene facilidad de palabra, domina la frase eficaz y narra de un modo atrayente, que nos permite adivinar su extraordinaria memoria y su ingenio surgido de la naturaleza. La Messia ya tiene setenta años, y es madre, abuela y bisabuela; de niña oyó de labios de su abuela una infinidad de cuentos e historias, que ésta a su vez había aprendido de la madre, quien por su parte las conocía a través de una abuela; tenía buena memoria, de

modo que no las olvidó jamás. Hay mujeres que han escuchado cientos de historias similares, pero que no recuerdan ninguna; las hay que, recordándolas, carecen de la gracia para contarlas. Entre sus compañeras del Borgo, barrio o, como dice el pueblo, *quartiere* de Palermo, ella gozaba de excelente reputación como narradora, y cuanto más se la escuchaba, más ganas daban de escucharla. [...]

Agatuzza Messia no sabe leer, pero sabe más cosas que nadie, y las repite con una propiedad lingüística que da gusto escucharla. Ésta es una de sus características, sobre la cual llamo la atención de mis lectores. Si el relato alude a un barco que sale de viaje, ella utiliza, sin darse cuenta o sin aparentarlo, frases y voces marineras que solo conocen los marineros o quienes tratan con la gente del mar [...] La Messia me vio nacer y me tuvo entre sus brazos: de ahí que yo haya podido recoger de sus labios las numerosas y bellas tradiciones que publico con su nombre. Ella le repitió al joven las historias que hace treinta años le había contado al niño; y sus narraciones no perdieron nada de su antigua gracia, franqueza y desenvoltura. Quien las lee no encuentra sino la palabra fría y desnuda; pero el relato de la Messia, más que en las palabras, consiste en el inquieto movimiento de los ojos, en el agitarse de los brazos, en los gestos de toda su persona, que se levanta, da vueltas por la habitación, se inclina, se incorpora, ya con voz débil, excitada, temerosa, dulce o estridente, evocando la voz de los personajes y las situaciones en que se hallan»³².

En España muchos folcloristas del siglo XIX utilizaron a las criadas para recabar información. Aguiló Fuster, recolector de romances populares catalanes, contó en Madrid en 1853 al marqués de Pidal que para obtener romances asturianos «había hurgado en la memoria de una sirvienta de Cangas de Tineo y había copiado de ella varios romances caballerescos que tienen sus similares en los valles pirenaicos»³³.

³² Citado por Italo Calvino, *Cuentos populares italianos*, págs. 28-29.

³³ M. Aguiló y Fuster es el autor de *Romancer popular de la terra catalana: cançons feudals cavalleresques / recullit y ordenat per ...*, Barcelona: Llibrerai d'Alvar Verdaguer, 1893, XXXII + 382 págs. La anécdota la cuenta el propio Aguiló y Fuster, y también R. Menéndez Pidal en *Romancero Hispánico*, Madrid: Espasa-Calpe, 1968², tomo II, págs. 280-281.

El mismo Machado Álvarez publicó nueve artículos sobre «el folklore de Ávila» en *El Progreso*, de Madrid, en los meses de abril y mayo de 1884, que dedica a Olavarría con el siguiente comentario:

«Querido amigo: Ud. lo sabe bien, un cambio de criada es, en casa de cualquiera de nosotros, un verdadero acontecimiento, una nueva mina de Folk-lore que nos apresuramos a explotar».

En el primer artículo de esta serie, publicado el 2 de abril de 1884, Machado Álvarez recoge de una manera muy gráfica el comienzo de su trabajo de recolector en casa:

¡Francisca! ¡Francisca!

¿Qué quiere Ud., señorito? Me decía la otra tarde mi criada, muchacha avilesa, que es a quien debo los datos y noticias que voy a copiarle.

Vamos, dime: ¿en tu pueblo no se canta alguna copla alusiva a Santa Teresa?

¡Ya lo creo!

Pues vaya, canta alguna.

Señorito, ¿quiere Ud. burlarse de mí? Tengo que hacer. Voy ahora a fregar los platos.

Déjate de platos, y dime algunas coplas.

Pero si yo no sé ninguna...

Vamos no seas tonta y repite la que estabas cantando esta tarde. ¿No te acuerdas? Aquella que comenzaba diciendo...

«Santa Teresita tiene...

Pero si esa ya la sabe Ud...

¡Que he de saberla! Si la supiera, no te la preguntaría. ¿Cómo sigue?

¡Qué cosas tiene Ud.! Dice:

«Santa Teresita tiene
una paloma al oído,
y yo quisiera tener
de mi amante el apellido»

Bueno: muy bien. ¡Ves cómo sabes coplas! Dime otra.

[...]

A estos artículos sobre Ávila se refiere Machado en una carta a Pitrrè, fechada en Madrid el 11 de abril de 1884:

«En cuanto a mí, no me es posible por ahora remitirle trabajo alguno [para publicar en la revista *Archivio per lo studio delle tradizioni popolari*], a menos que quiera insertar unos artículos sobre *Folk-Lore de Ávila*, los cuales tienen por general objeto probar de un modo positivo qué fácil es recoger materiales folklóricos cuando se tiene buena voluntad».

El mismo razonamiento le escribirá a Sela Sampil, el 17 de abril de 1884, en una carta donde le insiste, en este caso a un lego en estos asuntos, lo fácil que es con «buena voluntad» recoger materiales folclóricos y la necesidad de decir eso claramente para conseguir adeptos:

«Para demostrar de un modo práctico lo sencillo, fácil y hacedero de la obra, estoy publicando en *El Progreso* una serie de artículos titulados: *El Folklore de Ávila*, que pudieran titularse *Diálogos entre mi criada y yo*, y que creo conveniente reproducir en esa [provincia]».

Otro testimonio excepcional sobre el papel de las criadas en la difusión de la cultura popular es el de Federico García Lorca, quien en una conferencia que dictó sobre «Las nanas infantiles» el 13 de diciembre de 1928 en la Residencia de Estudiantes, en Madrid, dijo:

«Son las pobres mujeres las que dan a los hijos este pan melancólico y son ellas las que lo llevan a las casas ricas. El niño rico tiene la nana de la mujer pobre, que le da al mismo tiempo, en su cándida leche silvestre, la médula del país. Estas nodrizas, juntamente con las criadas y otras sirvientas más humildes, están realizando hace mucho tiempo la importantísima labor de llevar el romance, la canción y el cuento a las casas de los aristócratas y los burgueses. Los niños ricos saben de Gerineldo, de don Bernaldo, de Tamar, de los amantes de Teruel, gracias a estas admirables criadas y nodrizas que bajan de los montes o vienen a lo largo de nuestros ríos para darnos la primera lección de historia de España y poner en nuestra carne el sello áspero de la divisa ibérica: «Solo estás y solo vivirás»³⁴.

³⁴ FEDERICO GARCÍA LORCA, «Las nanas infantiles», *Obras Completas*, Madrid, Ed. Aguilar, 1963⁶, págs. 91-108.

No es por tanto nada extraño que Eugenio de Olavarría hubiese escrito su trabajo sobre el folclore de Proaza en 1886, únicamente con la información obtenida de una criada:

«La casualidad, madre de muchas obras y causa de muchos efectos, me puso en relación con una pobre lugareña de veintiocho años de edad, que hacía tres meses había venido de su pueblo, Proaza, pequeña aldea de la provincia de Oviedo, situada a unas tres leguas aproximadamente de la capital del Principado. Una noche en que salió el asunto á conversación, le pregunté si sabía algún cantar; me contestó, como el pueblo contesta siempre creyéndolo así él mismo, que no; la rogué que hiciera un esfuerzo de memoria, y por fin se acordó de uno. Detrás de este vino otro, y otro, y enredándose a modo de cerezas, en menos de tres horas me dijo 128 aquella noche. Tal fue el nacimiento de esta obrilla. Después de los cantares, con más confianza para responder ella y para preguntar yo, vinieron las leyendas, las tradiciones, los romances» (pág. 105).

El comienzo de la conversación entre el folclorista y la criada es el común en todos los casos. Ya vimos que Machado cuenta algo muy parecido con su criada abulense y esta situación ya se advertía en los cuestionarios para la recogida de tradiciones, costumbres y leyendas populares. El folclorista bretón Sébillot escribe al respecto en 1881:

«Ante todo, conviene no descorazonarse por las dificultades del principio: ocurre á menudo, que las personas á quienes nos dirigimos comienzan por contestarnos que nada saben y que en su país no hay leyendas, tradiciones, ni canciones antiguas; pero si, desentendiéndonos de esta respuesta, auxiliamos su memoria precisando lo que deseamos ó refiriendo nosotros mismos sucintamente alguna cosa, muy pronto vemos la inexactitud de aquella respuesta, y que, quien de buena fe declaraba no saber nada útil, es una mina inmensa de noticias curiosas»³⁵.

Más adelante el mismo Olavarría, siguiendo las normas del buen folclorista, nos da más noticias de esta criada asturiana. Se llamaba Rosa

³⁵ «Ensayo de cuestionario de Mr. Sébillot para recoger las tradiciones, costumbres y leyendas populares», traducido por Antonio Machado y Álvarez, *El Folk-Lore Andaluz*, pág. 30.

Fernández, era «de condición humilde, pues vino á servir a Madrid y sólo de lo que sirve se mantiene». Había dejado su pueblo un año y medio antes, y llevaba en Madrid solo tres meses. En cuanto a su instrucción, escribe:

«Conoce las letras y aún lee, pero muy mal, por lo cual puede creerse nula la influencia que directamente haya podido ejercer sobre sus recuerdos la lectura de obras escritas» (pág. 108).

Rosa Fernández fue una más de las muchas mujeres que marcharon de Asturias a servir a Madrid. Criadas y ayudas de cámara, cocineros y mozos de comedor, porteros y ordenanzas, cocheros, aguadores, serenos y mozos de cuerda, fueron oficios corrientes de los asturianos pobres en Madrid durante el siglo XIX³⁶. Rosa había nacido el 19 de octubre de 1858 y sus padres eran Javier Fernández y Vicenta Fernández Argame, «naturales y vecinos de Villanueva»³⁷. Este pueblo es la capital del pequeño concejo de Santo Adriano, que en aquella fecha tenía 70 vecinos y 280 habitantes. Hasta fines del siglo XIX la iglesia parroquial de San Román de Villanueva fue aneja o hijuela de la parroquia de San Vicente de Proaza, que dista de Villanueva dos kilómetros y es en los libros de esta parroquia donde está asentado el bautizo de nuestra informante. De todos modos, aunque Rosa era nacida en Villanueva, es muy probable que se hubiese criado en el concejo de Proaza y que por

³⁶ J. JIMÉNEZ MANCHA, *Asturianos en Madrid. Los oficios de las clases populares, siglos XVI-XX*, págs. 30-34.

³⁷ La partida de bautismo de Rosa Fernández dice: «Villanueva / Rosa. El día diez y nueve de octubre del año de mil ochocientos cincuenta y ocho yo el infrascrito Escusador de D. Juan González de los Salgueros, cura propio de San Vicente de Proaza y su hijuela de San Román de Villanueva, bautizé solemnemente una niña que nació en el mismo día, a la que se le puso por nombre Rosa, hija legítima y de legítimo matrimonio de Javier Fernández y Vicenta Fernández Argame, vecinos y naturales de Villanueva. Abuelos paternos Manuel Fernández, natural de Serandi, en la de Villamejín, y Francisca Menéndez, de Villanueva. Maternos Rodrigo Fernández Argame y María García Tuñón, de Villanueva. Fueron sus padrinos Francisco Alonso Matolina y Josefa Fernández, vecinos de Villanueva [...]». Archivo Histórico Diocesano de Oviedo, Parroquia de San Vicente de Proaza, Libro de Bautizados, 1855-1859, fol. 44 (Ref. 46.6.6)

ello le dijese a Olavarría que era proazeña. El motivo de este cambio de residencia seguramente tuvo que ver con la muerte de su madre, que ocurrió el 14 de febrero de 1860, «de enfermedad del parto», antes de que Rosa llegase a cumplir el año y medio de vida. La madre tenía 44 años de edad y a su muerte sólo «dejó una niña, la que se llama Rosa». Su padre debió de casarse de nuevo y es casi seguro que se trasladó a vivir a Proaza. En dos de los relatos que le contó Rosa a Olavarría menciona a una hermana (págs. 223 y 254) y en otro a su madre, que en realidad debía ser su madrastra (pág. 226).

Por otra parte, lo poco que conocemos de la familia de Rosa Fernández lo sabemos por los libros sacramentales, y en ellos se constata lo que escribió en 1886 Eugenio de Olavarría: Rosa pertenecía a una familia de campesinos pobres. Una hermana de su padre, Manuela Fernández, que murió el 14 de diciembre de 1858 con 50 años, aparece registrada como «viuda y pobre», y el párroco resalta: «No testó por ser pobre». También se clasifica como pobre a un hermano del abuelo materno, José Fernández Argame, que falleció el 23 de abril de 1866 con 70 años. Otra hermana del padre, Feliciano Fernández, murió de tisis el 8 de noviembre de 1871, con 53 años, y fue despedida con un modesto «funeral menor».

EPILOGO

No recuerdo donde leí por primera vez «Folk-Lore de Proaza». No sé si fue en la Biblioteca Pública de Oviedo, en la plaza de Porlier, o en Madrid, en la biblioteca del antiguo Instituto Miguel de Cervantes del CSIC, en la calle Medinaceli. Las dos siguen existiendo, pero ya no en esos lugares. El texto de Giner Arivau me causó una gran sorpresa, por una parte, el hecho de que toda la información saliese de una sola persona, una criada, y por otra, la erudición que empleaba el autor. No existía en toda la bibliografía sobre el folclore asturiano que yo había leído nada parecido. Me conmovió esa relación entre una criada asturiana y un folclorista madrileño, y cuando descubrí el domicilio donde se había gestado el artículo, en la calle Jacometrezo, fui hasta allí, con la poca fortuna de que la casa ya no existía y en su lugar solo había un solar. Desde aquella primera lectura he vuelto a

releerlo varias veces, he recomendado a menudo su lectura e incluso conseguí comprar el tomo correspondiente de la *Biblioteca de tradiciones populares españolas* donde se publicó en 1886. Hace poco me recordaba mi amigo Juan Carlos Villaverde Amieva que en los años noventa él me pidió un prólogo para editar en Alvízoras Llibros esta obra y que le contesté que no lo podía escribir porque no sabía prácticamente nada de Eugenio de Olavarría.

El tiempo abre y cierra puertas, y en estos últimos años se han publicado varios epistolarios de Antonio Machado Álvarez y también sus obras completas (tres tomos que suman dos mil novecientas páginas), y he tenido la suerte de conocer a Juan Jiménez Mancha, el cual me proporcionó mucha información sobre la actividad periodística de Eugenio de Olavarría, su hoja de servicios militares y su fotografía. Ahora, gracias a la biblioteca de la University of Connecticut, puede consultarse por Internet la colección completa de la *Biblioteca de tradiciones populares españolas* en la página web de Internet Archive³⁸. Todo ello me ha permitido conocer mejor a Olavarría y su obra, así como las vicisitudes que rodearon la publicación de «Folk-Lore de Proaza».

Por último, la preparación de este estudio preliminar me ha hecho ahondar en la figura de Antonio Machado Álvarez, una persona tenaz, culta, trabajadora, entusiasta, idealista, patriota, liberal, modesta, generosa, simpática y europeísta. Mi admiración por él, como puede apreciarse, es muy grande, la lectura de sus cartas y artículos me ha proporcionado mucha luz, y por eso quiero terminar este texto dedicándolo a su memoria.

³⁸ <http://www.archive.org/search.php?query=Folk-lore%2oespa%C3%B1ol>.

BIBLIOGRAFÍA

BALTANÁS, Enrique y Salvador RODRÍGUEZ BECERRA, «La herencia rechazada: Antonio Machado y Álvarez y el clima intelectual del 98», *Revista de Antropología Social*, 7 (1998), págs. 215-229.

BALTANÁS, Enrique, «El folklore como empresa europea y proyecto nacional en el siglo XIX: cuarenta y ocho cartas inéditas de Antonio Machado y Álvarez a Giuseppe Pitre (más un artículo desconocido de Demófilo)», *Demófilo: Revista de cultura tradicional*, 33-34 (2000), págs. 221-296.

BALTANÁS, Enrique, «Cartas de Antonio Machado y Álvarez, Demófilo, a Manuel Martínez Murguía», *Demófilo: Revista de cultura tradicional*, tercera época, 1 (2002), págs. 71-70.

BALTANÁS, Enrique, «Cartas de Antonio Machado y Álvarez, 'Demófilo', a Gumersindo Laverde Ruiz (1879-1881)», *Pasajes: Homenaje a Christian Wentzlaff-Eggebert*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2004, págs. 161-171.

BLAS VEGA, José y Eugenio COBO, «Estudio preliminar» a la edición facsimilar de *El Folk-Lore Andaluz: Órgano de la sociedad de este nombre*, Madrid, Ed. Tres-catorce-dieciséis, 1981, págs. v-XLV.

CALVINO, Italo, *Cuentos populares italianos*, Madrid: Ed. Siruela, 1998³, 292 págs.

GIBSON, Ian, *Ligero de equipaje: La vida de Antonio Machado*, Madrid, Aguilar, 2006, 760 págs.

GÓMEZ APARICIO, Pedro, *Historia del periodismo español*, Madrid, Editora Nacional, 1967-1981, 4 vols.

GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, Pablo, *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2003, 376 págs.

GUICHOT Y SIERRA, Alejandro, *Noticia histórica del folklore: Orígenes en todos los países hasta 1890. Desarrollo en España hasta 1921*, Sevilla: 1922, 250 págs.

JIMÉNEZ MANCHA, Juan, *Asturianos en Madrid: Los oficios de las clases populares, siglos XVI-XX*, Gijón: Muséu del Pueblu d'Asturies, 2007, 300 págs.

LÓPEZ ÁLVAREZ, Juaco, «Clarín, los campesinos y *El Folk-Lore Asturiano*», en *Clarín y su tiempo*, Oviedo, 2001, págs. 57-76.

MACHADO Y ÁLVAREZ, Antonio, *Obras completas*, edición e introducción de Enrique Baltanás, Sevilla, Diputación de Sevilla-Fundación Machado, 2005, 3 tomos, XCI + 2.905 págs.

NOMBELA, Julio, *Impresiones y recuerdos*, Madrid, Tebas, 1976 (1.^a ed. 1909-1911), 1.070 págs.

ORTIZ GARCÍA, Carmen y Luis Ángel SÁNCHEZ GÓMEZ, *Diccionario histórico de la antropología española*, Madrid, CSIC, 1994, 760 págs.

PÉREZ DE CASTRO, José Luis, «Don Aniceto Sela como fundador de El Folklore Asturiano», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 27 (1971), págs. 49-79.

PÉREZ DE CASTRO, José Luis, «Los estudios de folklore en Asturias», en *Folklore de Asturias*, Salinas, Ayalga Ediciones, 1983, 74 págs.

PÉREZ VIDAL, José, *Los estudios de folklore canario (1880-1980)*, Madrid: Instituto Canario de Etnografía y Folklore, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas y Ministerio de Cultura, 1982.

PINEDA NOVO, Daniel, *Antonio Machado y Álvarez «Demofilo»: Vida y obra del primer flamencólogo español*, Madrid, Cinterco, 1991, 344 págs.

PINEDA NOVO, Daniel, «Cartas inéditas de Antonio Machado y Álvarez, *Demófilo*», *El Folk-Lore Andaluz: Revista de cultura tradicional*, 10 (1993), págs. 15-89.

SUÁREZ, Constantino, *Escritores y artistas asturianos*, tomo IV, Oviedo: IDEA, 1955, 636 págs.

VIGÓN, Braulio, *Folklore del mar, juegos infantiles, poesía popular y otros estudios asturianos*, prólogos de Emilio Marcos Vallaure y Ana María Vigón, Oviedo, Biblioteca Popular Asturiana, 1980, XLIX + 342 págs.

Notas al *Folk-Lore de Proaza*

por JESÚS SUÁREZ LÓPEZ
(*Muséu del Pueblu d'Asturies*)

F*olk-lore de Proaza* es una obra singular por cuanto que la totalidad de los materiales folklóricos en ella reunidos procede de la memoria de una sola persona: «una proazeña de veintiocho años, llamada Rosa Fernández, de condición humilde», que se encontraba sirviendo en Madrid cuando Eugenio de Olavarría la conoció en 1884. Después de una primera toma de contacto, en la que Rosa Fernández fue desgranando un notable repertorio de canciones populares, Olavarría fue orientando sus pesquisas hacia otros géneros del folklore y poco a poco comenzaron a fluir las leyendas, los cuentos, los romances y un variado muestrario de creencias y supersticiones que, en su conjunto, constituyen el corpus de esta obra. En cuanto al método de recolección y edición de los materiales folklóricos, Olavarría trata de seguir escrupulosamente «los preceptos de los más sabios maestros de la ciencia del Folk-Lore», entre los que sin duda se encontraba su amigo y maestro Antonio Machado y Álvarez:

«Respecto a mi parte en esta obra, me he ceñido, siguiendo los preceptos de los más sabios maestros en la ciencia del Folk-Lore, a copiar estrictamente lo que ella me dictaba, tratando de conservar sus mismas palabras y su dicción confusa en muchas ocasiones» (pág. 109).

A día de hoy, resulta evidente que la fidelidad propugnada en la recolección y edición de los relatos orales responde más a una declaración

de intenciones por parte del compilador que a una realidad *de facto*; ya que resulta técnicamente imposible reproducir con exactitud el discurso hablado de las narraciones orales sin la mediación de una grabación sonora, cosa que todavía no era posible en 1884. En este sentido, cabe atribuir un mayor grado de fidelidad a la transcripción de los romances y cantares (por ser composiciones versificadas que dotan de mayor fijeza a la expresión verbal) que a las leyendas, cuentos y supersticiones (narraciones en prosa de estructura y formulación variable) que Olavarría recoge en esta obra. Sin embargo, y a pesar de la imposibilidad de llevar a la práctica este *desideratum* de fidelidad al relato oral en todos sus extremos, existe al menos el compromiso expreso de no mixtificación, no recreación y no invención, de modo que el conjunto de textos editado por Olavarría responde plenamente a los postulados de Machado y Álvarez y constituye un buen exponente del tipo de investigación folklórica que éste trató de institucionalizar en España.

Para la ordenación de los materiales recogidos, y a falta de obras próximas de referencia, Olavarría habrá de servirse de su experiencia como autor de «El Folk-Lore de Madrid» (1884) y de su propia intuición como investigador de campo:

«He agrupado por su esencia estos materiales, pero sin que yo crea que esta ordenación, en mi concepto necesaria, pueda ser una clasificación ni mucho menos. Por último, cuando he podido establecer alguna concordancia o escribir alguna nota, lo he hecho, porque creo que en el Folk-Lore más que en otra ciencia, ninguna observación, ninguna idea deben perderse, por humilde que sea el que la exponga» (pág. 109).

Así, divide su obra en seis apartados: Leyendas, Tradiciones, Romances, Cuentos, Creencias y supersticiones y Cantares, cada uno de ellos precedido de un breve proemio (salvo el apartado dedicado a los romances que carece de él), en el que trata de definir las características esenciales de los géneros establecidos. La primera dificultad con que se topa Olavarría es la de deslindar con precisión los límites entre la leyenda, la tradición y el cuento:

«Es la leyenda, en mi concepto, un relato que hace el pueblo de un hecho natural o maravilloso al que presta crédito, con raras excepciones,

pero en cuyo apoyo no puede aducir como en la tradición, un testimonio material. [...] No tiene la leyenda el grado de exactitud de la tradición y aún del cuento, el tono de voz con que la narra el pueblo es menos seguro. Y es que aquí está la distinción, aquí está la diferencia: el pueblo cuenta el cuento sabiendo que lo que va a decir no ha pasado nunca, burlándose de la candidez de los niños que admiten como verídico el relato; cuenta la tradición sabiendo que lo que dice ha sucedido porque él ha visto la huella material que dejó la tradición en una piedra, en un monumento, en una imagen; la leyenda, género intermedio entre el cuento y la tradición, la cree porque se la han contado y puede ser verdad, no porque él haya visto nada de ella» (págs. 113-114).

Hoy día, y en aras de una mayor precisión taxonómica, quizá deberíamos suprimir el concepto de «tradición», que en rigor se correspondería con la leyenda religiosa (puesto que así se podrían clasificar los cuatro relatos acerca de «La Magdalena», «La Virgen del Camino», «La Virgen del Cébrano» y «Santa Lucía», que el autor reúne en el apartado de «Tradiciones»), y desplazar la «leyenda» al lugar que le corresponde en cuanto a su grado de veracidad; es decir, al grado máximo que, según Olavarría, correspondería a la «tradición». De este modo, y de acuerdo con la definición más comunmente aceptada, una leyenda oral y tradicional sería una narración breve cuyo contenido «tiene elementos sorprendentes, sobrenaturales o difícilmente explicables desde un punto de vista empírico, pero se percibe como posible (e incluso a veces como real, auténtico y hasta experimentado en persona). Sus personajes suelen ser conocidos, antepasados o vecinos más o menos próximos, o tienen por lo menos alguna relación con la historia del entorno local del narrador»¹. Y a tal efecto, podemos comprobar cómo muchos de los relatos que Olavarría incluye en el apartado de «Creencias y supersticiones» son, en realidad, leyendas. Así, por ejemplo, los relatos que ilustran las creencias sobre el «diaño burlón» (núms. 2, 3, 5), el «nubeiro» (núms. 7 y 11), las «xanas» (núm. 16), las brujas (núms. 19 y 22), la comunión sacrílega (núm. 28)

¹ Para la definición de «leyenda» y otros géneros asociados véase José Manuel PEDROSA, «Leyenda», «Cuento», «Mito», en *Enciclopedia Universal Multimedia*, Madrid, Micronet, 1995-2009.

y el mal de ojo (núms. 114, 117, 118) son referidos por la informante como sucesos que tuvieron lugar en Proaza (núms. 2, 7, 16, 19, 114, 118), en Santa Rosa de Mieres (núm. 22), en Pola de Lena (núm. 28) y en La Corredoria (117). E incluso algunos de ellos se narran como sucesos ocurridos a familiares directos o presenciados por ellos: el abuelo de la informante (núm. 3), un tío de la informante (núm. 4), la madre de la informante (núm. 10); el padre de la informante (118) y hasta experimentados en persona (núm. 5). Asimismo, se incluyen en este apartado de «Creencias y supersticiones» algunos otros relatos clasificables como leyendas cosmogónicas, así los referidos al origen de las manchas de la luna (núm. 133), a la Vía Láctea (núm. 135) y al arco iris (núms. 139-140), o como leyendas etiológicas: las referidas a la esterilidad de la mula (núm. 77), al parto indoloro de la burra (núm. 78), a la bendición de la golondrina (núm. 80) o a la rana que cambió su cola por los ojos del topo (núm. 84).

El porqué de este trasvase de relatos de la categoría de «Leyendas», que sería su ubicación natural, al apartado de «Supersticiones y creencias» se trasluce de la importancia que el autor concede a unas y otras en el aprovechamiento científico de los materiales recogidos:

«Narración más novelesca que histórica o maravillosa, la parte trascendental y realmente científica del Folk-Lore no sacará gran provecho de la leyenda, cuyo lugar está más cerca del cuento y el cantar que de la superstición y la costumbre» (pág. 114).

«Si en su parte más fundamental y seria –digámoslo así– el Folk-Lore es, como algunos quieren que sea, una especie de Arqueología prehistórica, ciencia completamente investigadora, y por medio de la cual tras muchos trabajos y prolijos estudios, llegamos a reconstituir las edades que pasaron y las civilizaciones que desaparecieron sin dejar de sí otra huella que los recuerdos populares adulterados por el tiempo; si el Folk-Lore en su aspecto trascendental ha de ser el estudio del hombre que fue, considerado por lo que de él queda en el hombre actual; es indudable que la superstición y la creencia son los materiales más puros, más importantes y al tiempo más genuinos del Folk-Lore» (pág. 209).

Siendo así, no resulta extraño que el autor trate de engrosar aquel campo que le merece mayor crédito y al que estima una mayor pro-

yección para la recién estrenada ciencia del Folk-Lore, aún a costa de dejar prácticamente vacío de contenido el apartado de «Leyendas» (representado únicamente por cuatro leyendas ejemplarizantes de tema religioso y un cuento popular de raíz medieval), que, contrariamente a lo que Olavarría pensaba, acabaría por convertirse en uno de los campos más fecundos y productivos de la investigación folklórica.

Por otra parte, e independientemente de que la adscripción de determinados relatos a una u otra categoría haya sido realizada de manera más o menos consciente o interesada, cabe preguntarse el efecto que la preferencia por parte del recolector hacia una u otra categoría de relatos puede tener sobre la propia informante y sobre la obra en su conjunto. A este respecto, llama la atención el hecho de que la categoría de «Cuentos» aparezca representada únicamente por tres «cuentos maravillosos», curiosamente el tipo de cuentos que los estudios pioneros del cuento folklórico, desde las tesis indoeuropeistas expuestas por los hermanos Grimm en sus *Kinder-und Hausmärchen* [*Cuentos de los niños y del hogar*] (1812-1815), consideraban como un reflejo de concepciones míticas, ritos y costumbres originados en los primeros estadios de civilización del hombre:

«En este sentido el cuento es como un vasto panteón, como un curioso archivo en que el pueblo va amontonando sus ideas, sus sensaciones, sus temores, sus esperanzas. Y de aquí el gran valor que tiene el cuento considerado como expresión de la cultura popular; perdidas y como enterradas en él, igual que los fósiles en una capa geológica, se descubren supersticiones pasadas, vestigios de costumbres dadas al olvido, noticias de ceremonias que ya no son» (págs. 172-173).

Y es, probablemente, por influencia de esta orientación «arqueológica» por la que no se recogen en esta obra «cuentos de animales» ni ninguna otra clase de cuentos folklóricos ordinarios: «de matrimonios», «de hombres listos y tontos», «de muchachas y mujeres», «de sátira anticlerical», «de oficios y otros estados», etc., que sin duda circulaban oralmente en la Proaza del siglo XIX y de los que nuestra informante habría podido referir, a poca insistencia por parte del recolector, un variado y nutrido repertorio. Tampoco hay en esta obra un apartado específico para las oraciones populares, que solo aparecen representa-

das por la oración a Santa Bárbara contra las tormentas (núm. 13), la bendición de los campos (núm. 42) y un ensalmo para la curación de los orzuelos (núm. 121), dentro del apartado de «Creencias y supersticiones». Del mismo modo, se intercalan a lo largo de este apartado algunos refranes sueltos (núms. 34, 48, 50, 105, 130, 132, 140, 154), que por su escaso número no permiten la creación de un apartado específico.

Además de los relatos y narraciones en prosa, el *Folk-Lore de Proaza* dedica un apartado al Romancero, curiosamente el único que carece de preámbulo, donde se incluyen siete romances dictados por la informante proazeña. El primero de ellos, que Olavarría titula «El cautivo», corresponde al romance tradicional que actualmente se conoce bajo el título de «El moro cautivo», contaminado con secuencias de otro romance que en su versión autónoma recibe el título de «Flérída y don Duardos», ambos con rima asonante (í-a). El segundo romance de este apartado se presenta sin título y es una versión fragmentaria del romance tradicional que actualmente se conoce como «Una fatal ocasión» y del que Juan Menéndez Pidal había publicado cuatro diferentes versiones bajo el título de «Venganza de honor» en su *Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones* (1885). El tercero, al que Olavarría da el título de «Rosabella», es un romance vulgar tradicionalizado que se corresponde con el publicado por Menéndez Pidal en su *Colección de los viejos romances...* con el título de «Palabras de casamiento» y al que actualmente se conoce como «El difunto penitente». La suposición expresada por Olavarría de que al texto de este romance le faltan algunos versos es errónea por cuanto que el cotejo con otras versiones asturianas demuestra que su sentido está completo sin falta de los versos postulados por el colector. El cuarto romance, que lleva por título «La zagala», es un romance religioso conocido hoy día como «La cabrera devota elevada al cielo» y figura también en la *Colección* de Juan Menéndez Pidal bajo el título de «La pastorcilla», donde se reproduce la versión recogida por Amador de los Ríos en *Avalle* (Parres), entre 1860 y 1865. El quinto es un romance religioso que lleva por título «El marinero» y, como bien observa el colector, es versión más completa

que la publicada por Agustín Durán en su *Romancero General* (1849) a través de la memoria de Pedro José Pidal Carneado (1799-1865), quien la había aprendido durante su niñez en Villaviciosa, donde nació y vivió hasta 1814. Respecto del texto publicado por Olavarría cabe advertir que presenta una errata en el octosílabo número 15, pues donde dice: «El agua la entrego a Dios», debería decir: «El alma la entrego a Dios». Actualmente se conoce bajo el título de «Marinero al agua». El sexto, que Olavarría titula escuetamente «San Antonio» es un romance estrófico de pliego, memorizado a partir de un texto impreso y sin más variantes que el olvido o la incompreensión del modelo, y que actualmente se conoce con el título de «San Antonio libera a su padre de la horca». El séptimo y último es otro romance de pliego sobre el atentado que causó la muerte al general Prim, perpetrado en Madrid, en la calle del Turco, el 27 de diciembre de 1870, y que seguramente hubo de componerse al calor de los hechos.

El último apartado de la obra está dedicado a los «Cantares» y en él se recoge un centenar de cuartetas populares que es el resultado de la selección realizada por Olavarría entre las 200 canciones que Rosa Fernández le dictó en tan solo tres días. Entre las «justísimas exigencias editoriales» que Olavarría esgrime para justificar la edición parcial de las mismas cabe suponer una limitación de espacio o bien cabe pensar en que quizá algunas de esas coplas tuvieran un contenido procaz, indecoroso o moralmente reprochable que desaconsejase su edición. En cualquier caso, lo que sí parece claro es que la importancia que el colector concedía a este tipo de producciones era menor que el de los otros apartados del libro:

«El alcance de la copla y su importancia en el Folk-lore, si grande para darnos el hombre tal cual es, no lo es tanto como la superstición o el cuento que nos ofrecen al hombre tal cual fue en épocas lejanísimas de su historia» (pág. 279).

Queda claro, a través de éste y otros comentarios del autor que la perspectiva que prima en Olavarría a la hora de acopiar y seleccionar los materiales folklóricos que conforman esta obra es eminentemente arqueológica, ya que para él el folklore no es la expresión de la sabidu-

ría y el sentir de un pueblo en el momento presente, sino una especie de «psicología prehistórica» que estudia las ideas y sentimientos atávicos, «fossilizados y conservados inconscientemente en el alma y en el cerebro de los pueblos». En consecuencia con esta valoración historicista del folklore, el colector tratará de documentar solamente aquellos materiales que a su juicio constituyen «supervivencias» de concepciones, creencias y ritos del pasado, sin interesarse por la interpretación que sus depositarios y transmisores hacen de los mismos ni por la función que estos elementos cumplen en el contexto de la sociedad campesina asturiana. En cualquier caso, e independientemente de las inclinaciones apriorísticas de Olavarría, cualquier indagación en ese sentido sería imposible de llevar a la práctica en las circunstancias en que fue recopilado el *Folk-Lore de Proaza*, cosa que tampoco se le escapaba al autor de la obra:

«Para poder escribir el Folk-Lore de un pueblo, es preciso reunir el concurso de muchos colectores, agrupar los informes de gran número de individuos, comprobar noticias, compulsar datos, recogerlos sobre el terreno, porque el terreno influye en gran manera sobre las producciones populares, y muchas tradiciones, muchas creencias que fuera del sitio en que nacieron nos parecen absurdas y vacías de sentido, tienen allí la razón de su existencia, en virtud de ese enlace inexplicable que existe entre la obra producida y el medio ambiente. Fuera de estas condiciones es una quimera pretender escribir el Folk-Lore de un pueblo, por pequeño e insignificante que este pueblo nos parezca» (págs. 106-107).

Afortunadamente, sería imposible encerrar la tradición folklórica de Proaza —o de cualquier otro lugar— en las páginas de un libro. Pero creemos, en todo caso, que la conciencia de lo mucho que falta queda compensada ante lo mucho de bueno que hay en esta obra, y que, por encima de las limitaciones y condicionamientos de la labor de recopilación realizada por Olavarría, nos ofrece una elocuente muestra de las creencias y costumbres del concejo de Proaza y de la mentalidad de una campesina asturiana de finales del siglo XIX.

EDICIÓN FACSIMILAR

CONTRIBUCIÓN AL FOLK-LORE DE ASTURIAS

FOLK-LORE DE PROAZA

NOTAS Y APUNTES RECOGIDOS Y ORDENADOS

POR

L. GINER ARIVAU

Dos palabras nada más, y esas para explicar el título dado al presente opúsculo y su publicación. Reconocido como está por todos los folkloristas europeos la necesidad de recoger materiales para luego estudiarlos y poder deducir de su estudio algunas consecuencias provechosas para la nueva ciencia del Folk-Lore en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, la publicación de estas páginas se explica por sí sola. Son unos cuantos datos que aporto al vasto hacinamiento del que luego ha de salir la obra maravillosa; creencias, leyendas, tradiciones, cuentos, costumbres que diariamente se modifican, desnaturalizándose, que acabarán por desaparecer en breve plazo ante la ola inmensa de los tiempos modernos, y que guardan en sí algún resto, algún fósil perdido de otros estados de civilización que la historia se olvidó quizá de registrar en sus anales. Considerados desde este punto de vista, su importancia es inmensa. La formulilla desprovista de sentido, la superstición

muchas veces absurda, el cuento las más de ellas incompleto, encierran quizá una noticia importante, un dato que pueda ser base de una hipótesis más ó menos fundada y positiva; y mientras una ceremonia que casi pasa inadvertida en el conjunto de una fiesta nos dice lo que ese pueblo creía hace muchos siglos, la copla que hoy canta al pie de la reja en que su amada le escucha, ó lejos de su villa natal, nos dicen cómo ama, cómo odia, lo que espera, lo que teme.

Creyéndolo así, y dentro de este orden de ideas, no hay material folklórico que no sea en alto grado interesante. La tradición, precisa y determinada, igual que la leyenda vaga y como diluida en las nieblas de lo imaginativo popular; la creación maravillosa hija de una situación de ánimo en el pueblo que la venera, y la que, producto de una causa física, debe su origen á un efecto de luz, á un pliegue del terreno, al resonar del trueno en el barranco, al caer del agua en la cascada, al suspirar del viento entre el follaje ó al rielar de la luna sobre las ondas del lago. Todo interesa, todo debe ser escrupulosamente recogido para ser luego detenidamente estudiado. En todo ello hay algo del pueblo á quien pertenece y que lo creó sacándolo como Dios, muchas veces de la nada.

La casualidad, madre de muchas obras y causa

de muchos efectos, me puso en relación con una pobre lugareña de unos veintiocho años de edad, que hacía tres meses había venido de su pueblo, Proaza, pequeña aldea de la provincia de Oviedo, situada á unas tres leguas próximamente de la capital del Principado. Una noche en que salió el asunto á conversación, le pregunté si sabía algún cantar; me contestó, como el pueblo contesta siempre creyéndolo así él mismo, que no; la rogué que hiciera un esfuerzo de memoria, y por fin se acordó de uno. Detrás de éste vino otro, y otro, y enredándose á modo de cerezas, en menos de tres horas me dijo 128 aquella noche. Tal fué el nacimiento de esta obrilla. Después de los cantares, con más confianza para responder ella y para preguntar yo, vinieron las leyendas, las tradiciones, los romances, y por último, esa colección de notas sueltas que puede agruparse bajo el título genérico de *Miscelánea*. Como es natural, en esta rebusca de materiales lo más difícil de recoger y provocar, por razón de su misma índole, son las supersticiones. Y es que las supersticiones están tan encarnadas en el sentir del pueblo, que las considera como cosa propia de que no puede desprenderse en modo alguno; son verdades que no admiten duda; tocar á ellas es malo. Por eso las que se recogen son provocadas sin querer, de un modo que no

puede sujetarse á reglas; deben ser sorprendidas en la conversación, en las prácticas usuales de la vida, sin que, fuera de algunos casos especiales, pueda provocarse su aparición en los labios del hombre ó la mujer del pueblo; á veces vienen como síntesis de un *sucedido* (1), á veces también como fundamento de una práctica (2) ó asunto de una leyenda (3).

Ahora bien; ¿qué hacer con estos materiales? Nada más lejos de mi ánimo que pensar que pueden constituir el Folk-Lore de Proaza; son, sí, elementos folklóricos de la tradición proazeña, pero no son todo su Folk-Lore. Para poder escribir el Folk-Lore de un pueblo, es preciso reunir el concurso de muchos colectores, agrupar los informes de gran número de individuos, comprobar noticias, compulsar datos, recogerlos sobre el terreno, porque el terreno influye en gran manera sobre las producciones populares, y muchas tradiciones, muchas creencias que fuera del sitio en que nacieron nos parecen absurdas y vacías de sentido, tienen allí la razón de su existencia, en virtud de ese enlace inexplicable que existe entre la obra producida, el elemento productor y el medio ambiente. Fuera de estas con-

(1) Superstición 27 de esta misma colección.

(2) Supersticiones 41, 81, etc.

(3) Superstición 77, etc.

diciones es una quimera pretender escribir el Folk-Lore de un pueblo, por pequeño é insignificante que este pueblo nos parezca.

Sin embargo, no por pensar así del alcance y determinación de toda obra que aspire á ser representación genuina del modo de ser de un pueblo y de sus facultades imaginativas, no por eso deben condenarse al olvido los materiales recogidos, que si son escasos desde el punto de vista del conjunto, son valiosos si se les considera aisladamente y sólo por lo que son en sí, y pueden servir de base á otros investigadores que se hallen en mejores condiciones para proseguir la obra de investigación, y como noticias de interés para los que estudian el Folk-Lore de otros pueblos buscando concordancias entre los diversos materiales que llegan á su noticia.

No me hago, pues, ilusiones sobre la importancia y significación de la obra que hoy emprendo. Como no constituye el Folk-Lore de Proaza, lo doy solo como Folk-Lore, quitando al título, con el artículo, todo lo que pudiera tomarse como pretencioso alarde de conocimientos, que desgraciadamente no poseo sobre el asunto. Tal como están coleccionados mis materiales forman no más que una *contribución* al Folk-Lore de Astúrias, y como tal *contribución* la presento á los folkloristas, sin más pretensio-

nes que la de que vean en ella un poco de buena voluntad y afición á los estudios folklóricos, á los cuales reconozco una gran importancia y auguro hermoso y envidiable porvenir. Creo apreciar en su verdadero valor los datos y noticias que siguen á esta ya larga y enojosa introducción. Si me equivoco al apreciarlos, que será por cortedad de inteligencia, considérese la obra como yo la he pensado, ya que no como la he llevado á efecto.

Y ahora una simple advertencia, útil para los folkloristas, si de poco ó ningún interés para los profanos.

La persona de quien tengo estos materiales es una proazeña de veintiocho años, llamada Rosa Fernández, de condición humilde, pues vino á servir á Madrid y sólo de lo que sirve se mantiene. Dejó el pueblo hace apenas año y medio, y sólo llevaba tres meses en la corte cuando me proporcionó las noticias é informes que forman estas páginas. Conoce las letras y aun lee, pero muy mal, por lo cual puede creerse nula la influencia que directamente haya podido ejercer sobre sus recuerdos la lectura de obras escritas.

Respecto á mi parte en esta obra, me he ceñido, siguiendo los preceptos de los más sabios maestros en la ciencia del Folk-Lore, á copiar estrictamente lo que ella me dictaba, tratando de conservar sus mismas palabras y su dicción, confusa en muchas ocasiones. He agrupado por su esencia estos materiales, pero sin que yo crea que esta ordenación, en mi concepto necesaria, pueda ser una clasificación ni mucho menos. Por último, cuando he podido establecer alguna concordancia ó escribir alguna nota, lo he hecho, porque creo que en el Folk-Lore más que en otra ciencia, ninguna observación, ninguna idea deben perderse, por humilde que sea el que la exponga.

Por esto mismo, breves consideraciones preceden á cada una de las agrupaciones en que he dividido los materiales proazeños, y en ellas trato de explicar lo que pienso de cada una de esas partes de la ciencia folklórica, cosa menos inoportuna de lo que alguien se puede figurar hoy que, iniciada por los folkloristas ingleses, agítase en la nueva ciencia el pensamiento de señalar de una manera fija y determinada la extensión que ha de alcanzar su estudio y los límites dentro de los cuales ha de encerrarse su esfera de observación.

LEYENDAS

Difícil es determinar el verdadero carácter de la leyenda, y los poco acostumbrados á su estudio de fijo encontrarán poca diferencia entre la leyenda y la tradición. La diferencia, sin embargo, existe, y no es tarea imposible marcar la línea divisoria que separa ambas producciones populares,

Es la *leyenda*, en mi concepto, un relato que hace el pueblo de un hecho natural ó maravilloso al que presta crédito, con raras excepciones, pero en cuyo apoyo no puede aducir, como en la tradición, un testimonio material. El campo en que se mueve la leyenda es vasto; comprende todos los lugares, todas las épocas y todas las personas, sin fijarse con más preferencia en unas que en otras. Mientras la tradición se ciñe á un lugar determinado, á una época dada, á tal ó cual persona cuyo nombre ó condición ha conservado, la leyenda es vaga, indecisa, envuelve su asunto como en una niebla que, cubriéndolo todo, parece como que lo presenta á más distancia; se ven menos los contornos, las figuras aparecen en ella como esfumadas y un tanto borrosas. No tiene la leyenda el grado de exactitud de la tradición y aun del cuento; el tono de voz con que la narra el pueblo es menos seguro. Y es que aquí está la distinción, aquí está la diferencia:

el pueblo cuenta el cuento sabiendo que lo que va á decir no ha pasado nunca, burlándose de la candidez de los niños que admiten como cierto y verídico el relato; cuenta la tradición sabiendo que lo que dice ha sucedido, porque él ha visto la huella material que dejó la tradición en una piedra, en un monumento, en una imagen; la leyenda, género intermedio entre el cuento y la tradición, la cree porque se la han contado y puede ser verdad, no porque él haya visto nada de ella. Sin salirnos de los materiales que tenemos á mano, *Bernabé* es un cuento, porque lo que le ocurrió á Bernabé no le ocurre nunca á nadie; la *Virgen del Camino* es una tradición, y todavía ve el pueblo el arca que fué objeto del milagro; *La novia del cura* es una leyenda, y nada ha dejado tras sí; pudo ocurrir, y hay quien dice que ocurrió. ¿Cuándo? ¿Á quién? ¿Dónde? Se ignora.

De aquí que de todas las producciones populares sea la leyenda la que más se presta á recibir las galas literarias y, por lo mismo, esté más cerca de figurar entre lo puramente imaginativo popular que otros elementos recogidos por el *Folk-Lore*. Pocos cuentos admiten la forma literaria; no todas las tradiciones se prestan á este adorno; todas las leyendas pueden recibirle en cambio. Narración más novelesca que histórica ó maravillosa, la parte trascendental y realmente científica del *Folk-Lore* no sacará gran provecho de la leyenda, cuyo lugar está más cerca del cuento, y el cantar que de la superstición y la costumbre. Hay que tener en cuenta, no obstante, que muchas veces la leyenda tiene por base una superstición (como sucede en la que tituló *La procesión de almas en*

pena), y en este caso, si no por sí, al menos por el elemento que la forma, es altamente interesante. Fuera de este caso, es un relato novelesco, es el cuento perfeccionado para oídos más inteligentes y menos candorosos que los oídos de las criaturas. El cuento, salvo raras excepciones, no entretiene á los adultos á quienes deja suspensos una leyenda. Toda la exageración, toda la chocarrería, todo lo vulgar del cuento se elimina de la leyenda. Tienen de común el elemento maravilloso, pero los separa la manera de apreciarlo. Nada en la leyenda de ogros ni gigantes que se comen lo niños crudos. Las figuras, aunque vagas aún, son más proporcionadas. Al cielo de los dioses y los monstruos sucede el cielo de los héroes, que han dejado de ser divinidades, pero que no son hombres todavía. Un paso más, y los hombres, los verdaderos hombres, aparecerán en la tradición.



I

LA NOVIA DEL CURA

Una vez era un cura joven que vivía con su madre en un pueblo y tenían una criada muy bonita. El sacerdote la sedujo y la dejó embarazada. Su madre se enteró de lo que ocurría, y una mañana, mientras la criada estaba en la fuente, cogió á su hijo y empezó á hacerle cargos por lo que había hecho con la joven.

—¿No sabes—le decía—lo que has hecho? ¿No sabes que la joven que *peca* con un sacerdote va al infierno, como no sea que en este mundo muera abrasada en el fuego? ¿Cómo, por hacer tu gusto, has consentido que esa muchacha se pierda en este mundo y en el otro?—

En esto había venido la joven de la fuente y estaba oyendo cuanto hablaban la madre y el hijo. Fuéronse éstos á la iglesia donde se celebraba una gran función, y apenas se marcharon, la pobre chica metió en el horno una gran carga de leña que acababan de traer, y cuando acabó de hacerlo, llamó á una chica de la vecindad y la dió un collar de

cinco vueltas de coral porque pusiese la tapa y cerrase el horno cuando ella entrase en él, como lo hizo en seguida, prendiendo fuego á la leña luego que estuvo ya encerrada.

Cuando acabó la función en la iglesia, vinieron el cura y su madre y se extrañaron mucho de no ver la leña que apilada había quedado en el zaguán. También les chocó no ver por allí á la criada, y empezaron á preguntar por ella á los vecinos, con lo cual vino la muchacha que había cerrado el horno y contó lo que sabía, que no era mucho. Previendo una desgracia, fueron todos al horno, y lo primero trataron de destaparle, pero con gran sorpresa notaron que ninguno podía arrancar la tapa por más esfuerzos que hacían para ello.

Entonces fué el cura, y sin gran fuerza pudo abrir el horno, que estaba ardiendo; pero apenas se abrió, salió de él una palomita blanca que se perdió en el aire y desapareció en el cielo.

Era el alma de la pobre muchacha redimida de su culpa por la penitencia que ella misma se había impuesto en este mundo para evitar los castigos que la aguardaban en el otro.

El pueblo es un gran poeta. Descúbrese en él rasgos de sentimiento y de ternura que no se ven sino rara vez en poetas que se citan como modelo de poesía. Tal es el rasgo final de esta leyenda; esa representación por una paloma blanca del alma purificada por el fuego, y más todavía que por el fuego, por el

remordimiento que habia borrado en ella la mancha de la culpa. Esta figura es común á la poesía popular de todos los países. El alma de los buenos es una paloma blanca que sube y se remonta hasta el cielo; el alma de los malvados es, por lo general, un cuervo, ave agorera, emblema de dolor ó mensagero de desdichas, un cuervo negro como la endrina que se eleva también y desaparece, no en lo alto, no entre las nubes, sino tras las brumas del horizonte, para desde allí descender al infierno donde la esperan sus hermanas. En el precioso prefacio á sus *Chants populaires du Nord*, X. Marmier ha notado la frecuencia con que aparece en la poesía popular esta representación simbólica de las almas buenas y dignas de premio, y las almas malas merecedoras de castigo; y que lo mismo puede registrarse en las baladas finlandesas traducidas por dicho señor, que en los cuentos alemanes recogidos por Grimm, en los cantos bretones del *Barzaz-Breiz* y en las leyendas evangélicas.

II

LA PROCESIÓN DE ALMAS EN PENA

Es cosa añeja, y de todo el mundo sabida, que á las doce de la noche sale á la calle todo lo malo, y que, si no quieren tener un mal encuentro, todas las gentes de bien deben retirarse antes de esa hora. En apoyo de esta creencia es bueno fijar en la memoria lo que le sucedió en Proaza á una buena vieja, que no pecaba sino de curiosa.

Vivía en dicho pueblo esa mujer y tenía por costumbre pasarse la noche hilando hasta las doce en que dejaba su tarea y se ponía á la ventana, donde pasaba un buen rato curioseando lo poco que á tales horas se veía. Una noche se puso, como siempre, á una ventana que daba al campo. Estaba muy oscuro, y seguía ella mirando atentamente á ver si veía algo que picaba su curiosidad, cuando vió muy lejos una extraña procesión de luces encendidas que iban recorriendo el campo, sin que se viera quién las llevaba. Muy asustada la vieja iba á retirarse, pero la curiosidad pudo más que ella y siguió mirando, hasta que observó que venían hacia la casa, donde no tardaron en llegar, y cuando estuvieron allí, al pie de la ventana, se adelantó un hacha, y una voz que parecía salir de ella dijo á la vieja que la tomase y la guardara cuidadosamente, pues á la noche inmediata volverían las demás á buscarla y se la había de dar. Sin saber qué hacer ni qué decir, la mujer curiosa tomó el hacha y la guardó en el baúl, acostándose después de esto muy preocupada, por lo cual no pudo ya ni cerrar los ojos en toda aquella noche.

Al otro día, apenas amaneció, fué á abrir el baúl para reconocer el cirio; pero al hacerlo dió un grito espantoso: el cirio se había convertido en un difunto.

Corrió como una loca á la iglesia y se lo dijo todo al cura, que la regañó mucho por su curiosidad, diciéndola que no tenía para qué mirar al campo

á aquellas horas en que andan por los caminos las almas en pena, á quien Dios señala el mundo como lugar de penitencia, porque no todas están en el purgatorio. Para que saliera del mal paso en que con su imprudencia se había metido la dió muchas reliquias y la dijo que las tuviera consigo, pues si no, á la noche, cuando volvieran las luces se la llevarían detrás de ellas. Así lo hizo la pobre vieja y á la misma hora que el día antes ya estaba ella á la ventana para cumplir el encargo de las luces. Vinieron éstas, y una de ellas se adelantó y la pidió el cirio que la habían entregado. Ella fué temblando al baúl, le abrió, y vió que se había vuelto á transformar en cirio. Le cogió y se lo dió á las luces, y al dárselo sintió que una mano que abrasaba la cogía del brazo, y que una voz muy enfadada la decía:

—Si no fuera por lo que tienes encima de tí te convertiríamos en fuego y ceniza.—

Después de esto, las luces desaparecieron, y la vieja no volvió ya ninguna noche á mirar lo que pasaba por el campo á esas horas tan avanzadas.

La misma historia con los mismos incidentes, y salvo las variaciones naturalmente introducidas en ella por la diversidad de lugares, me ha sido referida en Madrid como pasada en la corte. Aquí se trata de una mujer muy curiosa que se asomaba al ventanillo en cuanto oía pasos en la escalera á cualquier hora de la noche. Una vez se asomó y vió á un fraile que ba-

jaba de un cuarto de arriba: llevaba en la mano un pedazo de vela encendida y se la dió, encargándola que la guardase. Al otro día la vela se había convertido en una mano de niño. Acudió la curiosa al confesor y éste la dió igual remedio que el cura de Proaza, gracias al cual salió del apuro, no sin recibir una amonestación del cura para que fuese menos curiosa en lo sucesivo.

La idea de que no se debe salir ni andar por la calle después de anochecer, es común en la superstición popular. Todas las personas supersticiosas saben que barriendo una casa de noche salen las brujas; que la persona que se mira en un espejo, siendo de noche, ve en él la cara del demonio. La luz del día hace huir los espíritus malignos que celebran de noche sus misteriosos conciliábulos; ángel de las tinieblas se llama el demonio, en oposición á los ángeles de luz mensajeros y servidores de Dios. Una frase popular dice:

Por no ver visiones
me acuesto á las oraciones.

Como acontecido en un pueblo de la provincia de Madrid me han contado el caso de una mujer que antes que amaneciera oyó tocar á misa; salió á la calle, y después de mucho andar llegó á una iglesia en que oyó una misa muy extraña, pues al cabo resultó que todos los que la oían, y lo mismo el oficiante y los acólitos eran fantasmas. De noche se aparecen á los vivos las almas de los muertos; de noche saltan y bullen por todas partes los seres sobrenaturales ó los animales fantásticos. Y en este largo espacio de horas hay una, sobre todo, consagrada á los espíritus del mal, un momento más que otro alguno solemnisimo el momento de media noche, ese lapso imperceptible que lo mismo pertenece al día que muere que al que nace. A esa hora invocan al demonio los que solicitan

su auxilio; á esa hora se cogen las plantas maravillosas y se hacen los conjuros en la velada de San Juan; á esa misma hora, en la noche de Navidad, tiene lugar la *tregua de Dios*, en que todas las almas condenadas encuentran un punto de reposo.

III

LOS PADRES Y LOS HIJOS

Por más daño que quiera hacer un hijo á su padre, nunca lo podrá matar; si alguno llega á conseguir esto es que no era un verdadero hijo, aunque pasase como tal; es que su nacimiento guarda el secreto de un crimen.

Todo el mundo sabe esto; pero si alguno lo ignorase no tiene más que preguntar lo que pasó en Proaza entre un padre y un hijo que se llevaban muy mal, tanto que una vez se dijeron tales insultos que quedaron desafiados para matarse al otro día. Por la noche cogió el padre á su mujer, y encerrándose con ella en un cuarto, la dijo que si había tenido algún desliz de joven y podía abrigar la sospecha de que el joven no era hijo de él, que se lo dijera y se lo perdonaría, porque en este caso no se atrevería él á ponerse enfrente del joven; pero que si no era así no le traía con cuidado, porque su hijo no le mataría. Ella juró y per-

juró que no tenía nada de qué arrepentirse, y al otro día, cuando ya el viejo y el joven estaban apuntándose con las pistolas, el hijo, á quien tocaba tirar primero, disparó al aire diciendo:

—No puedo tirar contra usted, padre.
Y allí mismo hicieron las paces los dos.

¡Encantadora leyenda! El legislador antiguo no impuso pena al parricidio, porque no comprendía la existencia de tal delito: lo mismo hace el pueblo. Y ante la realidad de los hechos, prefiere echar una mancha sobre el honor de la madre que no confesar esa aberración de la naturaleza. Nada parecido he visto hasta ahora en la literatura popular de otros países, pero por sí sola esta leyenda acredita el sentimiento exquisito de un pueblo.

IV

LOS APARECIDOS

Pocas, y aun esas de ninguna novedad, son las historias de aparecidos referidas por la Rosa. En todas ellas vuelven los muertos á la vida con los pretextos tan sabidos de los que conocen, aunque sea á la ligera, la literatura popular. La mayor parte de los *difuntos*—así los llaman—vienen á pedir oraciones que abrevien los sufrimientos que pasan en la otra vida; á encargar el pago de alguna promesa que la muerte

no les dejó tiempo de cumplir; á veces también vienen á cumplir ellos mismos sobre la tierra la penitencia que les ha sido impuesta por el Juez inapelable. La forma que afectan es generalmente la de sombras que remedan el cuerpo que fué su envoltura material durante su vida. Se aparecen sólo á aquellas personas á quienes creen fuertes para resistir las emociones que su presencia repentina ha de causar. En algunos casos no se dejan ver, y sólo se anuncian por la voz; en otros—aunque son los menos—revisten formas de animales; en otros, por fin, denuncia su llegada una humareda que se levanta sobre el lugar en que está enterrado su cuerpo. Su aparición, sin embargo, es funesta generalmente para aquellos á quienes favorece. En una porción de historias de aparecidos que tengo recogidas, el alma en pena se despide dando una bofetada á la persona que cumple lo que el *difunto* la mandó. En casi todas, dicha persona muere antes del año. ¿Por qué esto? No lo sé. Hay una creencia extendidísima en el mundo, según la cual el que ve un aparecido muere pronto; creencia que no se comprende á qué orden de ideas puede referirse.

1. Un joven de veintisiete años que vivía junto á la casa de la que narra el suceso, se murió. Un amigo suyo, que mayaba lino, volvía una noche muy triste. Venía de espadar, y notó que una higuera que había cerca de la casa en que vivió su amigo se movía, aunque no hiciera mucho viento. No prestó gran atención á ello, hasta que una noche, *dale, dale*, notó que se movía más. Era más tarde que los otros días. Alzó los ojos y vió amortajado á su amigo y puesto encima de la higuera.

Dió un paso atrás, aunque era muy valiente, y el aparecido le dijo:

—Ramón, ¿me tienes miedo?

—No. Dime de parte de Dios qué quieres.

—Que me digan las misas gregoriales.

Se las dijeron, en efecto, y no volvió á aparecer. Su amigo murió antes de cumplirse un año del día en que tuvo la aparición.

2. Otro vecino se murió, y á poco empezó su mujer á decir que veía á su marido en todas partes, y á dar gritos que ponían en conmoción la vecindad. De noche le veía ella sola en la cocina. Venían los vecinos á estar con ella y no veían nada, pero la mujer le seguía viendo. Se avisó al cura, éste conjuró al difunto en nombre de Dios mandándole que dijese lo que quería, y entonces el difunto pidió que se dijeran unas misas que él había prometido decir, sin cumplirlo, y como se las dijeran en seguida, no volvió á presentarse á la mujer ni á ninguna otra persona.

3. Murió un día una señora muy rica, pero que era muy mala para los pobres. No había uno que llamase á su puerta y no se fuese con una mala razón en vez de la limosna que pedía. La comida que sobraba, porque era una casa muy grande, hacía que delante de ella la echasen los criados á los cerdos para evitar así que se la dieran á algún pobre.

A poco de morir se vió que á la hora de dar de comer á los animales se aparecía, sin saber de dónde, una marrana que se echaba sobre los restos de comida y desaparecía luego, sin que nadie pudiera decir dónde se metía. Trataban los criados de echarla de allí á palos, pero nada conseguían, tanto que ya se lo dijeron á su amo, que era el hijo de la difunta. Picada ya la curiosidad de éste fué un día á verla, y al notar la presencia de la marrana empezó también á pegarla, pero de pronto, vió que ésta levantaba la cabeza y oyó una voz humana que salía de su cuerpo y le decía:

—No me pegues, que soy tu madre.—

Hízose atrás muy espantado el mozo, y la voz le siguió diciendo:

—Sí, soy tu madre, á quien Dios, en castigo á haber mandado tantas veces que se echase la comida á los cerdos antes de dársela á un pobre, ha condenado á venir en esta forma al mundo todos los días y comer con los animales hasta pagar el delito que cometí tan despiadadamente.—

Al mozo le dió una congoja tal que por poco se muere, mandó llamar al cura para que dijese muchas misas por su madre, dió orden á los criados de que no tocasen á la marrana aquella si volvía, y redobló su caridad—porque era muy caritativo—con los pobres, rogando á todos que rezasen por el alma de su madre.

Desde aquel día, sin embargo, no volvió á verse en la casa al animal.

V

LOS CASTIGADOS

En Grao, concejo de Trubia, durante un día de Carnaval, estaban bailando unos enmascarados y pasó el viático por donde ellos bailaban; pero tan engolfados estaban en su diversión que no quisieron parar el baile ni quitarse la careta, aunque alguno de los que *acompañaban á Dios* (1) les increpó por que no lo hacían.

Así siguieron un gran rato, y cuando quisieron detenerse no les fué posible. Quedaron bailando durante una porción de días sin poderse quitar la careta del rostro, y se volvieron todos negros.

Esta leyenda es una de las más extendidas en el mundo de lo imaginativo popular. Muchas veces con los mismos detalles, variando otras solamente en la fiesta que los bailarines celebraban y el acto religioso que parecieron desdeñar, repítese en varias localidades de un mismo país, y aun en países diferentes. Un precioso libro, *Les fêtes légendaires*, trae el relato como acaecido á unos cuantos hombres y muje-

(1) *Acompañar á Dios* fig. *acompañar el Viático*.

res que bailaban desenfrenadamente durante la Noche Buena, á la hora en que se celebraba la Misa del Gallo. El cura que oficiaba excomulgó á los pecadores, y éstos siguieron bailando y cantando sin tregua ni reposo durante un año entero. *Et pendant le temps de cette étrange penitence, ils ne reçurent ni pluie ni rosée, ils n'eurent ni faim ni fatigue, ils n'usèrent ni leurs vêtements ni leurs chaussures.* Un obispo que pasó por el sitio en que ellos penaban les alzó la excomuni6n. *Quelquesuns moururent, d'autres dormirent trente nuits de suite sans s'éveiller, et plusieurs conserverent un tremblement nerveux comme dans la danse de Saint-Guy* (1).

Respecto al hecho de volverse negros, es castigo común en la tradición popular, á lo menos en España, dato interesante para el folk-lore de los colores. El negro es para el pueblo el color propio de los condenados; negro se representa al demonio, y se le llama *ángel de las tinieblas* en contraposición á los espíritus luminosos á quienes se les da el nombre de ángeles de luz. De aquí que, para el pueblo, volverse uno negro es representar gráficamente su condenación eterna. En Toledo, y en uno de los pasos de la procesión de Semana Santa, se ve á un niño negro de talla: según cuentan las madres á sus hijos cuando la escultura pasa delante de ellas, aquel niño era un mal hijo que levantó la mano á su madre, y Dios le castigó haciendo que se volviera negro como el carbón en un instante, de blanco y rubio que era antes de cometer su falta. Los que durante su vida venden su alma al diablo, quedan negros en el momento de su muerte, y negros van á la sepultura. Al mismo Satanás se le representa muchas veces en forma de niño negro: así aparece en algunos cuadros que pintan *la Tentación de San Antonio*.

(1) Amadée de Ponthieu, *Les fêtes légendaires*, página 2.

TRADICIONES

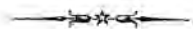
De la leyenda pasamos á la tradición: hénos ya en terreno más conocido y firme, que no se desmorona bajo nuestra planta ni desaparece de nuestra vista envuelto entre la niebla. Mientras la leyenda es, como hemos dicho más arriba, algo vago, algo impalpable, fruto quizá de la fantasía sobrescitada por cualquier fenómeno natural, la tradición es algo verdadero, algo positivo, que tiene siempre una base en qué apoyarse, un fundamento sobre el cual establecerse. De aquí que la tradición pueda ser fuente de la historia, porque muchas veces no es otra cosa que la verdad adulterada; mientras la leyenda no puede ser nunca sino un producto de la facultad imaginativa de un pueblo. Raspando sobre la tradición, se llega á un hecho; raspando sobre la leyenda, se llega á la fantasía.

Este carácter peculiar á la tradición, que de tal modo la separa de la leyenda, resalta en los elementos de ambas producciones populares. La leyenda, refiriéndose, por lo general, á seres puramente imaginarios, no deja nada tras sí, ningún testimonio de la verdad de lo que dice. La tradición, por el contrario, habiendo sido en su origen un hecho histórico verdadero, no desaparece sin dejarnos algo que sirva de sólida base á nuestras afirmaciones. Ya

es un personaje perfectamente conocido, ya una imagen milagrosa, ya una ciudad edificada en poco tiempo, ya un palacio levantado como por magia ó destruído como por encantamiento. Los personajes que figuran en la leyenda son menos individualidades que abstracciones; los que figuran en la tradición, por el contrario, están tomados de la historia, han sido copiados de la realidad. El tiempo, que no pasa en balde, ha adulterado sus rasgos, dando proporción desmesurada á sus facciones, agrandando ó empequeñeciendo su carácter, pero en el fondo son los mismos, y aplicándoles el análisis se reconoce siempre en ellos tal ó cual figura histórica, tal ó cual personaje que ha vivido, dejando parte de su vida en esa tradición que á veces nos parece incomprensible, porque no comprendemos ya la época que resucita.

Y esta diferencia entre los hechos narrados y los personajes que en ellas juegan, subsiste en todos sus elementos. En la leyenda lo maravilloso es lo esencial; de lo maravilloso toma vida la acción: en la tradición lo maravilloso es puramente accidental, á veces hasta prescinde de elemento tan valioso. Y cuando no prescinde de él, cuando aparece bañada en la luz de lo sobrenatural, el elemento, digámoslo así, divino, extraño á la realidad, sufre la misma alteración que las demás partes de la narración. Así como los personajes se alejan de la fábula para acercarse al mundo real, así también el elemento maravilloso se acerca cuanto puede á lo posible y se torna en elemento milagroso. El pueblo que idea leyendas anima la naturaleza con su soplo vivificante, puebla la fuente de ninfas, el bosque de sátiros, el lago de ondinas,

el espacio de hadas benéficas ó malvadas, que reparten el bien ó el mal según su naturaleza. El pueblo que cree en las tradiciones, ha dejado de ser pagano, y reconócese en él la influencia del cristianismo: no cree ya en génius bienhechores ó enemigos, pero cree en ángeles y diablos que dejan el cielo ó el infierno para ayudarle ó perderle. La Virgen y los santos sustituyen á las hadas buenas; Satanás y los demonios ocupan el lugar que antes llenaban las hadas malas; y en cambio de aquellos seres volubles y caprichosos, pero llenos de gracia y poesía, tiene ahora que habérsela con brujas, duendes y sortilegios y hechicerías, lúgubres y sombríos. Como sucede en la leyenda, la naturaleza trastorna sus leyes y altera sus movimientos; pero es dentro de los límites de lo posible, en la creencia cristiana, por que hay que tener en cuenta que el pueblo que inventa tradiciones, no cree ya en maravillas, pero admite el milagro como dogma indiscutible de su fe. De aquí una diferencia más marcada: la tradición puede ser leyenda; la leyenda no es nunca tradición.



I

LA MAGDALENA

Fuera de Proaza, cerca ya de Oviedo, y en un monte á distancia de unas dos leguas y media, sobre una peña cortada casi á pico (1), se apareció una vez, hace muchos años, una imagen de la Magdalena. Los fieles que se la encontraron creyeron que no era aquel sitio digno de una santa tan famosa, y que tuvo la dicha de conocer al Redentor, así que la llevaron en procesión solemne á un pequeño llano que hay más arriba, y al cual se llega subiendo una cuesta muy empinada. Pero al otro día la imagen no estaba allí: había vuelto milagrosamente al lugar de su primera aparición. Para ver si era este un deseo manifestado por la santa, volvieron á bajarla al llano y volvió la imagen á abandonarle. Tres veces se repitió el hecho extraordi-

(1) Una vez por todas, bueno será repetir, aunque ya se ha indicado en el prólogo, que en la imposibilidad de comprobar estas noticias geográfico-topográficas, las doy tales y como me fueron comunicadas, sin responder de las ligeras alteraciones que el tiempo hubiera podido hacer en los recuerdos de la comunicante.

nario. Reconocida ser la voluntad de la imagen el que sus devotos la adorasen en tan incómodo lugar, la dejaron en él, edificando allí una ermita en la cual se la venera todavía.

La cuesta á cuyo extremo está la ermita se llama de la Llovera, la gente va á ella *de promesa*, es decir, para cumplir un voto hecho á la santa en alguna situación apurada ó difícil. El que va á verla siete años seguidos tiene siete años de perdón en el otro mundo. El camino es muy expuesto, y aquí está principalmente el mérito de la peregrinación. Las mozas solteras, que todo lo convierten en sustancia, piden á la Magdalena novio, y creen que la antigua pecadora, á quien eligen como patrona, favorece á los enamorados que imploran su auxilio y oye propicia el voto de las muchachas casaderas. Cerca de la ermita, al pie de ella, crecen unos cardos, que por esta razón se llaman *cardos de la Magdalena*, y se dan á las vacas y demás animales cuando se ponen enfermos, creyendo que éstos se curan por el mérito especial que da á la planta su proximidad á la ermita.

Durante la ascensión de la cuesta los romeros cantan coplas, en algunas de las cuales hacen transparentes alusiones á los méritos y virtudes que reconocen en la milagrosa imagen de la santa enamorada de Jesús.

La bendita *Madalena*
tié la ermita muy arriba;

no puedo subir á verla,
la santa me lo reciba.

La cuesta de la Llovera,
mi Dios, ¿quién la subirá?
las *mociñas* de { Proaza
 { mi tierra
con mucha seguridad.

La cuesta de la Llovera
tengo 'subirla garbosa
por ver la santa reliquia
de la *Madalena* hermosa.

La cuesta de la Llovera
tengo 'subirla mañana,
tengo 'subirla soltera
y bajarla de casada.

Dicen que la *Madalena*
guía á los enamorados,
ella será santa y buena
pero á mí no me ha guiado.

Respecto al hecho fundamental de la tradición, es decir, al empeño manifestado por la imagen para que se la edificase su ermita en el mismo lugar de su apa-

II

LA VIRGEN DEL CAMINO

A media legua de León hay una ermita en la cual se venera la *Virgen del Camino*, imagen muy milagrosa y á la cual acuden en romería los aldeanos de alrededor, y los vecinos de Proaza. En esta ermita se conserva un arca muy antigua, que es objeto de una curiosa tradición.

Estaba cautivo en Morería un cristiano devoto de la Virgen, y cuando llegó la fiesta de su santa patrona, deseó asistir á la romería y para ello pidió á su amo que le dejase ir á su tierra, ofreciéndole volver pasado ese día y constituirse nuevamente cautivo. Su amo, como era infiel y como temía que no volviera, le dijo que no lo dejaba ir, y entonces el cristiano le contestó que como su Virgen quisiera, iría contra todo. La víspera de la fiesta el moro, para burlarse del cristiano, le encerró en un arca, lió ésta con una gruesa cadena de hierro y se sentó encima diciendo en són de burla:— ¡A ver qué hace ahora tu Virgen!— Pero tan de veras le pidió el cautivo á la madre de Jesús que hiciera un milagro, que aquella misma noche fué el arca, con moro y cautivo, trasportada milagrosamente cerca de la ermita. Al otro día al amanecer

cer despertó el moro, que se había quedado dormido sobre el arca, y oyó las campanas y dijo:— ¿Qué es esto?—Y el cautivo le contestó muy alegre:—¡Que mi Virgen me ha oído y que estamos en mi tierra!—El moro se hizo bautizar y murió santo. Allí se ven todavía el arca y la cadena, que es de hierro y muy gruesa. Tal es su origen. Tocar el arca, cura una porcion de enfermedades. La Virgen está con el Niño-Dios en brazos y dice el pueblo que envejece, porque cada año parece más vieja.

III

LA VIRGEN DEL CÉBRANO

En el concejo de Teberga, á unas tres leguas de Proaza, hay una ermita en que se rinde culto á la Virgen bajo la advocación del Cébrano.

Esta Virgen es abogada de la cabeza. Cuando padecen de esta parte del cuerpo sus devotos, la ofrecen el pelo y son muchos los que en el momento se sienten aliviados. Hay en la ermita un caldero, como una especie de cubo, que los fieles se ponen en la cabeza para que no les duela más, y es remedio que pocas veces no da buen resultado.

Hemos dicho más adelante que en torno á una ermita ó á un monumento consagrados por la tradi-

ción, la leyenda y la superstición vienen bien pronto á agruparse. En las líneas que anteceden sólo la superstición y la leyenda, es decir, lo meramente accidental ha llegado hasta nosotros. Lo esencial, que es la tradición, se ha perdido. Esto no obstante, la tradición existió; el objeto que los devotos ciñen á su cabeza para curarse sus dolores es la huella material que forma, como hemos visto, uno de los elementos distintivos de cada tradición. Por eso incluyo las anteriores noticias en esta parte del libro que consagro á las pocas tradiciones que he reunido de Proaza.

IV

SANTA LUCÍA

Santa Lucía es abogada de los ojos. Quería ser virgen y consagrarse á Dios, pero había un hombre que la quería mucho y la perseguía constantemente con sus pretensiones amorosas. Ella, cansada ya, le hizo preguntar un día cuál era la perfección que más amaba en ella, y como la contestase que los ojos, se los arrancó de sus cuencas, enviándoselos en un plato. Dios hizo que le salieran más hermosos. Por eso es abogada de la vista, y por eso se la representa con un plato y los ojos dentro de él. En Proaza se cantan sobre Santa Lucía estos cantares:

Gloriosa Santa Lucía,
daime vista *pá* los ojos,
que soy majo pretendiente,
no puedo poner *intiojos*.

Los ojos de aquel galán
Santa Lucía *guardailos*,
y si no son para mí
venir cuervos y *sacailos*.

Santa Lucía es una santa popular. Venéranla sus devotos en todas partes como abogada de la vista, y sin salir de España, una copla popular que inserta Romero y Espinosa en su *Calendario folklórico para* 1885, expresa esta idea:

¿Para qué me diste vista,
señora Santa Lucía,
si no veo lo que quiero
todas las horas del día?

No hay ciego que al pedir limosna no lo haga con el estribillo: —*Santa Lucía bendita le conserve la vista, hermanito*, —y es propio del que alaba unos ojos en una mujer ó un niño, añadir en seguida: —*¡Qué hermosos ojos! Santa Lucía se los conserve*.

Ahora bien, ¿de donde viene el patronato que el vulgo concede á la santa sobre las enfermedades de la vista? Reflejo unos santorales de la leyenda popular, explican el hecho como lo explica el pueblo en la tradición acabada de citar; otros autores no menos respetables tienen á patraña la tal explicación, y no falta quien la busca pretexto en el mismo nombre de la

virgen cristiana. Una leyenda siciliana contada por el sabio Pitré en su curiosa obra *Spettacoli e feste popolari*, pág. 42, explica de este modo la tradición:

«Santa Lucía

»sopra un mármuru chi chiancia.

»Vinni a passari nostru Signuri Gésu Cristu

»—Chi hai, Lucia, chi chianci?

»—Chi vogghiu aviri, patri maistusul

»m' ha calatu 'na resca all' occhi;

»non posso védéré, ne guardari.

»—Vá a lu me jardinu,

»pigghia birbina e finocchiu.

»Cu li me' maun lí chiantai,

»cu la mè vuca l' abbivirai,

»cu li mé pedi li scarpisai:

»s' e frasca vá a lu voscu,

»s' e petra va a mari

»s' e sangu squagghirá.»

Añadiendo que esta leyenda la recitan, á modo de oración los curanderos que pretenden haber recibido de la santa el poder de curar las enfermedades de la vista.

ROMANCES

—

(LEYENDAS Y TRADICIONES)

I

EL CAUTIVO

—Canta, moro, canta, moro,
canta, moro, por tu vida.

—¿Cómo hé de cantar, señora,
si entre gentes no podía?

—Canta, moro, canta, moro,
yo te lo remediaría.—

De las damas y doncellas
la niña se despedía:

—Adiós, damas y doncellas
que andáis en mi compañía,
y si os pregunta mi padre
de lo bien que me quería
que él se ha tenido la culpa
que yo marche *pa'* Turquía.—

A eso de la media noche,
cuando amanecer quería,
marchan los enamorados
para el reino de Turquía.
En los brazos de Lunardo
la niña se adormecía.

— Despierta, niña, despierta,
despierta por cortesía,
despierta, niña, despierta,
que ya vemos á Turquía.
— ¿De quién son aquellas torres
que relucen en Turquía?
— Una era la del rey,
otra de Doña María,
otra es la de mi esposa,
de mi esposa Luzandría.
— Por Dios me digas, Lunardo,
por Dios y santa María,
ó me llevas por mujer
ó me llevas por amiga.
— Por esposa, no por cierto,
que esposa yo otra tenía;
la vida tengo de hacerte
que á mí tu padre me hacía;
tengo'darte de comer
á donde el cerdo comía,
tengo de hacerte la cama
á donde el galgo dormía. —

La niña desde esto oyera
ya se puso de rodillas:
— ¡Oh, Virgen de Covadonga,
Señora adorada mía,
por Dios, Señora, te pido
dés al barco aquí otra vía! —

Ibanse la mar abajo,
vuélvense la mar arriba.

—¡Rema, rema, remador,
rema, rema, por tu vida!
—¿Cómo he de remar, señor,
si la niña maldecía?—

A eso de la media noche,
cuando amanecer quería,
se hallan los enamorados
en el reino de Sevilla.

—Ahora canta, moro, canta,
que yo de tí me reiría.—

Nuestra Señora me valga,
válgame Santa María.

II

En los campos de Malverde
se paseaba una niña;
con los pies siega la yerba,
con el calcaño la tría,
con el vuelo de su saya
deja la yerba tendida.
La viera el hijo del rey,
traidor que la pretendía;
jugando estaba á los bolos
y echó á correr tras la niña.

Él correr y ella correr,
alcanzarla no podía.
Allí la fuera á alcanzar,
al pie de una fuente fría.
—¿Dónde va la mi *niñeza*
dónde va la niña mía?
—A la boda de un hermano
que presto se casaría.
—Casarémonos los dos,
diremos (1) en compañía.
—Yo no quiero ser casada,
yo ni de eso pretendía,
que quiero estudiar *pa* monja,
monja de Santa María.—
La cogiera entre sus brazos
y esforzarla pretendía...

.
.

¡Lástima que este bello romance no esté completo! A pesar de todas mis instancias, que no fueron pocas, la persona de quien tengo estas noticias no pudo recordar el final.

(1) Por *iremos*.

III

ROSABELLA

Ayudadme, buen Jesús,
para que referir pueda
un caso que ha sucedido
á un galán y una doncella
que se querían los dos
como si casados fueran.

El se llama Don Antonio
y la dama Rosabella.
Delante de un Santo Cristo
palabra de amor la diera.
Dióle palabra de amor,
diósela y no la cumpliera (1).

.

Toda la gente lo sabe,
no lo sabe Rosabella
si no es por una criada
que la vestía y la peina.
Un día *la* estando peinando

(1) Aquí deben faltar dos ó más versos en que se explique que D. Antonio pidió á otra en casamiento, á juzgar por la continuación del romance.

la dice de esta manera:

—¿Sabéis cómo Don Antonio
ya se casa, ya *vos* deja,
que se casa en otra parte
que le *tié* mas *comenencia*?

—Que se case, que se goce,
que á mí nada se me diera.—
Retuerce sus manos blancas,
anillos de oro partiera,
retuerce sus manos blancas,
sale por la puerta afuera.

En *el* la calle Florida
con el Don Antonio encuentra;

—¡Ay, Don Antonio del alma
tu amor al mío no llega,
que me dicen que te casas,
que te casas y me dejas,
que te casas n'otra parte
que te *tié* mas *comenencia*!

—¡Quítate de entre mis ojos,
traidora, enemiga, perra,
que si no mirara al cielo
te enclavara con la tierra!

—¡Ay, mi hermanito Don Sortes (1),
si te hallaras n'esta tierra
vengaríasme estas palabras
que me dicen tan soberbias!—

Se fincara y rodillara

(1) ¿Sería primitivamente *Don Duarte*?

donde palabra le diera:

—¡Cristo, fuisteis mi testigo,
mi Dios, *vengaimé* esta ofensa!—

Dentro de muy pocos días
el Don Antonio se fuera,
se fué para largas tierras
por no se casar con ella,
donde estuviera siete años
en sin volver á su tierra.

De los siete *pá* los ocho
el Don Antonio muriera,
se fué *pá* la Eternidad
donde todos damos cuenta,
y Dios estaba enojado,
no le quiso abrir la puerta,
y saliera San Francisco,
grande *abogao* suyo fuera.

—Don Antonio, vuelve al siglo,
anda, vé á hacer penitencia,
porque no entras en el cielo
sin que ella casada sea.

De allí marcha Don Antonio
á un monte á hacer penitencia,
bien le viera un amo suyo
que siete años le sirviera.

—¿Por qué es eso, Don Antonio,
por qué es tanta penitencia?

—Es por una doncellita
que hé *dejao*, allá en mi tierra,
que no hé de entrar en el cielo

sin que ella casada sea.

— Toma cuatro mil ducados,
Don Antonio, vé á tu tierra,
y si no tienes bastante
escribe por la Estafeta (1).—

En *el* la calle Florida
con la Bellarosa encuentra:
— ¡Bien hallada seas, madama!
— ¡Galán, bien venido seas!
— A mí me parece usted
una dama de esta tierra.
— También á mí me parece
un galán que ha sido de ella.
— Toma cuatro mil ducados
y cástate, Rosabella,
que no hé de entrar en el cielo
sin que tú casada seas.—

Dentro de muy pocos días
ya se casan, ya se velan;
los ángeles ván cantando,
el Rey del cielo se alegra,
Don Antonio vá diciendo:
— ¡Viva, viva esta doncella,
que por salvar la mi alma
salvó la mía y la de ella!—

Nuestra Señora me valga,
válgame la *Madalena*.

(1) Frase moderna, de mal gusto, y que disuena del tono general del romance.

Difícil es, si no imposible, clasificar en su verdadera época un romance como el anterior que llega tan adulterado á nuestros oídos; pero esta dificultad crece, sobre todo, cuando el que ha de intentar la clasificación no ha hecho un estudio particular y detenido del Romancero General, que es lo que me sucede á mí. Sin embargo, y Dios y los críticos me lo perdonen si lo que digo resulta una heregia, paréceme que el romance que se acaba de leer es una obra reciente hecha de mala manera sobre un tejido muy antiguo. Rasgos, giros, figuras hay en él, y sobre todo en su primera parte, que recuerdan las más hermosas producciones de este género; junto á ellas en cambio, y especialmente en su segunda mitad, adviértense graves defectos, imágenes de mal gusto, el lenguaje es artificioso y algo amanerado, la rima premiosa, la composición pierde espontaneidad, inspiración y frescura, y no gana nada en cambio: aun á trozos, peca de oscuridad y acusa lagunas importantes.

Con todos estos defectos, sin embargo, y tal como es, queda un romance muy digno de aprecio y en ningún modo me perdonaría su omisión en estos ligerísimos apuntes sobre lo que puede ser el *Folk-Lore* de Proaza. La persona que lo recitó mientras yo lo copiaba con toda fidelidad, lo aprendió de su padre, en Proaza, cuando era muy pequeña, y ningún motivo tengo para poner en duda la veracidad de este testimonio.

Menéndez Pidal, en su estimable libro *POESÍA POPULAR, colección de los viejos romances* que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfozayas y filandones, inserta una versión de este romance, menos poética, á mi entender, que la del texto, y en la cual apenas se menciona nada de la primera parte de este último. En dicha versión, como en la presente, el mozo se muere, y cuando va á la presencia de Dios, se le impone como penitencia que vuelva al mundo, pero

no á cumplir su palabra, sino á ganar una dote que entregar á la doncella burlada, para que ésta encuentre un mozo poco escrupuloso que la dé su mano y cubra así faltas de otro. Mucho más poética, como menos positiva, es la idea de la versión proazeña. Aquí el honor de la doncella no lo lava un cualquiera, sino el mismo que lo empañó, y que sólo para eso vuelve al mundo.

En éste la desesperación de la doncella, cuando sabe la traición de que ha sido víctima, está admirablemente pintada por el poeta popular en esos versos tan expresivos:

Retuerce sus manos blancas;
anillos de oro partiera...

Episodio que falta en la otra versión, como asimismo la apelación de la doncella á Dios.

El hecho narrado en el romance no es nuevo en la tradición popular. El pueblo tiene ideas propias sobre la justicia divina, y pocas cosas hay tan sagradas para su conciencia como la promesa de matrimonio que se hace á una mujer á quien se ha robado el honor. Faltar á ella es delito tan grave, que ni las penas horribles del infierno bastan á castigarla. El culpable no se puede amparar ni con la muerte. Los tormentos que allí le infligieran los condenados, castigarían la culpa, pero no vuelven el honor á la mujer que en tanto arrastra su vergüenza por el mundo, y lo esencial en tales casos es la reparación. Por eso casi todos los muertos que rompiendo la clausura del sepulcro vuelven á la tierra, lo hacen para cumplir una promesa, y pocas veces con pretexto menos grave. Y por eso también el hecho portentoso sirve de trama común á todo un ciclo de leyendas piadosas. No es otro el asunto de la bellísima leyenda que Becquer vistió con los colores de su fantasía y las galas de

su pluma: *La promesa*. Allí es la mujer engañada la que muere, y al ser enterrada deja fuera la mano en que el olvidadizo amante la puso su anillo, y que no podrá cubrir la tierra hasta tanto que torne el ingrato y un sacerdote bendiga la extraña unión entre un vivo y una muerta. Cuando la promesa se cumple, la mano acusadora desaparece, y la pobre alma duerme en paz.

La apelación al Crucifijo, testigo del olvidado juramento, no ofrece tampoco ninguna novedad. Ciñendonos á España y á los recuerdos que en este instante acuden á mi memoria, la hallamos en Toledo en la bellísima tradición *El Cristo de la Vega*, contada tan poéticamente por Zorrilla con el título de *A buen juez mejor testigo*, y en *El Cristo del Zapato*, que se venera todavía en la iglesia de Atocha, tradición registrada por mí en la segunda serie de mi *Folk-Lore de Madrid*. Podrían multiplicarse las notas, tanto en España como el extranjero, si no fuera tan evidente y tan fácil de hacer la enumeración.

IV

LA ZAGALA

Zagala que por el monte,
por el monte *guareis* cabras,
junto á una peñita oscura
se há sentado una mañana.

Con el rosario en la mano
A la Virgen la rezaba.
— Aquel que á la Virgen reza
la santa Virgen le ampara.—
En el medio del camino
vió venir una borrasca
toda cubierta de luces,
n'el medio tres bellas damas,
una vestida de azul
que las dós de verde estaban.
— ¿Dime tú, zagala hermosa,
de quién son esas tus cabras?
— Suyas, suyas son, señora,
que és usted la que me ampara.
— Pues tú, niña ¿me conoces,
que tan amorosa me hablas?
— Sí, señora, la conozco,
és usted la Madre Santa.
— Pues tú, niña, vén conmigo
á la celestial morada.
— Eso sí que no, señora;
¿á quién dejo yo mis cabras?
— Déjalas n'ese sendero,
que ellas *dirán* para casa.—
El padre de aquella niña
triste y afligido se halla;
— ¿Cómo és de noche y no viene
mi zagala con las cabras?—
Se fuera hácia un Santo Cristo
que le tenía allí en casa,

y se pone de rodillas
y de esta manera le habla:
—Dime tú, manso Cordero,
Hijo de la Madre Santa
¿cómo és de noche y no viene
mi zagala con las cabras?
—Tu zagala ya no viene,
'stá en la celestial morada,
las cabras en el corral,
en el corral de tu casa.—
¡Válgame la Virgen pura,
la bendita Madre Santa!

V

EL MARINERO

Mañanita de San Juan
cayó un marinero al agua.
—¿Cuánto me dás, marinero,
porque te saque del agua?
—Dóite todos mis navíos,
todo mi oro y mi plata,
y á mi mujer que te sirva,
y á mis hijas por esclavas.

—Yo no quiero tus navíos,
ni tu oro ni tu plata,
ni á tu mujer que me sirva,
ni á tus hijas por esclavas:
quiero que cuando te mueras
á mí me entregues el alma.
—El agua la entrego á Dios,
el cuerpo á la mar salada,
y el corazon que me queda,
á la Virgen soberana.—

Don Agustín Durán, que incluye este romance, aunque incompleto; pues á la versión que de él da en su *Romancero general* le faltan los versos 7-8, 11-12, 17-18, que figuran en la anterior, cree que es tradicional, aunque modernizado, y que nunca se ha escrito ni impreso, y se pregunta en vano cómo pueden encontrarse en Asturias, y nunca fuera de ella, estas producciones populares escritas en un idioma que no era el propio del país. Hoy, como entonces, la pregunta sigue siendo un verdadero problema, y nadie más desautorizado que yo para intentar buscarle una solución.

Respecto al que nos ocupa, añade el sabio compilador:

«Aquí hay un pensamiento moral y religioso. El »que ofrece la vida al marinero puede ser el mal espíritu; pero aquél prefiere la muerte á vida comprada »á costa de su salvacion espiritual».—Y, en efecto, en la nueva versión llega á ofrecer hasta su mujer y sus hijas por esclavas; es decir, todo lo material; el alma no.

VI

SAN ANTONIO

(Desgraciadamente este curioso romance ha llegado incompleto á mi noticia. Fáltanle, aunque pocos, los primeros versos, cuya sustancia es la siguiente, según la persona que me comunicó estos materiales: Estando un día predicando San Antonio en Roma, convirtiendo infieles, vino un ángel á decirle que á su padre le iban á ahorcar. El entonces):

.
fuera á librar á su padre
sin hacer falta al sermón,
el cuerpo se quedó en Roma,
el espíritu partió.
Llegó á la justicia luego
y al mismo juez preguntó:
—¿Por qué ahorcan á ese hombre?
¿Qué delitos cometió?—
Y la justicia responde
con una respuesta *leve* (1):
—A ese hombre se le mata
por una vida que debe.

(1) Aquí el romance deja de serlo y la rima cambia de artificio.

—Vamos donde está el difunto,
en la misma sepultura,
y él nos dirá la verdad
y nos sacará de dudas.—

Fuéronse para la iglesia
donde el muerto está enterrado,
con la señal de la cruz
la losa se ha levantado.
Ya se levanta el difunto
y le dice á San Antonio:
—Ese hombre no me ha muerto,
que es un falso testimonio.—
Todos preguntan al santo
que diga quien le mató,
y San Antonio responde:
—¡Eso no lo diré yo!—

Entre los santos populares, pocos disputarán á San Antonio el primer puesto; el mismo San Juan no podría luchar con él á no coincidir tan perfectamente su día con el solsticio de verano, fiesta celebrada por todos los pueblos á través de todos los siglos. A los devotos que se encomiendan á él con fervor, San Antonio les hace hallar las cosas perdidas, solamente con que le digan una oración que inserta Romero y Espinosa en su *Calendario popular*, pág. 86, y darle tres cuartos y medio de limosna, porque tal es, según el pueblo, la cantidad que al santo le faltó para su entierro (V. mis *Supersticiones populares*, sup. 153) ó para el entierro de su padre, según noticia dada por Rodríguez Marín en sus *Cantos populares españoles*, página 458 de su tomo I. ¿Por qué es San Antonio abogado de lo perdido? Según la tradición extremeña—

en la oración antes citada, — porque al ir á buscar á su padre se le cayó el Breviario y lo encontró por un aviso de la Virgen :

Estando *pedricando* el sermón
te vino un ángel con la *embajá*
que á tu padre lo iban á *justiciá*;
por él fuistes,
el Breviario perdistes...

Pero el título que, sin disputa, da más devotos al santo bendito es su condición de abogado de los enamorados, en virtud de la cual le alaban y le rezan las solteras, encomendándose á él como en la copla gallega :

San Antoñitu,
dádeme un home
aunque me mate,
aunque me esfolle;

ó bien amenazándole y aun pasando á vías de hecho con él cuando el santo no accede pronto á sus deseos, como claramente expresa la otra copla andaluza :

Fuiste tú la que metiste
á San Antonio en un pozo
y le *jartaste* de agua
pa que te saliera novio,

expresión de la creencia sevillana según la cual: «Para que salgan novios á una mujer, ésta encenderá dos luces á San Antonio ó meterá una imagen del mismo santo en un pozo, amarrada por el pescuezo con una sogá.» (Guichot: *Supersticiones populares recogidas en Andalucía*, sup. n.º 233).

En la tradición italiana aparece San Antonio con

el mismo carácter que tiene en la española (Pitré, *Spettacoli e feste popolari siciliani*, pág. 171) é igualmente en la portuguesa (Pirés, *Cantos populares portugueses* en EL FOLK-LORE BÉTICO-EXTREMEÑO, 197).

En Madrid, donde el santo es objeto de particular devoción, su día es de fiesta para el pueblo que la víspera inaugura las verbenas, una noche de verano tibia y perfumada por el perfume de la albahaca, arrullada por el monótono ruido del Manzanares, que pasando por la ermita del santo milagroso, lleva el escaso caudal de sus aguas, confuso y como avergonzado, á la *Puente Segoviana*, entrada del Madrid viejo, que dijo Serra. Por eso canta el pueblo:

La primera verbená
que Dios envía
es la de San Antonio
de la Florida.

(V. la descripción de la verbená en mis *Fiestas populares madrileñas*).

Volviendo ahora al romance objeto de esta larga nota, Pitré en sus *Canti popolari siciliani*, tomo 2.º, pág. 196, inserta una leyenda *Lo mortu risuscitato*, que cuenta el mismo hecho milagroso, diferenciándose solamente en que al final, después de haber declarado la inocencia del padre de San Antonio, el muerto pide confesión al santo, pues por haber muerto inconfeso, no puede entrar en el cielo. El santo le confiesa, le absuelve y torna á Roma á proseguir su sermón, diciendo:

— *E un arma aju sarvatu,
e a m' patri hê libbiratu.*

VII

LA MUERTE DE PRIM

Al salir de palacio
le dijeron á Prim:
—Andese con cuidado,
que le quieren herir.
—Si me quieren herir
que me dejen hablar,
quiero entregar las armas
al otro general.—

Tres tiros le tiraron
á tiro de cañón.
—¿Quién sería el rebelde?
¿Quién sería el traidor?
¿Quién sería el infame
que á mi padre mató?
Aunque soy chiquitito
y no tengo la edad
la muerte de mi padre
la tengo que vengar.—

Publico como una curiosidad la composición anterior, una de las pocas de asunto moderno que han llegado á mi noticia. Se canta acompañándola con una música triste y cadenciosa, que revela el senti-

miento que su autor experimentaba al recordar el vil asesinato de la calle del Turco. No sé si esa canción correrá impresa. La persona que me la recitó la aprendió en Proaza hace muchos años. — «Allí se canta mucho—me dijo—y también en Oviedo». Ni sé tampoco si estará completa ó no, por más que perfectamente puede empezar y acabar donde principia y concluye.



CUENTOS

Ninguna de las dificultades con que tropezamos al pre-
ender determinar el verdadero sentido de la leyenda, se
nos ofrece al clasificar el cuento. Esta composición popu-
lar, la más comprensible, la más extendida entre todas las
producciones del pueblo, se halla perfectamente definida
y determinada, se encierra dentro de límites precisos,
tiene un campo de acción vastísimo, pero cuyos contor-
nos se marcan lo bastante para evitar toda confusión con
otros géneros literario-populares. El cuento es una narra-
ción en que lo maravilloso brilla en todo su esplendor, lo
llena todo, sin que la verosimilitud tenga en él la menor
parte. No hay aquí la unidad de acción que se advierte
en la leyenda; antes por el contrario, la acción principal
desaparece á veces bajo el cúmulo de otras acciones se-
cundarias, que poca ó ninguna relación guardan con aqué-
lla. No hay tampoco esa precisión, esa fijeza, ese espe-
cial carácter de probabilidad que el hecho acaecido deja
tras sí y que caracteriza la tradición. En el cuento la fan-
tasía lo hace todo; la fe no le presta el menor elemento.
La persona que cuenta un cuento sabe que aquello que
va á decir, no sólo no ha ocurrido nunca, sino que no ha
podido ocurrir jamás; por eso son tan vagas las noticias
que da de lugares, de tiempos, y de personas. «Era un pa-

dre que tenía tres hijos », « era un rey á quien querían mucho sus vasallos », « era una niña que no tenía padre ni madre... »; « pasó en el tiempo en que los animales hablaban », « hace muchos años, muchos años », « en un tiempo... »; y cuando los héroes van de un sitio á otro « van andando, andando » hasta que al cabo de muchos días, ó de muchos años, llegan al reino ó paraje á donde se dirigen, avistan « un castillo », « una casa », « un país muy rico », « un lugar muy triste » y que siempre está « muy lejos, muy lejos ». Hay en el fondo del cuento la incredulidad más descarnada: el mismo elemento maravilloso que figura en él, los mismos seres sobrenaturales que pone á contribución han dejado ya de ser tenidos en cuenta por el pueblo, son restos de cultos desaparecidos, pedazos de imágenes rotas y aras derruídas, residuos de creencias que ayer asustaron á los hombres y hoy sólo impresionan y divierten á los niños. Quizá por esto los primeros cuentos de todos los pueblos son apólogos en que se hace hablar á los animales, que ya *no hablaban* en la época en que el cuento se formó, aunque todavía se guardaba el recuerdo de otra época en que se les creía dotados de palabra; luego se personifica á los elementos, á los astros, cuando ya no se les adora; más tarde se citan ogros, enanos, gigantes que hace tiempo desaparecieron de la haz de la tierra, pero de cuya existencia se conserva un recuerdo imperfecto y vago; los genios, los espíritus entran en el cuento cuando ya el pueblo los mira cara á cara y sin temblar: porque el hombre no bromea jamás con aquello que le produce veneración ó espanto. En este sentido el cuento es como un vasto panteón, como un cu-

rioso archivo en que el pueblo va amontonando sus ideas, sus sensaciones, sus temores, sus esperanzas.

Y de aquí el gran valor que tiene el cuento considerado como expresión de la cultura popular; perdidas y como enterradas en él, igual que los fósiles en una capa geológica, se descubren supersticiones pasadas, vestigios de costumbres dadas al olvido, noticias de ceremonias que ya no son. Puede decirse que en el cuento está comprendido el folk-lore: la parte seria, esencialísima, fundamental, en los hechos maravillosos que narra, en las diversas peripecias que describe; lo que es menos folk-lore, es decir, la gramática, la dialectología, los conocimientos actuales del pueblo, en la manera con que el pueblo le refiere. Cuando lo sobrenatural tiene aún raíces, el cuento se hace leyenda; cuando lo sobrenatural es creído, aunque en otra forma, en forma de milagro, en este caso el cuento es tradición. El cuento es la incredulidad, la leyenda es la duda, la tradición es la certeza.

I

XUANÓN DEL CORTEZÓN

Pues señor, éste era un rey que tenía tres hijas, y un día fué y las preguntó que cuánto le querían; la primera le dijo que *como la cabra al cuchillo*; la segunda que *como la sangre al pan*; la tercera que *como el pan á la sal*. El rey se quedó muy satisfecho con las dos mayores, pero irritado con la tercera la entregó á cuatro criados para que la matasen, mandando que le trajesen sus ojos. Ellos se la llevaron, pero compadecidos luego cuándo iban á matarla la dejaron escapar, diciéndola que no volviera más al país, porque si lo hacía sería causa de la muerte de todos ellos, porque el rey no les perdonaría nunca que le hubieran desobedecido así; y cogiendo una perrita que encontraron en el camino, la sacaron los ojos y se los presentaron al rey como si fueran los ojos de la princesa, con lo que éste quedó convencido de que su hija había muerto.

Ella entonces fué andando, andando, sin saber á donde dirigirse, hasta que en mitad de un camino se encontró con un pastor, que estaba allí muy

mal vestido, y comprendiendo que no podía ir á ninguna parte vestida como estaba de princesa, ofreció al pastor comprarle el traje que él llevaba, y habiéndola dicho el pastor que bueno, le cogió el vestido, y guardando en un lío los suyos, se disfrazó de pastor, siguiendo su marcha, y así llegó á un palacio donde buscaban un pavero, ofreciéndose ella para ejercer este oficio, cosa que consiguió, gracias al disfraz de hombre que llevaba. Desde entonces se encargó de los pavos, y todos los días se iba con ellos al campo, pero como se aburría tanto de estar siempre sola, á lo mejor se llegaba á un pozo que había allí cerca, se quitaba el traje de pavero y se ponía sus vestidos de princesa, complaciéndose y recreándose en mirar su retrato reflejado en el agua del pozo. Los pavos, que la veían tan hermosa se la quedaban mirando fijamente, y como son tan tontos, hasta se olvidaban de comer, por lo cual diariamente se moría uno de ellos, el más viejo, y todas las noches al volver á su casa la pavera llevaba un pavo muerto bajo el brazo.

Pues señor, que al hijo del rey dió en chocarle eso de que todos los días se muriera un pavo, y no hacía más que pensar si el pavero les haría alguna cosa para que se murieran, así que decidió espiarle, y un día, sin decir nada á nadie, fué siguiendo el ganado y se escondió detrás de un árbol para no perder de vista al pastor. La princesa, no recelando nada ni creyendo que la espiase nadie, cuando llegó al lugar en que acostumbraba á cambiar de

traje lo hizo como siempre, apareciendo á los ojos del príncipe que la miraba todo lo hermosa y deslumbrante que era, porque dicen los que la conocieron que era una maravilla; así que no es extraño que aquel mismo día quedase el príncipe enamorado de ella hasta el punto de decidir tomarla por mujer, pues en seguida comprendió que no podía vivir sin tenerla siempre á su lado.

Volvió á su casa muy preocupado y en cuanto anocheció subió á acostarse, y haciendo llamar á la cocinera la dijo que se sentía malo, que no tenía gana de comer y que le enviase una taza de caldo, que precisamente había de subirle Xuanón del Cortezón, que es como llamaban al paverro. Aquí fueron los gestos y el asombro de la cocinera.

—¿Pero cómo quiere V. que entre en este cuarto Xuanón del Cortezón que es tan torpe, tan sucio, y que está lleno de piojos, hasta el punto de que todas las noches tenemos que echarle del fuego á un rincón de la cocina por miedo á que nos pegue su miseria?—Y es que la princesa, temiendo ser conocida si estaba mucho tiempo á la luz, en cuanto volvía del campo y se sentaba cerca de la lumbre se rascaba con mucha fuerza y luego, como si los sacase del pecho, echaba al fuego grandes puñados de sal que restallaban como si fueran piojos, por lo cual todos le gritaban llenos de asco:—Xuanón del Cortezón, ¡al rincón!—Y él se iba al rincón donde corría menos riesgo de que descubrieran que era mujer y no hombre.

Todo esto y más contó la cocinera al príncipe, pero éste *siguió en sus trece*, porque los príncipes son muy tercos cuando se les mete una idea en la cabeza, y la pobre mujer no tuvo más remedio que acceder á lo que el príncipe quería, aunque bajó refunfuñando la escalera y entró de muy mal humor en la cocina, donde ya estaba Xuanón metido en un rincón como siempre. La cocinera le dijo que se arreglase algo porque tenía que subir una taza de caldo al príncipe. Xuanón se resistió cuanto pudo, pero ante la tenacidad de la cocinera cogió la taza de caldo y se subió al cuarto del príncipe, que así que la vió empezó á sentirse bien, y cogiéndola y haciéndola sentarse cerca de él la confesó que la había visto y que se había enamorado de ella, y que quería hacerla su mujer, fuese quien fuese. Viéndose ella ya descubierta y no disgustándola del todo el joven, le declaró quién era y le contó toda su historia, con lo cual puso más y más contento al príncipe, porque ya era más fácil que sus padres consintiesen en la boda.

Pocos días después se celebró la boda, á la cual convidó el príncipe á todos los reyes de los reinos próximos al suyo, no olvidando, naturalmente, al padre de la novia para que fuera testigo de la dicha de su hija. Llegó éste y no la conoció por lo mucho que ella había variado en el tiempo que hacía que no la veía y la seguridad que tenía de que había muerto. La princesa le distinguió más que á los demás convidados, pero hizo que fabricasen

para él solo una hogaza sin sal y se la pusieran á su lado; el rey, como la sal es lo mejor del pan, no lo comía, y entonces el príncipe le preguntó la razón de ello, á lo que el rey le contestó que porque no tenía sal.

—Pues hombre—le dijo el príncipe—á mí me habían dicho que mandó V. matar á una hija suya porque le dijo que le quería como el pan á la sal.

—Sí, señor—contestó el rey poniéndose muy triste—y ese es mi remordimiento, porque luego he comprendido lo muchísimo que me quería.

—¿Cuánto daría V. por ver viva á su hija?

—La mitad de mi reino.

—¿De veras?

—Sí, señor.

—Pues ya me lo está V. dando, porque aquí tiene V. á la princesa—le dijo muy contento el príncipe señalándole la que ya era su mujer.

El rey se volvió, reconoció á su hija, y fué tanta la alegría que le dió el verla, que cayó muerto de repente. La princesa y el príncipe quedaron casados y fueron muy felices, con lo que se acabó mi cuento, y allí se quedaron ellos y yo me vine, y me dieron unos zapatos de manteca que se me derretieron en el camino.

Pertenece este cuento al ciclo de la historia del rey Lear, tan extendida en toda Europa y dramatizada por el genio poderoso de Shakespeare. Fácil es encontrarle analogías y apuntar concordancias que le relacionan con otros que se cuentan en distintos países de

Europa, y desde los tiempos más remotos. He aquí algunas de ellas:

INDIA.—Gubernatis, en su *Mithologie zoologique*, tomo I, pág. 93, dice: «Nous avons dans les legendes de »Dirghatamas et de Yatjati une première ebauche de »celle du roi Lear.»—En el tomo II, pág. 242, inserta otro cuento en que también cree hallar huellas del rey Lear.—El *Pantchatantra*, libro 3.º, cuento XI, narra la historia de un rey llamado Bali, que despidió de su casa á su hija porque al saludarle le deseaba que gozase el bien que le estaba destinado, mientras su hermana mayor le deseaba que fuese siempre victorioso. La joven se marcha, se casa con un príncipe que estaba encantado, logra desencantarle, y vuelta á su país y honrada de su padre y de todos los suyos vive dichosa largos años.—Theophilo Braga, en sus *Contos tradicionais do povo portuguez*, tom. II, pág. 203, cita la colección de Maive Stokes *Indian fairy tales*, núm. XVIII, en que el mismo asunto del rey Lear «vem »com o título: «The princess who loved her father like »salt.»

ITALIA.—Pitré en sus *Fiabe, canzoni e racconti popolari siciliani*, tomo I, pág. 83, trae una versión de este cuento con el título «L'acqua e lu sali». Un rey pregunta á sus hijas cómo le quieren: la primera responde que como á sus ojos, la segunda que como á su corazón y la tercera que como al agua y la sal. El rey manda matar á esta última, encargando á los criados que le traigan la camisa teñida en sangre y la lengua, pero ellos, compadecidos la dejan en el bosque y llevan al rey la lengua de un animal. Un mago recoge á la princesa, la casa con un príncipe, y en el banquete de boda, al cual asiste el padre convidado, la joven hace que no le pongan sal ni agua; él no come, y luego viene el reconocimiento de su hija. El mismo autor cita como variantes otros tres: *Il ré di*

Francia, que no es otro que *El rey Andrade*, que se encuentra también en el Brasil, *Il Padre Santo* y *¡Figlio mio dottore!* que es una imitación burlesca del asunto.

CÓRCEGA. — Ortoli en sus *Contes corses*, pág. 48, trae un cuento titulado *Marie la fille du roi*, que reproduce en todos sus puntos la leyenda shakespeariana. Un rey pregunta á sus hijas cómo le quieren: la primera le dice que más que á su vida, la segunda más que á su reino, la tercera como una hija sumisa y obediente debe querer á su padre. Irritado por esta contestación, el rey arroja del palacio á su hija menor; ésta se va, entra á guardar cabras en un palacio, el príncipe de aquel reino la ve, se enamora de ella y se casa, después de haber conquistado el reino de su suegro, á quien los dos hijos mayores habían arrojado del trono. El viejo rey, que con tantos disgustos había perdido la razón, la recobra gracias á los cuidados de su hija menor.

PORTUGAL. — En Portugal existe también el cuento con el título *O sal e a água*, que es con el que la inserta Théophile Braga en sus *Contos tradicionaes* ya citados, tomo I, pág. 122. Un rey pregunta á sus hijas cómo le quieren: la primera le dice que como á la luz del sol; la segunda que como á sí misma; la tercera que como la comida á la sal. El rey la arroja de su casa y ella entra de cocinera en un palacio de otro reino. El príncipe la ve, se enamora de ella y la da su mano. Todo lo demás es lo mismo. — El mismo autor en el tomo II, pág. 31, publica una versión literaria de este cuento, tomada de un *Nobiliario* del siglo xiv.

BRASIL. — Los *Contos populares do Brazil* de Sylvio Romero, pág. 12, insertan una versión brasileña con el título *El rey Andrade*. Dicho rey manda matar á su hija menor porque ésta ha soñado que se casaba y que cinco reyes — entre ellos su padre — la besaban la mano. La princesa, á quien no matan los criados,

contentándose con cortarle el dedo pequeño, que tienen que presentar al rey, se salva, su sueño se realiza, y su padre, invitado á la boda, reconoce á su hija y la pide perdón.

FRANCIA.—La *Melusine* en su primer volumen, página 300-308, publica un cuento bretón da Luzel, con el título *Histoire de Christic qui devint Pape á Rome*, en el cual el héroe, Christic, dice un día á su padre: «Llegará un día en que vos me lavaréis los piés y mi madre me alargará una tohalla para secármelos.» Irritados por este lenguaje, los padres dan su hijo á un criado con orden de que le maten en el bosque y les traigan su lengua. Compadecido el criado, ata á un árbol á Christic y trae á su señor el corazón de un perro que les ha seguido, y á quien mata. Christic llega á ser Papa y recibe á sus padres, que sin conocerle van á pedir que se les absuelva del pecado que cometieron mandando matar á su hijo. Manda calentar agua, lava los piés á sus padres y se da á reconocer á ellos.

II

BERNABÉ

Pues señor, éste era un rey que tenía tres hijos ya grandes, á quienes quería mucho y que nunca se habían separado de su padre. Llegó un día en que el mayor quiso ver mundo, y decidió marcharse, ofreciendo que vendría pronto. Así lo hizo, pero pasaba el tiempo y no volvía, y el rey estaba

muy apesadumbrado, y entonces el segundo hijo decidió marcharse también á ver si encontraba á su hermano y volvía con él, después de ver algo de mundo, cosa que también estaba él deseando. Esta vez sucedió como la primera, que pasó el tiempo y no se volvió á tener noticia de ninguno de los dos hijos, de modo que el padre estaba cada vez más triste. Entonces le tocó su vez al tercero, que se llamaba Bernabé, el cual sintió también la necesidad de ir á ver lo que era mundo, diciéndose á sí mismo, aunque no lo decía á su padre, que algo muy bueno debía ser cuando ninguno de sus hermanos volvía al reino en que habían nacido. El padre hizo grandes esfuerzos por disuadirle de su idea, diciéndole que tampoco volvería, y que ya él era muy viejo para quedarse solo y sin ninguno de sus hijos; pero Bernabé le dijo que lo que á él le llevaba más que nada á marcharse era ver si encontraba á sus hermanos, que tal vez podían necesitar de él, y de tal modo lo dijo y con tantas zalamerías, que el viejo rey no se atrevió á negarle el permiso y se lo dió, aunque llorando mucho y haciéndole jurar que volvería en cuanto hubiera hallado á sus hermanos. Bernabé se marchó, y andando, andando llegó á una posada donde encontró á sus hermanos, que no habían pasado de allí, y ya todos juntos se fueron á correr mundo, decidiendo volverse luego con su padre.

Andando, andando por el camino adelante, una noche se encontraron perdidos en mitad del cam-

po y sin saber dónde meterse á esperar el siguiente día, hasta que vieron, ya muy entrada la noche, una casa y llamaron á la puerta, que en seguida les abrieron, invitándoles á que pasaran adelante. En aquella casa vivía un gigante con su mujer y tres hijas que tenía, las tres de la misma edad próximamente que Bernabé y sus hermanos. Estos dijeron al gigante que se habían perdido, y que no teniendo donde pasar la noche le rogaban que les diese hospitalidad hasta que amaneciera, en que volverían á ponerse en camino. El gigante les recibió muy bien y les dijo que no tenía más cama que una en que dormían sus tres hijas, pero que se acostarían con ellas, para descansar, y así lo hicieron, poniéndose las tres hermanas del lado de la pared y los tres hermanos á la orilla, todo ello por mandato del gigante. Después, éste y su mujer se fueron á acostar, apagando todas las luces, y la casa quedó completamente á oscuras.

Sin embargo, Bernabé no dormía. El agrado con que les había recibido el gigante no le parecía de buen agüero y temió que se tramase algo contra ellos, sobre todo cuando vió la solicitud con que les había hecho acostarse á los tres hacia la orilla. No pudiendo dormirse, apenas conoció que se habían dormido ya las tres hijas del gigante, despertó muy callandito á sus hermanos y les hizo que cambiasen de sitio con sus compañeras de cama, poniendo éstas hacia la orilla y quedando ellos al lado de la pared. Al poco rato, Bernabé, que no

podía conciliar el sueño, sintió ruido, y conoció al gigante que venía en puntillas y sin luz para aquel cuarto; llegó á la cama, tocó del lado de la orilla, donde suponía que estaban los tres hermanos, y por tres veces dejó caer un hacha que traía sobre los tres cuerpos de sus hijas, á quienes tomó por los tres huéspedes, retirándose en seguida á su habitación. Entonces Bernabé, muerto de miedo por si el gigante volvía, despertó otra vez á sus hermanos, les mandó que se vistieran sin hacer ruido, y abriendo muy despacito una ventana que había en la alcoba, se tiró por ella al campo, haciendo que le siguieran sus hermanos, y en cuanto se vieron en el campo echaron á correr, temiendo á cada momento ver aparecer al gigante, á quien suponían furioso y en busca suya así que viera que por matarles á ellos había matado á sus hijas. Por fortuna no se le encontraron, y corriendo, corriendo, después de mucho andar y mucho correr, disgustados ya del mundo por el peligro á que se habían visto expuestos, volvieron á casa de su padre que ya desesperaba de verles y que los recibió con los brazos abiertos, porque los quería mucho.

Pero los hermanos no querían á Bernabé poco ni mucho, antes bien le odiaban porque veían que era más listo y tenía más talento que los dos juntos; así que decidieron perderle, y para ello comprendían que nada mejor que hacer que volviera á casa del gigante, que lo había de matar en cuanto lo viera, por la mala pasada que Bernabé le había

jugado. Con este fin empezaron á decir á su padre que un gigante á quien habían conocido en su viaje tenía el caballo más hermoso y más corredor del mundo, un caballo que era una maravilla, y que el gigante éste quería tanto á Bernabé, que ellos estaban seguros de que si Bernabé iba y se lo pedía, se lo regalaba en el mismísimo momento. Tanto lo dijeron, que su padre mandó á Bernabé que hiciera otra vez el viaje y le fuera á buscar aquel caballo que ya tenía ganas de poseer. Bernabé, que conoció la mala intención de sus hermanos, trató de disuadir á su padre, pero éste estaba ya tan afeerrado á la idea de ser dueño de aquel caballo tan hermoso, que no admitió excusa ninguna, y el pobre Bernabé tuvo que ponerse en camino.

Aún era de día cuando llegó á ver la casa del gigante; se escondió entre unos árboles para que nadie le viera, y allí esperar que se hiciera de noche, y en cuanto comprendió que el gigante y su mujer estarían dormidos, saltó al jardín de la casa y se metió en la cuadra, procurando no hacer ruido. Allí estaba el hermoso caballo del gigante, que era tal y como le habían descrito sus hermanos. Con un palo que encontró allí mismo hizo en el suelo un hoyo suficiente para poderse ocultar dentro, y después se puso á desatar el caballo, pero éste empezó á darcoces y bocados y á relinchar con tal fuerza, que atronó toda la casa, haciendo levantar al gigante, que fué á la cuadra á ver qué era aquello. Cuando Bernabé oyó los pasos del gigante se metió en su

escondite. El gigante registró toda la cuadra, aplacó á su caballo, y no viendo nada extraordinario por allí, se volvió á la cama muy disgustado de que su caballo le hubiera hecho levantar. Al poco rato volvió Bernabé á salir de su escondite y á trabajar para desatar el caballo, pero éste volvió también á encabritarse y relinchar como la primera vez, lo cual hizo que el gigante volviera á saltar de la cama y á venir á la cuadra echando sapos y culebras por la boca. Entró el gigante, y como no viera á nadie en la cuadra, pues buen cuidado había tenido de esconderse Bernabé, creyó que todo aquel ruido eran locuras de su caballo, y para curarle de ellas, cogió un palo y empezó á darle una paliza tan espantosa, que lo dejó medio baldado, retirándose después, profiriendo terribles amenazas. Salió de nuevo Bernabé; pero esta vez el caballo no se atrevió á armar ruido, y siguió al joven sin hacer ruido por evitarse la otra paliza que su amo le había prometido si le volvía á despertar. Llegado á su casa Bernabé fué recibido con gran alegría por su padre y con gran despecho por parte de sus hermanos, que ya se creían libres de él, y temieron que Bernabé les descubriese á su padre, pero Bernabé se calló.

Fué haciéndose cada vez mayor el odio que le profesaban, y no había pasado mucho tiempo, cuando empezaron á decir á su padre que en casa del mismo gigante dueño del caballo había un burro que era un verdadero prodigio por lo mucho

que trabajaba, sin que se cansase nunca, y añadieron que era tanto, tanto lo que el gigante quería á Bernabé, que si éste le pedía el burro se lo daría, pues buena prueba era de cariño la que le había dado regalándole el caballo en cuanto se lo había pedido. Y tanto hablaron de él, y tanto dijeron á su padre, que éste empezó á sentir deseo de que también fuera suyo aquel burro tan hermoso, y le mandó que volviera por él y se lo trajese. Bernabé, como la otra vez, trató de disuadirle de su empeño; pero el padre era testarudo, y como no tenía idea del peligro que corría su hijo, porque éste no le había dicho nada por no incomodarle descubriendo la mala índole de sus hermanos, se empeñó en que fuera, y Bernabé no tuvo más remedio que ir.

Fué, en efecto, y le sucedió con el burro lo mismo, lo mismo que le sucedió con el caballo. Por dos veces se levantó el gigante, despertado por las coces y rebuznos del borrico, y la segunda le pegó una paliza tan grande que no le dejó alientos para defenderse más, por lo que fué Bernabé entonces, y le desató y se le llevó para su casa, entregándosele á su padre que se alegró mucho, y haciendo rabiár de envidia á sus hermanos temerosos de que Bernabé contara á su padre la verdad de todo. Pero Bernabé quería ver si con su buena conducta lograba que sus hermanos le quisieran, y tampoco dijo nada á su padre.

En vista de esto, y como cada vez le odiaban más, los dos perversos empezaron á hablar á su

padre de otra cosa que poseía el gigante y que aún les había llamado la atención más que el caballo y el burro, y era un pájaro muy precioso y que tenía la facultad de hablar como si fuera una persona. —Como el gigante quiere tanto á Bernabé,—decían los dos,—es lástima que no se lo pida, porque en cuanto lo pidiera se lo daba, prueba de ello lo pronto que le ha dado el caballo y el burro que le ha pedido. —Y tanto hicieron, y tanto hablaron de él, que el padre entró en ganas de poseer aquel pájaro maravilloso y mandó á Bernabé que fuera á pedirselo al gigante, lo cual tuvo que hacer el pobre chico en vista de que no se le admitían las excusas que daba para no ir.

Llegó, en efecto, á casa del gigante, y entrando en ella por una ventana, se fué para la sala, que es donde él había visto el pájaro; pero en cuanto quiso ponerle la mano encima empezó el maldito animal á dar gritos tan angustiosos que á poco vino desolado el gigante á ver qué es lo que le pasaba. Así que le oyó venir, Bernabé se escondió detrás de una puerta, pero le valió muy poco, porque como el pájaro hablaba lo mismo que las personas, contó al gigante lo que había pasado diciéndole donde estaba escondido Bernabé y todas las malas pasadas que le había hecho. El gigante, furioso, fué á la puerta, sacó á Bernabé, y atándole muy fuertemente á un árbol, y encargando á su madre que le vigilase mucho, sin perderle un momento de vista hasta que él volviera, se fué al bosque á

cortar leña para armar una hoguera en que asar á Bernabé para comérsele luego de tostarle.

Triste estaba el pobre muchacho pensando en la poca vida que le quedaba ya y diciéndose que había obrado mal en no descubrir á su padre la mala voluntad de sus hermanos, cuando se le ocurrió la idea de que tal vez pudiera todavía escapar á la suerte que le aguardaba, y dirigiéndose á la vieja que estaba vigilándole, la pidió por amor de Dios que le desatase el brazo derecho para hacer la señal de la cruz antes de morir. La vieja se negaba á ello, porque tenía miedo á que su hijo la sorprendiera haciendo esa obra de caridad, pero fué tanto lo que la rogó Bernabé, que acabó por acceder á su deseo y le desató el brazo derecho. Entonces éste, con el brazo derecho libre rompió sus demás ligaduras, y lanzándose sobre la vieja la mató para que no le descubriera. Después cogió el pájaro, y antes de que volviera del bosque el gigante, echó á correr á campo traviesa logrando llegar á su casa sano y salvo. Ya en ella, y creyendo que no debía callar por más tiempo la verdad de lo sucedido, contó á su padre todo lo que le había pasado, y el odio que le tenían sus hermanos que por tres veces le habían expuesto á una muerte segura. El padre se puso muy furioso y desterró del reino á sus dos hijos mayores, nombrando á Bernabé heredero de su corona. Y mi cuento se acabó, y allí se quedaron ellos y no me dieron nada sino unos *zapatinhos* de manteca que se me derretieron en el camino.

Resulta este cuento de la fusión de dos elementos tradicionales, curiosa amalgama en que cada uno de los dos cuentos reunidos ha conservado sus principios esenciales, su carácter y sus personajes. Ambos elementos tradicionales abundan en el tesoro de todos los pueblos. El primer cuento, es decir, la salvación de los tres hermanos, merced á la astucia del más pequeño, forma por sí solo el foco ó centro de su gran ciclo, en que el *Pulgarcito* de Perrault es el personaje principal y al que se refieren todos los héroes que se le asemejan. En *Bernabé* sólo el principio del cuento se altera; en las demás versiones, el héroe y sus hermanos son abandonados por sus padres que no los pueden mantener, mientras aquí los tres mozos se ven sorprendidos en mitad del campo sin que la voluntad de su padre entre para nada en este abandono, ni en lo que á consecuencia de esto les sucede. Pero también en las demás versiones la estratagema del héroe forma el incidente principal de la acción; después de él, el héroe se burla del gigante, y torna con sus hermanos á la casa paterna, en donde viven largos años ricos y felices: en la versión proazeña, agotado este tema, el autor desconocido pasa á otro y pone en nuevas situaciones difíciles el ingenio de Bernabé, que siempre sale de todas ellas victorioso. Gastón Paris en su sabio estudio *Petit poucet et la Grand Ourse*, Husson en su obra *La chaîne traditionnelle*, y Lefèvre en su estudio *La Mythologie dans les contes de Perrault*, han disertado extensamente acerca del carácter del héroe popular, y á sus libros remito á aquellos de mis lectores que quieran saber más de lo que sobre él puede decir la nota presente, cuyos límites han de ser estrechísimos.

El segundo cuento, cuya amalgama con el primero forma el relato de Proaza, es también muy conocido en todas las literaturas populares. Las pruebas que

se imponen á un héroe por instigación de hermanos malvados, criados envidiosos ó parientes interesados en su pérdida, son elemento que abunda en la tradición oral. Estas pruebas son siempre tres; por lo general el rey ó el padre ó el señor que las exigen son inclinados á ello por el dicho de los envidiosos que acusan al héroe de haberse jactado de conseguirlas, si tal era su propósito. Siempre también el héroe triunfa, cualesquiera que puedan ser los peligros á que se exponga, y el cuento acaba con la apoteosis del héroe y la confusión y castigo de los que le expusieron á una muerte cierta. Respecto á las pruebas que lleva á cabo Bernabé, tampoco son nuevas en la tradición popular: los animales desempeñan en ella un gran papel, y un caballo que corre más que todos los del mundo, un asno que trabaja más que todos los demás animales de su especie, y un pájaro que habla como las personas y cuenta todo lo que ve, son seres sobrenaturales que abundan en los cuentos parecidos. La estratagema de que Bernabé se vale para apoderarse de los dos primeros es ingeniosa, aunque bajo otra forma existe en la tradición en medio de engaños á los gigantes que, á juzgar por los cuentos en que figuran, tenían poco de listos.

He aquí ahora algunas de las muchas concordancias que podían hacerse á este cuento, debiendo advertir, sin embargo, que en todas las versiones que cito, el héroe y sus hermanos son abandonados por sus padres, que no los pueden mantener, y llegan á casa del gigante buscando asilo donde pasar aquella noche. Para el primer cuento véase:

FRANCIA.—En *Le petit Poucet*, de Perrault, son siete los niños que acuden á casa del gigante, el cual tiene á su vez siete hijas. Dejando para el día siguiente el matarlos, el ogro hace que se acuesten en el mismo cuarto, aunque en distinta cama que sus hi-

jas, las cuales tienen en la frente una corona de oro. Pulgarito las quita las coronas y se las pone á sus hermanos, y cuando á poco sube el ogro, mata á sus hijas, creyendo matar á los niños, porque al tocar á éstos con la mano palpa las coronas y se equivoca. Los siete hermanos huyen, el ogro los persigue con sus botas que andan siete leguas de cada paso, pero en el camino se queda dormido. Pulgarito le quita las botas, pide á la mujer del ogro todo el dinero que posee, la ogresa se lo da, y él entonces recoge á sus hermanos, y después de prestar un servicio al rey adelantándole—gracias á sus botas de siete leguas—la noticia de una batalla, vive feliz y contento con sus padres y hermanos.

PORTUGAL.—Leite de Vasconcellos en sus *Tradições populares de Portugal*, trae dos versiones de este cuento: en la primera los niños son *tres*, como en la versión proazeña; en la segunda *siete*, como en la francesa, diferencia poco importante, pues *tres* y *siete* son dos números igualmente consagrados en la tradición. El gigante está sustituido aquí por el *Lobis-homem* (1). Gracias á las botas del *Lobis-homem* los niños escapan á su enojo y hacen fortuna, retirándose con sus padres. Los demás incidentes son iguales.—En sus *Contos tradicionaes do povo portuguez*, Teóphilo Braga trae uno titulado: *As creanças abandonadas*, que sigue punto por punto la versión tradicional: aquí los niños son *muchos*, el gigante «um homem ruim», «um homem mau». Los detalles son los mismos, y las botas de siete leguas juegan también papel en la fuga de los muchachos.

BRASIL.—El incidente de dejar abandonados sus

(1) Respecto al *Lobis-homem* portugués (*Loup-garou* en Francia), véase la curiosa monografía que á este asunto ha dedicado Consiglieri-Pedroso, lo más completo que conozco en la materia.

hijos por no poderlos mantener sus padres,—incidente que no figura en Bernabé, pero que aparece en todas las demás versiones que citamos,—forma también el principio de un cuento que inserta Sylvio Romero en sus *Contos populares do Brasil* con el título *Joao mais Maria*.

NORUEGA.—En sus notas al cuento citado (*Contos tradiçõaes*, II, pág. 203), dice Teóphilo Braga: «Sobre este conto Ralston cita un paradigma norueguez *Boots and the Troll* (*Portuguese Folk-tales*, p. VII).»

ESPAÑA.—Maspons y Labrós en su *Rondallayre*, inserta este mismo cuento con el título: *Lo noy petit*. Los niños son tres, el gigante tiene tres hijas que duermen en su lecho y ostentan coronas de oro y rosas. Los tres niños están encerrados en un armario; á media noche salen del armario y meten en él á las gigantillas después de quitarlas sus coronas. Se escapan luego y se apoderan de las botas del gigante que andan siete leguas á cada paso que dan.

III

JUAN DE CALAIS

Pues señor, éste era un padre que tenía un hijo que se llamaba Juan de Calais y era muy pobre, tanto que cuando el chico llegó á mozo y quiso ir por el mundo á probar fortuna, su padre no pudo darle más que buenos consejos y una peseta nada más para el bolsillo. Pero él no se apuraba, y consolaba á su padre que no hacía sino sentir el no

tener más dinero que darle. Le prometió que volvería pronto, le abrazó muchas veces, porque Juan de Calais era muy buen hijo, un día salió de su casa y echó á andar por el camino adelante, sin cuidarse de los peligros que le podían sobrevenir ni de los apuros que le podían pasar.

Andando, andando, muy alegre y muy contento, llegó á un pueblo, y al salir de él sin detenerse, porque llevaba mucha prisa, vió en mitad de la carretera un muerto atravesado, que, á juzgar por las señales de descomposición que daba, llevaba muchos días de muerto, y estaba ya pidiendo sepultura. Como cerca del cadáver había mucha gente, Juan de Calais les preguntó cómo era que aquel hombre estaba así, insepulto, y uno de los que le oían le dijo que porque era muy pobre y no había dejado dinero para pagarse el entierro; que entre unos cuantos habían recogido limosnas para pagárselo, pero que les faltaba una peseta y mientras no la tuvieran no le podrían enterrar. Como Juan de Calais era muy bueno y nunca reflexionaba al tratarse de una obra de caridad, en cuanto oyó aquello metió mano en su bolsillo y sacó la peseta, que era el único dinero que llevaba, y sintiéndose más alegre todavía después de esta buena acción, siguió adelante su camino sin acordarse más del muerto que, gracias á su limosna, descansaría ya en tierra sagrada, sin estar expuesto á la burla de los malos cristianos.

Muchos trabajos pasó en su viaje Juan de Calais,

pero como era joven y dispuesto, de todos ellos salió con bien, gracias á la protección de Dios, que parecía velar por él y sacarle de todos los riesgos. Un día llegó á un reino que nunca había oído nombrar, pero en el que se vivía muy bien y todos eran felices. En aquel país gobernaba un rey que tenía una hija ya casadera, y que salía todos los días á pasear, y como Juan de Calais no tenía nada que hacer, siempre que salían de paseo las reales personas se ponía él al paso, porque la princesa era muy guapa y á él le gustaba mucho. Pues señor, que el demonio que todo lo enreda, hizo que la princesa se fijase también en aquel forastero, y empezara á mirarle con mejores ojos que á los demás señores de su corte. Y así estuvieron mucho tiempo hasta que un día el rey lo notó, y llamó á su hija y ésta le dijo que le gustaba mucho Juan de Calais y quería casarse con él. En un principio el rey se opuso al matrimonio, pero la princesa empezó á ponerse mala, mala, tanto que el médico dijo que tenía pasión de ánimo, y el rey, que la quería mucho y que además era muy bueno, mandó llamar á Juan de Calais, y cuando se convenció de que éste quería también mucho á la princesa y que era tan listo como era, le casó con su hija, que se puso buena así que supo que el matrimonio era con el forastero. Y así fué; Juan de Calais entró ya en palacio, y á los pocos días se casó con la princesa.

Al poco tiempo, y pasados los primeros días después del casamiento, Juan de Calais dijo que que-

ría llevar su mujer á que la viera su padre y les diera su bendición, y el rey, aunque sintiendo mucho separarse de su hija, consintió en ello, después de hacerles prometer que volverían en seguida. Se dispuso un barco muy lujoso para los príncipes, y fué con ellos, acompañándolos hasta allí, un primo de la princesa. Este primo, que era príncipe también y muy malo, había sido prometido de su prima y quería casarse con ella para luego heredar el reino de su padre; así que estaba muy furioso con Juan de Calais, que le había quitado la novia, y no hacía más que buscar una ocasión de perderlo, aunque disimulaba su mala voluntad. Por fin creyó hallar este medio que buscaba, y un día que estaba sobre cubierta gritó:

—Juan de Calais, ven á ver una cosa muy bonita que se ve en el mar.

Y Juan de Calais, como era tan sencillo y no sospechaba mal de nadie, fué, pero no vió nada, y así se lo dijo al primo:

—No veo nada.

—Acércate más, hombre,—le dijo éste, y fué Juan de Calais y se arrimó más á la borda del buque, y entonces fué el primo y le dió un empujón, con lo que el pobre Juan de Calais se cayó al mar; el malvado esperó que pasase un poco de tiempo, y cuando creyó que ya se había ahogado su víctima empezó á gritar:

—¡Venid, venid aquí, que mi primo se ha caído al agua!

Pero por más que echaron lanchas y le estuvieron buscando, Juan de Calais no pareció, y como ya no tenía motivo el viaje, el buque dió la vuelta y volvió la princesa viuda acompañada de su primo al reino de su padre que sintió mucho la muerte de su yerno porque le había llegado á tomar verdadero cariño. Desde este día el primo empezó otra vez á hacer la corte á su prima, la cual al pronto no quería oírle, pero acabó por hacerle caso, y al cabo de dos años ya iba á casarse con ella.

Entre tanto Juan de Calais no había muerto. Cuando cayó al agua, con la sorpresa y el dolor sí estuvo para irse á fondo, pero notó como si unas manos invisibles le sostuvieran para que no perdiese el sentido y le daban ánimos para vencer el empuje de las olas. Sacando fuerzas de flaqueza empezó á nadar, á nadar, y así llegó á una isla desierta en donde se estableció muy triste, muy triste, acordándose mucho de la princesa y de su padre que pensaría en él y le creería un hijo ingrato porque no le había dado noticias suyas desde que se fué de su casa.

Un día que estaba de lo más triste se le apareció un fantasma que le dijo:

—Has de saber, Juan de Calais, que tu mujer se va á casar esta noche con el mismo que te tiró al mar. ¿Qué me das si ahora mismo te llevo allí para que impidas que se case?

—Pues yo,—le contestó Juan de Calais,—no

puedo darte nada porque nada tengo, pero te lo agradecería mucho.

—¿Me das la mitad de los gananciales?

—Pero si no son míos, ¿cómo quieres que te los dé?— volvió á decir Juan de Calais.

—¿Tú me los das?

—Bueno,—dijo por fin Juan de Calais,—llévatelos, pero no ganarás mucho.

En seguida Juan de Calais sintió que se dormía, que se dormía sin poderlo remediar, y cuando despertó y abrió los ojos se encontró á la puerta del palacio de su mujer; la princesa se iba á casar y ya estaban reunidos los convidados para la boda. Entre todos los jóvenes que había á la puerta, Juan de Calais llamaba la atención porque era el más guapo; una criada antigua le conoció, y fué á avisar al rey de que allí había un hombre que se parecía mucho á su difunto amo. El rey le hizo subir y le reconoció, y Juan de Calais le contó lo que le había sucedido. Entonces el rey le dijo que se escondiese por un rato, y yendo al salón donde estaban los convidados les dijo:

—Yo tenía una llave, se me perdió y mandé hacer otra; ahora ha parecido la vieja: ¿con cuál me quedo?

—Con la vieja—le respondieron todos (1).

(1) En un cuento rheto-romano publicado en el número 14, tomo II de la *Melusine*, un hada somete la misma cuestión á los convidados á su matrimonio, cuando se la presenta el héroe á quien, con anterioridad, había prometido su mano.

—Soy de la misma opinión, —dijo S. M., y yendo á buscar á Juan de Calais lo presentó á la princesa y á los convidados que le recibieron muy bien, poniéndose la princesa tan contenta, y el primo, temeroso del castigo que le esperaba salió furioso del salón y no se ha vuelto á saber de él.

En cuanto se calmó un poco la alegría general la princesa fué por allá dentro y volvió trayendo un niño como de año y medio que había tenido en ausencia de Juan de Calais, pues cuando á éste le echaron al agua estaba ella embarazada. Juan de Calais le abrazó mucho y le besó, pero á poco empezó á pensar en que aquel hijo eran bienes gananciales y que, sin él saberlo, lo había prometido al fantasma, por lo cual apenas pegó los ojos (1) aquella noche. A la noche siguiente se le apareió la fantasma y le dijo:

—Juan de Calais, yo he cumplido mi promesa y vengo á que tú cumplas la tuya; ¿estás dispuesto?

Juan de Calais, que era muy formal en sus tratos, se echó á llorar al pensar que iba á quedarse sin hijo, pero la respondió que sí.

Entonces la fantasma le dijo:

—Estaba seguro de tí, pero he querido vencerme. No tengas miedo, que no te pasará nada malo. Yo soy el alma de aquel pobre hombre á quien no querían enterrar y que al fin recibió se-

(1) *Pegar los ojos*—modismo: se toma en sentido de dormir.

pultura gracias á la peseta que tú diste de limosna á pesar de ser aquella la única moneda que llevabas. Desde entonces estoy gozando de Dios y te sigo para servirte y ayudarte en las cosas que tengas necesidad como pago á tu buena acción Yo te guíé á este reino, yo hice que el rey te concediera la mano de su hija, yo te saqué de las aguas cuando el primo de la princesa te tiró al mar, y yo soy quien te ha traído aquí anoche para que te reunieras con tu mujer y con tu hijo. Ahora vive bien y sé feliz, que yo me voy á gozar de Dios.

Y la fantasma desapareció dejando á Juan de Calais tan consolado y satisfecho. A los pocos días mandó por su padre que ya le creía muerto, y le tuvo siempre á su lado hasta que el pobre viejo murió, y á la muerte del rey su suegro heredó la corona y fué muy feliz con su mujer y los hijos que tuvo, y no pasaba día sin que se acordase del alma de aquel pobre hombre á quien él hizo enterrar y que con tanta largueza había recompensado el beneficio que le hizo.—Y aquí se acaba mi cuento. Yo estuve allí, los ví y me dieron unos *zapatinhos* de manteca, pero se me derretieron en el camino.

El tema que sirve de base á este cuento es muy viejo en la tradición popular y ha sido descompuesto sucesivamente en un número de relatos que forman, por su cantidad y calidad, un verdadero ciclo. El abolengo de este ciclo es fácil también de determinar: descansa en el principio eminentemente animista de que la vida sobre el mundo no es sino una de las

muchas formas y variadas existencias que sirven de paso al alma. Después de la muerte del cuerpo, que trae la descomposición de la materia, el alma sigue viviendo independiente de la carne que le sirvió de cárcel ó envoltura miserable, y sigue viviendo con sus caracteres propios, conservando en la nueva fase de su vida ultra-terrestre, la personalidad y las pasiones que en esta vida revistió, siendo susceptible de odio, de gratitud, adhiriéndose á aquellas personas que la hicieron algún bien, ó persiguiendo constantemente á aquellas otras que la causaron algún mal. Extendida por todo el mundo la doctrina animista, formando como la base fundamental de las creencias de una parte importante de la humanidad, el tema tradicional de nuestro cuento se encuentra en todos los países, en todos los pueblos, se sostiene vigoroso bajo todas las latitudes, y en donde quiera es posible, lo mismo en el seno de nuestras sociedades que creen en el purgatorio, en el infierno, y en el poder de los sufragios por los muertos, como entre los hielos del polo que riegan con religiosas oblações los pobres esquimales para aplacar las manes de los espíritus perversos que podrían abuyentar la caza de los helados témpanos de que hacen su habitación. El muerto que agradece no es ni más ni menos que el muerto que se venga, que el muerto que sufre, que el muerto que tiene una alegría. No es posible que á la razón que no repugna el odio de un muerto la repugne su gratitud. Dentro del mismo orden de ideas una y otra tienen su explicación natural y lógica. En este concepto y considerado desde este punto de vista el cuento, aparece como guardador misterioso de una creencia de la humanidad, síntesis exacta de un estado de civilización. Si la doctrina animista se extinguiera por completo en la serie de evoluciones sucesivas por que ha de pasar la razón humana y su manera de apreciar las causas

primeras; si esa doctrina á cuyo calor han vivido tantas generaciones de hombres se borrara por completo de su memoria y pasase á ser preocupación añeja de la cual se burlarían los *esprits forts* del porvenir, aquí, en el cuento que pasando de padres á hijos en las noches del hogar y en las horas de la faena y el reposo tiene más vida que los pueblos y más vida que las instituciones, aquí quedaría archivada esa creencia en forma de dato, en forma de nota, en forma de apunte, siendo para la reconstrucción de todo un estado de cultura lo que aquel huesecillo del pie que pedía Cuvier para con sólo este débil punto de apoyo reconstruir el esqueleto de los grandes animales antediluvianos. ¡Cuántas creencias semejantes no habrán dejado tras sí más huella que la que deja la doctrina animista en este cuento á veces oscuro y á veces incompleto á que el mismo pueblo de Proaza da el nombre extranjero de Juan de Calais!

*
* *

Así pues, las concordancias de este cuento no son difíciles de establecer, y como son muy numerosas elegiremos solo aquellas que sean más completas y sirvan mejor al objeto que nos proponemos al redactar estas breves notas que, más que otra cosa, son ligeras indicaciones para los que quieran estudiar el desarrollo de los temas tradicionales que sirven de base á cualquiera de estos cuentos.

FRANCIA.—Francia nos ofrece varias variantes de este cuento. Sébillot en sus *Contes des marins* lo inserta con el mismo título que tiene en la versión proaceña, describiendo la misma acción adornada con los mismos incidentes. Ligeras diferencias de detalle existen solamente entre los dos, iguales en todo lo demás.—

Emile Souvestre en su *Foyer breton*, pág. 1 trae otra con el título *L'heureux Mao*. En éste el alma del muerto se le aparece al principio de sus aventuras y le dice que cuando esté en peligro diga :

Mendigo muerto, corre, corre, necesito ayuda,

y él vendrá en su socorro. Por investigación del espíritu, el héroe se presenta en casa de un rey que le da la mano de su hija y su reino después, á pago de servicios que le hace, ayudado por el alma del mendigo á quien hizo enterrar. El malvado, que también figura en esta versión, quiere hacer perecer al joven, pero éste se salva siempre, gracias al alma del mendigo, y en la escena final, cuando el malvado viene á reclamar la mitad del hijo que le ha nacido al protagonista—que en un rapto de generosidad cedió á su enemigo la mitad de todos sus bienes — la Virgen, seguida de Max, acude en su auxilio y se lleva al cielo á toda la familia, sepultando en el infierno el alma del malvado.—Wentworth Webster lo ha recogido en sus *Basque legends*, con el título: *The white blackbird*.—Los gascones con su espíritu práctico se han aprovechado del asunto para hacer de él un cuento, del que se desprende una lección moral, y es curioso ver la transformación que ha sufrido el cuento en sus manos. Cenac-Moncaut en sus *Contes populaires de Gascogne*, lo inserta con el título *Rira bien qui rira le dernier*; el principio es igual que en todos los relatos similares. Un joven que va á buscar fortuna, encuentra en el camino un cadáver sin enterrar porque tenía muchas deudas, que él paga para que se dé sepultura al cuerpo. Resulta, sin embargo, que Uartia no estaba muerto, sino para librarse de sus acreedores. Descubierto el engaño, Juan le da dinero, con el que el pícaro hace fortuna y se vuelve malo, tanto que llega á pirata. Al final del cuento le vuelve á encontrar el

héroe; y al ver el mal uso que ha hecho de la fortuna que á él le debe, le arroja al mar para que sirva de escarmiento á tunantes de su ralea.

POLONIA.—Luis Leger en sus *Contes populaires slaves* trae la versión slava del cuento, que se titula allí *L'esprit du mort*. Un pobre estudiante hace enterrar á un hombre á quien no se daba tierra por falta de dinero y caridad, y el alma de aquel pobre hombre se propone hacer su fortuna, para lo cual empieza por enseñarle el medio de transformarse en corneja, en liebre, etc., facultad con la que obtiene la mano de una princesa. Un traidor trata de arrebatárle su bien, pero la ayuda del muerto le hace triunfar de su enemigo y acaba por ser dichoso, gracias á su buena acción.

BRASIL.—Los *Contos populares de Brazil* traen una variante brasileña con el título *A Raposinha*. Un príncipe que va á buscar un remedio para su padre que está ciego, hace que entierren un cadáver que encuentra en el camino, y al que no daban sepultura porque había dejado deudas. Al otro día, el alma del muerto se le aparece en forma de raposa y le dice dónde ha de ir á buscar el remedio que su padre necesita, ayudándole luego á salir bien de todos los malos pasos en que él se mete por desatender los consejos que ella le da. Al fin del cuento los hermanos del héroe, envidiosos de su fortuna, le dejan por muerto en una cueva y le roban una princesa que lleva, una espada, un caballo y un papagayo maravilloso; pero la raposa viene en su auxilio otra vez y le da medios de triunfar de sus hermanos, volando después al cielo, cumplida su misión y gratitud.

ARMENIA.—Mr. Emmanuel Cosquin en su colección de *Contes populaires lorraines*, una de las mejores y más completas publicadas hasta el día, dice á propósito de este cuento: «Le conte du mort reconnai-

»sant, très repandu en Europe, a été aussi recueilli
»en Arménie; il forme le sujet de plusieurs recits et
»poèmes du moyen âge.»

ESPAÑA.—En otras regiones existe también este cuento con sus mismos caracteres y con incidentes poco más ó menos iguales á los de la narración que de él hacen en Proaza. Recuerdo en este momento, sin embargo, una versión que se aparta de la que precede en el carácter del difunto. En esta última, el muerto es un condenado que, á lo último, viene á reclamar el cumplimiento del compromiso y á pedir la mitad de los gananciales que se le han ofrecido, pero ¿en qué momento? Cuando el matrimonio tiene su primer hijo, y por tanto, reclama la mitad de la inocente criatura. Los padres de ésta imploran la protección de la Virgen, para que los saque del apuro, y la madre de Jesús, propicia á favorecerles, los transporta al cielo con su niño, y hace que el condenado vuelva á lo más profundo de los infiernos.

CREENCIAS
Y
SUPERSTICIONES

Si en su parte más fundamental y seria—digámoslo así—el Folk-lore es, como algunos quieren que sea, una especie de Arqueología prehistórica, ciencia completamente investigadora, y por medio de la cual tras muchos trabajos y prolijos estudios, llegamos á reconstituir las edades que pasaron y las civilizaciones que desaparecieron sin dejar de sí otra huella que los recuerdos populares adulterados por el tiempo; si el Folk-lore en su aspecto trascendental ha de ser el estudio del hombre que fué considerado, por lo que de él queda en el hombre actual; es indudable que la superstición y la creencia son los materiales más puros, más importantes y al propio tiempo más genuínos del Folk-lore. En los primeros tiempos de la humanidad, cuando aún no desprendido totalmente de la animalidad, á la que tal vez estuvo unida en un período remotísimo, el hombre no tenía historia que registrase sus hechos ni bardos que cantasen sus hazañas; en aquella época primitiva en que, asustado ante una naturaleza que le amedrantaba mostrándosele enemiga, lo divinizaba todo, encarnando en el animal, en la planta, en los fenómenos naturales, en el trueno, en la tormenta, ideas de temor y de respeto, el menor latido de su cerebro rudimentario producía un mito nuevo, en cuyo fondo bullían

seres quiméricos y sobrenaturales que tomaban extrañas formas y sucesivamente le premiaban ó le repelían. Adosados unos á otros estos diversos mitos, adulterados los más, completos y obedeciendo á alguna razón lógica los menos, llegaron á constituir, sin duda, un fondo de doctrina que fué por mucho tiempo la única Teogonía de aquel pueblo. Pasó el tiempo, el hombre aprendió á dominar al animal, á hacerse amiga la naturaleza, á ver más causas naturales y menos hechos maravillosos en todo cuanto le rodeaba, y entonces parte de sus creencias se hicieron pedazos, y el espíritu que las informaba se desvaneció en el aire, y solo quedaron en tierra, con esa persistencia de lo humano que se resiste á la muerte absoluta, al aniquilamiento total, restos de aquellas creencias, rumores de aquellos himnos, ecos de aquellos cultos, que se amparaban del hogar, se acurrucaban en el cerebro de los ancianos, vivían en el corazón de la mujer y así han llegado hasta nosotros; trasmitiéndose de padres á hijos, cambiando de forma, siguiendo el curso de los tiempos, sufriendo la influencia de otras ideas y otros sentimientos, diluyéndose en leyendas, en cantos, en tradiciones, en proverbios, muchos de los cuales nos parecen inexplicables y absurdos, como al que no oye el párrafo anterior de una lectura ó un discurso le parece vacío de sentido el párrafo que percibe y que no es más que una consecuencia del primero.

Muchos ejemplos pueden ponerse de esta persistencia en la superstición de mitos, cultos y tradiciones primitivas. Basta abrir una colección de supersticiones para ir las clasificando por capas, por series, como se clasifican

los terrenos geológicos por los fósiles que encierran y los fósiles por los terrenos en que yacen. Al azar escogemos una de ellas, importante por lo generalizada que se encuentra.

En el principio es ceremonia, acto de culto, sacrificio propiciatorio, expresión del temor á una divinidad desconocida y contraria, por que las primeras ideas que el hombre parece haberse formado de los dioses son ideas de terror, sus primeros dioses fueron enemigos, solo después les admitió favorables (1). Al establecerse en un sitio desierto, en un lugar solitario, creíase turbar el reposo de la divinidad que allí reinaba; y con esa prevención que tiene el hombre á los desiertos que juzga siempre habitados por malos espíritus (2), de lo cual son buen ejemplo las numerosas cruces de que los cristianos sembraron los caminos—trató de aplacar el enojo del dios ofendido, amenazado en su paz, y para calmarle le sacrificó víctimas humanas (3). Cada nueva fundación debía ocasionar una hecatombé. De no llevarse á cabo el sacrificio, la deidad ofendida se opondría á la construcción. La noche, amparadora de los malos genios, la serviría para salir sin ser vista y destruir las obras levantadas durante el día. Todos los pueblos lo creyeron así; en todos ellos se encuentran restos humanos enterrados en los cimientos de

(1) Letourneau.—*La Sociologie d'après l'Ethnographie*, Lib. III, cap. XVI. *Du Dieu*.

(2) Maury.—*La magie et l'astrologie*, pág. 176-77.—Lach-Szirma, *Folk-Lore Slavonic*.

(3) Tal es la opinión de Tylor, *Civilization primitive*, I, 122-127.

antiguos palacios, castillos, monasterios, templos primitivos y hasta cristianos.

* * *

No hace mucho, el ilustre Mr. Gomme abrió una información sobre este punto en *The Folk-lore Journal*, órgano de la Folk-lore Society, y los documentos empezaron á acudir de todas partes (1); los descubrimientos se han hecho en toda la India, en Irlanda, en las Galias; donde quiera que un pueblo se establece, entierra seres humanos en los cimientos de la construcción, para dar consistencia al edificio, para que la divinidad no destruya durante la noche las obras que el trabajo levantó durante el día. Y en los pueblos salvajes del Africa, de la Polinesia, del Asia, que por su estado actual de cultura son documentos vivos en que pueden estudiarse otros pueblos que ya no existen, espejo en que los espíritus serios ven reproducidos los rasgos y el pasado completo de otras generaciones, en esas tierras lejanas en que viven otros pueblos, la feroz costumbre subsiste en todo su horror, y los viajeros más dignos de fe dan testimonio de ella (2). En el mundo civilizado hace tiempo que no se practica;

(1) *The Folk-lore Record*. Vol. III, parte 2.^a, páginas 283 y 294.—Vol. IV, págs. 54, 124-25, 178, 186.

(2) Véanse estos testimonios en la obra de Tylor, *Civilization primitive*, loc. cit.

pero modificándose al contacto de la civilización, dejó de ser un hecho general para quedar como hecho privado, pero que se hacía notar en tal ó cual época y en tal ó cual persona, es decir, dejó de ser artículo de fe, punto de doctrina, dogma religioso, y se cambió en una tradición apegada á una prueba material. En Italia, se conoce la historia del *puente de Arta*; en Servia, la *fundación de Scutari* (1); en Rumanía, la construcción del *monasterio de Argis* por orden de *Radul-Negru* (Rodolfo el Negro) (2); en Argelia, la edificación de la *mezquita de Massoura* por un rey del Sudán (3). En todas ellas—excepto en la última—la divinidad misteriosa exige una víctima que siempre se la entrega para evitar mayores males. En la Edad Media el demonio lo llena todo, asume en sí la representación de los malos genios, de los espíritus condenados, y es la divinidad maléfica que pide también sacrificios, pero no de cuerpos, sino de almas. Entonces se verifica ese fenómeno tan curioso y tan común en la tradición popular de sustitución de la persona por el animal en el sacrificio—un ejemplo tenemos sin duda en el llamado sacrificio de Abraham—y la iglesia engaña al demonio entregándole á cambio del cristiano que aguardaba, un perro, un gato, un gallo, y valiéndose de mil medios ingeniosos para burlar su diligencia: la

(1) *Poesies populaires serbes*, recueillis par Mr. Auguste Dozon.

(2) *Chants populaires de la Roumanie*, recueillis par Alexandri.

(3) *L'Algerie traditionnelle*, par MM. Certeux et Carnoy, I, pág. 34.

catedral de Colonia en Alemania, el acueducto de Segovia en España, son ejemplos de lo que decimos, y que podrían citarse entre mil de que están llenas las vidas de los santos. Pero también se debilita como tradición; queda el recuerdo de ella, el temor vago, la duda de si será ó no cierta la enemistad de algún espíritu poderoso, y aunque la fe se va, la costumbre persiste absurda, casi sin explicación para los mismos que la observan sin más razón que porque sus padres la observaban: en Alemania, según Tylor en su obra ya citada, se entierra un ataúd vacío en los cimientos; en Dinamarca, se da solidez á una iglesia enterrando un cordero vivo debajo del altar, y se inaugura un cementerio enterrando un caballo también vivo; en Grecia, los albañiles matan un cordero ó un gallo negro sobre la primera piedra; en Rumanía, los operarios toman sobre una rama la estatura de la primera persona que pasa por el sitio en que se va á construir, y entierran esa rama en los cimientos. Y cuando la costumbre desaparezca y se pierda del todo, no por eso dejará de subsistir la creencia: quedará en forma más vaga, menos precisa, pero no menos persistente, en forma de superstición que no tiene en su apoyo ningún testimonio material, que no se ciñe á tal ó cual país, á tal ó cual nombre, á tal ó cual familia, si no que se extiende á todos y por todas partes, y al extenderse pierde algo de su fijeza, pero se hace más general. En España el que va á habitar una casa nueva, muere dentro del año ó una persona de su familia; un refrán se hace eco de la superstición: *Jaula nueva, pájaro muerto*; en Portugal, *o homem que plantare uma nogueira morrerá quando ella forse do gran-*

dor d'elle, y para que una figueira não se seque deve enterrar-se un cão debaixo d'ella (1).

*
* *

La exposición, aunque sumaria, que presentamos de estos hechos, prueban más que cuantos argumentos pudiéramos emplear en favor de nuestra tesis. La superstición se manifiesta en todos ellos siguiendo la gradación que la hemos señalado. Hoy es una simple idea, más dudada que creída, pero que aún no rechaza el sentido común del vulgo por más que le repugne; ayer fué una tradición, es decir, algo que pasó sin duda alguna y que hasta ha podido dar elementos á la historia, y siendo tradición, siendo creencia, engendró la costumbre; antes, en un período muy lejano, fué ceremonia, manifestación de un culto que tuvo prosélitos, sacrificio á una divinidad que tuvo adoradores. Siguiéndola á través de los tiempos hemos llegado hasta su origen remotísimo situado en edades lejanas de nosotros; hemos asistido á su nacimiento ocasionado por el contacto de la naturaleza con el hombre, y producido en medio de los grandes desiertos primitivos, de los bosques vírgenes de todo pie humano. Al gran Cuvier le bastaba un simple huesecillo para reconstruir la inmensa mole de cualquier paquidermo prehistó-

(1) Leite de Vasconcellos. *Tradições populares de Portugal*, pág. 107.

rico; el Folk-lore, con una simple superstición, resucita todo un estado de cultura.

Nadie, pues, puede extrañar ahora que la superstición esté en todas partes: en el cuento (1), en la copla (2), en el proverbio (3), en el dicho vulgar (4) como incidente ó sirviendo de nudo principal en la leyenda (5), en la tradición (6); en el sucedido que aún ofrece caracteres de verdad más grandes que los que presenta la tradición, como más próximo que es al que lo narra (7). Y de aquí también que el estudio de las supersticiones puede constituir por sí solo lo que conocemos con el título de Folk-lore si, como creemos de acuerdo con un distinguido folk-lorista inglés (8), el Folk-lore es, sobre todo, una PSICOLOGÍA PREHISTÓRICA, es decir, el estudio antes de la historia, de lo que en el hombre es sensación, pensamiento y voluntad. Las demás secciones á que la nueva ciencia extiende su investigación, son Folk-lore solo en

(1) En un cuento del Brasil *tres mozas no se casan porque orinan cara al sol.*

(2) *A mi madre le pregunto
que si yo he nacido en martes
porque esta desgracia mía
me sigue por todas partes.*

(3) *Amor de navaja—no cuaja.*

(4) *Nacer de pie.—Echar pelillos á la mar.*

(5) V. *Los padres y los hijos*, leyenda III de esta colección.

(6) V. la tradición toledana de *la Virgen de los Alfileritos.*

(7) V. *La novia del cura* en esta colección; *La sola* en mis *Superst. pop.*, superst. 332.

(8) *The Folk-lore Journal*. Vol. VIII.

cuanto el Folk-lore es auxiliar y colaboradora de otras ciencias como la etnografía, la gramática, la literatura comparada, la geografía, etc. Esta es al menos mi opinión, y de aquí la grandísima importancia que concedo en el Folk-lore al estudio de las supersticiones populares, considerándolas como ideas y sentimientos de otros días, fosilizados y conservados inconscientemente en el alma y en el cerebro de los pueblos.

Basta repasar lo escrito, para que ya á la simple vista resalten las diferencias que separan la superstición de la tradición y la leyenda y aparezca por sí mismo con sus caracteres propios é inalterables. La superstición es vaga, no con la vaguedad del hecho que caracteriza la leyenda, sino con la vaguedad de la idea. La tradición relata un hecho que pasó, la leyenda otro que pudo pasar, la superstición no nos da hechos: cuando nos ofrece alguno, es porque viene aparejado con la superstición, es más un ejemplo en su apoyo, que no cosa independiente y que subsiste por sí mismo, como sucede en las otras dos producciones populares. Todo pueblo tendrá tradiciones desde el punto en que se manifieste por actos; para tener leyendas deberá ser algo poeta, amar la naturaleza, adivinar el arte, presentir lo bello; pero no podrá tener supersticiones como no sea antes religioso. Porque, en el fondo, la superstición no es más que un latido del sentimiento religioso del hombre: es el temor á un suceso infausto, es la esperanza en un augurio favorable, es el medio de alejar los malos espíritus, y el medio de atraerse la protección de los buenos, desviarse de la influencia del hechicero y de los horrores de la tempestad, disolver

en rocío la nube que va á destruir un campo ó lanzarla á la hacienda de un enemigo. En toda superstición se vé el pueblo primitivo, el hombre salvaje temeroso de la naturaleza, anonadado ante el dios, indefenso ante las malas artes de los espíritus. Pasa el tiempo, las religiones se suceden, las ideas se modifican, la supersticiones subsisten: son siempre las mismas ideas primitivas; cuando más sustituyen una palabra con otra, pero aquí se detienen sus modificaciones. Y sobreviven á todo cambio, á toda revolución. Los aldeanos no creen ya en la diosa luna, y sin embargo siguen saludándola en sus cantos:

Luna, lunera,
cascabelera,
enciende el farol
que ya es la oración:

saben que el cuco no es más que un pájaro, no le dan ya culto y, no obstante, siguen interrogándole sobre su porvenir:

Cuco rey, cuco rey,
¿cantos años vivirei?

lo mismo que en aquellos otros tiempos en que los astros eran dioses y los animales espíritus. Por eso donde más se sorprende el ánimo de los prófanos es ante la concordancia de las supersticiones europeas con las de los pueblos salvajes. Ni una sola en éstos que no tenga su semejante entre nosotros, lo mismo la más trivial que la más terrible, la más lógica — si las hay — que la más ab-

surda (1). Y es que ese estado salvaje no es más que el subsuelo de nuestras ideas y de nuestra civilización actuales, rípio que queda oculto en los cimientos y que cubre el edificio que sobre él se levanta, pero que, á lo mejor, sale á descubierto, brota á flor de tierra cuando cualquier sacudida del terreno conmueve el edificio y abre en él alguna grieta.

*
* * *

Resumiendo, pues, porque ya siento la necesidad de acabar este largo proemio, escrito sin más pretensiones que exponer cuál es la importancia que á mi juicio tiene el estudio de la superstición popular, y sin pretender por

(1) Mr. Albert Reville, en su importantísima obra *Les religions des peuples non civilisés*, trae una porción de supersticiones existentes en los pueblos salvajes y que tienen su homóloga en la superstición española: así, la presentación de los niños á la luna que se hace en Andalucía, la practican también las tribus salvajes del Brasil; el *hom-bre* que reconocen los campesinos castellanos en la luna, lo ven también los salvajes de las islas Sandwich y Taïti; el lagarto, amigo de los aldeanos españoles y enemigo de sus mujeres, aparece con este mismo carácter en Melanesia; el trueno tiene la misma significación en la Finlandia que en España; los hechiceros negros revisten formas de animales ni más ni menos que nuestras viejas brujas de Castilla y nuestros *avisomens* de Galicia; entre los Hurones, como en España, se nota el carácter fúnebre de las tórtolas y se achaca á que los espíritus de los muertos se refugian preferentemente en el cuerpo de estos animales; etcétera, etc. Y así podríamos ir citando analogías y concordancias curiosísimas.

eso que mi concepto prevalezca: la superstición es el elemento más interesante del Folk-lore, puede constituir por sí sola todo el Folk-lore; en ella hay siempre un dato que puede servir para trazar la historia de otros estados de cultura. Se diferencia de la tradición (1) en que ésta no vive si no como consagración de un hecho, mientras la superstición vive sin él y es casi siempre reminiscencia de un culto. En toda producción del pueblo hay elemento supersticioso, y aun este elemento puede dar nacimiento á una tradición y servir como base á una costumbre. Tal es lo que, á mi juicio, debe entenderse por superstición.

(1) Creyéndolo así, tengo por poco apropiado el título que ha puesto el distinguido folk-lorista portugués, señor Leite de Vasconcellos á su colección de supersticiones: *Tradiciones populares de Portugal* las llama, y en mi concepto no son tales tradiciones. Sébillot, con mejor sentido crítico, titula su colección *Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne*, queriendo, sin duda, poner título á las tradiciones á que alguna superstición sirve de asunto. Para mí, el único título que una y otra deben llevar es el de *Supersticiones*. Las tradiciones que citan no son más que ejemplos, hechos corroboradores, pero generados por la superstición, que es en ellas el elemento principal, y por tanto el que debe titularlas.

I

SERES SOBRENATURALES

1.—*El diaño burlón* es un mal espíritu, que toma diversas formas para burlar á los hombres. Se aparece, sobre todo, á los caminantes que de noche recorren algún paraje solitario.

2.—*El diaño burlón* quiere que crean en él, y castiga la incredulidad de los que ponen en duda su existencia, apareciéndose á ellos, amedrantándoles y sin dejarles en paz hasta que los convence de que existe. || En Proaza había un hombre que se llenaba la boca de decir que él no tenía *meaco* (miedo) *al diaño*. Una noche venía por el bosque, y al pasar por medio de él, empezó á oír un huracán sobre su cabeza, chocar los árboles unos contra otros y romperse al caer al suelo desgajados. Contra lo que decía sintió un miedo horrible, y mucho más cuando vió delante de sí una gran masa negra que por todas partes le cerraba el paso y no le dejaba ir para atrás ni para adelante. Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, hizo la señal de la cruz y dijo:

Si eres el *diaño* de tí reniego,
Jesús, Ave María Purísima.

La masa negra se desvaneció y el pobre hombre pudo seguir adelante, como lo hizo echando á correr perseguido por todo aquel estrépito. Al otro día se levantó temprano y fué al bosque á recoger las ramas que el viento debía haber tronchado, pero no encontró una siquiera. Todo había sido una ilusión producida por el *diaño*.

3.—Siempre que el *diaño* se hace visible á los aldeanos, es para burlar su deseo ó excitar su codicia, y en cuanto los tiene engañados desaparece, riéndose y dejándoles atascados en lo peor de un paso peligroso. || Una vez el abuelo de la comunicante venía cargado con un saco de castañas que pesaba mucho, y en mitad del camino, que estaba muy oscuro, porque ya se había hecho de noche, se le ocurrió decir:—¡Si yo tuviera aquí la yegua del tío Juan (un ricacho de Proaza) la echaría encima el saco y subiría bien la cuesta!—En seguida, y sin saber cómo, vió á su lado una yegua muy parecida á la que había nombrado, y sin meterse en averiguaciones, al observar que no venía nadie con ella, le cargó á lomos el costal de castañas y siguió con ella tan campante, hasta que al llegar á la mitad de la cuesta que tenía que subir, notó que la yegua se alargaba, se alargaba tanto, que él no pudo contenerse y exclamó:—Jesús, ¿qué te pasa?—Al decir *Jesús*, el animal dió un bote y desapareció tirando al suelo el saco y las castañas, y el

infeliz tuvo que bajarse, cargarlo nuevamente sobre sus costillas y subirlo penosamente desde el medio de la cuesta hasta arriba. Era una broma del *diaño*.

4.—A veces se apodera de alguna prenda y desaparece con ella || A un tío de la comunicante le quitó una noche los zapatos de los pies, sin que él lo sintiera, y ya no parecieron *en* jamás.

5.—*El diaño burlón* berra como las cabras. || Una noche venía la comunicante con su hermana y hacía mucho viento, y vieron que pasaba por encima de su cabeza una nube *como un cabritón*, que iba *berrando, berrando*. Aquella nube era *el diaño*.

Como se ve por las supersticiones trascritas, *el diaño burlón* es el duende castellano, geniecillo travieso que no puede hacer bien y no quiere hacer mal, especie de diablo niño sumamente malicicso, pero que no es malo. Gusta de presentarse de improviso, inspirar temor, burlar al campesino pusilánime, y huye en seguida de conseguido su objeto, desapareciendo sin ser visto y no dejando tras sí otra cosa que el ruido de sus risas que aún celebran el terror del infeliz objeto de la burla; pero ninguna de éstas redundan en grave perjuicio del burlado; le desespera, le hace rabiar, pero se contenta con eso, que es bien poco dado el abolengo del diablillo y sus tradiciones de familia. Nada de comprar almas ni de llevarse seres al infierno. *El diaño* no quiere más que reír y divertirse.

Nada más fácil que trazar su filiación. Pertenece á esa inmensa tribu de espíritus graciosos y traviesos que se distinguen en todas las teogonías, espíritus familiares que no temen al hombre, antes bien se hallan á gusto en su presencia, y si pueden, de cuando

en cuando le prestan algún favor; son los *brownies* irlandeses, los enanos de Bretaña, los sátiros de la mitología pagana. El ruido de hojas, rumor como de árboles mecidos por el viento, que denuncia algunas veces su aparición, es el mismo ruido con que el dios de las selvas, el dios Pan, daba á conocer su presencia, y que producía en los pobres mortales lo que por su origen se llamó *terror pánico*. A veces parece personificación del viento que remeda quejas y aullidos al silbar entre las ramas de los árboles; otras parece personificación del huracán, y bajo este aspecto ofrece los mismos rasgos, exactamente los mismos, que el terrible Basojaun de los vascos que corre furioso por las estrechas gargantas de las ásperas montañas septentrionales (1). En cuantos relatos conozco, y en los cuales figura con los mismos caracteres, aparece siempre por la noche y en los caminos solitarios. Es, pues, un hijo de los terrores nocturnos, producto de la fantasía sobrescitada de un viajero extraviado, compuesto de las sombras de los árboles en la carretera y el ruido del viento en el hueco de los barrancos, y del agua en la cascada ó el torrente.

6.—Los *nubeiros* son los que producen las tormentas. Son á modo de hombres muy altos y de formas gigantescas. Se les ve, mirando fijamente al cielo, como corren detrás de las nubes, empujándolas unas contra otras. Como bien puede comprenderse son demonios.

7.—Los *nubeiros* son seres inteligentes, y por lo

(1) V. sobre el Basojaun *Los últimos iberos*, por don Vicente Arana, pág. 110 y sig. y *Le Folk-lore du pays basque*, por Wilson. La diferencia es que el Basojaun es siempre malo.

tanto, dirigen las nubes hacia el sitio que quieren, haciéndolas descargar sobre él. Son malos por lo general. Algunas veces, sin embargo avisan á la gente para que se recoja y no se moje. || Un día en Proaza estaban mozos y mozas *cogiendo un prado* de yerba, y de pronto, y sin saber como, se les apareció y vino hacia ellos un hombre muy grande—*tan grande como esta casa*, me decía la comunicante—y que llevaba un sombrero *tan grande como este cuarto* en la cabeza, y les dijo:

—Muchachos, daos prisa á coger la yerba, por que sinó os vais á mojar.

Como era día radiante y hacía sol, los mozos se echaron á reir, y entonces el *nubeiro*, porque aquel hombre era un *nubeiro*—se quitó el sombrero, lo agitó en el aire, y en el momento se formó una nube muy grande y empezó á llover copiosamente.

8.—Muchas veces, si se registra con cuidado la piedra que cae cuando graniza, se encuentran en ella muchos sapillos, que son también engendros del *nubeiro*.

9.—Como ocasionadas por el *nubeiro*, que es un demonio, los curas poseen la facultad de *esconxurar* á la tormenta, para impedir sus malos efectos sobre el pueblo. || El procedimiento empleado es el siguiente: apenas estalla una tempestad algo fuerte, acude todo el pueblo á buscar al cura y van con él á la Iglesia, á cuya puerta sale después el sacerdote revestido, con los evangelios en una mano y en la otra un hisopo empapado en agua bendita.

Puesto de cara hacia donde está la nube amenazadora, el cura lee sus oraciones, hace sus conjuros, y con el hisopo traza cruces en el aire. Durante la ceremonia los hombres más forzudos se ven obligados á sostener al sacerdote, que sin su auxilio caería al suelo arrastrado por el viento que cada vez sopla más fuerte. Por fin, y aunque trata de resistirse, la tormenta se ve obligada á ceder; la nube se aleja, y el sacerdote y el pueblo entran en la Iglesia á dar gracias á Dios por el buen resultado del conjuro.

10.—Los *nubeiros*, sin embargo, luchan todo lo posible contra el conjuro. A veces no se van si no se les da una prenda cualquiera del que los conjura. || En un caso visto por la madre de la comunicante, voces invisibles de los demonios que dirigían la tormenta, exigieron al sacerdote una prenda suya, sin la cual no querían retirarse. Entonces éste, sacándose un zapato lo arrojó al suelo gritando— ¡Tomad, malditos!—Y una bocanada de aire lo arrebató sin que ya nadie pudiera dar con él.

11.—No solo el sacerdote tiene poder para alejar la tormenta, sinó también para mandarla ir á cualquier sitio donde no pueda hacer daño, pues nada se conseguiría si se la dejase ir á otro campo sembrado ó á otro pueblo. En el caso referido en el número anterior, el cura lanzó la nube á un campo próximo, y allí cayó toda la piedra. La comunicante ha visto muchas veces ese campo que no produjo verde en *siete* años consecutivos.

12.—No todos los curas se atreven á encargarse de hacer el conjuro. Se necesita que sean fuertes de cuerpo y tengan ánimo varonil, por la lucha que han de sostener con los *nubeiros*. La condición indispensable es que no hayan *maricao*, es decir que sean vírgenes.

13.—Como prácticas privadas para hacer desaparecer la tormenta, se aconseja rezar el Trisagio; encender en honor de la Santísima Trinidad velas que hayan ardido en el monumento de Semana Santa; quemar romero bendito por el sacerdote el Domingo de Ramos, y repetir una y otra vez la oración de Santa Bárbara:

Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
y en el ara de la cruz:
padre nuestro, amén Jesús.

La facultad que aquí sólo tienen los *nubeiros* de levantar grandes tempestades, disfrútanla en diversas localidades, no espíritus inmateriales como éstos, sino criaturas humanas, hombres y mujeres de carne y hueso, que han hecho pacto con el diablo y disponen del poder mágico bastante á formar nubes y, conforme á su capricho ó su deseo, alejarlas ó hacerlas descargar sobre el campo de un enemigo. En Normandía, según Emile Souvestre (*Les derniers paysans*, pág. 17), son especialmente temidos dos clases de hechiceros: los *pastores de lobos*, que persiguen á los ganados, y los *conductores de nubes*, que mandan en las trombas y organizan las tempestades. En Cataluña (Gomis, *Lo llamp y 'ls temporals*, pág. 13) existe igual superstición. En los países del Norte se cita al rey

Eric que disponía de las nubes, haciéndolas seguir la dirección que con su sombrero las marcaba. En un cuento de Grimm, *Los seis compañeros que lo consiguen todo*, figura un hombre que, al ponerse el sombrero, hace que se levante un frío tan espantoso que los pájaros se hielan en el aire (pág. 248 de la trad. esp.)

Respecto á su conjuro por el sacerdote, es una consecuencia lógica y natural de lo que el pueblo cree. Si la tormenta es obra del demonio, la Iglesia ha de tener influencia bastante sobre ella pára prevenir sus males. Este poder lo delega naturalmente en el sacerdote. Por eso en todos los países católicos, el cura hace huir á la tormenta cuando, revestido y con toda solemnidad, la conjura en nombre de Dios, mostrándola el cáliz, mientras la campana, en medio del fragor de los truenos, y al cárdeno fulgor de los relámpagos, entona las alabanzas del Altísimo. He recogido varias relaciones de esta ceremonia, y en ellas los detalles son los mismos. Lo que se practica en Asturias es lo que se hace igualmente en las Vascongadas, en Castilla en Andalucía; y lo mismo se hace en Francia, lo mismo en el Tirol (V. el apéndice á la obra de Gomis, ya citada). En todas se pide al sacerdote que sea robusto, fuerte, y sobre todo, que no haya *maricao*, sin duda para que cerca del infierno conserve todo su prestigio.

14.—Hay en toda Asturias *Xanas* que son hijas de reyes y viven encantadas en las fuentes. La noche de San Juan, antes de amanecer, lavan su ropa y salen á tenderla al rocío: los que ese día se levantan muy temprano y van al campo pueden verla. Es tenue, como si no la hubieran tocado manos, y blanca lo mismo que la nieve.

15.—En las fuentes donde hay *Xanas* se ve en el

fondo un hilo de oro. El que logra apoderarse de ese hilo y tira de él y lo devana durante muchas horas sin soltarle, al cabo de mucho tiempo ve salir á la *Xana* asida al otro extremo del hilo y desencantada ya.

16.—Cerca de Proaza hay un pueblo llamado Villanueva, y á su entrada un reguero de agua y una casa aislada. Según los antiguos, allí había *Xanas* que cuando pasaba un caballero se le aparecían en forma de mujeres hermosas y le pedían su pañuelo. Él, al dárselo, las preguntaba con qué mano lo querían, y, después de oírlas había de dárselo con la contraria, pues si se lo daba con la misma que ellas le indicaban, quedaba allí encantado con ellas; de lo contrario, se retiraban dejándole ir en paz (1).

17.—Las *Xanas* se aparecen siempre por la noche ó al momento de amanecer. || Salen de detrás de una peña.

Fácil es determinar la filiación de las *Xanas* y sus analogías con otros genios en la mitología de todos los países: de aquí que no nos entretengamos en este trabajo que, fácilmente, pueden hacer nuestros lecto-

(1) Las *lavanderas nocturnas*, en Bretaña, ruegan al pasajero que las ayude á retorcer las ropas que están lavando: el pasajero, si es cauto, la retorcerá en sentido contrario, pues es perdido si lo hace en el mismo sentido que la aparición (Souvestre, *Le foyar breton*, I, 44, y Sébillot, *Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne*, I, pág. 43).

res. Las *Xanas* de Asturias son las ondinas de las fuentes que atraen con sus bellos ojos al mancebó que pasa junto á ellas y, para beber, se inclina sobre el agua y las ve en el fondo, sentadas á la puerta de mágicos alcázares, brindando amores con un mirar de fuego y sus palabras de cariño. El erudito Menéndez Pidal, en su libro sobre la *Poesía popular asturiana*, ve en los mitos germánicos el origen de los mitos astures, y comparando las *Xanas* con las *Valkirias*, dice: «las *Valkirias* del Edda aseméjanse á las *Xanas*; «viven como éstas en las de los bosques apartados, «bajo el cristal de la fuente de Urd, cuyas aguas tienen el poder de tornar blanco cuanto se pone en contacto suyo, como blanca es la *flor del agua* que las «*Xanas* custodian; unas y otras son émulas de la nieve en el color; si las *Xanas*, al claror de la luna hilan «madejas de cristal y oro, que devanadas en cierto «sentido nunca se acaba la felicidad, y con las cuales «obsequian á sus favorecidos, las *Valkirias* en las noches de plenilunio tejen el lino precioso del destino, «que también, arrollado en cierta forma, concede felicidad eterna; mientras se bañan las *Valkirias*, dejan al borde de la fuente un anillo encantado, y «quien se apodera de él, consigue aprisionar á la *Valkiria* su dueña, al modo que el que logra asir la *flor del agua* en cuyo torno danzan las *Xanas* la noche de «San Juan, rescata á una de ellas.» (Ob. cit. pág. 42).

Sin negar nosotros estas analogías que el autor establece entre las *Valkirias* y las *Xanas*, creemos, sin embargo, que no es uno mismo el mito que las ha dado nacimiento. El carácter principal de las *Valquirias* es su significación como diosas de la guerra, hijas de Odín, enviadas por su padre á los combates para que recojan en el campo de batalla los cadáveres de los héroes y los lleven consigo y sobre sus veloces corceles á la Valhalla, panteón germánico, don-

de les servirán el hidromiel que ha de asegurarles la vida eterna. Algún comentador las ha creído personificación de las nubes, al figurárselas pasando rápidamente sobre los campos de batalla, invitando á los héroes dignos de la eterna felicidad. (V. *Mithologie scandinave*, de Anderson, pág. 112). Las *Xanas*, por el contrario, viven apartadas completamente de las cosas del mundo, yacen bajo el influjo de su encanto, y no se cuidan de guerras ni batallas, ni se sabe que tengan influencia ninguna en el otro mundo. Mas parece deberse buscar su filiación en las náyades griegas, amables, seductoras, ó en las nixgermanas, tratando de atraer á los hombres y hundirse con ellos en el agua, que en las severas Valkirias, tan poco accesibles á los amores de la tierra, que una de ellas, Brinhilda, culpable de desobediencia á Odín, está condenada á no elegir los muertos en el campo de batalla y á casarse con un mortal. (Ob. cit., página 117.)

18.—Las *brujas* son malas mujeres que tienen pacto con el demonio y se complacen en hacer daño á las personas. *Aojan* á los niños y á los animales y consiguen que se desesperen y aun que se mueran.

19.—Las *brujas* toman formas distintas de diversos animales para atormentar á las personas, y también forma de objetos inanimados. || *Sucedido* (1):

(1) Hay entre el *Sucedido* y la *Tradición* una diferencia que importa determinar. Aunque algo inverosímil, el *sucedido* es un hecho contemporáneo de la persona que lo cuenta, y del que se citan testigos que lo vieron ó lo oyeron decir el mismo día en que pasó y á personas de toda su conciencia. Ciertó que hay en él mucho de maravilloso, que,

Un día dormía un hombre muy tranquilo en su cama cuando oyó que las vacas *berraban* fuertemente en el establo. No pudiendo conciliar el sueño, fué á ver si había allí alguien y no encontró sino un *zapico* (vasija en que se recoge la leche), cerca del cual se retorcían los animales; furioso al ver aquello, cogió el *zapico* y lo arrojó con fuerza á un rincón. Al otro día la vecina más próxima á su casa amaneció sin narices; era bruja, que el día antes se había transformado en zapico y á quien había dejado sin narices el golpe que contra el suelo recibiera. || Otro hombre que también sintió ruido en el establo, fué allí y se encontró con que alguien había metido en un solo collar las cabezas de dos chotillos que se ahogaban, y por eso gritaban tanto. Ese alguien era una bruja.

20.—Si una bruja entra en la iglesia, no puede salir de ella hasta que el cura cierra su breviario. || Y si por casualidad se le olvida, allí se queda hasta que pasa el sacristán y lo cierra, viéndole abierto.

21.—Para que no entren las brujas en una casa,

por tanto, se resiste á la razón, pero ya tiene buen cuidado el que lo narra de preparar el ánimo del auditorio, diciéndole con voz grave:—Esto no es un cuento, que es un sucedido—y afectando una seriedad que no toma para referir la tradición ni la leyenda. Y es que la leyenda puede dudarse, la tradición puede creerse algo desfigurada, pero al sucedido es imposible no admitirle tal y como se le refieren á uno, pues que hay gentes que vieron lo que narran y lo atestiguan.

basta hacer una cruz con ruda (1) detrás de la puerta de la calle.

22.—En casa donde haya agua limpia, sal (2) y levadura no pueden entrar las brujas: || *Sucedido*: Un día una bruja cogió un niño que estaba en la cuna y se le llevó por el aire buscando un lugar á propósito para tostarlo. En Santa Rosa de Mieres estaba un hombre en la cama cuando sintió el llanto de un niño, é inclinándose vió que una vieja limpiaba el fogón y que iba á poner un niño de pecho sobre las ascuas. Cogió los calzones y se los tiró, y como tienen una cruz, la bruja quedó sujeta y no pudo escaparse. Cuando se levantó el hombre la preguntó de dónde venía y con qué objeto, y ella se lo refirió todo, diciéndola que venía de Rainha, á algunas leguas de Santa Rosa.—¿Y cómo es que no te se ha ocurrido quemar antes al niño?—la preguntó con asombro. A lo cual contestó ella que no había encontrado hasta allí ninguna casa en que no hubiera sal, levadura y agua limpia, pues donde faltaba una de estas cosas, tenían las otras dos, y en ninguna casa donde las

(1) La ruda es una de las plantas favoritas de la superstición. En muchos pueblos tiene, entre otras dichas propiedades, la de servir de preservativo y defensa contra los malos espíritus, como en Asturias. V. lo que sobre esto dice Gubernatis: *Mithologie des plantes*, II, art. *Rue*.

(2) En la superstición popular la sal es antídoto contra las argucias del demonio. Con el mismo carácter que en Asturias aparece en todas partes. V. mis *Superst. pop.* (385, nota)—De Chesnel, *Dict. des sup.*—Migne, *Scienc. Occ.* etc.

hubiera podía ella entrar. (Esto lo sabe la comunicante por referencia de una paisana suya de Asturias, nacida en Pola de Lena, provincia también de Oviedo, y á pocas leguas de Proaza).

Las brujas son seres demasiado conocidos para que sea preciso trazar su filiación. Hijas de los terrores de la Edad Media; no son aquellas hadas maléficas, pero á la vez de aspecto agradable, cuyas malas artes heredaron. Por lo regular son viejas, gozan haciendo el mal en todas formas, hechizan á las doncellas, las seducen, las atormentan, *aojan* á los niños más hermosos y á las bestias más útiles; son, en fin, los peores enemigos de las gentes buenas y honradas.—Poco de particular ofrecen tampoco las supersticiones que acerca de ellas se conservan en Proaza. El revestir formas de animales diversos es común en la tradición popular de todos los países: de lo que no he visto ejemplo sino en Asturias, es de su presentación en forma de objetos inanimados.—Como ya han hecho notar muchos autores, la brujería parece oficio más bien femenino que de hombres. Por cada cien brujas apenas se cuenta un brujo. En Proaza no se conserva recuerdo de ningún hombre que lo haya sido. Aun los que hacen pacto con el demonio, no lo son. Venden su alma al diablo por conseguir algún fin, pero no para ejercer la brujería.

23.—Las *almas en pena* ó *almas del otro mundo* son espíritus de los muertos que vuelven á la tierra á expiar alguna falta ó delito en el mismo lugar en que la cometieron. Traen, además, distintas misiones, como pedir sufragios para salir cuanto antes del Purgatorio, cumplir algún voto ó promesa que ofrecieron en vida, y que la muerte no les dejó sa-

tisfacer, advertir á los vivos de los fatales resultados que una existencia turbulenta les puede dar, disponer alguna restitución que no pudieron ó no quisieron hacer en vida; y aun á veces tienen por objeto estas apariciones ordenar el entierro de su cuerpo á que no se ha dado conveniente sepultura, ó, por el contrario, ordenar en nombre de Dios que sea sacado del lugar de reposo en que descansa, por no convenirle dormir el sueño eterno en tierra bendecida por el sacerdote. || Las leyendas que forman el párrafo IV de la primera sección, son *Sucedidos* que sirven de ejemplo á alguno de los casos que apuntamos.

24.— Muchas veces la vista de un aparecido viene á anunciar la muerte del que tiene la aparición. || Generalmente el que vé un alma en pena muere dentro de aquel mismo año.

25.— Es malo dar portazos en las puertas ó cerrar de golpe las ventanas, por que puede hacerse daño á un alma que tenga en ellas su purgatorio, porque no todas las almas penitentes están en él. Algunas cumplen su penitencia en este mundo. || *Sucedido*: Un día una joven cerró con mucha ira una ventana y oyó salir de la madera una voz muy lastimosa que decía: — ¡Ay, que me matas! — Era un alma que tenía allí su purgatorio.

26.— Por lo mismo no se debe tropezar con el pie una piedra ó una china que se encuentre en la calle, porque nadie sabe si esa china ó esa piedra son purgatorios de algún alma.

27.—Del mismo modo que revisten formas de seres inanimados, las *almas en pena* vienen también al mundo en cuerpos de animales. || (V. la leyenda IV—núm. 3—de esta colección).

28.—Otras veces anuncian su aproximación con fenómenos extraordinarios que producen gran sensación en todo el pueblo, y en este caso su aparición es un castigo que sirve á la vez de ejemplo á las gentes que, como ellos, podía dejarse arrastrar por la tentación. || *Sucedido*: Una vez en Pola de Lena, á pocas leguas de Proaza, se murió un vecino, y al poco tiempo empezó á *humear* la sepultura, sin que nadie supiese lo que aquello significaba. Una noche llamaron en casa del cura.

—¿Quién es?

—La justicia divina.—

Muerto de miedo el sacerdote, pidió tres días de plazo para abrir; consultó el caso con sus superiores, y éstos le dijeron que se revistiera y abriese. Así lo hizo, y vió cuatro bultos que le dijeron fuese con ellos á la Iglesia. El cura había avisado á unos hombres para que sirvieran de testigos, y todos juntos fueron al templo. Allí uno que era el muerto, le dijo que abriese el sagrario y trajese el copón, y echó en él la hostia que antes de morir le habían dado. En seguida los tres que con él venían, y que eran tres demonios, se lo llevaron dando aullidos, sacándole por el tejado de la Iglesia. Es que estaba condenado, y no podía entrar en el infierno ni descansar en su sepultura porque había

comulgado en pecado mortal. El cura y los testigos murieron antes de cumplir el año. La comunicante había conocido de nombre al difunto á quien esto sucedió.

29.—La gente de buen vivir debe recogerse temprano á su casa (1), por que al dar las doce de la noche sale todo lo malo, las brujas, los demonios, las *almas en pena*, etc.

30.—Lo mismo los demonios, que las brujas, los duendes, los malos espíritus y las *almas en pena*, todos vagan por la noche, desde las doce en adelante, pero huyen, dejando á medio hacer lo que no han tenido tiempo de acabar en cuanto clarea el horizonte el primer rayo del alba ó en cuanto oyen cantar al gallo.

31.—Los sacerdotes tienen poder de conjurar á los demonios y á las *almas en pena*, por virtud de oraciones muy poderosas, pero siempre es requisito indispensable que no hayan *maricao*.

(1) Es formulilla popular en Madrid decir la gente :

Por no ver visiones
me acuesto á las oraciones.

El toque de oración se da á anochecido.

II

DÍAS SEÑALADOS

32.—El *día de Reyes* hay fiesta en Proaza, y la gente de buen humor se viste de máscara y anda todo el día por las calles.

53.—El día de la *Candelaria* es el único en que ven luz los niños del Limbo, pues llega hasta ellos el reflejo de los cirios que en tal día se encienden á la Virgen (1).

34. Por la Candelera
 está el invierno fuera;
 si nevó ó quiere nevar
 el invierno por pasar (2).

35.—Echando huevos á una gallina en este día, no se pierde ninguno de ellos (3).

(1) Existe la misma creencia en Galicia y Extremadura. (V. mis *Sup. pop.*, núm. 117).

(2) Creencia general en España y en Sicilia, según Pitré: *Spettacoli e feste*, pág. 180).

(3) La protección de la Virgen á las polladas se cree en Sicilia (op. cit.) y en Cataluña. (*Lo Gay saber*, segunda época, tomo I, pág. 7).

36.—El día de *Jueves Santo* es uno de los tres más grandes del año (los otros dos son la Ascensión y el Corpus). En este día en todas las casas se envían cirios á la iglesia para que ardan en el monumento; los cabos se guardan, y cuando estalla una tormenta se encienden. Estos cabos, santificados por haber alumbrado á Dios en el sepulcro, preservan la casa donde arden de los efectos de la tempestad (1).

37.—En este día deben forjarse los anillos de hierro que llevados al dedo constantemente curan el mal de corazón (2).

38.—Tanto en este día como en el siguiente, no se debe cantar ni hacer demostraciones de alegría, porque está Dios muerto.

39.—El día de *Viernes Santo*, á las tres de la tarde, no puede morir ningún humano, porque es la hora á que espiró Jesús.

40.—Como el diablo anda suelto en estos días, los que echan las cartas acostumbran á escogerle para entregarse á sus malas artes, por lo mismo que es mayor la profanación, y dicen que es el día en que *aciertan* más las cartas.

41.—El *sábado de gloria*, á las diez de la mañana, celébrase con grande algazara y regocijo la resu-

(1) Práctica común á toda España.

(2) Lo mismo en Extremadura. Para todo lo referente al anillo como medio curativo de enfermedades, véase Black, *Folk-Medicine*, artículo: *Ring*.

rección de Jesús. La gente va cantando coplas por las calles. Una de estas coplas dice así:

Ya pasó Semana Santa,
ya vino Pascua de flores,
ya resucitó Jesús:
alegrairvos corazones.

42.—Este mismo día también es preciso echar al demonio que, aprovechándose de que Dios estaba muerto, ha podido introducirse en las casas; y para ello se coge agua bendita de la iglesia y con ella se rocía las casas y los campos, sirviéndose de una ramita de laurel como hisopo. Al tiempo de hacer las aspersiones se va diciendo:

Salid, ratos,
salid, mores,
salid, sapos,
salid, *cuélebres*,
salid, mala condición,
que aquí traigo agua bendita
co'l arbol de la Pasión (1).

43.—El *domingo de Ramos* la gente lleva á la iglesia grandes ramos de laurel y romero para que el cura los bendiga; estos ramos se cuelgan detrás de la puerta y hacen que no pueda entrar por allí

(1) Esta práctica se celebra también en Castilla. En Toledo se dice:

Sal, diablo, del rincón,
que ya resucitó Nuestro Señor.

ninguna bruja; suspendidos sobre la cama, preservan de los amañes del demonio (1).

44.—Cuando hay tempestad se queman en el hogar algunas hojas del laurel bendito en ese día. Donde haya humo de este laurel no puede caer un rayo.

45.—Con el romero bendito el domingo de Ramos y quemado cuando llega el tiempo, se hace en las iglesias la ceniza que el sacerdote pone en la cabeza de los fieles el miércoles de Ceniza.

46.—Antiguamente, y hoy también se hace, los novios aguardaban á sus novias á la puerta de la iglesia para ofrécerlas palmas, en prueba de inocencia; las novias las tomaban, y estas palmas eran las que bendecía el sacerdote y que luego se colgaban á las ventanas de las casas. Pero se promovían muchos escándalos cuando una moza tenía más de un pretendiente, y muchas veces tuvo que salir el cura á imponer silencio y á apaciguar las riñas de unos y otros. Hoy se conserva esta costumbre, y el cura está siempre encargando á los mozos que entreguen las palmas más abajo por respeto á la casa de Dios (2).

(1) El romero está bendito porque en él tendía la Virgen los pañales de Jesús, según dice una copla popular. Gubernatis en su *Mith. des pl.*, tomo II, art. *Romarin*, diserta largamente sobre las propiedades maravillosas del romero.

(2) Chaulié en sus *Cosas de Madrid*, apunta esta práctica como muy usada en Madrid durante el siglo XVII; los abusos y escándalos á que daba lugar fueron parte á que se desterrara en absoluto.

47.—El día de la *Ascensión* es el segundo entre los más grandes del año. Ni las gallinas se llegan á sus huevos para no ocuparse en nada que turbe la solemnidad de la fiesta.

48. Si llueve el día de la Ascensión
cuarenta días seguidos son.

49.—Todo lo que se siembra en tal día florece (1).

50. El día de la Ascensión
cerezas en Oviedo
y trigo en León.

51.—El día de la *Encarnación* es también muy solemne. Como en el de la Asunción, durante todo él ni las gallinas se acercan á sus huevos.

52.—*San Antonio* es abogado de lo perdido. Para encontrar una cosa extraviada basta rezar sus responsorios (2).

53.—San Antonio es también un santo casamentero; él da novios á las muchachas que con toda devoción se lo piden, y hay entre las mozas quienes le rezan diariamente para conseguir de él un marido (3).

(1) Lo mismo en Sicilia. (Pitré: *Spettacoli e feste*, página 263.)

(2) V. sobre esto los romances VI, y nota correspondiente.

(3) Ib.

54.—Pero el día más grande de la tradición popular asturiana—y de todos los demás pueblos—es seguramente el día de *San Juan*, al que se refieren una porción de supersticiones.

55.—La noche de San Juan, á las doce en punto de ella, se enraman las fuentes y se casca un huevo que se echa en el agua, y se vé en ésta el mar y la cabeza de Jesús.

56.—Esta noche no duerme nadie en Proaza. Los novios llevan grandes árboles de fresno á la puerta de la casa de las mozas á quienes pretenden, y los plantan allí de modo que sus copas suban por encima de los tejados.

57.—Como ya se ha dicho, esta noche salen las Xanas á lavar sus ropas y las tienden al rocío. Todo el que se levanta temprano puede verlas tendidas en el campo.

58.—El día de San Juan sale el sol bailando (1).

59.—A las doce de esta noche legendaria bendice el santo todo lo que hay sobre la tierra, los

(1) En Andalucía se cree que San Juan duerme tres días para evitar que mueva estruendo el día de su santo. (Guichot, *Sup. pop. and.*, sup. 150). Esta creencia existe asimismo en Asturias y Galicia, pues hay una copla gallega (V. *Cancionero popular gallego*, de Ballesteros, I, 199) que une las supersticiones gallega, andaluza y asturiana en una cántiga:

*San Xoan pideu á Cristo
pra que non-o adormentase
pra ver bailar o sol
o día d'a sua romaxe.*

campos, las hierbas, las montañas, los ríos y las fuentes.

60.—Por esta razón no se cogen las plantas medicinales hasta esta noche, cuando ya el santo con su bendición las ha dado la virtud de curar todas las enfermedades.

61.—Por lo mismo no se comen las manzanas antes de ese día. Las que se comen pasado él no pueden hacer daño aunque estén verdes, porque ya el santo las ha bendito y hecho inofensivas.

62.—El rocío de la noche de San Juan quita la sarna á los que, desnudos, se revuelcan en él á las doce de la noche (1).

63.—A esta hora bendice también el santo el agua, y su bendición da propiedades maravillosas á la flor del agua. || Para unos (2) la flor del agua es una flor cuya posesión da la felicidad; para otros—y la comunicante es de estos últimos—la flor del agua es lo mejor del agua, la primera capa del agua sobre la cual ha caído la bendición del santo precursor.

64.—Este día las jóvenes se levantan muy temprano y van cogidas de la mano, lavándose la cara en todas las fuentes y arroyos que encuentran al

(1) Este rocío tiene propiedades curativas; en Extremadura preserva de enfermedades de los ojos. (F. L. Bético-Extremeño, pág. 111).—Reville en su *Religions des peuples non-civilisés*, pág. 349, trae un curioso uso del rocío de determinada noche entre los caribes.

(2) Menéndez Pidal en su *Poesía popular*, pág. 42, 329.

paso, para aprovecharse de la bendición que ha caído sobre el agua.

Este día también bendice el rocío la Virgen.

No los límites reducidos de esta nota, sino el libro que dedicamos al folk-lore de Proaza necesitaríamos si quisiéramos dar una breve idea de las supersticiones referentes al día de S. Juan y las ceremonias con que se festeja este día y las prácticas que se cumplen durante su velada. La noche de S. Juan es la noche por excelencia, la noche clásica del folk-lore, en que las gentes saben el secreto de su porvenir si con fe bastante se le pregunta al santo precursor. Hay durante ella—como durante la noche de Navidad—un instante sagrado y supremo en que las potencias infernales pierden todo su poder y su influjo sobre los hombres. En este momento se cojen las hierbas mágicas que dan la eterna juventud y la eterna felicidad al que tiene la dicha de poseerlas; la flor de la falaguera, que descubre los tesoros más ocultos, las plantas medicinales cuya potencia no resiste ninguna enfermedad. Los prodigios de esta noche bendita son innumerables: las novias ven á sus amantes ausentes, las que aun no tienen novio saben el nombre y la condición del que será su marido, y la naturaleza se une á la alegría general y ella también celebra el día del santo precursor. ¿Cuál es el origen de esta creencia que bien puede llamarse universal y de que dan vivo testimonio las hogueras que esa noche privilegiada encienden las gentes en las cumbres de las montañas más distantes, lo mismo en Levante que en Poniente, hacia el Sur que hacia el Septentrión? Para encontrarlo hay que remontarse á fechas muy lejanas, y ver en estos restos de culto los vestigios de una adoración al sol que se registra en todos los pueblos indo-europeos en que aun subsiste la costumbre.

El día de S. Juan coincide con el solsticio de verano; es época del año en que el sol, llegado á su apogeo, empieza su peregrinación por los desiertos invernales, y la humanidad celebra esa época; no pudiendo borrar la fiesta, el cristianismo la santificó poniéndola bajo la protección de Bautista, y hoy, al celebrar nuestros campesinos esa fiesta, no saben que practican un acto del antiguo culto solar y que no es á San Juan sino al sol á quien festejan.

65.—*S. Pedro* es también un santo muy popular, pero su popularidad no alcanza el grado que la de S. Juan, ni mucho menos. S. Pedro es conocido del pueblo, sobre todo como compañero de Jesús, en los viajes que su Maestro hizo por el mundo. En todos los cuentos de este ciclo, el carácter de S. Pedro aparece perfectamente dibujado: es malicioso, no ve más que las apariencias de las cosas, juzga por lo que aparece á su vista solamente sin remontarse nunca á las causas de ello ni tomarse el trabajo de pensar sobre las consecuencias que puedan tener. Se deja llevar fácilmente de la cólera, es goloso, embustero, y muchas veces sería malo para su Señor, si no tuviera, como tiene, la profunda seguridad de que Jesús es Dios, y por tanto, no está sujeto á las mismas necesidades que él.

66.—*El día de difuntos* es el único que tienen de descanso las ánimas. En Proaza no se acuesta mucha gente en su cama, dejándola para que puedan descansar en ella las almas de los parientes que aquella noche vendrán á visitarla.

67.—Con el mismo objeto se aumenta esa noche la candela del hogar, á fin de que quede mucho rescoldo para que las almas encuentren la casa caliente y puedan pasar la noche en gratas conversaciones y recuerdos.

68.—Esta noche vienen á la tierra los muertos después que dan las doce de la noche, y los que robaron algo durante su vida lo traen á cuestas: así, los que robaron un árbol, por ejemplo, lo traen al hombro, tendido y con la copa hacia adelante, de modo que lo primero que se vé son las ramas.

69.—En tal día se manda á las iglesias cera para que arda por las almas á quien se tiene obligación.

70.—Por la noche se encienden lamparillas que se echan en grandes cazuelas de aceite y están ardiendo toda la noche. Cada lamparilla se echa por el alma de una persona cuyo nombre se dice en alta voz al encenderla.

71.—La primera lamparilla que se apague indica que el alma de la persona por quien arde será la primera en salir del Purgatorio.

72.—Si alguno de los muertos no necesita la luz por estar ya en el cielo ó el infierno, arde ésta entonces por *el alma más necesitada*.

El culto á los muertos es, sin disputa, la creencia más extendida en la humanidad. Aun allí donde el hombre no se da cuenta exacta del Dios, el muerto es respetado ó temido como un sér digno de veneración ó capaz de hacer mucho daño. Tylor, en su celebrada obra: *Primitive culture*, consagra la mayor par-

te de ella al examen del animismo, y en la revista que pasa á todos los pueblos y á todas las razas hace notar la persistencia de ese recuerdo de los muertos que, para gran parte de la humanidad, constituye por sí solo el único dogma de una religión embrionaria. Spencer cree que el culto á los antepasados es el principio de toda religión. Antes de concebir al Dios el hombre teme al muerto: antes de quererse hacer propicia á la divinidad quiere aplacar la cólera del antepasado que ya no existe pero que puede volver. (*Essays on Sociology*, I, cap. XX.)

Al contacto de la civilización las viejas ideas se modifican; no se teme ya á los muertos, pero se les quiere favorecer, se les recuerda, se les ama: la religión consagra estas creencias y el cristianismo señala un día sobre todo en el año para que los vivos piensen en sus muertos y les consagren su recuerdo y sus oraciones. Este día es de respiro para las almas condenadas. Los demonios dejan de atormentarlas y ellas vienen á la tierra á implorar sufragios ó á sufrir extrañas penitencias.

Este día, situado en la parte del año en que está más triste la naturaleza, más brumoso el cielo, en que las hojas secas rodean el escueto tronco de que poco antes fueran alegre vestidura, y en que el viento agita las desnudas ramas produciendo sonidos desacordes que parecen gemidos de dolor, es sombrío por demás y triste, da de la muerte rara idea, extraña y terrible, arrastra á la melancolía y produce deseo de morir. Todas las creencias que con este día se relacionan se resienten de esta tristeza, de esta agrupación de colores acres y sombríos en el mismo cuadro de dolor. Mientras el sol está sobre el horizonte, la gente visita el cementerio y reza arrodillada sobre las tumbas evocando memorias del sér amado. Cuando el sol se oculta y la noche envuelve la tierra todo queda en si-

lencio, un silencio lúgubre que, de cuando en cuando, rompe la campana tañendo con eco funeral, semejante á una voz que sale de la eternidad, profeta de desgracias, nuncio de muerte. A veces el viento silba, la lluvia azota las puertas, óyense ruidos extraños, y no parece sino que invisibles grupos de espíritus atraviesan el aire. Es la hora en que cerca del hogar las lamparillas chisporrotean como si modulassen oraciones; los devotos, arrodillados fuera de sus lechos, imploran la piedad del Señor para los que duermen el sueño eterno; en el comedor, la mesa preparada espera á los invisibles huéspedes que nuevamente vendrán á sentarse á ella, y fuera de las casas, turbas de mendigos vagan cantando con voz plañidera las oraciones de los muertos.

III

ANIMALES Y PLANTAS

73.— Cuando un niño de pecho, ó ya mayorcito, empieza á desmejorarse visiblemente, es que tiene *lombrices*. Los sacerdotes *sconxuran* á estos animales para que salgan del cuerpecillo que atormentan, y las lombrices obedecen, siempre, es claro, que el cura no haya *maricao* nunca.

74.— Los *chovas* (cuervos chiquititos) son aves meteorológicas; anuncian la lluvia cuando se pre-

sentan muy bajos y volando en *esames* como las *abelles*.

75.—Hay *páxaros de la muerte* que dos ó tres días antes de morir una persona se posan sobre el tejado de la casa. Aun cuando en el momento en que se les ve por primera vez no haya en ella ningún enfermo, la muerte, sin embargo, es segura (1).

76.—Un *perro* que aulla tristemente presagia muerte inmediata de una persona que habite en las cercanías. || El perro *huele* la muerte (2).

77.—La *mula* es estéril porque la maldijo la Virgen en el establo de Belén, pues mientras el buey alentaba al niño para proporcionarle algún calor, la mula soplabla hacia él para darle frío, y se comía la paja del establo. Por eso cuando lo notó Nuestra Señora la dijo:

¡Maldita seas tú, mula,
ni parida ni preñada!

y desde entonces es estéril.

78.—La *burra*, en cambio, está bendita, por el

(1) Esta creencia está muy extendida: se encuentra en todo el mundo, y se atribuye á las aves nocturnas especialmente. En Avila es la *lagarza*, en Castilla la Nueva la *lechuzza*, en Toledo el *pájaro morir*.

(2) El perro se presenta con frecuencia como mensajero de la muerte, de la que, muchas veces, es personificación. En la antigua creencia aria, un perro aullando era emblema de la muerte. Con este mismo carácter se conserva todavía en Inglaterra. (Bowker: *Goblin Tales of Lancashire*, pág. 245.)

auxilio que prestó á la Sacra Familia durante su huída á Egipto, y pare sin dolor.

79.—Por la razón apuntada ya en la superstición 77, el *buey* está también bendito desde el nacimiento del Señor.

80.—La *golondrina* es un pájaro muy querido de Dios, porque cuando Jesús estaba en la cruz las golondrinas acudieron á quitarle las espinas de la corona que le habían puesto los judíos (1).

81.—El *cuco* es un medio de adivinación que emplean en Proaza los mozos y las mozas para saber si se casarán ó no y si pasarán muchos años solteras, dado que hayan de casarse. En cuanto oyen cantar alguno de estos animales van á él y dicen:

Cuquitín de rey,
rabiquín d'escoba,
¿*cántos* años hay
d'aquí á la mía boda?

Y esperan luego á que el cuco cante. Tantas veces como canta, tantos años han de pasar antes que se case. Si no canta es que el que provoca el agüero no se casará nunca.

82.—Cuando por primera vez se oye el canto

(1) Hay sobre esto una copla popular:

En el monte Calvario
las golondrinas
le arrancaron á Cristo
dos mil espinas.

del cuco no debe tenerse hambre, porque si así sucede, el año será malo para la persona á quien acontezca tal desgracia.

83.—También se le pregunta al cuco cuántos años de vida tiene todavía una persona, y responde del mismo modo que á la pregunta del casamiento, porque el cuco es ave muy sabia y que lo sabe todo. Se hace uso de esta formulilla:

Cuco rey, cuco rey,
¿cuántos años vivirey? (1)

Con el mismo carácter de ave adivinatoria que tiene en la tradición de Proaza, aparece el cuco en la superstición populár de todos los países. Gubernatis en su *Mithologie Zoologique*, II, pág. 247, dice: « Comme nul ne sait de quel maniere disparáit le coucou, on suppose qu'il ne meurt pas, que c'est toujours le même coucou qui chante chaque année dans le même bois. Etant immortel, il doit avoir tout vu et tout savoir. Les peuples subalpins, les Allemands et les Slaves, demandent au coucou combien ils ont encore d'années à vivre. Celui qui l'interroge suppose les années sur lesquelles il peut compter d'après le nombre de fois que le coucou fait entendre son chant. » Y James Hardy, en su *Popular History of the cuckoo*, después de hacer notar esta misma circunstancia, inserta una porción de formulillas casi idénticas á la

(1) En Salamanca, donde también subsiste la práctica, la formulilla es próximamente la misma:

Cuco del rey,
cuco de la reina,
¿cuántos años me das de soltera?

versión proaceña, y usadas en semejante situación en Inglaterra, Escocia, Suiza, Sajonia, Suecia, Noruega, y añade, por último: « This mai be amply illustrated » from continental sources, fort these superstitions no » lest than correspondences of speech, attest the brotherhood of nations. » (pág. 87).

84.—Hubo un tiempo en que el *topo* veía y el *sapo* tenía un rabo muy hermoso, pero envidiándose el primero le propuso un cambio; el otro aceptó, y desde entonces el topo es ciego, pero tiene rabo, y el sapo carece de este adorno, pero tiene los ojos muy grandes.

85.—La *culebra* es animal venenoso y su mordedura es mala. Para curarla no hay más remedio que poner en la herida ramas de avellano que van chupando el veneno.

86.—Lo único que puede matar á una culebra es tocarla en la cabeza, aunque sólo sea de un modo muy ligero, con una rama de avellano verde (1).

87.—La culebra lleva el veneno en la lengua, y cuando se mete en el agua lo deja depositado en una peña de la orilla, de donde vuelve á recogerlo cuando sale. Si no lo encuentra se enfurece mu-

(1) V. Gubernatis en su *Mithologie des plantes*. II, 240, todo lo que dice referente al avellano, cuya fama es universal y se encuentra en la superstición popular de todos los países. La célebre varita de virtudes de los hechiceros y las hadas está hecha con una rama de avellano, lo mismo que la varilla adivinatoria descubridora de tesoros y manantiales ocultos.

cho. || Yendo un día una amiga de la comunicante—de quien tengo directamente esta superstición—por un peñascal con otras personas, vieron que una culebra muy grande iba al río y dejó en una piedra una gota de sangre. Cuando el animal se metió en el agua tiraron ellos la piedra; á poco salió la culebra y al no encontrar el veneno se enfureció tanto, que empezó á dar con la cabeza en las piedras hasta que se mató.

88.—Por lo visto, y á juzgar por el testimonio popular, en Asturias hay culebras muy raras. Una hermana de la comunicante vió un día una con cuatro patas; una amiga suya halló un día una con alas, pelos y conchas.

Rasgos tiene la culebra descrita en las supersticiones anteriores que la relacionan, más que con una culebra cualquiera, con la famosa *vívora* tan celebrada en los fastos populares del Franco Condado. Desirée Monnier, que ha dedicado á ésta muchas páginas de su gran obra *Croyances et traditions populaires comparées*, copia algunas descripciones de aldeanos, *que la han visto*, que no se apartan mucho de la apuntada en la superstición proazeña. Lo que en esta última es el veneno que la culebra lleva en la boca y cuando va á beber deposita á la orilla del río sobre una peña, enfureciéndose mucho si no lo encuentra al volver, es en el Franco Condado el famoso diamante que la víbora ostenta en la cabeza, que brilla como una luz é ilumina el camino que recorre el animal, y constituye tesoro tan crecido que no habría en el mundo dinero con que pagarle. Desirée Monnier inserta la historia de un hombre que, como los asturianos de la superst. 87, logró apoderarse de la piedra en cues-

ción, aprovechando el momento en que el animal satisfacía su sed. Al volver la víbora y no encontrarla, se enfureció de tal modo que empezó á golpearse contra las peñas, y se mató. La relación es la misma en todos sus puntos. Al otro día el atrevido murió. (Ob. cit., pág. 108).

89.—Para hacer mal á una persona se saca el corazón á una *gallina negra*—viva todavía—y se clavan en él muchos alfileres diciendo un conjuro. La persona contra quien éste se dirige *se seca* rápidamente (1).

90.—Hay en el campo yerbas que curan las llagas y cicatrizan todas las heridas, y son las mismas que curaron las llagas de Jesús.

91.—Haciendo una cruz con *ruda* detrás de la puerta se impide que entren las brujas en una casa.

92.—Cogiendo *ruda*, cociéndola y dando el agua al hombre á quien quiera atraerse una mujer, se asegura para siempre su cariño. | Copla popular:

Si supiera la casada
para qué sirve la ruda,
trasnochara y madrugara
á cogerla con la luna (2).

(1) La *gallina negra* entra con frecuencia en la superstición popular como componente de hechizo, del mismo modo que el alfiler, temible en poder de la hechicera, pero preservativo contra la hechicería y el mal de ojo. cuando está en manos del que no quiere hacer mal uso de él.

(2) Variante portuguesa:

Se a muller soubesse a virtude da arruda
buscal-a-hia de noite á lua.

Coelho.—*Etnologia portuguesa*, art. *Arruda*.

93.—Si se frie una rama de ruda, la planta de que ha sido cortada se seca en aquel mismo momento.

«La ruda—dice Gubernatis—es hierba muy estimada de las mujeres que la atribuyen toda clase de virtudes mágicas... Creen que facilita los partos y que es poderosa para alejar las serpientes... Los aldeanos de Monferrato la llaman *erba alegra*, y la consideran remedio contra la hipocondría. En Venecia pasa como prenda de felicidad para una casa, pero debe reservarse sólo para personas de la familia; con ella se va del hogar la buena fortuna. El que no puede procurarse toda la planta, se contenta con tener una rama que luego lleva entre la media y la pierna. En los Abruzzos es un talismán contra las brujas; frotando con ella el suelo se las arroja de la casa. En Toscana las buenas mujeres la recomiendan contra el mal de ojo... Un proverbio de la tierra de Otranto dice que la ruda cura todos los males.» Gubernatis. (*Mithol. des pl.*, tomo II, art. *Rue.*)

94.—La *nielda* (flor del orégano) cura una porción de enfermedades y es, sobre todo, eficacísima contra las enfermedades de mujeres. || Copla popular:

Si supieran las mujeres
la virtud que *tié* la *nielda*,
paceríanla en el campo
como las vacas la hierba.

IV

MEDICINA POPULAR

95.—El *mal de ojo* es una enfermedad misteriosa que mata á las personas á quien hiere. La da la mala voluntad de algunas personas que no son buenas, y cuando ven alguna persona ó algún animal que excitan su envidia, sienten hacia ellos un mal deseo. Este mal deseo toma forma y se mete dentro de las personas ó los animales mal queridos y les pone á morir.

96. El remedio de esta enfermedad no existe en la botica, ni puede prescribirlo el médico. Para curarle hacen falta remedios extraños, conjuros poderosos y personas dotadas de esa facultad.

97.—No sólo el odio ó la envidia hacen mal de ojo. Un cariño exagerado produce el mismo efecto, y á la verdad, con resultados más terribles.

98.—Como los niños son los seres más débiles son también los más expuestos á que les hagan mal de ojo. De aquí el gran cuidado que es preciso tener con ellos para que no sean heridos de esa plaga.

99.—Entre los medios profilácticos más eficaces está el atarles á la muñeca, en cuanto nacen, una medalla de S. Benito. Si llevándola puesta alguien les hace mal de ojo, pártese en pedazos la medalla y no les pasa nada á ellos. Esta medalla se llama una *cigua*.

100.—El mismo efecto produce el hacer que lleven al cuello una cuenta ó una ramita de coral, porque el coral atrae á sí todas las malas influencias. || Y lo mismo llevar al cuello una bolsita muy pequeña con añil y unas hojitas de *abréano*.

101.—También es poderoso preservativo ponerles cosido á los pañales ó á la faja unos evangelios que con este fin arreglan y disponen en los conventos, vendiéndolos después ó regalándolos las monjas y los curas á las personas de su obligación.

102.—Para evitar que al niño le dé el mal de ojo, nadie debe alabarle por hermoso ó sano, sin añadir la frase: —¡Dios le bendiga!— Cuando ella no lo dice, la persona que le tiene encima debe repetirle en voz baja todo el tiempo que duren los elogios, aunque esto no es tan eficaz como si lo dijera la misma que lo alaba.

103.—Por lo mismo una madre no debe mirar mucho á su hijo en los primeros días de su nacimiento, pues podría hacerle mal de ojo, y el mal de ojo en este caso produce enfermedad incurable.

104.—El mal de ojo puede curarse siempre que el que lo ha causado no haya partido el corazón al

niño con su mirada, pues en este caso no tiene cura en modo alguno.

105.—No hay que creer que solo los niños hermosos y sanos pueden ser hechos mal de ojo; son, naturalmente, los que están más expuestos por lo mismo que atraen más la atención, pero también los feos y endebles son sus víctimas. Por eso dice el refrán:

No se *agüeya* el niño por hermoso,
sino por *esabajoso* (desgraciado).

106.—Y el efecto del mal de ojo es terrible, y, á veces, inmediato. || He oído referir el caso de una pobre mujer que fué á misa llevando en brazos una niña muy hermosa que tenía y que, de pronto, se la quedó muerta. La mirada de uno que la había hecho mal de ojo al pasar, habíala partido el corazón por la mitad.

107.—Una detenida observación del niño dará á conocer si le han hecho ó no mal de ojo. Es uno de los mayores síntomas el ver que el niño come mucho, ensucia en seguida y se desmejora de día en día.

108.—Hay personas que, por gracia especial, conocen si un niño enfermo padece una enfermedad ordinaria ó mal de ojo. Algunas lo conocen mirando al niño; otras poniéndole encima una crucita ó una medalla de la Virgen que, si el niño padece, en efecto, mal de ojo, se caerán en seguida al suelo.

109.—Lo primero que hay que hacer en este caso es llevar el niño á la iglesia y hacer que el cura le lea los Evangelios.

110.—Es remedio también eficacísimo quemar una camisita del enfermo, y darle á beber la ceniza en una taza de caldo.

111.—O bien se hace lo mismo con los polvos del escapulario.

112.—El período máximo de tratamiento para el mal de ojo es *nueve* días. Si al cabo de ellos no se ha curado el niño, es que se ha muerto.

113.—Lo mismo que los niños, los animales están expuestos á los efectos del mal de ojo, y cuanto más hermosos y gordos sean, mayor es la exposición.

114.—Del mismo modo también pueden hacerles mal de ojo aun aquellas personas que les quieran bien. || En un pueblo inmediato á Proaza había un hombre que no iba una sola vez á ver su vacada sin que al día siguiente no muriera, de repente y sin mal ninguno, la res mejor y que más le había gustado. Era hombre de conciencia, y como no quería hacer daño y se veía sujeto á la desgracia de hacerlo sin poderlo remediar, pidió consejo á otros que sabían más que él, y éstos le dijeron que no tenía más remedio que sacarse el ojo malo ó llevarle siempre cubierto con una venda. Optó naturalmente por este último recurso y no volvió á hacer morir ninguna res (1).

(1) Teophile Gautier en sus *Romans* tiene una preciosa

115.—Como preservativo para los animales, es bastante eficaz y da muy buenos resultados el colgarles del pescuezo, así que nacen, el esquilón. Si alguien quiere hacer mal de ojo á la res, el esquilón se parte en dos pedazos, pero á ella no le pasa nada (1).

116.—También se evita diciendo al pasar cerca de ellos: «¡San Antón las guarde!»—porque San Antón es el santo abogado de todos los animales. El que al alabar unas reses no diga la frase, es que no las quiere bien, y mucho menos á sus amos.

117.—Si la persona que ha hecho mal de ojo á los animales repite inmediatamente esas palabras quita toda fuerza á su influjo. || Un día, en el camino de la Corredería á Oviedo, iba un carretero en su carro cuando pasó por su lado una mujer, y en el mismo momento se tiraron los bueyes al suelo, de donde no podían levantarse. Llegaron dos hombres, y enterados de lo que ocurría, dijeron al carretero que persiguiera á la mujer y la obligase á decir: *¡San Antonio los guarde!* pues sin duda había hecho mal de ojo al ganado. El lo hizo así, y después de mucho porfiar consiguió de la mujer que repitiese las palabras, y en el momento

novelita titulada *Jettatura*, hecha sobre este mismo tema de la imposibilidad en que se encuentra de no hacer mal de ojo el que nace con esta desgracia.

(1) Influencia benéfica del metal contra los malos espíritus y las brujas.

de decirlas se levantaron los bueyes y prosiguieron su camino. Poco antes de decirlas lloró, porque á esas personas les cuesta mucho trabajo enmendar el mal que han hecho.

118.—Los efectos del mal de ojo en los animales son muy varios. || Un día, estando ordeñando una vaca el padre de la comunicante, pasó junto á él una mujer, que vió con envidia la mucha leche que daba el animal. En el mismo instante, y sin saber cómo, se volvió el *zapico* en que caía la leche y ésta se derramó toda por el suelo. || Otro día, otro pariente de la comunicante pasó con sus vacas al lado de una mujer que estaba muy mal considerada en el pueblo. Esta no dijo una palabra, aunque miró á los animales. Cuando el amo ordeñó á las vacas notó que debajo de la espuma había sangre podrida en vez de leche. Volvió, insultó á la bruja, y para castigarla tiró toda la leche á un ortigal, convencido de que así todas las ortigas se le clavarían en el cuerpo á la hechicera.

119.—Para hacer mal de ojo á unos animales basta decir al encontrarlos, en vez de la salutación benéfica: *¡San Antonio los guarde!* esta otra, capaz de hacerles mucho daño: *¡Malos lobos los comieren!*

La creencia en el *mal de ojo* es universal. El poder del hechicero constantemente temido es patrimonio de toda la humanidad. *Melusine*, en su segundo volumen, ha empezado á publicar un erudito estudio titulado *La fascination*, en que se considera el asunto bajo todas sus fases, y á él remitimos á nuestros lec-

tores, en la imposibilidad de dar la más ligera idea de tal trabajo en estas líneas. Bastará decir que en esa vasta información se ponen á contribución todos los pueblos y todas las edades, y constantemente, á partir de las épocas indeterminadas y ante-históricas de la Caldea, se registra en la raza humana la creencia en un poder maléfico no bien definido, pero que parece disponer del mundo, y contra el cual son precisos los conjuros más poderosos. Esta información es uno de los trabajos que, luego de concluídos, han de ser más útiles para el estudio comparado del Folk-Lore.

120.—Los *orzuelos* salen en los ojos por comer delante de una mujer embarazada. || O por negarla lo que pide. || Se les hace desaparecer pasándose por ellos una llave.

121.—También se quitan *echándoselos* á otra persona que esté delante, para lo cual basta pasarse por ellos—sin que la persona á quien se echan lo note—un dedo de la mano, diciendo al propio tiempo en voz baja:

Arzuelin te echo,
al ojo derecho,
mírame bien, que á tí te lo echo.

Y el orzuelo se pasa en seguida.

122.—Se curan las *rijas* de los ojos llevando en el bolsillo un alfiletero en que se haya metido una lagartija viva. Conforme el pobre animal se muere desaparece la rija.

123.—Cuando un niño está *encanijado* se le cura

dándole el caldo y la carne de un perro recién nacido puesto á cocer así que se le haya matado.

124.—Se quitan los *dolores de cabeza* poniéndose una camisa de culebra alrededor de la frente.

125.—La *ictericia* es una tela que se pone en el corazón. Se quita orinando diariamente un prado de perejil (1).

126.—Se pasan los *accidentes* poniéndole al atacado una medalla de Santa Elena. Esta medalla ha de ser robada para que el remedio sea eficaz.

127.—Para *abortar* una mujer embarazada basta que se meta en el zapato unas ramas de artemisa (2).

128.—Para curarse una *indigestión* debe el enfermo bajar una escalera tendido y con la cabeza hacia abajo.

129.—Las mujeres que estén *opiladas* se curarán poniéndose en el calzado bolitas de artemisa machacadas; pero hay que tener cuidado al aplicar el remedio, porque si están embarazadas malparen.

(1) La trasmisión de la enfermedad por los orines del enfermo, común en toda España, se encuentra en la medicina popular de todos los países. V. Black, *Folk-Medicine*, página 55.

(2) V. sobre las propiedades maravillosas de la artemisa (*Artemisia vulgaris*) la obra citada de Black, pág. 201 y *Gubernatis Mith. des pl.*, II, 16.

V

ASTROS. — METEOROS

130. — No hay sábado sin sol,
ni moza sin amor,
ni vieja sin dolor.

131. — Es frase popular, cuando alguno está mal humorado, decirle que *mée cara al sol para que se le quite el mal humor* (1).

132. — Cuando llueve y hace sol al mismo tiempo es que el demonio pega á su mujer. En Proaza se dice:

Cuando llueve y hace sol
ríñen la mujer y el *rexior* (2).

(1) Quizá este dicho popular guarda el último resto de una creencia perdida. En un cuento brasileño contado por Silvio Romero en sus *Contos populares do Brazil*, pág. 1, *Os tres coroados*, tres doncellas no se casan porque mean todos los días cara al sol.

(2) Esta creencia está muy extendida. En Normandía, según Fleury en su *Litterature orale de la Basse-Normandie*, se dice esta otra formulilla:

Il pleut et fait solet,
le diable est à Caüteret
qui bat sa femme à coups de coutet, de martet.

133.—Mirando fijamente á la *luna*, se ve en ella la figura de un hombre. Es un desgraciado leñador que yendo caminando para su casa una noche á tiempo que salía la luna, la hizo burla y la luna se lo tragó.

La creencia de que hay en la luna un sér humano condenado á vagar eternamente por su superficie, es universal. En la Bretaña, dice Sébillot: «on montre aux petits enfants, lors de la pleine lune, l'homme qui porte sur ses epaules un fagot d'epins. C'est en punitions de vols commis qu'il a été condamné à se promener ainsi jusqu'au jour du jugement».—*Trad. et sup. de la Haut-Bretag.*, II, 356.—En Portugal, según Leite de Vasconcellos, «quem espreitar per un lenço ou por una peneira para a Lua, vé lá um homem com um molho de silvas as costas.» *Trad.: ções pop. de Port.*, pág. 18.—Los vascongados dicen que la luna es un viejo á quien Dios castigó, condenándole á alumbrar las noches hasta el día del juicio, por haber trabajado en domingo. (Vinson, *Folk-lore du pays basque*).—En un pueblo de la Alcarria he oído contar que una tarde venía un hombre cargado con un haz de leña, y como en aquellos momentos saliera la luna, el hombre la hizo burla y la luna se lo tragó.—Como una prueba de la universalidad de las supersticiones, transcribo aquí la siguiente curiosísima leyenda, tomada de una obra últimamente publicada en París: «A Taiti et aux Sandwich, la Lune s'appelle

En la Mitología finlandesa (Reville: *Les religions des peuples non-civilisés*), Akka, esposa de Ouko, es una diosa que se complace en llevar la contraria á su marido: cuando éste quería desplegar su azul, ella enviaba de todas partes lluvias y nubes.

» HINA, la femme aux cheveux blancs. Aux Samoa
 » elle se nomme MA'INA et MASIMA. La légende locale
 » racontait qu'un soir, en temps de famine, une fem-
 » me travaillait en plein air avec son enfant, quand la
 » Lune se leva sous forme d'une gousse d'arbre à pain
 » (sous forme de croissant. Cette femme, en colère, dit
 » à la lune: ¿Pourquoi ne descends-tu pas jusqu'à
 » nous pour que mon enfant mange de toi?— Alors la
 » lune s'irrita, descendit en effet, mais enleva la fem-
 » me, l'enfant et leurs outiles. On peut les voir encore
 » aujourd'hui dans la lune, dont ils font les taches.»—
 A. Reville: *Les religions des peuples non-civilisés*, II, 47.
 — Dennys en su *Folk-lore of Chine*, pág. 117, dice al
 citar la superstición del hombre en la luna, corriente
 también en aquella región: «No one can compare the
 » Chinese legend with the popular European belief in
 » the «Man in the Moon», without feeling convinced
 » of the certainty that the Chinese superstition and
 » the English nursery tale are both derived from Kin-
 » dred parentage, are linked in this relationship by
 » numerous subsidiary ties». —

134.—La *Vía láctea* se llama también *el caminito de Santiago*, porque va de Santiago á Roma.

135.—La *Vía láctea* es el camino por el que van á Santiago las almas de los difuntos, pues sabido es que ningún mortal está dispensado de ir á Santiago, si no en vida, después de muerto. || Cuéntase, á propósito de esto, que el Apóstol se quejó á Dios de lo retirado que estaba su sepulcro, y Dios, para consolarle, le dijo: —No tengas cuidado, que todos los nacidos han de ir á visitarte, y los que no vayan mientras estén vivos, irán después de muertos en espíritu.

136.—También se la llama *el camino de los Reyes Magos*.

137.—Las *estrellas* que en las noches claras se ven pasar de un punto á otro del cielo, son almas de personas que en aquel momento acaban de morir.

138.—Cuando va á llover se forman *nubes* que bajan á los ríos y sorben el agua que luego dejan caer sobre la tierra.

139.—El *arco iris* es señal de que no habrá otro diluvio. En Asturias se le llama simplemente *el arco*.

140.—El arco iris va á beber agua á los arroyos y las fuentes. || Copla popular:

Cuando la perdiz canta
y *el arco bebe*,
no hay mejor señal de agua
que cuando llueve.

141.—Cuando el arco está puesto no cae ninguna exhalación hacia la parte donde está.

142.—Cuando hay tormenta y cae un *rayo*, se hunde en la tierra *siete estados*. Cada año va subiendo un estado, y al cabo de los siete aparece en el mismo lugar en que cayó, convertido en una piedra que se llama *piedra del rayo*.

El pueblo toma por piedras de rayo, y como á tales los considera y guarda, los sílex que se encuentran en el campo, vestigio de las edades prehistóricas, y que le llaman la atención por su forma particular. De aquí que, para el que quiera saber cuanto se refiera á las

piedras de rayo, la principal fuente de noticias es una obra muy notable de Cartailhac: *L'age de pierre dans les souvenirs et superstitions populaires*. En esta obra se explica así el origen de la superstición, extendida en casi todos los pueblos de la tierra: «Una vez fuera de uso y sustituidas por el metal las armas y los útiles de la edad de piedra, pronto las hubiera olvidado el hombre si al encontrarlas en la sucesión de los tiempos no le hubieran llamado vivamente la atención su sustancia, diferente á la de las rocas del país. Por otra parte, el trueno era, hacia mucho tiempo, objeto de los temores religiosos de la humanidad; era un dios ó la representación de un dios. El rayo que hierde mortalmente á los vivos, que rompe todos los obstáculos, incendia las casas, desarraiga los árboles y desaparece en la tierra, no ha sido nunca comprendido sin un objeto material. La superstición tomó por tal las hachas pulimentadas, las puntas de flechas de piedra que dan fuego por percusión, vistas y recogidas en la tierra abrasada, sobre el suelo lavado por las lluvias de la tempestad.» El nombre que llevan en pueblos remotísimos é incomunicados entre sí, prueban lo generalizado que está el mito: en Islandia se llaman *piedras del trueno*; en Suecia *mallas de Thur* (el Júpiter scandinavo); en Hungría *flechas de Dios*; en Finlandia *piedras de Ukko* (el dios del rayo); en Java *dientes del rayo*; en el Japón *piedras del trueno*; en la India *flechas del rayo*; en Siberia *flechas del trueno*, etc. Kinahan, en sus *Notes on Irish Folk-Lore*, dice que en Irlanda se supone que son «fairy darts or arrows, and are called saighead. They had been thrown for fairies, either in fights among themselves, or at a mortal man or beast.»

VI

METALES

143.—Para hacer que un novio olvide á la mujer á quien quiere se le echan *alfileres* en el zapato, de manera que al andar pisa sobre ellos; los alfileres deben ser nuevos y no haberse empleado antes con otro fin.

144.—La moza soltera á quien una recién casada dé uno de los alfileres que lleva prendidos el día de la boda al desnudarse, se casará dentro del año.

Es curioso examinar todas las supersticiones que se refieren al alfiler, y ver los múltiples objetos á que le aplica la creencia popular. Como casamentero aparece en Proaza, y fuera de ella conserva también este carácter, pero tiene á más el de ser valiosísimo elemento de hechicería en manos de una bruja, y, por el contrario, poderoso conjuro contra ella cuando la previsión lo emplea como talismán protector de la inocencia. Por falta de espacio, no de deseo, dejamos de insertar aquí las observaciones que sobre este tema hemos hecho, remitiendo á los lectores á nuestro artículo: *Leyenda popular del alfiler*.

145.—El encuentro de una *herradura* en la calle

anuncia suerte; si se encuentra media herradura es media suerte (1).

146.—Para que no se eche á perder ningún huevo de los que esté empollando una gallina, es conveniente poner entre la paja una herradura, ó al menos un pedazo de hierro.

147.—En los establos es bueno tener clavada una herradura, porque impide el paso á las brujas (2).

148.—Si al emprender un negocio nos encontramos una *horquilla* con las puntas en la misma dirección que nosotros seguimos, es buen augurio; si las tiene al contrario debemos abandonarle porque de fijo sale mal.

(1) La herradura recibe, como hecha de hierro, la benéfica influencia de este metal. En Lorena y Normandía existe la superstición del texto.

(2) Lo mismo pasa en Portugal, según Leite de Vasconcellos en sus *Tradições populares*, y en Inglaterra é Irlanda, según puede verse en la revista inglesa *The Folk-Lore Record*, IV, 189; y Kinahan: *Superstitions of Ireland*, sup. núm. 15.

VII

SUPERSTICIONES VARIAS

149.—Cuando una mujer da á luz un niño no debe dejarse abandonada la *placenta*, pues si se la llega á comer algún animal sacará el niño las malas cualidades de éste. || La comunicante refería un caso, conocido por ella durante su estancia en Proaza, en el que por descuido de la familia un gato se comió las secundinas después de un parto, y el niño salió ladrón, siendo así que ninguno de sus parientes había tenido nunca esa tacha.

150.—No se debe rezar por una persona viva porque se la atrae la muerte.

151.—Cuando una casa se deja sola y no hay en ella quien tenga cuidado de la comida, creen las devotas que se la cuida Santa Ana.

152.—Para que las cartas *acierten* mejor lo porvenir, es más conveniente echarlas de noche que de día; pero esto no se puede hacer impunemente porque á las veces se presenta el demonio. || La comunicante ha oído referir á una persona suya que la merece entero crédito, el siguiente caso real-

mente maravilloso: En Santa Rosa de Mieres había, no hace muchos años, una señora que echaba las cartas; una noche estaba preguntándolas no sé qué cosa cuando dieron las doce de la noche, y en el mismo momento todos los naipes se la volvieron del revés. Pasó gran susto y en cuanto fué de día acudió á confesarse. Desde entonces no ha vuelto á echar las cartas.

153.—Cuando se forma un remolino de polvo, basta hacer la señal de la cruz delante de él para que se deshaga.

Obedece esta superstición á la creencia de que los remolinos de polvo los forman familias de hadas ó brujas que cambian de domicilio. En Irlanda, cuando se levanta un remolino, los aldeanos le saludan quitándose los sombreros; en Bretaña, según *Melusine*, t. III, col. 61: «les tourbillons de vent qui bouleversent les javells de blé ne sont autre chose que des sorciers invisibles.» En Egipto los fellahs deshacen el remolino presentándole un pedazo de metal.

154.—El martes y el viernes son días aciagos, y nada debe emprenderse en ellos porque saldría mal. || Refr.:

Nin en viernes, nin en martes
cases *les fies* ni *múes* les vaques (1).

(1) Variante avilesa:

En martes,
ni gallina echas
ni hija cases.

La creencia en días desgraciados, días negros puede decirse, en los que todo sale mal, es muy antigua: los griegos y los romanos la tenían ya, y según autores respetables, habíanla tomado de los egipcios. Es curiosa la larga lista de los tenidos como nefastos, que reducían considerablemente en el año el número de días hábiles para toda clase de trabajos. El bachiller Francisco de la Torre á mediados del siglo pasado, declaraba aciagos venticuatro días en el año. Para nosotros el martes y el viernes son los días desgraciados por excelencia. Un refrán dice:

En martes,
ni te cases ni te embarques.

En el lenguaje familiar *dar á uno con la del martes* ó *zaberirle*, llenarle de improperios.

Mariana y Zurita atribuyen al hecho de haberse perdido en martes una gran batalla contra los moros, la superstición popular que hace aciago este día. Respecto al viernes, una leyenda rabínica dice que Adán y Eva comieron en viernes el fruto prohibido, y que en viernes también murieron; quizá el ocurrir en viernes la muerte de Jesús hizo antipático á los cristianos este día.

CANTARES

Pocos pueblos, quizá ninguno, aventajarán en instinto poético al pueblo español. Ricas son las colecciones de cantos populares que nos ofrecen los demás países, pero entre todas las que conocemos no hay seguramente una sola que ni en calidad ni cantidad pueda competir dignamente con nuestros cancioneros, en que las coplas se cuentan por millares. Lafuente Alcántara declaraba ya al publicar su colección que no hacía sino escoger unos cuantos cantares en el número inmenso de los que tenía recogidos; Rodríguez Marín al dar á luz su obra, que comprende más de nueve mil, afirma que aun le quedan más del doble en cartera—y eso que unos y otros, los que publica y los que guarda, no son sino una parte infinitesimal de lo que el autor ha recogido en una sola provincia. En más reducido espacio, yo puedo decir que la persona que me comunicó los materiales que, ordenados, forman este librito, me repitió en tres días 200 coplas, de las que, por justísimas exigencias editoriales, solo inserto las que me han parecido más dignas de excitar la atención de mis lectores.

Para apreciar bien la razón de este inmenso movimiento poético, preciso es tener en cuenta las condiciones del país, el carácter de sus habitantes, la índole de

la lengua rica y sonora y que tan fácilmente se presta á expresar todos los giros del pensamiento. Nuestro pueblo es un poeta de sentimiento exquisito, de alma delicada, que abarca y comprende todos los matices del dolor y todas las vibraciones de la alegría. El mendigo que plañe á la puerta de las casas á donde va á pedir una limosna; el artesano que el domingo, cuando el sol ha traspuestoya el límite azul del horizonte, vuelve á su casa llevando en brazos al hijo pequeño para aliviar á su madre de la carga que ha pesado sobre ella todo el día; el mancebo enamorado que, por la noche, da serenata á su novia y la prodiga sus más sentidas frases y sus epítetos más dulces; el quinto que se aleja del pueblo dejándose en él pedazos de su corazón; el licenciado que á él torna con unos años más sobre la cabeza y unas ilusiones menos en el alma; el que espera como el que duda, el que cree como el que niega, el que brinda amores y amistad como el que declara odios y dirige amenazas: todos cantan, encerrando en cuatro versos, casi siempre armoniosos y bien medidos, un pensamiento profundo ó delicado que sintetiza el estado de su ánimo. El pueblo es poeta, canta todo lo que siente, y siente mucho, y cantando reza á la Virgen á quien adora, cantando requiebra la mujer á quien ama, cantando se la jura al rival á quien aborrece.

Y así como el resto del Folk-lore nos enseña lo que ha sido el hombre, así también los cantares nos dicen lo que es, nos le presentan sin velos en todas las ocasiones de su vida: junto á la cuna en que duerme su hijo ó al pie del lecho en que agoniza su madre; en la Iglesia donde acude en romería, y en el campo donde va á reñir con su enemi-

go. Y nos dicen cómo ama, cómo odia; nos enteran de lo que cree, de lo que espera, de lo que desconfía.

Dentro de la poesía popular, la copla es el género popular por excelencia. Los poetas eruditos, eligiendo el romance para hacer de él campo de su fantasía, le arrebataron al pueblo. Donde éste queda único señor, único maestro y también único discípulo, es en la copla, que no puede ser imitada, ni aun por aquellos poetas de gran delicadeza que la han elegido como rima preferente. Becquer, Ruiz Aguilera, Ferrán mismo, han hecho coplas populares, pero en las que más lo son se advierte algo inexplicable que las separa de las que hace el pueblo.

El alcance de la copla y su importancia en el Folk-lore, si grande para darnos el hombre tal cual es, no lo es tanto como la superstición ó el cuento que nos ofrecen al hombre tal cual fué en épocas lejanísimas de su historia. Pero si no la más importante, siempre será la que más interés ofrezca, porque habrá quien no pueda elevarse á las conclusiones, áridas muchas veces, de la ciencia, pero siempre habrá quien comprenda al cantor de una copla popular, quien con él sienta, con él llore, con él se regocije; siempre habrá quien, al eco melancólico de la guitarra tañida por una mano hábil y acompañada por una voz fresca, ame y espere si es joven, y si es viejo llore sus amores perdidos y sus esperanzas desvanecidas.



5. Dícenme que eres devota
 de San Vicente Ferrer :
 en cogiéndote en mis brazos
 santos no te han de valer.
6. Si te tuviera en mis brazos
 considera lo que haría;
 tú eres mujer , yo soy hombre ,
 matar no te mataría.
7. Tienes unos ojitos
 de picaporte;
 cada vez`que los cierras
 me das un golpe.

II

DECLARACIÓN

8. Mis ojos mueren por verte ,
 mi corazón por hablarte ,
 mis labios por darte un beso ,
 mis brazos por abrazarte.
9. Si me das palabra cierta
 firmadita con tu sangre ,
 yo también te doy la mía
 de no dar palabra á nadie (3).

-
10. Quiérote que te requiero
 y no hay quien me lo requite
 porque un hombre enamorado
 es un barco echado á pique.
11. ¡Cuántos hay que te dirán
 salada, por tí me muero,
 y yo no te digo nada
 y soy el que más te quiero!
12. Una vez que me miraste
 y otra que yo te miré,
 cadena de amor me echaste
 que jamás olvidaré.
13. Primer domingo de Abril,
 niña, me *tocó la suerte*; (a)
 mira si fuí desgraciado:
 no tuve tiempo á quererte.

(a) *Tocar la suerte*, caer quinto, salir soldado en el sorteo que se hace todos los años.

III

A M O R

14. Amor mío, si te vas
déjame una prenda tuya;
déjame *la* tu navaja
para mondar la verdura (4).
15. Permita Dios, si me olvidas,
te trague la mar serena (5),
y si yo te olvido á tí
se cumpla la misma pena.
16. ¡ Viva el sol, viva la luna,
viva quien sabe querer!
¡ Viva el que en el mundo tiene
penas por una mujer!
17. Una vez que quise entrar
por tu ventana, morena,
la escalera me faltó,
que la intención era buena.
18. Esta noche soñé un sueño,
soñé que contigo estaba:
después de la salvación
es lo que más deseaba.

-
19. El quererte más no puedo,
olvidarte no quisiera,
pero si me das motivo
te olvidaré cuando quiera.
20. Anoche estuve muy mala,
ahora ya estoy mejor,
tuve carta de mi amante
y se me quitó el dolor.
21. Desde el día en que te he visto
me pareció que era tarde:
¡ojalá te hubiera amado
desde el vientre de tu madre! (6)
22. Dísteme una cinta verde
tan verde como la rama;
la cinta la traigo al cuello,
á tí te traigo en el alma.
23. A tu puerta planté un guindo
y á tu ventana un cerezo;
por cada guinda un abrazo,
por cada cereza un beso.
24. Dicen que la Habana es
sepultura de españoles;
Habana, por Dios te pido
no mates á mis amores.

IV

FIRMEZA

25. Hasta en la sepulturita (7)
yo te tengo de querer;
dificulto el olvidarte
porque no sé aborrecer.
26. Siempre te quise en el alma,
siempre te adoré de veras,
siempre te he sido constante
y lo seré hasta que muera.
27. Por tí me veo cautiva,
por tí pasaré mil penas,
por tí perderé la vida
deseando tu presencia.
28. ¿Para qué pides al cielo
contra mí tanta venganza,
si para matarme á tí
la luz de tus ojos basta? (8)
29. ¡Válgame el señor San Pedro!
En todos los tribunales
he de decir que te quiero.

-
30. Aunque me digan de tí
lo que dicen del *degorrio*,
he de quererte y amarte
como Cristo á San Antonio (9).
31. Por San Juan hizo un año
que te quería,
y ahora estoy más firme
que el primer día.
32. Me mandan que te despida,
no soy de tal parecer,
me daré muerte primero
que tal cosa llegue á hacer.
33. Siempre que contigo estoy
de mis padres soy reñida,
me preguntan si te quiero
respondo: «¡más que á mi vida!»
34. Si oyes tocar las campanas
no preguntes quién murió,
porque ausente de tu lado
¿quién puede ser sino yo?
35. Ya mañana tú te casas (10)
— así lo publica el pueblo, —
dos cosas serán á un día,
tu casamiento y mi entierro.

36. Cuando á tí te estén poniendo
las arras y los anillos,
á mí me estará comiendo
la tierra y los gusanillos.

36. Cuando á tí te estén echando
las arras en el pañuelo,
á mí me estarán bajando
de la cama para el suelo.

37. Hasta la cama en que duermo
tiene lástima de mí
en ver que suspiro y lloro
cuando me acuerdo de tí (2).

38. Hasta los pájaros cantan
que he tenido yo la culpa:
querer á quien no me quiere,
buscar á quien no me busca.

39. Cuando oigas tocar á muerto
encima del campanario
rezarás un padre nuestro
por aquel que has olvidado (10).

V

DESENGAÑO

40. El amor que puse en tí
tan firme y tan verdadero,
si lo hubiera puesto en Dios
hubiera ganado el cielo.
41. Malhaya quien dijo amor
y quien de los hombres fia,
que entregué mi corazón
á quien no lo merecía.
42. Tengo en mi huerto una rosa
de veinticinco colores;
veinticinco puñaladas
merece quien tiene amores.
43. En algún día era yo
de tu plato mejor sopa
y ahora soy el veneno
de los labios de tu boca.
44. Algún día sí que tuve
correspondencia contigo;
mas ahora no la tengo,
¡ay, galán, que á gusto vivo!

45. Cuando *el* mi padre te hablaba
bien calabas el sombrero;
ahora te desengaño,
que soy yo la que no quiero.

46. ¿Cómo quieres que te quiera
si me estás amenazando,
si el día que tuya fuese
la muerte me está aguardando?

47. El quererte yo á tí tanto
no me ha sido de provecho,
antes me ha sido de agravio
para el alma y para el cuerpo.

48. No te fíes de los hombres
aunque los veas llorar,
que con los ojos te dicen
el pago que te han de dar.

VI

DESDENES

49. No quisiera por mil reales (11)
hablar con tu lengua chula,
porque *la mi* parentela
no se iguala con la tuya.

50. No quiero que me quieran
ni ser querida;
quiero ser de los hombres
aborrecida.
51. ¿De qué te sirve llorar
y dar voces como un loco,
si sabes que soy mujer
y que te cambio por otro?
52. ¿Qué pena se le da al rey
que se le muera un soldado?
¿Qué pena se me da á mí
de que me hayas olvidado?
53. Dísteme tacha de pobre,
digo la verdad que sóilo,
mas tus rentas y las mías
cobra un mismo mayordomo.
54. Tú dices que no me quieres,
ay, galán, ¿quién te lo manda?
La que no quiere soy yo,
que tú á mí de buena gana.
55. Vengo de la romería,
no traigo más que una pera,
para lo que tú mereces
basta la *pebida* (a) de ella.

(a) Pepita.

56. ¿Para qué andas preguntando
 si soy buena, si soy mala,
 si sabes que mis raíces
 son mejores que tus ramas?

57. Dístemé tacha de sosa,
 para otro seré salada,
 pájaros de poca pluma
 á mí no me importan nada.

58. ¿Para qué andas preguntando
 si mi padre tiene bienes?
 Tiene un cuarto en dos ochavos,
 mira galán si me quieres.

59. Si presumes que te quiero
 porque te miro á la cara,
 ¡cuántos que van á la feria
 miran y no compran nada!

60. Si piensas que por ser rico
 que te voy á dar mi mano,
 ¡cuántas cerdas tiene un cerdo
 y no pasa de marrano!

61. Quítate de esa ventana
 cara de sartén roñosa,
 que eres más fea que Picio (12)
 y te tienes por hermosa.

62. Los hombres y los huevos
 son parecidos:
 parece que están sanos
 y están podridos.

63. Tú me llamas pera podre
 yo á tí manzana podrida,
 la peor pera se come,
 y la manzana se tira.

VII

CELOS

64. Las uvas de tu viña
 son las mejores;
 pero hay en ella muchos
 vendimiadores.

65. Los ojos con que me miras
 no son los acostumbrados;
 ¿qué culebra te ha mordido
 que tanto te ha lastimado? (13).

66. Eres majo de dos caras,
 galán de dos pareceres:
 si estás conmigo, muy firme;
 si estás con otra, me vendes.

67. El mirarme tan torcido
no estabas acostumbrado;
¿qué culebra te ha mordido
que tanto te ha lastimado? (13).

68. No me mires con un ojo
que yo los dos bien merezco,
si tú los estimas mucho
yo tampoco los *disprecio*.

VIII

ODIO

69. Metístete marinero,
ay, galán!, por olvidarme...
Malos moros te cautiven,
la mar serena te trague.

70. Pretendiste de engañarme
y has de salir engañado.
Debajo de este justillo
tengo otro muy ajustado.

71. Pretendiste de engañarme
viéndome en el monte sola;
ya sabes que *la mi* madre
no me dió leche de boba.

72. La bendita Madalena,
por *mor* d'Antón de Maruxa
toos dormimos nela trena...
Y la Virgen soberana,
si no nos la pagas hoy
nos la pagarás mañana (14).

IX

RELIGIOSAS Y MORALES

73. ¿A qué santo llamaré
que me saque de esta pena?
Llamaré á San Isidoro
que es patrón de Cartagena.
74. ¿Qué tienes con San Antonio
que siempre le estás mentando?
—Tengo el ganado n'el monte,
siempre me lo está guardando (15).
75. En el medio de la mar (a)
hay una piedra redonda
donde Cristo puso el pié
para subir á la gloria.

(a) Var. castellana. — *En el portal de Belén.*

76. Esta noche soñé un sueño
 el más dulce de mi vida,
 soñé que estaba durmiendo
 junto á la Virgen María.
77. Si tienes l'amor cantero
 rézale niña el rosario
 á la Virgen de la Peña,
 que no caiga del andamio.
78. De tu casa *pã* la mía
 se pasea una culebra: (13)
 mi Dios, ¡ cómo pica el sol!
 Más pica una mala lengua.
79. ¡ Qué *cuidao* se me da á mí
 que las habladoras hablen
 si en el Tribunal Divino
 ninguno paga por nadie!
80. Guárdeme mi padre,
 guárdeme mi madre:
 si yo no me guardo
 no habrá quien me guarde.

X

POLÍTICAS Y LOCALES (16).

81. Al caballo de Savalls
ya le pusieron boina,
para venir para Asturias
con una nueva partida.
82. Un carlista me escribió
una carta muy salada,
yo le contesté diciendo:
¡Vivan Rosa y Santa Clara! (a)
83. Soy carlista, soy carlista
y no niego mi afición,
tengo de poner n'el trono
á D. Carlos de Borbón.
84. Los carlista son el oro,
los liberales el cobre,
hablando de los cipayos (b)
es moneda que no corre.

(a) Famosos guerrilleros que han tomado parte en la última guerra civil.

(b) Así llamaban á los voluntarios.

85. Del pellejo de Amadeo
tengo de hacer una bota
para que D. Carlos lleve
el vino para su tropa.
86. De los huesos de Amadeo
tengo yo de hacer un puente
para que pase D. Carlos
con su partida valiente.
87. No dejo de ser carlista
aunque me peguen un tiro,
á Vigures (a) le llevaron
á la cárcel sin motivo.
88. ¡Viva Aller, que viva Aller,
vivan las mozas de allá,
vivan las mozas bonitas,
que se saben jalear!
89. ¡Viva Asturias, vida Oviedo,
y también viva Tuñón!
En llegando á Villanueva
se me alegra el corazón.
90. En Proaza sale el sol,
y en Villanueva la luna,
y en *el* la casa de Prada
sale toda la hermosura.

(a) Carlista muy conocido en aquella parte de Asturias.

-
91. Villaviciosa y Colunga,
Cangas y Rivadesella,
estas son las cuatro villas
que mi mocito pasea.
92. Para cantar, viva Pravia,
para bailar Rivadeo,
y para mozas de garbo
viva Cangas de Tineo!
93. Para cantar viva Pravia,
para bailar Cudillero,
para repicar el *baño*
vivan las de junto á Oviedo!

XI

SATÍRICAS Y BURLESCAS

-
94. Ya se van los pastores
á Extremadura...
¡Alegraros, calzones
del señor cura! (17)
95. Tanto cura, tanto cura,
tanto cura, tanto fraile,
tanta mujer sin marido,
tantos hijos *en* sin padre!

96. A los curas quiero yo
dentro del confesonario,
n'el altar diciendo misa,
lo demás es contrabando.
97. Un cura me llamó rosa,
yo le respondí resuelta:
— Esta rosa, señor cura,
no se coge en *la* su huerta.
98. Un cura me llamó rosa,
yo le respondí con aire:
— Esta rosa, señor cura,
no ha de deshojarla nadie.
99. Señor San Pedro,
tengo un palo de avellano (18),
mientras que dure no hay miedo.
-
100. Con éste no canso más
y con éste basta y basta,
que luego dirán de mí
que no hay fiesta sin tarasca.
-

NOTAS

(1) En opinión del pueblo, lo moreno es superior á lo blanco: es este un punto de estética sobre el cual no admite discusión. En la poesía andaluza y castellana hay repetidos ejemplos de esta predilección marcadísima de la Musa popular. Según ella:

Lo moreno lo hizo Dios,
lo blanco lo hizo un platero,

y ella sabe que

Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena.

Y esta predilección se comprende. Las hijas del pueblo, expuestas desde niñas á las inclemencias del sol y el aire, tienen el rostro curtido. Quede, pues, el rostro blanco y bajo de color para las señoritas *enyesás*, como las llaman, que no tienen sangre en las venas ni fuego en el corazón. En la poesía popular griega (de Marcellus, *CHANTS POPULAIRES DE LA GRECE MODERNE: Distiques amoreuses*, página 277, se dice:

«Me han dicho que eres algo morena, pero no me importa; Hay plantas morenas que se venden muy caras.»—Lo que quizá no es más que reminiscencia del verso de Theócrita en su *Oda X*: «Morena es la violeta, y, no obstante, ocupa el primer lugar en el ramo.»

(2) En la poesía popular, como en la erudita, es común prestar á los seres inanimados los mismos sentimientos que nuestro corazón experimenta, y hacerlos solidarios de nuestro amor, de nuestra admiración, de nuestro odio.

A una piedra de la calle
le contaba mi dolor:
mira lo que la diría
que la piedra se partió.

Debajo de un pino verde
llorando me consolaba;
y el pino, como era verde,
al verme llorar, lloraba,

y tantos otros que podríamos citar si no temiéramos hacer demasiado extensa esta nota, prueban la verdad de este aserto. Y es que en la imaginación del poeta hay algo de infantil y primitivo que le hace animar la naturaleza y dar un alma y una personalidad á los animales y objetos que le rodean: se ve en él algo de ese espíritu de los primeros pueblos, creadores de mitos, que pasan del naturalismo al zoologismo, de éste al antropomorfismo, y que quieren hacerse propicios la piedra, la fiera, el trueno, el astro, viendo en todos ellos un sér inteligente y poderoso, divinizando todas las fuerzas naturales cuya grandeza les asombra y les conmueve. La religión y la poesía son dos grandes animadores de la naturaleza. Por eso en la base de todo estado de cultura, en lo que llama Réville en su célebre *Histoire des religions* subsuelo de toda creación religiosa un tanto adelantada, el sacerdote y el poeta son un solo personaje: la misma voz que revela la divinidad entona el himno de su alabanza.

(3) La palabra de fidelidad que aquí exige el amante desconocido, no es una de esas promesas que fácilmente puede hacer olvidar el tiempo, sino una promesa escrita, y escrita con sangre, es decir, una promesa solemne y cuyo olvido puede provocar la cólera del cielo, porque nadie puede dejar de cumplir lo que ha ofrecido con su sangre. Recuérdese que no otra cosa que la promesa escrita con sangre exigía el demonio en sus pactos de la Edad Media como prenda del alma que le invocaba en sus desesperaciones, y se tendrá idea de la gravedad que entrañan

estos cuatro versos, y de lo excesiva que es la exigencia que se manifiesta en ellos.

(4) Es curiosa esta copla, no por lo que dice, sino por que explica que en Asturias, ó por lo menos en Proaza, no existe la superstición tan extendida en España y fuera de ella, según la cual el novio que regala á la novia algún objeto de acero, riñe con ella al poco tiempo, superstición que en Toledo da lugar al proverbio,

Amor de navaja no cuaja,

y que se ha encontrado en la parte oriental de Sussex (*Superstitions of the West of Sussex*, pág. 51). Si fuera mal agüero semejante regalo, no lo pediría la moza al novio que se aleja de su lado.

(5) En la poesía popular española, el calificativo *sere-na* puede decirse que es el único que se aplica al mar, como si para el pueblo fuese mucho más terrible un mar sereno que un mar tempestuoso. En el cantar del texto aparece más palpable este concepto popular, pues encierra una maldición, y una maldición *de verdad*, salida de lo más hondo del pecho. Caso de que el amante sea infiel, que se le trague la mar; pero no la mar agitada, la mar revuelta, con su oleaje que da vértigos, sus montañas de espuma, sus abismos negros, sus rocas puntiagudas, sino la mar serena, la mar tranquila, con su aspecto riente, con su apariencia de espejo.

(6) Nada más gráfico, nada más á propósito para pintar el amor que le consume, que esta magnífica expresión hallada por el poeta popular y á la que ha dado forma tan sentida y tan hermosa á la vez, encajándola en ese cantar que es todo un poema! Quiere tanto á la mujer amada, que se le hace corto el tiempo, aunque tiene por delante toda la vida; se lamenta de haberla conocido tarde; hubiera deseado amarla desde antes de nacer. En la leyenda popular no es nuevo el pensamiento. Allá, en las primeras páginas del Nuevo Testamento, cuando María, embarazada de Jesús, va á visitar á Santa Isabel, embarazada del que fué más tarde Juan Bautista, el Precursor manifiesta desde el vientre de su madre el respeto y la adoración que le produce la proximidad de su Maestro futuro.

(7) El diminutivo aplicado al nombre *sepultura* da á estas dos coplas cierto dejo andaluz, que no se encuentra en otras indudablemente nacidas en Proaza y en Asturias.

(8) El cuarto verso de esta copla no me parece popular.

(9) San Antonio es uno de los santos á quienes más quiere el Señor, según el dicho popular. En la leyenda del virtuoso paduano citase varias veces el hecho maravilloso de bajar el Niño-Dios á su celda á verle y platicar con él. El arte se apoderó de este detalle de la leyenda, y el célebre cuadro de Murillo, *San Antonio en éxtasis*, pinta al santo en uno de estos momentos. En la Iconografía religiosa siempre se representa á San Antonio teniendo en brazos al Niño-Dios, á quien acaricia respetuosamente. Según una superstición española ya citada, las mozas solteras que quieran casarse pronto deben quitar el Niño-Jesús á una imagen de San Antonio. El santo se acongoja, y con tal de que le vuelvan cuanto antes su divino compañero, encuentra el marido que se le exige y lo presenta en la casa, y acaba por casar á la muchacha, sin por eso responder de hacer con ello su felicidad.

(10) Tienen todas estas coplas (71-76) un sello tal de sencillez y sentimiento, que yo por mí no vacilo en creerlas de lo más poético que ha producido la musa popular. El amante desdeñado se siente morir de amor, y liga los progresos de su enfermedad á los del proyectado casamiento de su antigua novia. Una cosa le consuela, sin embargo: cree que cuando haya muerto, ella se acordará de él y rezará una oración por su alma. Es Becquer pensando fríamente en la muerte, en la muerte en medio de la soledad y el abandono, y preguntándose en una inmensa desconfianza si habrá alguien que vaya á rezar sobre su olvidada fosa

cuando el sol vuelva á brillar.

(11) Es curiosa esta copla porque encierra una muestra interesante de *apreciación* popular. Para el cantor anónimo, *mil reales* es una cantidad tan grande que le tienta la codicia, y por ella se siente inclinado á hacer algo que repugna su conciencia, pero vence la tentación y *ni por mil reales* la hará. Y efectivamente, para un pobre aldeano de Proaza mil reales deben tener mucho más de cincuenta duros.

(12) Picio es un personaje imaginario, del que sólo sabe el pueblo, por tradición, que era muy feo. Sirve comúnmente de término de comparación en las comparaciones populares en que se trata la fealdad de alguno, y *ser más feo que Picio* ahorra descripciones más extensas y detenidas, del mismo modo que *saber más que Lepe* da diploma de sabio, y *ser más tonto que Pichote* da ejecutoria de simpleza. Picio, pues, pertenece á esa cohorte de seres, reminiscencia quizá de personajes que vivieron algún día en la realidad ó en la imaginación de un pueblo, de los que nada saben los eruditos, y acerca de los cuales nada dicen los libros ni los diccionarios. Quedaron sus nombres en ese gran libro que se llama lenguaje del pueblo nada más. Son Marizápalos, Garibay, el Otro, Tito, el bobo de Coria, el Rey que rabió, Perico el de los Palotes, Perogrullo y tantos otros mencionados y por mencionar en la *Visita de los chistes* de Quevedo.

(13) En la poesía popular la culebra es siempre una mala voluntad, una mala lengua, y su intrusión entre dos enamorados, presagio seguro é infalible de la ruina de sus esperanzas. ¿De dónde proviene este carácter que da el pueblo á la culebra? ¿Es un recuerdo, una reminiscencia del papel que representa en la leyenda bíblica turbando la paz del Paraíso y siendo causa de todos los males que sobrevinieron á la primera pareja y después á sus sucesores? Para los griegos, el encuentro con una culebra puede hacer olvidar á un enamorado el objeto de su pasión. Un cantar griego recuerda esta superstición, citada por el conde de Marcellus en sus preciosos *Chants populaires de la Grèce moderne*.

« Dans la route, ô mon amie, ne va pas rencontrer un serpent. Tu ne penserais plus à moi et retournerais sur tes pas. »

(14) Este cantar encierra en sus seis versos una de esas historias tan comunes en tiempos de luchas civiles, y que fundadas en el odio y la rivalidad se desenlazan en la sangre. Un miserable, Antón de Maruxa, delató á unos cuantos compañeros suyos, que procedentes de las filas carlistas habían llegado pocos días antes á un pueblo cerca de Proaza. Presos y conducidos á la cárcel de Oviedo, los delatados pasaron en ella largos meses, y allí se les oyó mu-

chas veces cantar con una cadencia triste y melancólica la copla del texto, cuyos últimos versos encierran tanto rencor. Terminada la guerra cobraron su libertad los presos, contra los cuales no resultaban graves cargos, y aun éstos puramente políticos. Poco después Antón de Maruxa recibía una puñalada que le dejó cadáver, sin que nadie hasta ahora haya podido averiguar quién fué su matador. La comunicante me refirió esta historia, y me habló de Antón de Maruxa, á quien había conocido en vida.

(15) Véase también lo que en las *Leyendas* se dice acerca del patronato sobre lo perdido, atribuido á San Antonio por el pueblo.

(16) Es curiosa esta sección, y forma una de las colecciones más numerosas de coplas políticas que conozco — no obstante el corto número de ellas que contiene.—Como se desprende de su lectura, el carlismo tiene entusiastas defensores en esta parte de Asturias; allí se siguen con interés las noticias de la guerra, y se aplaude á los cabecillas más famosos cuyo nombre se repite con entusiasmo; se manifiesta el odio á los liberales, y se asiste al fenómeno curioso de que se aborrece á las tropas liberales, pero se desprecia á los voluntarios más aun que se odia á los militares. Estos son el cobre, pero los cipayos valen todavía menos:

son moneda que no corre,

dice el poeta popular, y lo dice de tal manera que se ve el desprecio que siente por aquellos de quienes habla. Su convicción es firme, tanto que no vacila en afirmar:

No dejo de ser carlista
aunque me peguen un tiro.

(17) Otro asunto que creo digno de estudiar detenidamente, entre los muchos que desarrolla la poesía popular, es éste del concepto que el pueblo se ha formado de los curas. A juzgar por lo que de ellos nos dice en cuentos, chascarrillos, proverbios, refranes, dichos populares, modismos, supersticiones, leyendas y cantares, los presbíteros, representantes de Dios sobre la tierra, á cuyas manos baja diariamente la divinidad á tomar forma, son cifra y com-

pendio de todos los pecados capitales. Lujuriosos, glotones, avaros, hipócritas, farsantes y poco escrupulosos, cuéntanse y dícense de ellos historias y cosas capaces de ruborizar á un cabo de gastadores reenganchado, que es el summum de la picardía y la malicia. Sin salir de España, según una superstición, *viajar con curas es de mal agüero*; *hijo de cura* se llama á aquella persona á quien de gordo y lucido le brillan las carnes y amenazan juntársele las mantecas; *la docena del fraile* no tiene doce, como para cualquiera de nosotros, sino *trece*; para el labrador que abona sus campos, *más vale cagarruta de oveja que bendición de obispo*; á ese le ha hecho la boca un fraile, se dice del que pide mucho, del codicioso; *jesuita* se usa como sinónimo de hipócrita, solapado y sin conciencia; y *beato* y *beata* son términos vulgares á que el pueblo da significación distinta que la Iglesia. ¿De dónde procede esta falta de autoridad de un clero que no ha sabido hacerse respetable en un país como España, en que ha sido soberano y único señor, único juez de las conciencias, director de las opiniones, árbitro de los destinos? ¿Cómo no ha sabido ó no ha podido concluir con el fondo de irreligiosidad de un pueblo que goza la fama de católico que el pueblo español, el más fanático y, al parecer, más convencido de la tierra? Ese fondo irreligioso resalta en todas las frases en que el pueblo encierra algún concepto de moral: — *Fíate en la Virgen y no corras*. — *A Dios rogando y con el mazo dando*. — *Dios y el cuchu pueden mucho*; *pero sobre todo el cuchu* — como dicen los labradores gallegos; y tantas otras frases que se podrían aumentar, son claro testimonio de lo que decimos.

En las coplas citadas en el texto, los curas aparecen cortejando muchachas, seduciendo casadas, incitándolas á la perdición, abandonando por ellas las obligaciones que debían serles sagradas, el confesonario y el altar. Con el mismo carácter se presentan en la poesía popular catalana, según el curioso libro de Bertrán y Brós: *Cançons y folles populars catalans*.

(18) Como ya hemos dicho en las notas á la sección de *Supersticiones*, la vara de avellano es la varilla adivinatoria que descubre los tesoros ocultos y los manantiales que corren bajo la tierra; es también la antigua varita de virtudes que da al que la posee poder y supremacía sobre to-

das las fuerzas naturales y, por lo tanto, facultad para conseguir todo aquello que se propone. Las hadas no se aparecen nunca sin llevar en la mano la varita de virtudes que preside todas sus transformaciones maravillosas. Cuando se la dejan á un mortal, este mortal, favorecido por ellas, no tiene nada que envidiar á los más poderosos del mundo. Para lograr lo que desee le bastará pedirselo á la misteriosa vara de avellano con la conocida fórmula de:

— Varita de virtudes, por la virtud que tú tienes y la virtud que Dios te ha dado, tráeme esto ó lo otro.—

Y en el mismo instante verán cumplido su deseo.

De aquí que el poeta popular, poseedor de una rama de avellano, diga con toda convicción:

Mientras que dure no hay miedo.

ÍNDICE

DEL

FOLK-LORE DE PROAZA

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN.	103
LEYENDAS	
La leyenda.	113
I.—La novia del cura.	117
II.—La procesión de almas en pena.	119
III.—Los padres y los hijos.	123
IV.—Los aparecidos.	124
V.—Los castigados.	128
TRADICIONES	
La tradición.	133
I.—La Magdalena.	137
II.—La Virgen del Camino.	141
III.—La Virgen del Cébrano.	142
IV.—Santa Lucía.	143
ROMANCES	
I.—Lunardo el cautivo.	149
II.—El príncipe y la doncella.	151
III.—Rosabella.	159
IV.—La zagala.	159
V.—El marinero.	161
VI.—San Antonio.	163
VII.—La muerte de Prim.	167

Cuentos

	<u>Págs.</u>
El cuento.	171
I.—Xuanón del cortezón.	175
II.—Bernabé.	182
III.—Juan de Calais.	194

Creencias y supersticiones

La superstición.	209
I.—Seres sobrenaturales.	221
II.—Días señalados.	208
III.—Animales y plantas.	249
IV.—Medicina popular.	257
V.—Astros.—Meteoros.	265
VI.—Metales.	270
VII.—Supersticiones varias.	272

Cantares

El cantar.	277
Cantares.	281
Notas.	301



APÉNDICES

Apéndice I. Bibliografía citada en *Folk-Lore de Proaza*.

Apéndice II. Artículos de Eugenio de Olavarría y Huarte.

1. «Folk-Lore».
2. «Folk-Lore. Supersticiones populares».
3. «La leyenda del alfiler».
4. Reseña de «Estudios de literatura popular por D. Antonio Machado y Álvarez».

Apéndice III. Reseña de Antonio Machado y Álvarez al artículo «El Folk-Lore de Madrid» de Eugenio de Olavarría y Huarte.

I

Bibliografía citada en *Folk-lore de Proaza*

ALECSANDRI, Vasil, *Ballades et chants populaires de la Roumanie (principautés danubiennes), recueillis et traduits par...*, Paris: E. Dentu, 1855.

ANDERSON, Rasmus B., *Norse Mythology, or, The Religion of Our Forefathers*, Chicago: S. C. Griggs, 1875 (Traducción francesa de M. Jules Leclercq: *Mythologie scandinave: Légendes des Eddas*, Paris: Ernest Leroux, 1886, x + 239 págs.).

ARANA, Vicente de, *Los últimos iberos: Leyendas de Euskaria*, Madrid: Librería de Fernando Fe, 1882, xxv + 421 págs.

BALLESTEROS, v. Pérez Ballesteros, José.

BÉCQUER, Gustavo Adolfo, «La promesa (Leyenda de Castilla)», en *Obras*, prólogo de Ramón Rodríguez Correa, Madrid: Imprenta de T. Fortanet, 1871, 2 vol., xxxv + 323, 321 págs.

BERTRAN y BROS, Pau, *Cansons y follies populars: inédites; recullides al peu de Montserrat*, Barcelona: Llibreria d'A. Verdaguer, 1885, xxii + 321 págs.

BLACK, William George, *Folk-Medicine: a chapter in the History of Culture*, London: E. Stock, 1883, ii + 227 págs. (Publications of the Folk-lore Society, 12).

BOWKER, James, *Goblin Tales of Lancashire*, London: W. Swan Sonnenschein & co., 1878, 266 págs.

BRAGA, Teófilo, *Contos tradicionaes do povo portuguez*, Porto: Livraria Universal Magalhães & Moniz, 1883, 2 vols.

CARTAILHAC, Émile, *L'âge de pierre dans les souvenirs et superstitions populaires*, Paris: Reinwald, 1878, 128 págs.

CÉNAC-MONCAUT, Justin, *Contes populaires de la Gascogne*, Paris: E. Dentu, 1861, XVIII + 222 págs.

CERTEUX, Alphonse y Henry CARNOY, *L'Algérie traditionnelle: Légendes, contes, chansons, musique, mœurs, coutumes, fêtes, croyances, superstitions, etc.* (Contributions au folk-lore des arabes), Paris: Maisonneuve et Leclerc, 1884, 290 págs.

COELHO, Adolfo, Olavarría cita *Etnología portuguesa*, puede ser el artículo «Etnografía Portuguesa. Costumes e crenças populares», *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, 2ª serie, n.º 6 (1881), 403-433 págs. y n.º 7-8 (1881), 633-668 págs., o «Etnología. As superstições portuguesas», *Revista Científica*, I (1883), 512-528; 561-578 págs.

COSQUIN, Emmanuel, *Contes populaires de Lorraine; comparés avec les contes des autres provinces de France et des pays étrangers; et précédés d'un Essai sur l'origine et la propagation des contes populaires européens*, Paris: P. Wieweg, 1886, 2 vols., LXVII + 290, 376 págs.

CHAULIÉ, Dionisio, *Cosas de Madrid: Apuntes sociales de la Villa y Corte*, Madrid: 1884, 318 págs.

CHESNEL, Adolphe de, *Dictionnaire des superstitions, erreurs, préjugés et traditions populaires, où sont exposées les croyances superstitieuses des temps anciens et modernes*, Petit-Montrouge: J. – P. Migne, 1856, 1.359 págs., (Encyclopédie théologique, 20).

DENNYS, Nicholas Belfield, *The Folk-lore of Chine, and its affinities with that of the Aryan and Semitic races*, London: Trübner, 1876, IV + 156 págs.

DOZON, Auguste, *Poésies populaires serbes, trad. sur les originaux avec une introd. et des notes, par...*, Paris: E. Dentu, 1859, VI + 285 págs.

DURÁN, Agustín, *Romancero General o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, Madrid: M. Rivadeneyra, 1849-1851, 2 vols., (Biblioteca de Autores Españoles, x y xvi).

FLEURY, Jean, *Littérature orale de la Basse-Normandie*, Paris: Maisonneuve & Cie., 1883, XII + 396 págs.

THE FOLK-LORE JOURNAL, II (1884), London.

THE FOLK-LORE RECORD, III (1880) y IV (1881), London.

GAIDOZ, H. y E. ROLLAND, *Mélusine: Recueil de mythologie, littérature populaire, traditions et usages, publié par...*, Paris: Viant, 1878, tomo I.

GAUTIER, Théophile, *Jettatura*, Paris: Michel Lévy Fr., 1857.

GINER ARIVAU, L. [seud. de Eugenio Olavarriá y Huarte], «Folk-Lore: Supersticiones populares», *La América*, 8 de febrero de 1883 et al.

GOMIS, Cels, *Lo llamp y'ls temporals*, Barcelona: Alvar Verdaguer, 1884, XXII + 69 págs., (Biblioteca Popular de la Associació d'Excursions Catalana).

GRIMM, J. y W., *Cuentos escogidos de los hermanos Grimm, traducidos del alemán por José S. Viedma*, Madrid: Impr. y Libr. de Gaspar Roig, s. a., VIII + 303 págs.

GUBERNATIS, Angelo de, *Zoological mythology, or the Legends of animals*, London: Trübner, 1872, 2 vols., 432, 442 págs. (Traducción francesa de Paul Regnaud: *Mithologie zoologique ou les Légendes Animales*, Paris: A. Durand et Pedone Lauriel, 1874, 2 vols.).

GUBERNATIS, Angelo de, *La Mythologie des plantes ou les légendes du règne vegetal*, Paris: C. Reinwald, 1878, 2 vols.

GUICHOT Y SIERRA, Alejandro, «Supersticiones populares andaluzas», en *El Folk-Lore Andaluz*, 1882-1883, págs. 21-27 et al.

GUICHOT Y SIERRA, Alejandro, «Supersticiones populares recogidas en Andalucía y comparadas con las portuguesas», *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, I (1884), págs. 201-300.

HARDY, James, «Popular History of the Cuckoo», *The Folk-Lore Record*, 2 (1879), London, págs. 47-91.

HUSSON, Hyacinthe, *La Chaîne traditionnelle, contes et légendes au point de vue mythique*, Paris: F. Vieweg, 1874, 182 págs.

KINAHAN, G. H., «Notes on Irish Folk-Lore», *The Folk-Lore Record*, vol. 4 (1881), págs. 96-125.

KINAHAN, G. H., «Superstitions of Ireland».

LACH-SZYRMA, Wladyslaw S., «Slavonic Folk-Lore», *The Folk Lore Record*, IV (1881).

LAFUENTE ALCÁNTARA, Emilio, *Cancionero popular: colección escogida de coplas y seguidillas, recogidas y ordenadas por...*, Madrid: Carlos Bailly-Bailliere, 1865, 2 vols., LXIV + 315, 478 págs.

LEFÉVRE, André, *Les contes de Charles Perrault. Contes en vers. Histoire ou contes du temps passé (Conte de ma mère Loye), avec deux essais sur la vie et les oeuvres de Perrault et sur la mythologie dans ses contes*, París: Alp. Lemerre, 1875.

LÉGER, Louis, *Recueil de contes populaires slaves, trad. et annotés par...*, París: E. Leroux, 1882, (Collection de contes et chansons populaires, 5).

LEITE DE VASCONCELLOS, Jose, *Tradições populares de Portugal*, Porto: Livraria Portuense de Clavel, 1881, 317 págs.

LETOURNEAU, Charles, *La Sociologie d'après l'ethnographie*, 2ª ed., París: C. Reinwald, 1884, XVI + 608 págs., (Bibliothèque des sciences contemporaines, 6).

LO GAY SABER, segunda época, I (1878).

MARCELLUS, Comte de, *Chants populaires de la Grèce moderne; réunis, classés et traduits par le...*, París: M. Lévy frères, 1860, XVI + 335 págs.

MARIANA, Juan de, *Historia General de España, la compuesta, enmendada y añadida por el padre Mariana; con la continuación de Miniana; completada con todos los sucesos... sobre el reinado de Carlos III por el conde de Floridablanca; la historia de su levantamiento... por el conde de Toreno y la de nuestros días por Eduardo Chao...*, Madrid: Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, 1848-1851, 5 vols.

MARMIER, Xavier, *Chants populaires du Nord*, París: Charpentier, 1842, LVI + 331 págs.

MAURY, Alfred, *La magie et l'astrologie dans l'antiquité et au moyen âge, ou Étude sur les superstitions païennes, qui sont perpétuées jusqu'à nos jours*, Paris: Didier, 1860, II + 450 págs.

MASPONS y LABRÓS, Francisco, *Lo Rondallayre: cuentos populars catalans, coleccionats per...*, Barcelona: Llibreria de Àlvar Verdaguer, 1871-1875, 3 vols., 115, XVII + 110, XX + 173 págs.

MÉLUSINE, v. Gaidoz, H. y E. Rolland.

MENÉNDEZ PIDAL, Juan, *Poesía popular: Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la Danza prima, esfoyazas y filandones, recogidos directamente de boca del pueblo, anotados y precedidos de un prólogo por...*, Madrid: 1885, XV + 360 págs.

MONNIER, Désiré, *Traditions populaires compares: Mythologie: Régnes de l'air et de la terre*, Paris: J. B. Dumoulin, 1854, 812 págs.

MONNIER, Désiré y Aimé VINGTRINIER, *Croyances et traditions populaires recueillies dans la Franche-Comté*, Lyon: Henri Georg, 1874.

M. R. M., «Folk-lore de Burguillos. La fiesta de los Pilares», *El Folk-lore Frexnense y Bético-Extremeño*, 1883, págs. 109-113.

OLAVARRÍA Y HUARTE, Eugenio de, «La leyenda del alfiler», en *Hoja literaria de El Día*, 17 de febrero de 1884, Madrid.

OLAVARRÍA Y HUARTE, Eugenio de, «Fiestas populares madrileñas».

OLAVARRÍA Y HUARTE, Eugenio de, «Folk-Lore de Madrid», segunda serie, «El Cristo del zapato», pág. 86.

ORTOLI, J. B. Frédéric, *Les Contes populaires de l'île de Corse*, París: Maisonneuve, 1883, VII + 379 págs., (Les litteratures populaires de toutes les nations, 16).

PANTCHATANTRA ou *Les cinq livres: recueil d'apologues et de contes*, traduit du sanscrit par Édouard Lancereau, Paris: 1871, XXXI + 404 págs.

PARIS, Gaston, *Le Petit Poucet et la Grande Ourse*, Paris: A. Franck, 1875, VI + 95 págs.

PEDROSO, Consiglieri, *Portuguese Folk-Tales*, introduction by W. R. S. Ralston, New York: Folk Lore Society Publications, 1882, (Folk Lore Society Publications, vol. 9).

PÉREZ BALLESTEROS, José, *Cancionero popular gallego, y en particular de la provincia de La Coruña, con un prólogo del mitógrafo portugués Teóphilo Braga*, Madrid: Librería de Fernando Fé, 1885, 234 págs. (Biblioteca de las tradiciones populares españolas, 7).

PIRES, Antonio Thomás, «Cantos populares portugueses recolhidos, da tradição oral, na provincia do Alemtejo», en *El Folk-lore Frexnense y Bético-Extremeño*, 1883-1884, págs. 197-203.

PITRÈ, Giuseppe, *Canti popolari siciliani*, Palermo: Luigi Pedone Lauriel, 1870-1871, 2 vols., (Biblioteca delle tradizioni popolari siciliane, 1-2).

PITRÈ, Giuseppe, *Fiabe, novelle e racconti popolari siciliani, raccolti ed illustrati da...*, Palermo: Luigi Pedone Lauriel, 1875, 4 vols., (Biblioteca delle tradizioni popolari siciliane, 4-7).

PITRÈ, Giuseppe, *Spettacoli e feste popolari siciliane*, Palermo: Luigi Pedone Lauriel, 1881, (Biblioteca delle tradizioni popolari siciliane, 12), 476 págs.

PONTHIEU, Amédée de, *Les fêtes légendaires*, París: E. Mailliet, 1866, xxxiv + 250 págs.

QUEVEDO, Francisco de, *El Sueño de la Muerte* (conocido como *La visita de los chistes*), 1622-1627.

RALSTON, W. R. S., v. Pedroso, Consiglieri.

RÉVILLE, Albert, *Histoire des religions: 1, Les religions des peuples non-civilisés*, París: Fischbacher, 1883, 2 vols., 412, 276 págs.

RODRIGUEZ MARÍN, Francisco, *Cantos populares españoles; recogidos, ordenados e ilustrados por...*, Sevilla: Francisco Álvarez y C^a, 1882-1883, 5 vols.

ROMERO Y ESPINOSA, Luis, *Calendario popular para 1885, ordenado por L. R. y E.*, Fregenal: Imp. de El Eco, 1884, 240 págs.

ROMERO, Silvio, *Contos populares do Brasil; estudio preliminar y notas comparativas de Teófilo Braga*, Lisboa: Nova Livraria Internacional, 1885.

SÉBILLOT, Paul, *Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne*, Paris: Maisonneuve et Cie., 1882, 2 vols., (Les littératures populaires de toutes les nations, 9 y 10)

SOUVESTRE, Émile, *Les derniers paysans*, Paris: Michel-Lévy frères, 1851, 2 vols., VI + 298, 260 págs.

SOUVESTRE, Émile, *Le foyer breton, traditions populaires*, Paris: W. Coquebert, 1845; 2^a ed., Paris: Michel-Lévy frères, 1853, 2 vols.

SPENCER, Herbert, *Essays: Scientific, Political and Speculative*, London: 1858-1863, 3 vols.

STOKES, Maive, *Indian Fairy Tales, collected and translated by...*, London: Ellis & White, 1880.

TYLOR, Edward Burnett, Olavarria cita la edición inglesa, *Primitive Culture: Researches into the Development of Mythology, Philosophy, Religion, Art and Custom*, London: J. Murray, 1871, 2 vols. y la edición francesa, *La Civilisation primitive*, trad. par P. Brunet et E. Barbier, Paris: C. Reinwald, 1876-1878, 2 vols., XVI + 584, VIII + 597 págs.

VINSON, Julien, *Le folk-lore du Pays Basque*, Paris: Maisonneuve et Cie., 1883, XXXVII + 396 págs., (Les littératures populaires des toutes les nations, 15).

WEBSTER, Wentworth, *Basque legends, collected chiefly in the Labourd*, London: 1877, XVI + 233; 2^a ed. aumentada con un apéndice sobre la poesía vasca, 1879, XVI + 276 págs.

ZORRILLA, José, *A buen juez, mejor testigo*.

II

Artículos de Eugenio de Olavarría y Huarte

I

Folk-Lore¹

El periódico londinense *The Atheneum* en su número del 22 de Agosto de 1846, fue el primero que empleó esta palabra, para significar la poesía popular, las tradiciones, cuentos, leyendas, usos, supersticiones, adivinanzas y proverbios, es decir, todo cuanto concierne a las naciones, su pasado, su vida, sus opiniones. Hoy la palabra ha adquirido carta de ciudadanía en todas las lenguas. Y varias naciones importantes tienen ya asociación de *folk-loristas*; el año próximo los *folk-loristas* de todos los países celebrarán en París un congreso internacional.

En un principio solo existió el nombre; sin embargo, en los últimos treinta o cuarenta años se ha pasado de la investigación iniciada por mero entretenimiento o en sentido hartó restringido para que pudiera tener valor científico, a un conjunto de hechos, criterios y leyes que forman ya toda una ciencia. «Cuando entraron en relaciones y conocieron los trabajos hechos sobre tantos puntos diversos, —escribe de Villemory— los folk-loristas vieron con asombro que tales cuentos, tales cantos, que suponían nacidos en una comarca, se encontraban también en pueblos muy apartados unos de otros; que una balada oída en Champagne, a

¹ Publicado en *La América*, 28 de octubre de 1882, Madrid.

orillas del Mosela, se cantaba del mismo modo en las orillas del Loira, en la vertiente de los Alpes italianos, en los valles del Pirineo, en las cercanías de Lille, en los zarzales de la Baja Bretaña, bajo los manzanos de Normandía, al pié de las moreras del país de Miraille; que los mismos datos, las mismas noticias recogidas en Castilla, en Cataluña, se hallaban a veces en Alemania y Holanda, en Inglaterra o Grecia, en todas partes, por decirlo así. Y enseguida trataron de explicarse esta maravillosa ubicuidad». Así nació la nueva ciencia. «Desde ese instante se comprendió que los cuentos populares se remontan, generalmente, muy lejos, y que toda investigación sobre su origen y sobre sus ramificaciones puede tener un interés verdadero y real para la historia de las antiguas relaciones de los pueblos entre sí».

Max Muller, el profundo mitólogo, en una carta dirigida a Pitré determina así los puntos esenciales que puede y debe esclarecer un «estudio científico» de los cuentos populares.

1º. Si estos cuentos existen en todas partes y han sido por tanto producidos por la mente humana en su pase del estado de rudeza al estado de cultura.

2º. Si podemos enlazar la historia de los tiempos actuales a los antiguos y seguir en ella la emigración de Oriente a Occidente.

3º Si podemos dar razón de su origen o *razón de ser* descubriendo la primera formación en el estado mitopéico del lenguaje y del pensamiento humano.

Inglaterra, Francia, tienen, como ya hemos dicho, asociaciones folkloristas perfectamente organizadas; esta vez España no se ha quedado atrás, y pronto hará un año que algunos distinguidos escritores sevillanos crearon con el Folk-lore Andaluz la primera sociedad de su género en nuestra patria. La base primera de su organización explica sobradamente el fin a que su formación ha obedecido:

«Esta sociedad –dice– tiene por objeto recoger, o copiar y publicar todos los conocimientos de nuestro pueblo en los diversos ramos de la ciencia (medicina, higiene, botánica, política, moral, agricultura, etc.); los proverbios, cantares, adivinanzas, cuentos, leyendas, fábulas y demás formas poéticas y literarias; los usos, costumbres, ceremonias,

espectáculos y fiestas familiares, locales y nacionales; los ritos, creencias, supersticiones, mitos y juegos infantiles en que se conservan más principalmente los vestigios de las civilizaciones pasadas; las locuciones, giros, trabalenguas, frases hechas, motes, apodos, provincialismos, modismos, y voces infantiles; los nombres de sitios, pueblos y lugares, de piedras, animales y plantas; y, en suma, todos los elementos constitutivos del genio, del saber y del idioma patrios, contenidos en la tradición oral y en los monumentos escritos, como materiales indispensables para el conocimiento y reconstrucción científica de la historia y de la cultura española».

Constituida la sociedad con general aplauso de la prensa, y de cuantos se interesan por la cultura en nuestra patria, creó a poco una revista mensual que fuera su órgano y pudiera publicar el fruto de sus investigaciones; de esta Revista, que sale a luz desde Febrero de este año vamos a ocuparnos hoy, creyéndola asunto sobrado interesante para que pase inadvertido a nuestros lectores.

Seis números de *El Folk-lore Andaluz* (así se titula la revista) tenemos sobre nuestra mesa, nutridos de abundante y provechosa lectura, en que lo mismo halla alimento intelectual el que con un fin puramente científico acude a la fuente del saber popular, que aquel que solo se acerca a ella llevado de la curiosidad. Uno y otro se aproximan con respeto: el primero encuentra allí vestigios de otras edades, de otros pueblos, de otras civilizaciones desaparecidas en la vorágine del tiempo; el segundo, sin poner tan alto su atención, reconoce en aquellos cantos, faltos a veces de sentido para él, las copias de nana que le arrullaron en el regazo maternal, los cuentos deliciosos o espantables que dieron sueños a su mente, los enigmas y las adivinanzas que le enseñaron a aguzar su inteligencia, los juegos infantiles que recrearon su espíritu, todas esas nimiedades que despertaron sus primeras impresiones, y que tan caras le son, porque a ellas va unida la imagen bendita de su madre y el recuerdo de su infancia, aurora resplandeciente de un día tal vez nublado y tormentoso.

Difícil sería nuestra tarea si nos propusiéramos examinar una por una las diversas cuestiones abordadas por los colaboradores de la Revista, en los siete meses que ésta cuenta de vida y sostenidas en sus

columnas con tanto celo como inteligencia. Cada cual ha llevado allí el fruto de sus pesquisas, obra casi siempre de muchos meses, obra a veces de la casualidad; el retazo de viejo romance que balbucea el ciego al son de una guitarra cuando pide limosna por las calles, la oración descosida que la gitana enseña a la crédula campesina dándosela a cambio de unos cuantos cuartos como remedio infalible contra el mal de ojo, el acertijo propuesto picarescamente por el travieso muchacho que desafía nuestro ingenio, el difícil trabalenguas que repetido rápidamente, nos obliga a decir cosa contraria a lo que nos propusimos, el pregón con que el vendedor callejero atruena nuestros oídos, la creencia errónea, la engañosa superstición, todo se encuentra allí sabiamente separado para que todos puedan estudiarlo y clasificarlo con arreglo a un método científico y riguroso. Mirada así, semeja la ilustrada Revista, gigantesca colmena donde cada abeja lleva la esencia que liba en el abierto cáliz de las flores, para formar luego la miel con que deleita a los mortales, y a nada mejor que a una colmena se la puede comparar. De aquí que sea imposible apreciar la fuerza de constancia y de laboriosidad, la cantidad de trabajo y talento que representan las 240 páginas que lleva publicadas *El Folk-Lore Andaluz*, y de aquí también que ni por las mientes se nos haya pasado dar idea a nuestros lectores de lo que ese inmenso trabajo significa.

Al lado de ese gran acopio de materiales que otros más inteligentes trabajarán como sin duda merece, sacando de ellos provechosa enseñanza para los fines del folk-lore, se han publicado unos cuantos estudios que honrando a la Revista en que se insertan hablan bien claro del profundo saber de sus autores. A dar cuenta de éstos nos limitamos hoy por hoy, dejando para más adelante arriesgar sobre algunos de ellos nuestras opiniones particulares, fruto de estudio que venimos haciendo sobre materias folk-loristas.

D. Antonio M. Blanco dio comienzo en el primer número a una *Filología popular*, en que se ha propuesto reunir «una serie o catálogo de palabras y locuciones andaluzas, en que aparece claramente el sentido común e ilustración o literatura popular española en puntos esencialmente filosóficos, desconocidos o simplemente aceptados unos e interpretados otros por nuestros sabios.»

Aún no está terminada la erudita disertación anunciada en las anteriores frases, pues solo comprende lo publicado diferentes observaciones sobre palabras a que dan principio las letras A-F, pero hay en ella lo suficiente para que el lector aguarde la continuación con impaciencia.

En ella investiga el origen de algunas palabras no admitidas aún por la Academia, y algunas otras a que ha dado distinta acepción, y sentando su origen puramente hebraico, hace ver cómo el pueblo, sin darse él mismo la razón de ello, las usa en el significado que más acuerda con su etimología. Entre las palabras que cita el Sr. García Blanco se hallan los verbos *arrear* y *harrear* considerados uno mismo por la Academia que solo inserta en su diccionario el primero, aunque dándole a más de su significación (el acto de enjaezar, arreglar o adornar una bestia para que haga su trabajo con más facilidad y se presente con gallardía) la del segundo (acto de estimular, aguijonear, pegar o excitar a una bestia a que ande o trabaje con toda su fuerza, sin socarronería ni pereza): el pueblo andaluz ha conservado ambos verbos en su diversa significación y así los emplea en su conversación y en sus escritos.

Ballena, ballenato, emballenar; cebo, o sebo, canapé, cucaña; chispa, chiripa; chochez, vejeces y otras muchas palabras examina el Sr. García Blanco, siendo notable la etimología que da de la palabra cúbica, no admitida aún por la Academia, y usada por el pueblo para expresar lo que le viene o sucede a un sujeto *como de molde*; lo que sienta a una cosa o persona atrasada como *bajado del cielo*; que sirva para remediar una falta ó *sacar de un apuro* a quien le sucede o se le aplica. Ese sujeto ha logrado una cúbica; no tiene mala cúbica, dice el vulgo. «¿Quién le ha enseñado –pregunta el autor– quién le ha enseñado geometría para saber que la figura cúbica es la más a propósito para descansar y hacer descansar el cuerpo que la tiene?».

Al tratar de la *D*, el Sr. García Blanco examina los múltiples casos en que el vulgo ha prescindido de la *d* inicial como si tuviera antipatía a esta letra, y esta antipatía le llevará a suprimirla también en mitad de palabra como en *pare, mare, aentro* y en la proposición castellana de genitivo de cuando dice *hijo e mi pare, libro e dar gracias*, y sobre todo en los finales *edo, ado, ido, udo*. ¿Por qué esta supresión?

Añade el autor. ¿Sería en odio a la nación romana que sojuzgó a España y la arrebató sus derechos, su libertad e independencia? Así lo creemos.

También ha publicado dicho señor un bien escrito y meditado estudio sobre las interjecciones vulgares, la mayoría de las cuales no esperan la sanción de la Academia para ser empleadas por el vulgo. En él están admirablemente explicadas las acepciones de una porción de partes tan importantes de una lengua. ¡Ui! ¿Y...? ¡Olé! ¡Ola! ¡Ajajah! ¡Ea! ¡Bah ó Vah! ¡Bravo! ¡Ba! ¡Ba! ¡Ba! ¡Utu! ¡Ahila! ¡Agacha, que viene bomba! ¡Anda! ¡Ande el anderque! ¡Anda con Dios! ¡Adios mi dinero! ¡Dentro! ¡Fuera! ¡Arriba! ¡Abajo! ¡Alto! ¡Bajo! Etc., etc.

Don Antonio Machado y Nuñez, ha empezado también a publicar el *Folklore del perro*, detenido trabajo en que se examina la idea que acerca de este útil animal tiene el pueblo, y lo que de él piensa y dice gráficamente.

En este estudio extraña su autor los diferentes modos que tiene el vulgo de apreciar al perro, símbolo de la fidelidad y adhesión al hombre en los cuentos que contienen elementos míticos, con frecuencia objeto del encono popular en cantares y frases hechas, como cuando llama *perrada*, *perrería*, a una mala acción; *perra*, a la mujer que le ha vendido; *perro*, al amigo que le ha engañado, y cuando dice: *la miseria tiene cara de perro*; *anda, que son carne de perro*; *hace la misma falta que los perros en misa*; *dar perro*, etc., etc, de igual manera que los modismos, los refranes le representan ya como animal fiel, leal y agradecido, cuando dicen:

El perro mi amigo; la mujer mi enemigo; el hijo mi señor.

Anda el perro tras su dueño.

El perro del hortelano ni hambriento ni hartado deja de ladrar.

Quien da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro.

Ya como falso, perezoso e intencionado cuando dicen:

En cojera de perro y lágrimas de mujer no hay que creer.

El perro del herrero duerme a las martilladas y despierta a las dentelladas.

Por dinero baila el perro, no por el son que le toca el ciego.

¿Cuál es el origen de esta diversidad de criterio que en el pueblo se advierte cuando trata de juzgar a un animal que tan cerca de él vive y tantos y tan valiosos servicios le presta? Fundado en lo que otros distinguidos mitógrafos aseguran, el señor Machado cree que en la historia y en las preocupaciones religiosas debe buscarse la razón que a primera vista parece no comprenderse. Los persas, los egipcios, miraban el perro como complemento del hombre, como dios benéfico que anunciaba la crecida del Nilo para que se pusieran a salvo los habitantes; la mitología griega lo puso como guardador de los infiernos; en los Vedas el *perro pestilencial* del cielo de verano (representado por la estrella *Sirius*) y el *perro cerbero*, habitador del infierno nocturno, vomitan llamas y castigan a los hombres envolviéndoles en fuego y pestilencias. En la Edad Media se hacia uso del perro para castigar ignominiosamente a los nobles convictos de diversos crímenes, suplicio usado ya en la Biblia.

A semejanza de lo hecho por *Consiglieri Pedroso* en sus *Contribuições para una mitología popular portuguesa*, y por Leite de Vasconcellos en sus *Tradições populares de Portugal*, el señor D. Alejandro Guichot viene publicando en las páginas del *Folk-lore andaluz* una serie de *supersticiones andaluzas*, señalando su semejanza con algunas *supersticiones portuguesas* insertas por el primero de estos señores en su citada obra.

De empeño es la empresa, y requiere condiciones especiales para ser llevada a cabo; una paciencia fuera de todo límite; un estudio constante y profundo del modo de ser del pueblo, y una habilidad superior a toda medida para familiarizarse con él, y sorprender uno por uno todos sus secretos pensamientos en medio de todos sus temores y de todas sus habilidades. Harto modesto el autor, ciñese a la ingrata tarea de mero colector, sin pretender clasificar ni ordenar el fruto de sus investigaciones, por creer esa tarea superior a sus fuerzas. Conformes con él en que hoy por hoy lo más importante es acopiar materiales para la gran clasificación que se hará después, no lo estamos en ningún modo con la idea que apunta de su incompetencia para esta última parte de su cometido. El Sr. Guichot se ha reservado la parte más ingrata de la tarea, que es a la vez la más difícil; pero aquí precisamente está la respuesta a su modestia: quien a hacer lo más difícil se aventura, es

porque tiene fuerzas para ello. Y esto es lo que está demostrando en sus artículos el señor Guichot.

Sesenta y nueve supersticiones andaluzas lleva hasta ahora coleccionadas, comunes en su gran mayoría a otras regiones, y muchas de ellas a otras portuguesas de la colección del Sr. Consigliieri Pedroso. Restos de creencias que se han perdido, de civilizaciones que han pasado, de cosas que han muerto, de modos de ser que el tiempo ha transformado, encierran el germen de muchos conocimientos, y son jalones de la alineación que un día trazarán los folk-loristas, y que quizá —si la alineación es completa— marque a la humanidad la verdadera cuna de donde procede, haciendo la luz en esa noche de los tiempos, que los sabios y los historiadores han llenado de sombras densas, faltos de datos en que apoyar su conjeturas. En tal sentido, el interés del trabajo llevado a cabo por el Sr. Guichot no puede ser más grande.

Dos números lleva ocupados el Sr. D. Luis Montoto en describir los *Corrales de vecinos*, tan extendidos en Andalucía, y sobre todo en Sevilla.

¿Qué es un *corral de vecinos*? El autor mismo nos lo dice: la primera morada del pueblo trabajador, en la escala de las habitaciones que termina en el palacio del magnate, y que tiene las siguientes gradas: cotarro, casa de dormir, corral de vecinos, casa de vecindad, partido de casa, casa y palacio. Todo cuanto en él pasa, cuanto en él sucede, está descrito admirablemente en ese juicioso trabajo de costumbres, no terminado todavía. Los tipos que en él pululan, son los mismos tipos que viven y con los cuales nos tropezamos diariamente: el *chochero*, el *barquillero*, el vendedor de aguardiente. Sobre todo, donde el autor ha empleado con más gusto sus pinceles, es en la descripción de la *casera*, trato a que ha dado la misma vida del original. La *casera* es la encargada por el amo de percibir el arrendamiento a los inquilinos, de aligerar a los morosos, despachar a aquellos cuyos malos hábitos pueden traer perturbaciones al corral, impedir las riñas y cortar las discusiones poco propias de vecinos, imponer su voluntad a todos, llevar el turno de las mujeres a que corresponde casa semana la limpieza, vigilarlo todo, ordenarlo todo, verdadera dueña del corral, única representante de la autoridad de puertas adentro.

Siendo el objeto del Folk lore sorprender y conservar la vida del pueblo, sus impresiones, sus sentimientos, sus ideas, estos cuadros de costumbres tienen un sitio preferente en los salones folkloristas, cuadros de géneros que dentro de algunos siglos, cuando los corrales de vecinos desaparezcan y desaparecerán como desaparece todo –barrido por la marcha de los tiempos– presentarán a las generaciones que nos sucedan ese aspecto de la vida del pueblo trabajador, tal como es en el siglo XIX. Muchos estudios de estos hacen falta; de todos los pueblos, en todos los países. Lo que hoy nos parece inútil describirlo, porque está a la vista de todos, es un dato precioso para mañana, dato que nuestros hijos buscarán cuidadosamente y que deben encontrar entre los papeles que a nuestra muerte les dejemos. ¡Qué trabajo más interesante el que contuviera la vida interior de un pueblo en el hogar doméstico, esa vida encerrada tras llaves y cerrojos y llena de provechosas enseñanzas y de reminiscencias de otras edades!

No son solo escritores españoles los que cooperan al fin científico del Folk-lore andaluz; reputados folk-loristas extranjeros han acudido al llamamiento de la naciente sociedad, algunos, como monsieur Schuchardt, sabio filólogo francés, con su adhesión incondicional; otros como Mr. Sebillot y el señor Leite de Vasconcellos con trabajos especiales que avaloran las páginas del Folk-lore andaluz.

Publica el primero un precioso *Cuestionario para recoger las tradiciones, costumbres y leyendas populares*, verdadera guía que marca al mitógrafo aquellos puntos sobre los cuales debe llevar su investigación; programa ordenado que ahorra tiempo y molestias a los que se dedican a la ardua tarea de aportar materiales para el estudio de la literatura popular.

Trata el segundo de dichos señores algunas *Costumes populares hispano-portugueses*, y a propósito de un antiguo romance del romancero del Cid, da a conocer ciertas particularidades que ofrece el casamiento en varios pueblos de Portugal; refiriéndose al retrato que de la *lozana andaluza* se hace en un libro antiguo, publica algunas fórmulas para curar enfermedades recogidas de la misma boca de los aldeanos portugueses. También inserta varios versos sobre *A semana*, análogos a otros *la semana del zapatero*, publicados en la misma Revista en

uno de sus números anteriores; una colección de *Fórmulas iniciales é finaes dos contos*, un curioso *Lenga-lenga*, y un cuento popular sobre *Christo e S. Pedro*, intencionado y picaresco como todos los cuentos populares.

El temor de hacer demasiado extenso este artículo, nos obliga a suspender ya la rápida ojeada que estamos dirigiendo a los seis números de *El Folk-lore andaluz*, dejando sin examen materias sumamente curiosas y dignas de estudio, como son las publicadas por Rodríguez Marín, *Demófilo*, Sales y Ferré y otros muchos. Aun así, y todo, hemos cumplido el objeto que al empezar este artículos nos propusimos, y que no fue otro que el de dar a conocer a nuestros lectores los apreciables trabajos insertos en esa Revista, y la tarea que la naciente Sociedad se propone llevar a cabo con una constancia y una fé dignas del mayor encomio. Partidarios decididos de todo cuanto en sí lleva el sello popular, convencidos, como estamos, de las inmensas ventajas que del estudio del Folk-lore pueden recabarse, saludamos desde nuestras columnas a los iniciadores del Folk-lore andaluz, ofreciéndoles nuestra humilde cooperación para todo aquello en que podamos ser útiles al objeto que persiguen.

Los Folk-loristas andaluces no se dan tregua ni reposo. Según nuestras noticias, llevan publicadas algunas obras de verdadera importancia. No será esta, pues, la última vez que nos dirijamos a nuestros lectores. Hoy por hoy, los hemos hecho conocer la existencia de la Sociedad y parte de sus trabajos; otro día volveremos a ocuparnos en ella y en sus publicaciones, interesantes por tantos conceptos, así al aficionado como al curioso y al indiferente.

2

Folk-Lore
Supersticiones populares²

Hijas de la ignorancia, venidas al mundo desde el punto en que el hombre, no comprendiendo en la cortedad de su inteligencia el modo de ser de un fenómeno que hería su curiosidad, intentó explicárselo sin base ni datos para ello, es inútil negar que las supersticiones, semejantes a hadas maléficas, asisten a nuestro nacimiento, presiden nuestro desarrollo, perturban muchas veces nuestras alegrías, nos fortalecen otras muchas en nuestros dolores, y casi siempre nos dan una falsa idea de lo que existe. El vasto movimiento folk-lorista que opera cambio tan grande en los espíritus sobre el modo de considerar todo cuanto se refiere al *saber popular*; a la ciencia, a la poesía, a las tradiciones del pueblo, no podía menos de dirigir la atención hacia esta esfera de su actividad, y desde que se han sentado los principios de la nueva ciencia, las supersticiones populares son objeto del mismo cuidado que los cuentos de nodrizas, los cantos olvidados, los dichos del vulgo, las consejas, los refranes y los proverbios populares.

No es nuestro ánimo entrar a este propósito en vasta disertación sobre el papel que las supersticiones representan en la vida íntima del pueblo, ni mucho menos para intentar clasificarlas: tarea es esta superior a nuestras fuerzas y que aplazamos indefinidamente, ya que no la rechazamos por completo.

Hoy por hoy, siéntese en todos los ramos del saber popular una necesidad imperiosa, ante la cual ceden todos los intereses: la necesidad de acopiar materiales. La mayor comunicación entre los pueblos, la ilustración siempre creciente, acabando con prejuicios y preocupaciones que antes sostenía, va destruyendo a la vez todos estos recuerdos de otras civilizaciones inferiores pero que, por lo mismo, son tanto

² Publicado en *La América*, 8 de febrero de 1883, Madrid, y firmado con el seudónimo de L. Giner Arivau.

o más dignas de estudiar que la presente; pues para darse cuenta del progreso que sin cesar se verifica, aproximando a Dios la humanidad a costa de muchos esfuerzos y a través de duras pruebas, y para que en un momento dado no nos dejemos dominar por el orgullo, conviene que investigando nuestro origen, recorriendo con ávida mirada los intrincados senderos por donde hemos venido a donde estamos, juzguemos la labor incesante de la humanidad caminando a su progresivo perfeccionamiento. Apresurémonos, pues, a recoger de los labios del pueblo esas creencias, esas frases que se escapan ya de su memoria: y dejemos para más adelante –y quizá para otros más afortunados– el grato trabajo de aprovechar nuestros estudios, de clasificar lo que con tanta pena hayamos nosotros recogido, y elevar el majestuoso edificio que responda mañana al ideal que hoy acariciamos cuantos hacemos estas materias objeto de nuestro estudio.

Varios son los escritores que, comprendiéndolo así, se han dedicado afanosamente a coleccionar creencias supersticiosas de los pueblos, y sin salir de la Península podemos señalar tres distinguidos folk-loristas que a esta tarea se consagran: Consiglieri Pedroso (*Contribuições para uma mitologia popular portuguesa*) Leite de Vasconcellos (*Tradições de Portugal*)³ y Guichot (*Supersticiones populares andaluzas*). Lejos de nuestro ánimo tratar de colocar nuestro nombre, harto modesto, junto al de esos señores tan acreditados en la República de las letras populares; nunca fue tal nuestra intención, y no hemos de adornarnos con méritos de que carecemos en absoluto; pero aficionados en

³ ¿Por qué el distinguido literato portugués titula *Tradições* su preciosa colección de supersticiones? En nuestro concepto, otro es el sentido de la palabra *tradición*. Por tradición entendemos nosotros una conseja o creencia popular basada en un hecho real o imaginario, que la ha servido de base y la ha dado sus elementos; entendiendo por superstición la falsa explicación de un enigma, la idea equivocada sobre una apreciación cualquiera. Creer que para que crezca el pelo debe cortarse cuando esté en creciente la luna, es una superstición; decir que la cruz de Oviedo fue fabricada por dos ángeles, es una tradición. Aquella no tiene fundamento serio, es una preocupación que para existir no necesita nada en que apoyarse; la segunda no puede subsistir sin algo material que le dé cimiento más o menos sólido. La superstición, crea de la nada; la tradición transforma un suceso maravilloso en hecho verdadero y naturalísimo en su origen.

extremo a todo cuanto se refiere al pueblo, adoradores fervientes, ya que no sacerdotes, de la nueva ciencia, y persuadidos de que no hay esfuerzo inútil por pequeño que sea, no podemos resistir a la tentación de aportar nuestro grano de arena, allí donde se hacinan diariamente materiales de consideración. Humildes noticieros que a nada más aspiran que al trabajo menos lucido y más penoso, dejamos para otros más fuertes las secciones importantes del periódico que entre todos han de redactar, los artículos de fondo, las novedades científicas, las disertaciones históricas y nos limitamos a recoger de boca en boca las noticias que han de llenar las últimas columnas.

No se vea, pues, en la pequeña colección de supersticiones populares a que hoy da LA AMÉRICA generosa hospitalidad, no se vea, repetimos, otra cosa que un acto de nuestro entusiasmo por la idea folk-lorista, y una a modo de excitación a los que pueden contribuir a su fomento para que no desdeñen prestarla todo su apoyo, ya que aún aquellos que como nosotros, no pueden darla ninguno, se ponen voluntariamente y sin esperanza de premio a su servicio.

Así, y solo así, debe considerarse nuestro trabajo si se ha de disculpar nuestro atrevimiento.

1— Cuando se pone el pan en la mesa un ángel se arrodilla sobre ella; por eso nadie debe sentarse a comer con la cabeza cubierta. / Es malo que el pan esté en la mesa boca abajo, porque mientras está así, Dios padece. / La Virgen llora. / A propósito de esto he oído contar que en Sevilla había un hombre muy malo que fue una noche borracho a su casa, y cuando su mujer, al darle la cena, puso el pan en la mesa, fue él y pegó una puñalada al pan del que saltó enseguida un caño de sangre.

2— Cuando un novio regala unas tigeras a su novia, o una novia regala unas zapatillas a su novio, los dos riñen.

3— Si se caen las ligas a una mujer, es señal de que su novio va a dejarla.

4— Tocando a un jorobado con el dedo meñique en la joroba, sin que él lo sienta, el que lo hace se casa enseguida.

5- Cuando se tira al suelo una cerilla encendida y no se apaga al caer, es señal de que la persona que lo hace tiene quien la quiera.

6- El que mondando una naranja ó camuesa saca entera la cáscara, se casa dentro del año.

7- Rezando tres Padrenuestros a San Antonio y dándole tres cuartos y medio de limosna en la catedral de Sevilla, una muchacha que quiere algo, oye decir *sí* ó *no* al pasar por el patio de los naranjos.

8- Cuando se ve pasar una estrella errante debe decirse: ¡Dios te guíe y la Magdalena! / Si en aquel momento, y antes que la estrella desaparezca se conciben tres deseos, se cumple uno de ellos dentro del año.

9- Echando un alfiler a la Virgen de los Alfileritos, en Toledo, se casa una soltera dentro del año. / Si en una boda la novia reparte los alfileres que lleva entre sus amigas, se casan éstas muy pronto.

10- Al dar la primera campanada de las doce la noche de San Juan, se coje plomo y se derrite y se echa en agua, y la figura que forme —si lo hace una muchacha— la indicará la condición del novio. / La víspera del día de San Juan, a las doce en punto de la noche, se rompe un huevo y se echa en agua y se convierte en un barco. / Para averiguar si se casará o no una doncella, tirará al aire una babucha, a igual hora del mismo día, y lo repetirá tres veces: si en la última cae boca arriba contraerá ella matrimonio; si boca abajo no se casará; si de canto se casará siendo vieja. / El día de San Juan sale el sol bailando. / El día de San Juan cuando el sol sale tiene un cerco de cuchillos y navajas. / La víspera de San Juan se echa en agua una yema de huevo y se convierte en todo lo que se quiera.

11- La víspera de San Pedro a las doce de la noche, la doncella que quiera casarse sube a la azotea y dice:

San Pedro, San Pedro
la voz del cielo espero,
y oye decir *sí* ó *no*.

12- Verterse aceite, caerse la sal, presagia malas nuevas. / Para que no suceda la desgracia que anuncia el derramarse el aceite, se tira

al patio de la casa un jarro de agua, o al suelo tres buches de agua. / Para que no suceda la desgracia que anuncia el caerse la sal, se recoge la mitad de la que ha caído, y la otra mitad se tira al suelo por detrás de la espalda.

13- Si se rompe un espejo, indica muerte. / Si se derrama leche, señala una alegría.

14- Una mariposa anuncia una alegría. Un moscardón anuncia una desgracia.

15- Es malo dar vueltas a una silla apoyada sobre una de sus patas, porque con ello se llama la desgracia sobre la casa en que se hace.

16- Si un perro aúlla a la puerta de la casa donde hay un enfermo, muere éste a los pocos días. / Y si a la vez escarba el suelo, es que prepara la sepultura.

17- Si una lechuza silba en el tejado de una casa, pronto morirá en ella una persona. / En algunos pueblos se llama a la lechuza *pájaro morir*.

18- Cuando por primera vez se entra en una casa o en un sitio cualquiera, debe echarse delante el pié derecho. / Fras. Pop.: *Entrar con el pié derecho en alguna parte*.

19- Es malo ir a ocupar una casa recién concluida, porque la primera persona que lo haga, debe morir. / Refrán: *A jaula nueva, pájaro muerto*⁴.

⁴ Quizá esta superstición y este refran, sean el último resto y la excepción popular de una creencia muy estendida desde los primeros tiempos, y en cuya virtud, para que un edificio tuviese la necesaria solidez era indispensable enterrar una persona viva en sus cimientos. Los servios tienen una tradición, “la fundación de Scutarl” apoyada en esta creencia; los rumanos relacionan tambien con ella la fundacion del “Monasterio de Argis” ; los italianos la del “Puente de Arta” y conocidas son las leyendas piadosas de la Edad Media, en que un santo ofrece siempre al demonio en cambio de la construccion de un puente o de un acueducto, el alma del primer ser que pase por él, y le basta luego haciendo pasar por él a un perro o a un gato. Hoy mismo, dice Alexandri en sus “Baladas de Rumania” los rumanos toman, sobre una vara, en la sombra, la estatura de la primera persona que pasa por un edificio en construcción y entierran en los cimientos dicha vara, con lo cual muere bien pronto el desgraciado que aquel día dirigió por allí sus pasos; en Alemania el que va a habitar una casa nueva hace entrar en ella un perro o un gato, porque el que entre primero ha de morir dentro del

20- Cuando pica la mano es señal de que se va a recibir dinero.

21- Si le zumba a uno el oído es que hablan de él en aquel momento: bien, si el que zumba es el derecho; mal, si es el izquierdo.

22- Cuando a una persona se le cae algún objeto de la mano, es que alguien está acordándose de ella.

23- Las manchitas blancas que a veces aparecen en las uñas indican mentiras que se han dicho.

24- El que de noche se mira a un espejo ve en él la cara del demonio.

25- Debe uno tener mucho cuidado con los dientes y muelas que se le caen, porque si después de muerto le falta alguno tiene que volver al mundo a buscarlo hasta que lo encuentre, para tenerlos todos el día del Juicio. / En algunos pueblos de Castilla, cuando se le cae a un niño un diente, lo tira al tejado para que le salga otro, pues si lo tira al suelo, no le vuelve a salir. Al mismo tiempo canta:

Tejadito nuevo,
toma este diente viejo
y tráeme otro nuevo.

26- Para que un caracol saque los cuernos no hay más que cantar:

Caracol, col, col,
saca los cuernos y verás el sol
con la mantillita verde,
que llueve, que llueve.

27- Cuando se pierde alguna cosa se rezan tres Padrenuestros a San Antonio para que parezca. / Y se echan en el cepillo de limosnas tres cuartos y medio, porque esta es la cantidad que le faltó al santo para su entierro.

28- Cuando una visita incomoda se pone una escoba detrás de la puerta para que se vaya pronto.

año. La costumbre de enterrar viva a una persona en los cimientos, subsiste aun con toda su crueldad en las razas inferiores, en Africa, Asia y Polinesia. Véase sobre esto la obra de Tylor "Primitive culture", capítulo IV.

29- Cuando se le duerme a uno un pié, no hay más que hacerse con saliva una cruz en la suela del zapato, y desaparece la molestia.

30- Si una mujer toca flores estando con el menstuo, las flores se marchitan. / La comida se echa a perder.

31- El nombre *culebra*, pronunciado en una reunión: es mal agüero: para neutralizar su influencia debe decirse *lagarto*.

32- Si se sientan trece personas a una mesa, o hay tres luces en una habitación, una de los que allí estén morirá dentro del año.

33- Para neutralizar la perniciosa influencia de los que hacen mal de ojo, debe llevarse encima un objeto cualquiera en forma de cuerno.

34- El saludador es un hombre que ha nacido en Viernes Santo y tiene una cruz en el paladar; cura las mordeduras de los perros rabiosos. Algunos saludadores poseen la facultad de ver abiertas todas las sepulturas de los cementerios el día 1º de Noviembre. Siendo yo niño he oído contar que uno de ellos murió de la pena y repugnancia que le causó tal espectáculo.

35- Es malo tener la cama con los pies hacia la calle, porque la persona que en ella duerme morirá pronto.

36- Llevando constantemente una piedra imán en el bolsillo, se atrae uno a la persona que quiere.

37- Todos los seres humanos, tenemos escritas una M en la palma de las manos y una S en las plantas de los pies: una y otra letra quieren decir Muerte Segura, porque todos nacemos condenados a morir. / Cuando una de las patas de la M se alarga hasta dar la vuelta a la mano por bajo del dedo meñique, es señal de muerte próxima.

38- El enfermo que empieza a arreglar la colcha de su cama, morirá enseguida.

39- Cuando una mujer embarazada siente que llora el hijo en el vientre, es señal de que el niño que va a nacer tendrá suerte; pero, para que así sea, es preciso que la madre no diga a nadie lo que ha pasado. / Si padece de acedías es que empieza a salirle pelo al niño.

40- El lagarto es amigo de los hombres, a quienes defiende contra los amaños de las culebras, de las que es enemigo irreconciliable. /

Ataca a las mujeres, nunca a los hombres. / Cuando algunos hombres se ponen a hablar cerca de un nido de lagartos, salen éstos a escucharlos y quedan como absortos en la conversación.

41- La culebra, por el contrario, es amiga de las mujeres y enemiga de los hombres. / Cuando se mata a una culebra su cola vive durante dos o tres horas, y en todo este tiempo no cesa de agitarse: es que llama bribona a la madre de su matador.

42- Si dos personas beben en un mismo vaso, la segunda se entera de todos los secretos que guarda la que primero ha bebido.

43- Toda moneda que está borrada da la suerte: el que con ella juega a la lotería tiene grandes probabilidades de obtener algún premio.

44- Cuando una mujer está de parto es bueno poner en agua una rosa de Jericó; conforme se va abriendo la flor se adelanta el alumbramiento. Antes que la flor acabe de abrirse habrá nacido la criatura.

45- Si una mujer criando tiene poca leche debe llevar consigo una *pastilla de leche de la Virgen*, que traen de Jerusalén. Son como los pequeños bollos de San Antón y tienen toscamente hecha en su cara anterior la cabeza de la Virgen. Según dicen están hechas de una tierra en que cayó una gota de leche de la Virgen un día que estaba dando de mamar al Niño-Dios. / También es bueno llevar colgada del pescuezo una cuenta blanca de cristal, que se llama cuenta de leche. Si, por el contrario, quiere retirarse la leche, se le colgará la cuenta hacia la espalda. Si quiere más leche de la que tiene debe dársela a comer excrementos de rata molinera.

46- Para que crezca pronto el pelo debe cortarse cuando está creciendo la luna.

47- Para que no salgan *padrastrós* hay que cortarse la uñas en sábado. / O en días que no tengan *r*. (Domingo, lunes, jueves, sábado) / Cortarse las uñas de noche es señal de muerte para quien lo hace.

48- La *Vía láctea* se llama *caminito de Santiago*. / La formó una gota de leche que se escapó del pecho de la Virgen estando mamando un día el Niño-Dios. / Se llama también *camino de los Reyes Magos* y por él vienen éstos la víspera de la Epifanía a traer sus regalos, dul-

ces y juguetes a los niños que durante todo el año han sido buenos y obedientes.

49– Si una persona toca las hojas de una sensitiva ésta se encoje como próxima a marchitarse, *porque la dá vergüenza que la toquen*.

50– Si el día de la Candelaria llueve y hace sol al mismo tiempo está el invierno fuera.

51– Cuando al ponerse el sol tiene un casco de nubes lloverá al día siguiente. Si estas nubes son muy rojizas hará viento. / Refr. *Sol con ventana, agua mañana. / Arreboles al anochecer, viento al amanecer*.

52– Cuando amanece con gran niebla, romperá el día y quedará limpio de ella el cielo / Ref. *Mañanita de niebla, tarde de paseo*.

53– El mismo tiempo que hace el día de la Purísima Concepción, lo hace también el día de Navidad.

54– Anuncia lluvia próxima el que la sal esté húmeda. / Y que el hollín se desprenda de la chimenea. / Y que la ceniza del brasero o del hogar se adhiera a la badila.

55– El sonido de las campanas aleja la tempestad, porque las campanas están benditas y la tormenta es obra del demonio.

56– Cuando el cielo anuncia lluvia cantan los chicos:

¡Que llueva, que llueva,
La Virgen de la Cueva!
Los pajaritos cantan,
y las nubes se levantan.
¡Que sí! ¡Que no!
¡Que llueva a chaparrón!

57– Cuando hay tormenta es malo estar a las ventanas y abrir los balcones, porque con esto se atrae el rayo. / Para librarse de las exhalaciones durante una tempestad debe rezarse el trisagio y encender velas a la Virgen. / También debe decirse la oración de Santa Bárbara, abogada contra las tempestades:

Santa Bárbara bendita,
en el cielo estás escrita

en el ara de la cruz;
pater noster, amen Jesús.

/ A propósito de esta superstición he oído referir que había no sé donde un hombre muy malo que durante una tempestad salió a la huerta de su casa y se puso a increpar al cielo con grandes blasfemias; a poco cayó un rayo y le dejó completamente ciego.

58— Cuando cae un rayo y se hunde en la tierra, al cabo de siete años sale espontáneamente en aquel mismo sitio una piedra de dos filos que se llama piedra del *rayo*. En la casa donde hay un fragmento de esta piedra no caerá nunca una exhalación.

59— Cuando los chicos se reúnen y juegan a los soldados y arman zambras en la calle, es señal de próximos trastornos y disturbios en el país.

60— Si dos personas dicen una misma cosa a la vez, sale un alma del purgatorio. / Pasa un c... por la calle.

61— Si dos personas tienen a la vez un mismo pensamiento, ninguna de las dos muere dentro del año.

62— El que da un tropezón en la calle, si al día siguiente y a la misma hora pasa por el mismo sitio, se encuentra un duro.

63— Al cumplir los nueve meses de su concepción los sietemesinos, es decir, a los dos meses después de nacer, tienen una grave enfermedad que los pone en peligro de muerte. Si salen con bien de ella, no tienen ya nada que temer. / Los fetos de siete meses son viables, pero los de ocho no, porque para serlo necesitan estar un número impar de meses en el vientre de su madre.

64— Cuando saliendo a la calle es un tuerto o un bizco la primera persona que se ve, el día será malo para el que se los encuentre.

65— La mujer soltera a quien se la barren los pies, no se casa.

66— Cuando un devoto de San Pascual Bailón va a morir, suenan tres golpes en las paredes de su alcoba y sobre su cama, y estos tres golpes los oye la familia y aun despiertan, si está dormido, al paciente. / Para disfrutar este privilegio es preciso rezar al santo un padre nuestro todas las noches. / *Es infinito el número de personas que aseguran*

haber oído estos misteriosos avisos la víspera de morir algún individuo de su familia.

67– Aquello que se haga el primer día de año se hará durante todo él.

68– La novia que da pelo a su novio no se casa con él.

69– El que quiera despertarse a una hora dada rezará a las ánimas tantos padrenuestros como unidades tiene la hora a que tiene interés en despertarse. / No se los debe rezar a las ánimas, sino al *ánima* sola, es decir, a un alma que no tenga quien la reze.

70– El día de la Cruz de Mayo se dice mil veces Jesús para evitar las tentaciones del demonio. A cada diez veces se dice:

Apártate, Satanás,
que en mí parte no tendrás,
pues el día de la Cruz
dije mil veces Jesús.

71– Para conseguir lo que se desea se reza a San Judas, durante cuarenta días, tantos padre-nuestros como días van pasando: el primer día un padre-nuestro, el segundo dos, y así hasta el último día en que se rezan cuarenta. / Se reza a San Cucufato.

72– En la misa de velaciones, aquél de los novios cuya vela luce menos, es el que se muere antes.

73– Cuando se ve una cruz en el suelo hecha con dos pajas o dos papeles hay que deshacerla, porque de lo contrario se da un tropezón.

74– Es malo tirar el pan al suelo, porque está bendito por Dios. Si se ve un pedazo tirado se le debe recoger, santiguarse con él y darle un beso.

75– Cuando una criada saca salada la comida es que tiene ganas de casarse. / O de irse a su casa.

76– Cuando se olvida una cosa en el momento en que iba a decirse, es que es mentira.

77– La persona que pase de pié gran parte del día crecerá mucho.

78– Hacerse el muerto por broma provoca la muerte de la persona que lo finge. / *Todas las personas supersticiosas cuentan gran número de ejemplos en apoyo de esta creencia popular.*

79– Es malo medir a un niño o a una persona mayor, porque se mueren enseguida.

80– Durante la huida a Egipto la Virgen maldijo a la mula porque iba tirando cosas y la maldición de la Virgen la hizo estéril. / La mula es estéril porque la maldijo la Virgen en el portal de Belén, porque mientras todos los animales echaban aliento al niño para calentarlo, la mula soplaba hacia él para que tuviera frío.

81– Cuando le pica a uno la tripa es que cerca de donde él está se casa una vieja.

82– Mirando fijamente a la luna cuando el cielo está despejado, se vé en ella la figura de un hombre; es un leñador que volviendo una noche a su casa cargado con el haz de leña hizo burla a la luna, ésta se lo tragó.

83– Es malo que los niños jueguen con lumbre, fósforos o papeles encendidos, porque luego se mean en la cama. / Escupir en la lumbre es pecado.

84– Las liebres duermen con un ojo abierto. / Simil pop. *Sueño de liebre*.

85– Hay gentes que repugnan besar a un niño antes de que está bautizado, porque mientras esto no se hace el niño es moro. / Los niños que mueren sin bautismo van al Limbo, donde no tiene ni pena ni gloria; pero antes de ir a él pasan sobre las llamas del Purgatorio para limpiarse del pecado original.

3

La leyenda del alfiler⁵

A mi querido amigo Antonio Machado y Álvarez

I

¡Extraño mundo, en verdad, el mundo de las supersticiones populares! El soplo de la imaginación del pueblo flota sobre él como el espíritu de Dios sobre las aguas primitivas, y al *fiat* poderoso, todo se anima, toma forma y color, cobra vida y movimiento. Nada hay en él que no tenga una personalidad propia y bien definida. Lo grande y lo pequeño caben del mismo modo en sus entrañas, y el sol y el fuego fatuo, el torrente y el arroyo, el llano inmenso y el menudo tallo de yerba, representan un papel igualmente importante en la magnífica epopeya que crea en largas horas de éxtasis, la fantasía popular.

A somarse a las fronteras de ese mundo es asistir a un espectáculo encantador y sorprendente. Allí, donde nuestra vista material no descubriría nada, hay porciones de seres que pululan dotados de extraordinaria actividad; donde nada escuchaban nuestros oídos, suenan mágicas y arrobadoras armonías que suspenden el alma en sus argentinas notas. Juzgábamos desierta la montaña, y la vemos, de pronto, surcada por innumerables geniecillos que vuelan de un lado a otro, saltando de rama en rama sostenidos por hilos invisibles; creímos solitaria la llanura, y la vemos aquí y allá ocupada por damas blancas que extravían al caminante, brujas que a la sombra del agorero nogal bailan en danza caprichosa, y gnomos que ocultan avaros sus tesoros y los guardan en el centro de la tierra; cruzamos sin miedo el bosque silencioso, y nos tropezamos, a lo mejor, con el cazador nocturno que azuza sus perros y hace sonar su alegre trompa persiguiendo a un animal imaginario, o bien nos sale al paso el terrible *basejaun* que corre tras nosotros para lanzarnos contra un árbol y deshacernos entre sus dedos como frágil

⁵ Publicado en *Hoja literaria de El Día*, 17 de febrero de 1884, Madrid.

caña; acusábamos de monótono el son del agua que brota entre dos peñas y corre en limpio hilo de plata, y distinguimos, sin embargo, en ese son la queja de amor de la náyade griega o los suspiros de la maitagarry vascongada.

El sol no es ya el astro esplendente que sujeta soles y mundos a sus inmutables leyes y rey del sistema planetario, los arrastra en carrera vertiginosa, sino el héroe gallardo y poderoso que lucha sin descanso con el genio de las tinieblas, enemigo de la luz, le vence, le persigue, baja a sus antros profundos a derrotarle por completo, y vuelve al otro día a escuchar el himno de su alabanza cantado en armonioso concierto por todas las voces, todos los ecos y todos los murmullos de la tierra. Ni es la luna tampoco el astro muerto que sepulcro de sí mismo, pasea por la inmensidad el fúnebre espectáculo de la muerte, sino la divinidad benéfica que ilumina nuestras noches, hermana del sol, a quien el sol adora, y condenada por Dios a seguirle eternamente sin reunírsele nunca, como acontece en la leyenda rumana. Las estrellas son flores de un fantástico jardín; las constelaciones, encarnación de seres que pasaron; la Osa mayor, una pobre mujer perseguida por tres hombres, como acontece en la tradición de Polinesia.

En esta animación general de la naturaleza por un soplo infinito de vida, no hay objeto, por insignificante que en nuestro orgullo nos parezca, que no tenga su leyenda, buena o mala, que no encierre en sí una significación que, al pronto, no se le querría conceder.

Hay entre estas leyendas maravillosas una que no cede a ninguna en importancia; la leyenda del alfiler. Esa pequeña espina de metal que sujeta graciosamente la mantilla de la hermosa sevillana para que el tül dé sombra a su rostro besado por el sol de Andalucía, que prendido sobre el pecho de la mujer amada siente los latidos de su corazón, y como el ángel de la escritura guarda celoso la entrada del Paraíso, tiene también su leyenda. Acercaos si queréis oírla; formad corro en torno al hogar que arde y a los troncos que chascan y se retuercen, lamidos por la llama que los devora; estad atentos, y oiréis la historia peregrina con que va a entretener vuestra atención el humilde guardador de los recuerdos populares.

II

Y veréis ante todo el alfiler apareciendo como ofrenda grata a los seres sobrenaturales, a quienes por este medio quiere el pueblo hacerse propicio. En la superstición europea, este es el primer carácter del alfiler. Id a Toledo, la ciudad santa de las consejas de otros días, recorred sus callejas retorcidas, bajad sus agrias cuestas, viendo en todas partes, hasta en los mas oscuros rincones, un resto de las pasadas edades y de las razas desaparecidas, y allí, en una calle que se llama del Refugio, interesante para la literatura española porque en ella vivió Moreto; allí, en un pequeño nicho abierto en la pared, protegido por espeso enrejado y alumbrado de noche por un farol que cuida una santera, veréis un cuadrillo con una imagen de la Virgen María, y si preguntáis su nombre os dirán que es la Virgen de los Alfileritos, de que son devotos los toledanos, y más en particular las toledanas, Virgen tan modesta en sus aspiraciones que sólo exige un alfiler como tributo a sus creyentes.

Pedid, después, noticias a los hombres de buena voluntad que estudian las costumbres de los pueblos buscando en ellas, a través de los siglos, la huella medio borrada por el tiempo que dejaron las razas en sus emigraciones, cuando sonó la hora de la dispersión para las primeras sociedades, y Sébillot, en sus *Tradiciones de la Alta Bretaña*, os dirá que en este país son muchas las fuentes a que acuden las muchachas solteras a depositar ofrendas de alfileres; Maury, en su *Magia y Astrología en la Edad Media*, os citara como una de tantas la fuente de San Eugenio; y otro autor inglés, Mr. Henderson, en una obra muy interesante, *Folk-lore de los condados del Norte de Inglaterra*, añadirá por su parte que en dichos condados hay pozos de deseos (*wishing-wells*) donde todo el que echa un alfiler torcido ve cumplida la petición que hace al propio tiempo. Un amigo le escribe desde Wooler que hace cerca de tres meses registró un pozo de deseos y vio alfileres torcidos desparramados en el fondo sobre la menuda arena. Y es que allí las muchachas creen que el pozo está bajo la custodia de un espíritu a quien es agradable la ofrenda de un alfiler.

De seguro que ahora queréis saber qué es lo que piden los creyentes a esa Virgen y a esos espíritus, a la vez que los agasajan de ese modo; siento palpar en vuestros labios la pregunta... Pues bien, les piden protección para sus amores. ¿Hay nada más natural tratándose de muchachas casaderas?

Y aquí entra el segundo aspecto bajo el cual puede considerarse al alfiler, el segundo capítulo y no el menos interesante de su leyenda maravillosa.

La influencia del alfiler en el casamiento es, en efecto, decisiva. Ved, si no, la superstición española. Cuando una modista prueba un vestido, si durante esta operación prende con un alfiler la camisa o la chambrá de su parroquiana, ésta tardará un año en casarse; si prende dos tardará dos y así sucesivamente; si no prende ninguno no se casará nunca. ¿No habéis asistido a una boda? Después que la ceremonia ha terminado, cuando ya de regreso en la casa, la novia rodeada de las jóvenes que la han acompañado a la iglesia, cambia de vestido para asistir a la comida nupcial, reparte los alfileres entre sus amigas, y todas aquellas a quienes da un alfiler se casarán dentro del año. Las fuentes de Bretaña, los pozos de deseos de Soliteon y Lancashire, son otros tantos augures que a cambio de un alfiler dicen a los curiosos si se casarán o no, y cuanto tardarán en contraer matrimonio los que para casados crió el cielo. En Portugal, según dice Leite de Vasconcellos en sus *Tradições populares*, quien da un alfiler quiere significar amor de un año y un día. En las mismas calles de Madrid habréis oído muchas veces este diálogo:

- ¿Me das un alfiler?
- Por el no me casé ayer.

Porque aunque otra cosa parezca, un alfiler puede hacer que una joven no se case. A lo menos, así lo afirma la creencia popular.

Mas no creáis, por esto, que la influencia del alfiler es siempre buena, y que puede fiarse en él completamente. Manejado por una niña candorosa, sus efectos tienen un sello de inocencia que encanta; manejado por brujas y hechiceros es un arma terrible que puede hasta causar la muerte a muchas personas. Seguramente que vosotros, acostumbrados a que el alfiler solo produzca arañazos, os resistiréis a creer

que sus heridas pueden ser más hondas; pero habréis de rendiros a la evidencia. Sí, las heridas del alfiler pueden ser difíciles de curar, y ya lo sabía, hace más de dos siglos, nuestro inmortal Lope de Vega, cuando en una de sus comedias, *Lo cierto por lo dudoso*, ponía estas palabras en boca de un caballero y su criado:

D. ENRIQUE Yo me muero.

D. RAMIRO ¿De qué?

D. ENRIQUE De amor.

D. RAMIRO Razón tienes,
porque si verdad te digo,
dando un papel de alfileres
a una dueña, en los umbrales
de una sala, la vi enfrente... (*aludiendo
a una dama amada de D. Enrique*).

En España todavía sigue creyendo el vulgo que para hacer mal a una persona basta sacar el corazón a una gallina negra –viva todavía– y clavarle muchos alfileres diciendo un conjuro, con lo cual la persona contra quien el conjuro se dirige *se seca* rápidamente. ¿No habéis oído hablar del *envoutement*, hechizo que se usaba –y aún del que se abusaba– en Francia durante la Edad Media? ¿No sabéis cómo se hacía este hechizo? Oídllo, pues. Se construían unas figuritas de cera en representación de las personas a quienes se quería hacer mal, se las bautizaba, dándolas el mismo nombre de dichas personas, y diariamente se clavaban en diversas partes de su cuerpo alfileres que producían al ser en ellas representado violentos dolores que poco a poco, pero en un plazo siempre breve, acababan con su vida. Junto a la fuente de San Ellian, en Bretaña, según Maury, vivía antiguamente una especie de sibila. El que quería hechizar a otro, iba a verla y la daba una pequeña retribución; la sibila registraba el nombre de la que había de ser su víctima en un libro que llevaba al efecto, después echaba un alfiler en la fuente, y la operación se tenía como segura. En Inglaterra, las brujas atormentan a sus víctimas clavándolas muchos alfileres para descubrir sobre ellas el estigma o marca del demonio, que es un lugar del cuerpo insensible a todo dolor. Las personas encantadas vomitan muchos alfileres.

Por último, ¿quién de vosotros no conoce el cuento popular de la *palomita blanca* que, según ha probado no hace mucho mi amigo Machado, el distinguido fundador del Folk-lore en España, existe igualmente y se cuenta del mismo modo en Portugal, Francia, Italia, Inglaterra, Persia, Rusia y la América del Sur? En este cuento, una negra hechicera que quiere ser esposa del rey, encanta a la que realmente lo es –una joven hermosa, blanca como la nieve de las cumbres, de ojos azules como el cielo y cabellos rubios como la espiga de los prados– y la encanta clavándola un alfiler en la cabeza y trasformándola por este solo hecho en paloma, cuya forma no pierde hasta que el mismo rey, acariciándola un día sin sospechar nada, la arranca el alfiler y vuelve a hallar en ella la esposa querida, cuya pérdida lloraba.

Ya os veo mirar con horror el alfiler que antes se os hacía tan simpático. Volvedle a vuestra gracia. El Ser Omnipotente, que rige nuestros destinos y guía nuestros pasos por el mundo, no ha podido entregarnos sin defensa a los espíritus del mal, y en todas partes ha puesto el antídoto al lado del veneno. El mismo alfiler que causa tantos perjuicios si de él se apodera un hechicero, protege contra las asechanzas de esta mala ralea al que sabe emplearlo como arma defensiva. Es de metal, y el metal ahuyenta a los hechiceros y destruye las artes del demonio. En Portugal, según Leite de Vasconcellos, se clavan pedazos de hierro en las puertas de las casas para protegerlas contra las brujas, y quién sabe si no será éste también el origen de esos grandes clavos que en las aldeas de España cubren aún las puertas de las casas antiguas. Corre muy válido entre el pueblo que cualquier persona se hace invulnerable contra los hechizos, llevando siempre en el bolsillo un limón al que se rodean en forma de cruz dos varas de cinta negra, sujeta a él con alfileres. En Inglaterra, según el autor ya citado, Mr. Henderson, cuando en una familia cae alguien enfermo, y se sospecha que la enfermedad es consecuencia de un hechizo, se llena de alfileres una botella y se la coloca bajo el hogar para que los alfileres se pongan candentes; cuando esto sucede, pican el corazón de la hechicera y la obligan a levantar el encanto. Un médico de Sussex afirma haber encontrado bajo la piedra del hogar de una casa en reparación una botella con más de doscientos alfileres torcidos, que

no tenía otro fin que preservarla de las brujas. Tornad, pues, a mirar el alfiler como objeto digno de vuestra simpatía, y rogad únicamente a Dios que no le haga caer en malas manos.

III

Tal es la leyenda del alfiler, tal la importancia que tiene ese pequeño útil de metal, que quizá juzgaríais harto insignificante para dar motivo a entretener las primeras horas de la noche. Si me preguntáis el origen de esta leyenda, sólo podré responderos contándoos la de su padre el clavo... Pero esto nos llevaría muy lejos. Quede, pues, para otro día, y demos hoy por concluida la velada. Mientras hablábamos, las llamas han derrotado a los verdes troncos. Vedlos ahí, en el hogar, reducidos a cenizas. Retirémonos a descansar. Y vosotras, hijas mías, que tan atentas escuchasteis la narración, invocad en vuestro sueño al santo a quien creáis más poderoso, y ofrecedle, a cambio de un buen marido, el mejor de vuestros alfileres.

4

Reseña de «Estudios de literatura popular por D. Antonio Machado y Álvarez»⁶

Es costumbre que siempre debe seguir el que se ocupe en un libro nuevo, presentar ante todo el autor a sus lectores. Generalmente esta presentación explica muchos puntos del libro que, sin ella, quedarían oscuros. En el caso presente, sin embargo, es inútil. Antonio Machado y Álvarez es sobrado conocido de todos los que en España leen periódicos y libros para necesitar nuestra presentación.

Ninguna personalidad literaria más definida que la suya; se sabe lo que quiere y a donde va, cosas que no se pueden decir de todos los que tienen constante trato con el público. Quiere hacer el Folk-Lore, obra buena a la cual dedica, no ya sus ocios, sino su vida toda entera;

⁶ Publicada en *El Progreso*, 15 de octubre de 1884, Madrid.

y va a la consecución de ese ideal al cual se ha consagrado, salvando cuantas dificultades se le oponen. Para ello cuenta sólo con su fe, una fe digna de los tiempos evangélicos, semejante a la que trasportaba las montañas a la voz del Profeta galileo y sostenía al apóstol sobre las rudas revueltas del poético lago Tiberiade. Se engañaría profundamente el que creyera encontrar en el mundo un medio que apartase a Machado de su camino: mucha es su fé, pero con serlo tanto, no le cede en fuerza la voluntad. Hay en él gérmenes de tenacidad incalculables. Es de la madera de que salen los inventores, los descubridores, los que traen a la sociedad en que viven una palabra nueva, una nueva fórmula de vida, un secreto robado a la naturaleza o una ley arrancada a la creación. Inaccesible a la codicia, fuerte y enérgico para sufrir contrariedades, no desmaya jamás; no ha tenido todavía esas crisis de desfallecimiento que se presentan tantas veces en la vida de los que luchan. Optimista por naturaleza y por temperamento, ve sólo el lado bueno de las cosas. Cuando alguno lo ataca no piensa en las heridas que pueda haber sufrido; agradece el ataque, porque cree que sirve a la idea. «Me atacan –dice– pero al atacarme hablan de Folk-Lore y reconocen su importancia. *Va bueno*». A un hombre así, que por sacrificarlo todo sacrifica hasta su amor propio, no se le puede vencer.

Buena prueba de ello, la historia en España de esa nueva ciencia, de la cual se ha hecho apóstol infatigable. Encerrado en Sevilla hace unos cuantos años promulgó sus primeros principios en un periódico muy apreciable y muy digno de ser leído, pero poco conocido, porque en España, donde tan poco se lee, es preciso hablar en Madrid para que alguien escuche lo que dice. En 1881, fundaba el primer centro folk-lórico, que ha arrancado a un célebre mitógrafo italiano estas palabras, a modo de sentida lamentación: «España es la primer nación latina que tiene Folk-lore». Poco más de dos años hace de esto, y de tal modo se ha extendido la idea apuntada en Sevilla, que hasta el nombre mismo de la ciencia, con ser tan enrevesado y levantar protestas por su extranjerismo, ha tomado, no obstante, carta de naturaleza entre nosotros. Hoy el Folk-lore se halla establecido en Andalucía, Extremadura, Castilla y Galicia, y tiene a su frente personalidades

tan simpáticas y respetables como Emilia Pardo Bazán y Núñez de Arce; sostiene dos revistas especiales en Andalucía y Extremadura, y publica en Madrid una Biblioteca que ya tiene en prensa su sexto volumen, y en la cual están representados los centros establecidos hasta ahora. Calculad el trabajo que esto representa, la lucha que significa, la energía que requiere, en un país como el nuestro, en que son pocos los que saben leer y contados los que leen, y conoceréis a Machado y Álvarez.

El libro que ahora publica lo forman algunos de los muchos artículos que ha escrito durante su dilatada propaganda. Cada uno de ellos puede dar asunto para muchos libros más voluminosos que el de que ahora forman parte. Son otros tantos motivos de pensamiento; temas inmensos ligeramente apuntados, y cuya explanación requiere la suma de muchos conocimientos y de muchas actividades. Revelador de un mundo nuevo, el mundo maravilloso del Folk-lore, allí donde otro no ve más que una futilidad, digna cuando más de unos momentos de atención, Machado prueba que hay una grave cuestión, merecedora de que un hombre consagre toda su vida a estudiarla, porque puede darnos, como deducción el conocimiento de una ley sociológica importante, la solución de un problema histórico o la razón de ser de una fonética especial. Coplas, cuentos, adivinanzas, modismos, refranes: todo se halla examinado en ese libro, agrupado sin más orden de prelación que la fecha en que se escribieron sus varias partes, en las cuales pueden seguirse los primeros pasos dados por el Folk-lore en nuestra patria. Y todo está escrito con el estilo propio del autor, estilo suelto, elegante, en el que resplandecen la gracia y la intención.

La mayor parte del libro está dedicado a coplas populares: en esta materia, Machado es un maestro. Nadie como él debería hacer esa obra que falta en nuestra literatura: un *Cancionero general*. Los ensayos hechos hasta ahora son muy apreciables, pero sólo deben mirarse como tentativas. Los más importantes por el número de coplas coleccionadas, el *Cancionero popular*, de Lafuente Alcántara, y los *Cantos populares*, de Rodríguez Marín, distan mucho de ser un cancionero general; del primero al segundo hay una gran distancia recorrida, es verdad; la colección de Rodríguez Marín representa muchos pasos hacia delante, pero todavía queda bas-

tante trecho por recorrer. La casi totalidad de las coplas son andaluzas; Castilla, Galicia, Asturias, Cataluña, Aragón, las Vascongadas, Valencia, las Baleares, están pobremente representadas en ellos. Pues bien, recoger en un solo libro todas esas notas, todos esos suspiros para poder decir al mundo cómo siente, cómo ama, cómo odia el pueblo español, debía ser la obra de Machado. ¿La hará algún día? No ¿Por qué?

Él dice que por pereza: yo no creo en la pereza de un hombre que consigue a fuerza de constancia y trabajo lo que él ha conseguido. Más bien –Dios me perdone si me equivoco– creo que si Machado no quiere para sí otro título que el de propagandista, es porque cree que ninguno puede darle más gloria que éste. El orgullo toma muchas formas, y Machado, que es el hombre más llano y menos soberbio del mundo, es también orgulloso a su manera. Si me engaño, que me desmienta; que me desmienta tomando cualquiera de los motivos de pensamiento contenidos en su libro, y dándonos sobre él una obra fundamental de Folk-lore, tan notable como puede hacerla.

Entre tanto, contentémonos con la lectura de sus artículos de propaganda, aprendiendo en ellos la marcha de la idea folk-lórica en España, y aprovechando sus enseñanzas para nuestros estudios.

El último libro de Machado, tiene mucho que aprender y mucho que meditar. El público que da sus aplausos a la obra, no ha de negarlos al autor.

III

Reseña de Antonio Machado y Álvarez al artículo
“El Folk-Lore de Madrid”
de Eugenio de Olavarría y Huarte⁷

A primera vista este sólo título hará sonreír, acaso, no ya a los no versados en tales estudios, sino aun a los que alcanzan en ellos cierto grado de adelanto. En efecto, el Folk-Lore tiene por objeto recoger, principalmente, los vestigios que aún subsisten de las primitivas civilizaciones, conservados en esas infinitas formas de expresión a que se refiere la base primera del Folk-Lore español; y Madrid es, a no dudarlo, el emporio de la cultura española, los términos Folk-Lore y Madrid son, en cierto modo, antitéticos, como lo son los de salvajismo y cultura. Comprenderíase bien el Folk.-Lore de las Urdes, el Folk.-Lore de los indígenas de Fernando Pó, por ejemplo, pero el Folk-Lore de Madrid es punto menos que inconcebible. Esta objeción, que puede ocurrirse a los completamente ignorantes en la materia, ó a los que en ella se hayan ocupado poco, carece, sin embargo, de valor si bien lo meditamos.

Madrid tiene, ante todo, lo que se llaman los *barrios bajos*, donde hay un tesoro de Folk-Lore, de vida y de tradiciones pasadas, comparable, si no superior, al que se encuentra en los célebres barrios de La Viña, El Perchel, La Trinidad, La Macarena, y aquellos otros, justamente célebres en los que acudieron a buscar sus inspiraciones

⁷ Publicada en *El Progreso*, 27 de noviembre de 1883, Madrid.

los verdaderos príncipes de la novela española, y los que, como D. Serafín Estévez Calderón, conocido por El Solitario, han podido servir de base al Sr. Cánovas del Castillo para justificar, con razón, que Francia no se ha anticipado, ciertamente a España en lo que hoy se llama el naturalismo en la novela, siquiera éste venga hoy a la vida con mayor impetuosidad y mayor brío que en los tiempos pasados, por una razón, entre otras, que en los autorizados labios del Sr. Cánovas es para nosotros de inapreciable valor. El sentido naturalista actual de la novela viene a suplir el vacío que se observa en nuestra historia y acusa una verdadera deficiencia de nuestros historiadores, observación, en nuestro parecer, atinada y profunda, que podrán comprobar nuestros lectores en la parte del prólogo puesto a las obras de El Solitario.

Las exigencias políticas, cada vez mayores, y el amor a la verdad, cada vez más grande, son, quizá, las causas más poderosas y profundas de lo llamado el naturalismo o el realismo, en la novela contemporánea, naturalismo y realismo que se imponen a despecho de todos, siquiera dentro de él quepan direcciones más o menos acertadas. Por la falta de acierto en la dirección de estas corrientes no podrá ningún hombre serio jamás, ni renegar en absoluto de ellas, ni culpar en *absoluto* a los novelistas, lo cual equivaldría a lo de hacer pagar a justos por pecadores; esto es, hacer pagar a los novelistas las culpas que los historiadores cometieron. En el *Quijote*, en el *Pícaro Guzmán de Alfarache*, en el *Escudero Marcos de Obregón*, y aun en los artículos de costumbres del Solitario y de Mesonero Romanos, como en nuestro teatro, hay fuentes mucho más estimables para el conocimiento de nuestra historia que en nuestros historiadores. Y esos elementos, que recogidos por Cervantes producen la obra literaria más grande de la humanidad, y recogidos por nuestros escritores de novelas picarescas, páginas muy características de nuestra índole, no han podido recogerse sin que sus autores acudieran al pueblo, y viviendo dentro de él, y tomando una participación activa en su propia vida, aprendieran lo que ahora, como en todos los tiempos, —siquiera en los actuales se reconozca con mayor lucidez,— es necesario, esto es, acudir a la realidad y a la naturaleza, como la fuente más rica y fecunda de verdadera inspiración. Hoy no se estudian las plantas y los minerales en los gabinetes, sino en los cam-

pos y en las montañas, por más que, una vez recogidos y estudiados allí, sean luego llevados a los museos, para someterlos a otra clase de experimentos y de análisis que la ciencia enseña.

Los versos de la conocidísima zarzuela, que dicen:

España ha de ser libre
Libre Castilla,
Mientras haya en el mundo
Manolería,

versos que despiertan en el corazón de todo verdadero amante de la patria cierto entusiasmo, tienen si reflexionamos en ello, mucha mayor miga de lo que a primera vista nos damos cuenta, y aunque encierran, al parecer, una irritante paradoja, puesto que la manolería, con lo mucho que tiene, sin duda, de malo y aún de viciosa, no parece, en verdad, la llamada a conseguir para España aquella cultura tan apetecible para los que desean ver a nuestro país en el grado de adelanto que alcanzan las naciones más cultas, tiene en el fondo mucho de verdad. Los caracteres más típicos y genuinamente españoles, se hallan, casi siempre, en estas clases de la sociedad, de las que si, mal dirigidas y peor gobernadas, pueden salir y salen, en efecto, hombres criminales, dirigidas por quien supiera y pudiera aprovechar lo bueno de sus condiciones, pudieran dar en lo porvenir días de gloria al país, como los han dado, sin duda, muchas veces derramando su sangre por la patria.

Enemigo acérrimo de los toros y de todos los bárbaros espectáculos que con este se relacionan, mi pensamiento constante, al presenciarlos (las pocas veces que a ellos he concurrido) ha sido, más que de repulsión por el atraso y barbarie que significan, de pena, por la torpeza insigne de nuestros gobernantes, que no han sabido convertir el valor y otras prendas genuinamente españolas, que en tan bárbaros espectáculos se malogran, a la realización de empresas útiles para la patria.

El Folk-Lore de Madrid, o séase el estudio de la vida íntima de sus barrios bajos, en los cuales se conserva, acaso, la parte buena o mala más característica del pueblo castellano, con sus grandezas y sus degradaciones, con sus virtudes y sus vicios, es tan por extremo interesante

bajo multitud de puntos de vista, que su importancia no puede pasar inadvertida ni para el historiador, ni para el literato, ni para el político, realmente serios, que hace augurar un brillante porvenir al Folk-Lore de Castilla, iniciado ya por jóvenes inteligentes y generosos y, en su mayor parte, nacidos en este mismo suelo.

El *Folk-Lore de Madrid*, no estudiándolo hoy más que bajo este aspecto, y dejando de propósito, para otro día el tratarlo bajo los otros muchos en que puede tratarse, tiene también un carácter originalísimo, y que en vano buscaríamos en el *Folk-Lore de Málaga*, Cádiz, Sevilla o cualquiera de las otras ciudades cuyos barrios bajos hemos apuntado.

El pueblo que vive en los barrios bajos de Madrid, aún más que el que vive en la City de Londres o la Cité de París, se halla sometido a circunstancias excepcionales. De una parte él representa, como hemos dicho, lo más genuino del pueblo castellano, y de otra se halla sometido a la influencia, casi directa, de la, si se me permite la palabra, mayor masa de civilización que en España existe; masa de civilización que es el resultado de una serie de elementos diversos y de hibridaciones, de caracteres como raramente puede ofrecerlas ningún otro país del mundo. Aquí, en Madrid, donde tan difícil es encontrar un verdadero madrileño, afluyen hombres de todas las provincias y regiones de España; aquí el gallego, el catalán, el valenciano, el asturiano, el mallorquín, el vascongado y el andaluz que por todas partes se filtra; aquí, por regla general, los primeros oradores, los escritores más aventajados, los hombres científicos que buscan, en un medio social más amplio, mejores condiciones de desenvolvimiento para la ciencia que cultivan; aquí, por último, esa cultura ligerísima, superficial y brillante con que la agitación de la vida misma convida a cada paso, y el extraño *totum revolutum* de afectos y de ideas, de sentimientos y aspiraciones, que constituyen la cultura madrileña; aquí, bajo este aspecto, puede asegurarse, por regla general, que llega la última palabra del pensamiento europeo y la última moda de París, Londres o Berlín; moda que ve y palabra que escucha ese pueblo tan original y típico como digno de estudio y desatendido hasta ahora. Mientras la chula, más española y acaso más artista, aunque más ignorante y más inculta que la aristócrata, conserva el clásico y gracioso peinado de nuestras damas

en los tiempos de Goya, y el hombre, menos científico que el erudito, pero más habilidoso, ora, y esto es lo excepcional, aprovecha aquella palabra para dar un timo con mayor finura, ora devora en silencio la pena de que aquella noticia, cuya inmensa trascendencia conoce, no se traduzca en la inmediata mejora de su mezquina posición social o en el perfeccionamiento de la herramienta o de la máquina con que trabaja y a cuyo lado desarrolla, silencioso, un trabajo mental tan útil y susceptible de ser aprovechado por los que sólo irrisoriamente se llaman sus hermanos, como útiles las faenas con que él se desvela por atender a las necesidades de aquellos, procurándose el alimento indispensable para seguir trabajando.

En el estudio científico de la vida íntima y costumbres de las gentes que viven en los humados barrios bajos, sin los cuales no habría, permítaseme la frase, barrios altos posibles, no ya solo una unión de sincero interés para el novelista y el verdadero poeta nacional, sino los datos de mayor importancia para los hombres políticos realmente serios que saben que gobernar no es mandar con arreglo a capricho, sino dirigir a los gobernados en vista del conocimiento claro que se tiene de su carácter y condiciones.

En el *Folk-Lore de Madrid*, bajo el punto de vista en que lo consideramos en este artículo, están los datos sociológicos experimentales de mayor precio que pueden recogerse para la formación de una verdadera sociología española.

El *Folk-Lore de Madrid* tiene bajo este punto una importancia inmensa, tan grande, que no vacilo en asegurar que el *Folk-Lore* de Castilla, tan valientemente iniciado por algunos jóvenes madrileños y secundado por los dignos profesores de la Institución Libre y algunos de los más distinguidos naturalistas españoles, ha de merecer a España los plácemes de todas las naciones sin distinción de razas ni idiomas, porque el *Folk-Lore*, a más de su extraordinario valor científico, tiene el inmenso valor moral que le concede Angelo Dalmédico, afirmando que «L'uomo deve fare al morale ciò che il telegrafo elettrico a il vapore fanno al materiale: deve avvicinaré i popoli, cooperando per tal mo io a che si riconoscano fratelli e si riamino».

Afirmación elocuentemente confirmada por los distinguidos folkloristas portugueses Leite de Vasconcellos y Z. Consiglieri Pedroso, quienes felicitando a los extremeños por la formación de su Folk-lore, decían respectivamente: «*Aplaudivo sinceramente a idea da fundação do centro extremeño e faço votos porque surta o desejado effeito o grande movimento folk-lórico que se este produçindo nessa nação* NOSSA ERMA E NOSSA AMIGA» y «*si poco significan los trabajos que al Folk-Lore he consagrado, me sobra el buen deseo para acompañar a los valientes trabajadores que en España se dedican a este género de estudios. ¿Qué puedo yo hacer en favor de nuestra Sociedad? Disponga Ud. ilustre colega, de mi buena voluntad*».

Para que nuestros lectores comprendan en todo su alcance la importancia de esta noble cooperación que los portugueses ofrecían al Sr. D. Luís Romero, presidente del *Folk-Lore Extremeño*, y de la que antes ofrecieron al *Folk-Lore Andalúz*, en que colaboraron⁸ bastará recordarles que los señores Vasconcellos y Consiglieri Pedroso son, con Teophilo Braga y Adolpho Coelho, los folkloristas más ilustres de Portugal, y que el Sr. C. Pedroso es *profesor de Historia* y uno de los más distinguidos en el curso superior de letras de Lisboa.

⁸ Véanse los números del *Folk-Lore Andalúz*.

ÍNDICE GENERAL

ESTUDIOS PRELIMINARES

Antonio Machado Álvarez, Eugenio de Olavarría, Rosa Fernández y su <i>Contribución al folk-lore de Asturias</i> , por Juaco López Álvarez	XI
Notas al <i>Folk-Lore de Proaza</i> , por Jesús Suárez López	XLIII

EDICIÓN FACSIMILAR

Contribución al folk-lore de Asturias. Folk-Lore de Proaza. Notas y apuntes recogidos y ordenados por L. Giner Arivau . . .	LIII
--	------

APÉNDICES

I. Bibliografía citada en <i>Folk-Lore de Proaza</i>	3
II. Artículos de Eugenio de Olavarría y Huarte	II
1. Folk-Lore	II
2. Folk-Lore. Supersticiones populares	21
3. La leyenda del alfiler	33
4. Reseña de “Estudios de literatura popular por D. Antonio Machado y Álvarez”	39
III. Reseña de Antonio Machado y Álvarez al artículo “El Folk-Lore de Madrid” de Eugenio de Olavarría y Huarte	43

En 1886 apareció en la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, dirigida por Antonio Machado y Álvarez, introductor de los estudios de folclore en España, un extenso artículo dedicado al folclore de Proaza (Asturias), firmado por L. Giner Arivau, un seudónimo del militar, escritor y folclorista Eugenio de Olavarría y Huarte (Madrid, 1853-1933), que escribió este estudio con la información que le había proporcionado su criada Rosa Fernández, procedente de ese concejo. El artículo es el primer estudio científico que se llevó a cabo sobre el folclore o saber popular de Asturias, y comprende una recopilación de materiales de gran interés y un exhaustivo estudio comparativo.

Por otra parte, la historia de la preparación de este artículo es un testimonio de los inicios de los estudios de la cultura popular en Asturias y en España durante las últimas décadas del siglo XIX, así como de las dificultades y la incomprensión con que se encontraron los primeros investigadores en esta materia.



ISBN 84-96906-15-9



9 788496 1906150